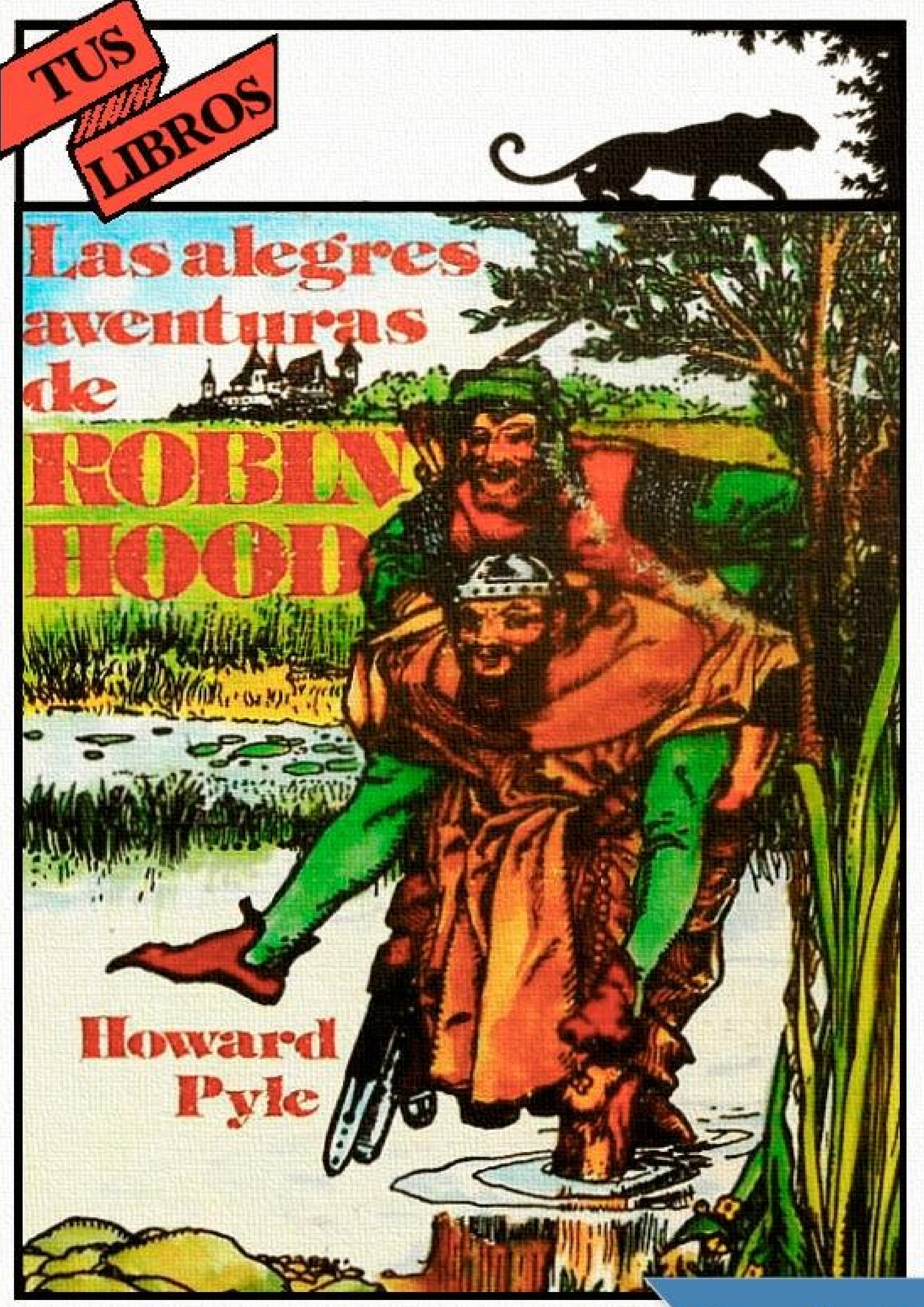

TUS
LIBROS
Las alegres
aventuras
de
ROBIN
HOOD
Howard
Pyle

El *Diccionario de Biografías Nacionales* de Sidney Lee dedica todo un artículo a demostrar la inexistencia de Robin Hood. Pocos héroes literarios han merecido tal honor. Pese a los desvelos de Lee, Robin Hood ha seguido cabalgando y disparando flechas por las páginas de la literatura de aventuras.

Pyle, seducido por el personaje, no se conformó con pintarlo, sino que quiso reescribirlo. Y así surgieron las *alegres* aventuras de este nuevo Robin Hood, que en la pluma de Howard Pyle no es tanto un bandido generoso, rebelde y sajón, cuanto un ladrón simpático, astuto, pendenciero y algo fanfarrón, que hará sin duda las delicias de cualquier lector.

Howard Pyle

Las alegres aventuras de Robin Hood

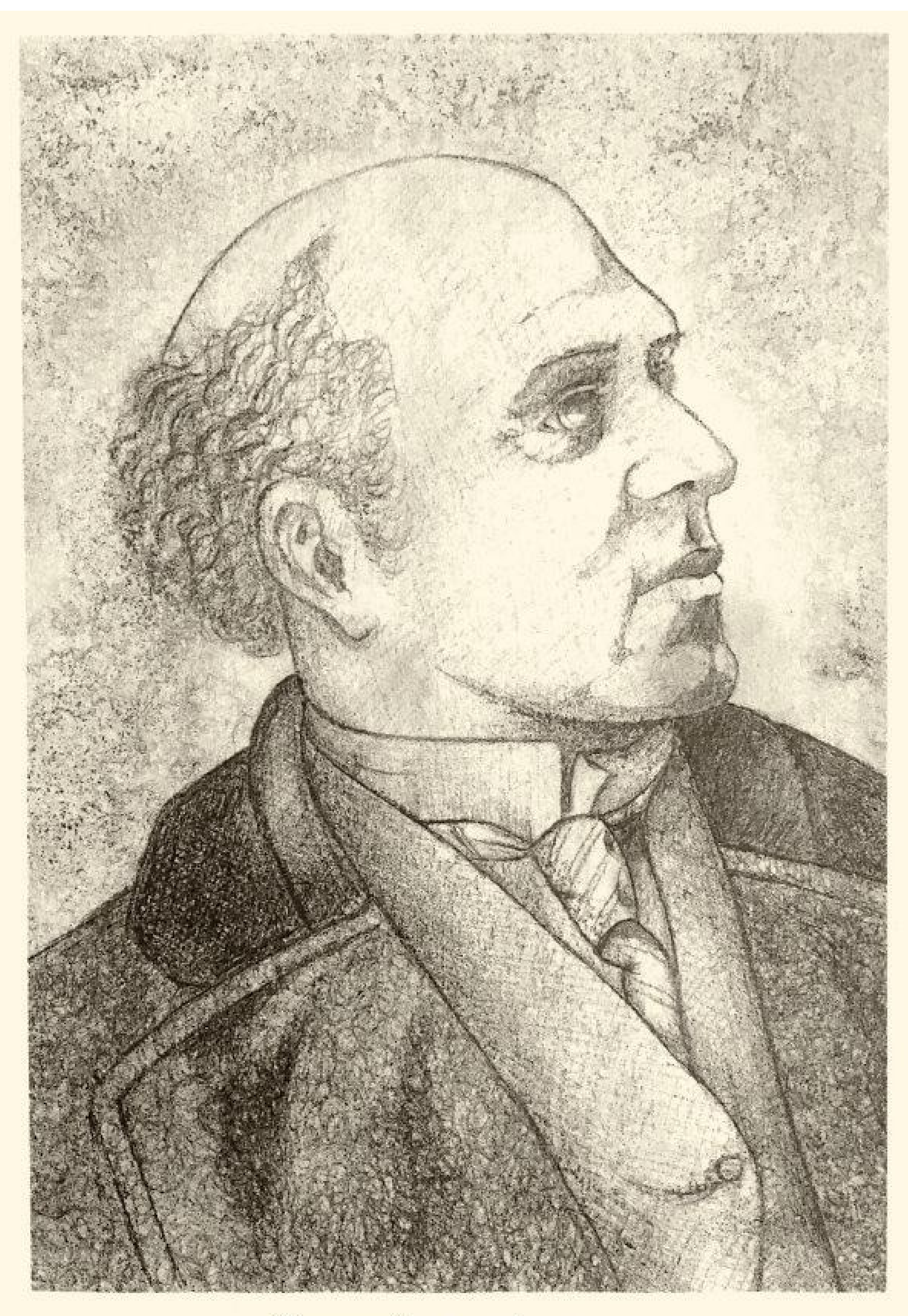
Tus libros - 92

ePub r1.0
Karras 27.02.2020

Título original: *The Merry Adventures of Robin Hood*
Howard Pyle, 1883
Traducción, apéndice y notas: Juan Manuel Ibeas
Ilustraciones: Howard Pyle

Editor digital: Karras
ePub base r2.1

Índice de contenido



HOWARD PYLE (1853-1911)

La presente obra es traducción directa e íntegra del original inglés, en su primera edición, *The Merry Adventures of Robin Hood*, publicado por Scribner, Nueva York, 1883.

Las ilustraciones, originales de Howard Pyle, acompañaron a la primera edición.



Del autor al lector

TÚ, que te encuentras tan inmerso en asuntos serios que no te atreves a concederte unos breves momentos de regocijo en la tierra de la Fantasía; tú, que piensas que la vida no tiene nada que ver con la risa inocente e inofensiva; estas páginas no son para ti. Cierra el libro y no sigas adelante, pues te advierto sin rodeos que si sigues te escandalizarás al ver personajes muy serios de la historia ataviados con tan alegres colores que no podrías reconocerlos de no ser por el nombre. Tenemos un sujeto fuerte y robusto, de carácter irritable aunque no mala persona, que atiende al nombre de Enrique II. Tenemos una bella y gentil dama ante la que todos se inclinan, llamándola reina Leonor. Tenemos un bribón gordo, vestido con ricos atuendos clericales, a quien todos llaman Su Eminencia el obispo de Hereford. Tenemos un individuo de mal carácter y siniestra catadura, que ocupa el respetable cargo de sheriff[1] de Nottingham. Y, sobre todo, tenemos un tipo alto y jovial que recorre los bosques, participa en las fiestas y se sienta junto al sheriff en un banquete, y que lleva el mismo nombre que el más ilustre de los Plantagenet: Ricardo Corazón de León. Y junto a ellos hay toda una tropa de caballeros, sacerdotes, nobles, burgueses, campesinos, pajes, damas, muchachas, señores, buhoneros y muchos más, todos los cuales viven la más alegre de las vidas alegres, teniendo como único lazo de conexión las estrofas de algunas viejas baladas (fragmentadas y recombinadas de infinitas maneras) que estos festivos personajes entonan en cuanto tienen ocasión.

Aquí encontrarás cientos de lugares serios y aburridos, engalanados con flores y toda clase de adornos, tan disfrazados que nadie podría reconocerlos. Y un país con un nombre muy famoso, en el que no existen nieblas heladas que opriman el espíritu, y donde la lluvia es tan suave que se desliza sobre la espalda como la lluvia de abril sobre el lomo de un pato; donde las plantas florecen durante todo el año y los pájaros cantan sin cesar; donde todo el

mundo tiene encuentros felices por el camino y donde la cerveza y el vino (que nunca llegan a ofuscar el entendimiento) fluyen como el agua en un arroyo.

Este país no es el País de las Hadas. ¿Cuál es, entonces? Es la Tierra de la Fantasía, y pertenece a esa clase que, cuando te canses de ella, ¡zas!, cierras las hojas del libro y desaparece, dejándote dispuesto para la vida cotidiana y sin haber sufrido ningún daño.

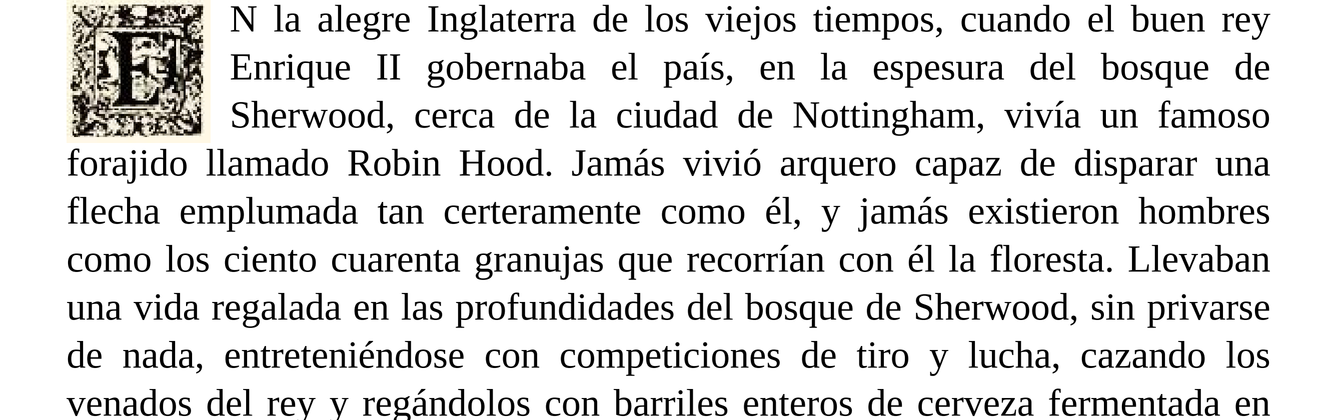
Y ahora me dispongo a levantar el telón que nos separa de la Tierra de Nadie. ¿Vienes conmigo, amable lector? Gracias. Dame la mano.





Prólogo

Donde se habla de Robin Hood y su aventura con los guardabosques del rey. También se relata cómo reunió su banda, y la famosa aventura en la que conoció a su mano derecha, el célebre Pequeño John.



EN la alegre Inglaterra de los viejos tiempos, cuando el buen rey Enrique II gobernaba el país, en la espesura del bosque de Sherwood, cerca de la ciudad de Nottingham, vivía un famoso forajido llamado Robin Hood. Jamás vivió arquero capaz de disparar una flecha emplumada tan certeramente como él, y jamás existieron hombres como los ciento cuarenta granujas que recorrían con él la floresta. Llevaban una vida regalada en las profundidades del bosque de Sherwood, sin privarse de nada, entreteniéndose con competiciones de tiro y lucha, cazando los venados del rey y regándolos con barriles enteros de cerveza fermentada en octubre.

No sólo Robin, sino toda su banda, eran proscritos que vivían apartados de los demás, y sin embargo eran muy apreciados por los campesinos, pues jamás acudió a Robin un necesitado que se marchara con las manos vacías.

Y ahora voy a contaros cómo Robin Hood se convirtió en un fuera de la ley.

El sheriff

convoca un concurso de tiro y Robin Hood acude con su arco

Cuando Robin era un muchacho de dieciocho años, de miembros robustos y corazón atrevido, el sheriff de Nottingham convocó un concurso de tiro, ofreciendo como premio un tonel de cerveza al que demostrara ser el mejor arquero de Nottinghamshire.

—Creo que me presentaré —dijo Robin—. Bien vale la pena tensar el arco por una mirada de los ojos de mi dama y un tonel de buena cerveza de octubre.

Así pues, Robin se levantó, cogió su magnífico arco de tejo y una veintena de flechas de un metro, salió del pueblo de Locksley en dirección a Nottingham, a través del bosque de Sherwood.

Era el amanecer de un bonito día de mayo, cuando los setos están verdes y las flores engalanan los prados; cuando crecen las margaritas, los narcisos y las primaveras a lo largo del borde de los zarzales; cuando florecen los manzanos y cantan los pájaros, como la alondra madrugadora, el tordo y el cuclillo; cuando los muchachos y las muchachas se miran con pensamientos dulces; cuando las afanosas amas de casa extienden al sol la ropa blanca sobre la hierba brillante. Mientras caminaba por el sendero, admirando la hojarasca verde y parda, entre la que cantaban con todas sus fuerzas los pajarillos, Robin silbaba alegremente, pensando en la bella Marian y en sus ardientes ojos, pues en ocasiones como ésta los pensamientos de un joven se dirigen gozosamente hacia la muchacha amada.

Encuentro con los guardabosques del rey en el bosque de Sherwood

Caminando a buen paso y sin dejar de silbar, Robin se encontró de pronto con unos guardabosques sentados a la sombra de un gran roble. Eran quince en total, y estaban celebrando un verdadero banquete, sentados en torno a un enorme pastel de carne, del que cada cual se servía con las manos y regando lo que comían con grandes cuernos de cerveza espumosa que llenaban en un barril colocado junto a ellos. Todos iban vestidos de paño verde y ofrecían una magnífica estampa, sentados en la hierba bajo la amplia copa del árbol. Uno de ellos, con la boca llena, llamó a Robin:

—¡Hola! ¿Dónde vas, muchacho, con tu arco de un penique y tus flechas de un cuarto de penique?

Esto molestó a Robin, pues a ningún mozo le gusta que se burlen de su inexperiencia.

—Debéis saber —dijo Robin— que mi arco y mis flechas valen tanto como los tuyos. Y lo que es más: voy al concurso de tiro de Nottingham,

convocado por nuestro buen sheriff de Nottinghamshire, donde competiré con otros arqueros, ya que se ha ofrecido como premio un tonel de cerveza.

Entonces uno de los hombres, que sostenía en la mano un cuerno de cerveza, exclamó:

—¡Vaya! ¡Escuchad a este chico! Mira, muchacho, aún llevas en los labios restos de la leche de tu madre, y aquí estás, presumiendo de valer tanto como los hombres de verdad, tú que apenas podrías tensar la cuerda de un arco de guerra.

—Apuesto veinte marcos contra el mejor de vosotros —alardeó Robin— a que le acierto al blanco a sesenta metros, con la ayuda de Nuestra Señora.

Los guardabosques se echaron a reír y uno de ellos dijo:

—¡Muy bien dicho, mocoso, muy bien dicho! Bien sabes tú que no hay por aquí ningún blanco que sirva para mantener tu apuesta.

—Pronto empezará a beber la leche mezclada con cerveza —dijo otro.

Esto acabó por enfurecer a Robin.

—Mirad —dijo—: Allí, al extremo del claro, hay una manada de ciervos, a bastante más de sesenta metros de distancia. Os apuesto veinte marcos a que, con ayuda de la Virgen, tumbo desde aquí al macho más grande.

—¡Hecho! —gritó el que había hablado primero—. Aquí están los veinte marcos. Apuesto a que no matas a ningún animal, con o sin la ayuda de Nuestra Señora.

Robin mata un ciervo de la manada

Entonces Robin tomó en las manos su magnífico arco de tejo y, apoyando la punta entre los pies, tendió la cuerda con gran habilidad; luego montó una flecha en la cuerda y, levantando el arco, tiró del extremo emplumado hasta la altura de la oreja; un instante después, la cuerda zumbó y la flecha salió disparada a través del claro como un halcón que se deja empujar por el viento del norte. El ciervo más imponente de la manada dio de pronto un salto y cayó muerto, tiñendo la hierba de rojo con su sangre.

—¡Ja! —exclamó Robin—. ¿Qué te ha parecido ese tiro, amigo? Creo que he ganado la apuesta, y en total asciende a trescientos marcos.

A estas alturas, los guardabosques estaban furiosos, y el más furioso de ellos era el que había hablado primero y perdido la apuesta.

—¡De eso nada! —gritó—. No has ganado la apuesta y más vale que te marches ahora mismo o, por todos los santos del cielo, te voy a apalear las costillas hasta que no puedas volver a andar.

—Puede que no lo sepas —dijo otro—, pero acabas de matar un ciervo del rey, y según las leyes de nuestro gracioso señor y soberano, el rey

Enrique, se te deben de cortar las orejas a ras de la cabeza.

—¡Cogedlo! —gritó un tercero.

—No, dejadlo marchar —dijo un cuarto—; pensad que no es más que un crío.

Robin Hood no dijo una palabra; se quedó mirando a los guardabosques con expresión fiera y luego dio media vuelta y se alejó de ellos atravesando el claro a grandes zancadas. Pero su corazón estallaba de ira, pues era un joven de sangre ardiente, propensa a hervir.

Más le habría valido al guardabosques que habló primero dejar a Robin en paz; pero él también estaba fuera de sí, porque el jovenzuelo le había derrotado y por los generosos tragos de cerveza que había ingerido. Y de pronto, sin previo aviso, se puso en pie de un salto, cogió su arco y montó una flecha.

—¡Toma! —gritó—. ¡Y que te vaya bien! —y la flecha partió silbando hacia Robin.

Un guardabosques dispara contra Robin Hood y Robin lo mata

Fue una suerte para Robin que al guardabosques le diera vueltas la cabeza a causa de la bebida, pues de lo contrario no habría podido dar un paso más; la flecha pasó silbando a pocos centímetros de su cabeza. Entonces Robin se volvió rápidamente, montó su arco y disparó una flecha a su vez.

—Dijiste que no soy arquero —exclamó—. ¡Pues dilo ahora!

La flecha voló directamente al blanco; el arquero cayó hacia delante con un gemido y quedó tendido con la cara contra el suelo, entre las flechas desparramadas de su aljaba, cuyas plumas grises se iban tiñendo de sangre. Antes de que los demás pudieran salir de su asombro, Robin había desaparecido en las profundidades del bosque. Algunos salieron en su persecución, pero sin mucho entusiasmo, pues todos temían sufrir la misma muerte que su compañero; así que todos acabaron regresando, cargaron con el difunto y lo llevaron a Nottingham.

Mientras tanto, Robin Hood corría a través del bosque. Se había esfumado toda su alegría y optimismo, pues se sentía abrumado por la carga de haber matado a un ser humano.

—¡Ay! —sollozaba—. ¡Para demostrarte que soy un arquero he dejado viuda a tu esposa! ¡Ojalá nunca me hubieras dirigido la palabra, ojalá no me hubiera acercado a ti, ojalá se me hubiera roto y desprendido el dedo índice, para que esto no hubiera ocurrido! ¡Me precipité al actuar y ahora me sobrará tiempo para lamentarlo!

A causa de esto, Robin se convierte en proscrito

Pero a pesar de su dolor, se acordó del viejo dicho: «Lo hecho, hecho está, y un huevo roto no se puede recomponer». Y así fue como se quedó a vivir en el bosque, que iba a servirle de hogar durante muchos muchos años; no volvería a pasar buenos ratos con los muchachos y muchachas de Locksley. Era un forajido, no sólo por haber dado muerte a un hombre, sino también por haber matado uno de los ciervos del rey; y se ofrecían por su cabeza doscientas libras, como recompensa al que consiguiera llevarlo ante la justicia del rey.

El sheriff de Nottingham juró que sería él quien llevara ante la justicia a aquel bribón de Robin Hood. Tenía para ello dos buenas razones: una, las doscientas libras; otra, que el guardabosques al que había matado Robin Hood era pariente suyo.

Pero Robin se mantuvo oculto en el bosque de Sherwood durante un año, y en ese tiempo se le unieron otros muchos como él, proscritos por una u otra causa. Algunos habían cazado ciervos para saciar el hambre en invierno, cuando no podían encontrar ningún otro alimento, y habían sido descubiertos por los guardabosques, viéndose obligados a huir para salvar sus orejas; a otros les habían arrebatado sus tierras, que pasaron a engrosar las posesiones reales; muchos habían sido despojados por algún noble barón, un rico abad o un poderoso terrateniente…; todos, por una u otra causa, habían llegado a Sherwood huyendo de la injusticia y la opresión.

Al quedar fuera de la ley, Robin Hood reúne una banda

De este modo, al concluir el año, Robin había congregado a su alrededor a más de cien robustos campesinos, los cuales le eligieron como jefe y juraron que, así como ellos se habían visto robados, robarían a su vez a sus opresores, ya fueran nobles, abades, caballeros o terratenientes, y que a todos ellos les arrebatarían lo que ellos habían robado a los pobres por medio de impuestos injustos, rentas excesivas o multas arbitrarias; sin embargo, ayudarían a los pobres que se encontrasen en apuros o necesidad, y les devolverían lo que les habían quitado injustamente. Además de esto, juraron no hacer daño a ningún niño ni ofender jamás a una mujer, ya fuera doncella, casada o viuda; y al cabo de algún tiempo, cuando los habitantes de la zona empezaron a comprobar que Robin y sus bandidos no les harían ningún daño y que toda familia necesitada podía contar con su ayuda en forma de dinero o de alimentos, comenzaron a sentir un profundo aprecio por Robin y su alegre pandilla, contaban numerosos relatos de sus hazañas en el bosque de Sherwood; y acabaron considerándolo uno de los suyos.

Robin Hood sale en busca

de aventuras

Una buena mañana, Robin se levantó mientras los pájaros cantaban alegremente entre las hojas de los árboles, e igualmente se levantaron todos sus hombres, que acudieron a lavarse el rostro y las manos en el frío arroyo de aguas pardas que saltaba juguetón de piedra en piedra.

Entonces Robin habló:

—En catorce días no hemos hecho nada divertido, así que voy a salir en busca de nuevas aventuras. Pero estad atentos aquí en el bosque, porque en cualquier momento podéis oír mi llamada. En caso de apuro, soplaré tres veces mi cuerno; eso significa que tendréis que acudir al galope, porque necesitaré vuestra ayuda.

Y diciendo esto, echó a andar a través del frondoso bosque hasta llegar a los confines de Sherwood. Durante algún tiempo vagó sin rumbo fijo, por caminos y carreteras, por vallecitos cenagosos y siguiendo los bordes del bosque. En un umbroso sendero se cruzó con una moza rubia y rolliza que le saludó alegremente al pasar; más adelante se cruzó con una dama montada a caballo, quitándose el gorro a su paso y recibiendo a cambio una tranquila inclinación de cabeza; vio a un monje gordo montado sobre un asno cargado de alforjas; vio a un gallardo caballero con lanza, escudo y armadura que resplandecían a la luz del sol; vio a un paje vestido de rojo, y vio a un obeso burgués de la vieja Nottingham caminando con aire grave; todo esto vio, pero no encontró ninguna aventura. Por fin tomó un camino que seguía los bordes del bosque y luego una desviación que llevaba a un arroyo ancho y pedregoso, atravesado por un estrecho puente con un tronco. Al acercarse al puente vio que un desconocido muy alto se aproximaba por el otro lado. Al advertirlo, Robin aceleró el paso y el desconocido hizo lo mismo, ambos con la intención de llegar antes y cruzar el primero.

—Echaos atrás —dijo Robin— y dejad que el mejor hombre cruce primero.

—De eso, nada —respondió el desconocido—. Echaos atrás vos, pues el mejor de los dos soy yo.

—Eso lo veremos —dijo Robin—. Y mientras tanto, quedaos donde estáis, o, por el halo radiante de Santa Elfrida, os demostraré cómo las gastamos en Nottingham y os meteré una flecha entre las costillas.

—Mirad que os puedo tundir el pellejo hasta dejarlo de tantos colores como la capa de un mendigo si os atrevéis tan sólo a tocar la cuerda de ese arco que tenéis en las manos —replicó el desconocido.

—Habláis como un asno —dijo Robin—. Podría meteros una flecha en vuestro arrogante corazón en menos tiempo del que necesita un fraile para bendecir un pato asado en San Miguel.

—Y vos habláis como un cobarde, apuntándome al corazón con vuestro arco desde una distancia segura, mientras yo no llevo más que un bastón para defenderme.

—¡Por la fe de mi alma, que nunca en mi vida me han llamado cobarde! —exclamó Robin—. Voy a dejar en el suelo mi arco y mis flechas y, si os atrevéis a dejarme acercar, cogeré yo un palo y pondré a prueba vuestra hombría.

—¡Oh, ya lo creo, os dejaré acercar de buena gana! —dijo el desconocido, apoyándose en su bastón en posición de espera.

Entonces Robin Hood se acercó rápidamente al borde del camino y cortó una magnífica rama de encina, recta y sin defectos, de un metro ochenta de longitud, y regresó al puente cortando las ramillas laterales, mientras el desconocido aguardaba apoyado en su bastón, silbando y mirando a su alrededor. Robin le observó furtivamente mientras recortaba su rama, midiéndolo de pies a cabeza con el rabillo del ojo, y llegó a la conclusión de que nunca había visto un hombre tan fuerte y corpulento. Robin era alto, pero el desconocido le sacaba la cabeza y el cuello, pues debía medir más de dos metros. Robin era ancho de espaldas, pero el desconocido le superaba en más de dos palmos de anchura, y su pecho era como un tonel.

—A pesar de todo —dijo Robin para sus adentros—, me voy a dar el gusto de zurrarte la badana, amigo mío —y luego añadió en voz alta—: Aquí está mi bastón, fuerte y duro. Y ahora esperad ahí, si os atrevéis y no tenéis miedo; lucharemos hasta que uno de los dos caiga al arroyo por efecto de los golpes.

—¡Me parece una idea espléndida! —gritó el desconocido, levantando el bastón sobre la cabeza y haciéndolo girar entre los dedos hasta hacerlo silbar.

La famosa pelea entre Robin Hood y el corpulento desconocido

Ni siquiera los caballeros de la Mesa Redonda del rey Arturo participaron jamás en un combate como el de aquellos dos. Robin saltó ágilmente sobre el puente donde le aguardaba su adversario; hizo una finta y a continuación dirigió un golpe a la cabeza del desconocido que, de haber alcanzado su objetivo, le habría arrojado dando tumbos al agua; pero el desconocido desvió con igual destreza. Allí permanecieron, cada uno en su sitio, sin retroceder ni un dedo, durante toda una hora, dando y recibiendo golpes todo el tiempo, hasta que ambos quedaron cubiertos de chichones y

cardenales, a pesar de lo cual ninguno pensó en decir «basta» ni parecía dispuesto a dejarse derribar del puente. De vez en cuando se detenían para descansar, y los dos pensaban para sí mismos que nunca en su vida se habían topado con un individuo tan hábil en el manejo del bastón. Por fin Robin colocó un golpe en las costillas de su rival que levantó de su casaca tanta polvareda como si hubiera apaleado un pajar.

El desconocido derrota a Robin Hood

Tan fuerte fue el golpe, que el desconocido estuvo a un pelo de caer al agua, pero se recuperó inmediatamente y, con un hábil movimiento, le aplicó a Robin un golpe en el cráneo que hizo brotar la sangre. Esto acabó de enfurecer a Robin, que golpeó con todas sus fuerzas; pero el otro desvió el golpe y una vez más contraatacó, esta vez con tanto acierto que Robin cayó de cabeza al agua, como un bolo derribado.



Encuentro de Robin con el corpulento desconocido en el puente

—¿Dónde te deja eso, amigo? —gritó el desconocido, rugiendo de risa.

—Con el agua al cuello y flotando con la marea —respondió Robin, que tampoco pudo evitar reírse ante su lamentable situación. Luego, se puso en pie y vadeó hasta la orilla, mientras los pececillos huían en todas direcciones, asustados por su intrusión—. Dadme la mano —pidió al llegar a la orilla—. Debo reconocer que sois un tipo fuerte y valeroso, que sabe cómo luchar con un palo. Entre unas cosas y otras, la cabeza me zumba como una colmena de abejas en pleno mes de junio.

Luego se llevó el cuerno a los labios y soltó un trompetazo que resonó por todos los senderos del bosque, añadiendo a continuación:

—Caramba, sois un tipo grande y valiente; no existe de aquí a Canterbury un hombre capaz de hacer lo que vos me habéis hecho.

—Y vos —dijo el desconocido, riendo— peleáis como un hombre de corazón noble.

En aquel momento las ramas se agitaron y de pronto surgió del bosque un numeroso grupo de robustos campesinos, todos vestidos de lana verde, con el leal Will Stutely a la cabeza.

—¿Qué ha pasado, jefe? —exclamó Will—. Estás mojado de pies a cabeza y calado hasta los huesos.

—Poca cosa —respondió alegremente Robin—. Este muchachote me ha tirado de cabeza al agua, además de darme una buena paliza.

—Entonces no se librará de recibir él mismo un chapuzón, con su correspondiente paliza —gritó Will—. ¡A por él, muchachos!

Will y otros proscritos saltaron sobre el desconocido, pero a pesar de su rapidez lo encontraron en guardia y repartiendo bastonazos a diestro y siniestro, de manera que, aunque al final lograron reducirle por la fuerza del número, muchos de ellos quedaron en el suelo, frotándose las doloridas cabezas.

Robin invita al desconocido a unirse a su banda

—¡Quietos! —gritó Robin, riéndose tan fuerte que le dolieron sus maltrechas costillas—. Es un buen hombre y un tipo honrado y no se le hará ningún daño. Ahora escucha, valiente joven: ¿quieres quedarte conmigo y ser de mi banda? Tendrás tres trajes de paño de Lincoln al año, más cuarenta marcos de salario, y compartirás con nosotros lo que la suerte nos depare. Comerás delicioso venado y beberás cerveza de la más fuerte, y serás mi mano derecha, porque nunca en mi vida he conocido mejor luchador de bastón. ¡Habla! ¿Quieres ser uno de mis valientes?

—No lo sé —respondió el desconocido con mal humor, pues no le había gustado verse atacado—. Si no sois mejores con el arco y las flechas que con el bastón, no creo que valgáis gran cosa, al menos en mi tierra. Pero si hubiera entre vosotros un hombre capaz de ganarme con el arco, podría pensar en unirme a vosotros.

—A fe mía que sois insolente, señor —dijo Robin—. No obstante, os daré una oportunidad que no le he dado a nadie. Amigo Stutely, corta un trozo de corteza blanca de cuatro dedos de ancho y colócala en aquel roble, a ochenta metros de distancia. Ahora, forastero, acertad en la corteza con una flecha y podréis consideraros arquero.

—No os quepa duda de que lo haré —aceptó el desconocido—. Dadme un buen arco y una buena flecha, y si no lo acierto podéis desnudarme y azotarme con vuestros arcos hasta que me ponga azul.

Robin derrota al desconocido en tiro con arco

El hercúleo forastero escogió el arco más robusto de todos, con excepción del de Robin, y una pluma recta y emplumada con plumas de ganso gris; apuntó hacia el blanco mientras toda la banda le miraba, sentados o tendidos sobre la hierba, tiró de la cuerda hasta la mejilla y dejó partir la flecha con tal puntería que atravesó el blanco por el mismo centro.

—¡Ajá! Mejora eso si puedes —exclamó, mientras los propios proscritos aplaudían admirados.

—Un buen tiro, en verdad —dijo Robin—. Mejorarlo no puedo, pero desbaratarlo quizá pueda.

Entonces, tomando su propio arco y montando con gran cuidado una flecha, disparó con toda su puntería. La flecha salió volando y, aunque parezca increíble, acertó de lleno en la flecha del desconocido, rompiéndola en astillas. Todos los bandoleros se pusieron en pie y vitorearon entusiasmados a su jefe.

—¡Por el arco de tejo de san Suspenso! —exclamó el desconocido—. ¡Eso es disparar! ¡Jamás en mi vida vi algo semejante! Puedes contar conmigo a partir de ahora. El bueno de Adam Bell[2] era buen arquero, pero jamás llegó a tirar así.

—Entonces hoy he ganado un buen hombre —dijo Robin alegremente—. ¿Cómo te llamas, amigo?

—La gente de donde vengo me llamaba John Pequeño —respondió el desconocido.

Entonces Will Stutely, que era muy amigo de hacer chistes, tomó la palabra.

El desconocido se une a la banda y es bautizado por Will Stutely como el Pequeño John

—Nada de eso, querido forastero —dijo—. No me gusta tu nombre y preferiría cambiártelo. Eres pequeño, de huesos pequeños y miembros pequeños, y por lo tanto te bautizaremos como Pequeño John; y yo seré tu padrino.

Robin Hood y toda su banda se echaron a reír hasta que el forastero empezó a irritarse.

—¿Te burlas de mí? —le dijo a Will Stutely—. Te vas a encontrar con los huesos molidos, y antes de lo que te esperas.

—No, amigo —intervino Robin Hood—. Guárdate la ira, porque el nombre te cuadra bien. De aquí en adelante te llamarás Pequeño John, y nada más que Pequeño John. Venid, muchachos, vamos a preparar la fiesta de bautizo para este tierno infante.

Así pues, dando la espalda al arroyo, se internaron en el bosque y caminaron hasta llegar al lugar donde vivían, en la profundidad de la espesura. Allí habían construido cabañas de troncos y corteza, y camas de juncos cubiertas con pieles de gamo. Allí se alzaba un gigantesco roble cuyas ramas se extendían en todas direcciones, y bajo el cual había un asiento de musgo en que solía sentarse Robin Hood durante las fiestas y jolgorios, rodeado por sus hombres. Allí encontraron al resto de los miembros de la banda, algunos de los cuales llegaban acarreando ciervas bien engordadas. Encendieron grandes hogueras y al poco tiempo las ciervas se estaban asando y se había abierto un barril de espumosa cerveza. Cuando todo estuvo listo para la fiesta, todos se sentaron y Robin situó al Pequeño John a su derecha, pues a partir de entonces iba a ser su segundo en el mando.

Cómo fue debidamente bautizado el Pequeño John

Al concluir el banquete, Will Stutely volvió a hablar.

—Ha llegado el momento, amigos míos, de bautizar a nuestra hermosa criatura. ¿No es así, muchacho?

—¡Sí, sí! —gritaron todos, riendo hasta que sus carcajadas resonaron por todo el bosque.

—Necesitaremos siete padrinos —añadió Will Stutely, escogiendo a continuación a los siete hombres más robustos de toda la banda.

—Os advierto, por san Rigoberto —exclamó el Pequeño John, poniéndose de pie de un salto—, que más de uno lo lamentará si me ponéis un dedo encima.

Pero, sin decir una palabra, todos se lanzaron sobre él a la vez, cogiéndole de los brazos y las piernas y manteniéndolo sujeto a pesar de sus tremendos esfuerzos, mientras toda la banda se ponía en pie para contemplar el espectáculo. Entonces se adelantó uno, al que habían elegido para que hiciera

de sacerdote porque tenía la coronilla calva, llevando en la mano una jarra de cerveza rebosante de espuma.

—¿Quién presenta a este niño? —preguntó muy serio.

—Yo lo presento —respondió Will Stutely.

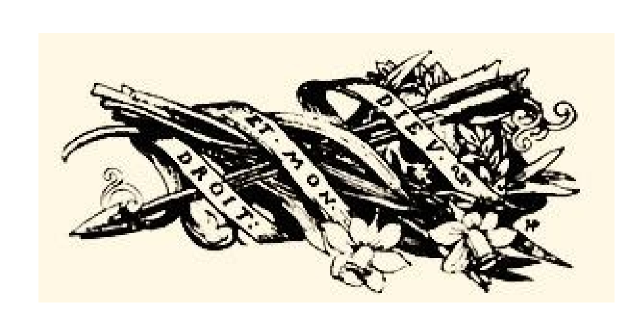
—¿Y qué nombre vas a imponerle?

—Le impongo el nombre de Pequeño John.

—Escucha, Pequeño John —dijo el sacerdote—. Hasta ahora no has vivido, tan sólo te has dejado arrastrar por el mundo, pero a partir de ahora vivirás de verdad. Cuando no vivías te llamabas John Pequeño, pero ahora que vives te llamarás Pequeño John, y con este nombre te bautizo —y al pronunciar estas últimas palabras vació la jarra de cerveza sobre la cabeza del Pequeño John.

Todos gritaron de júbilo al ver la oscura cerveza chorreando por la barba del Pequeño John y goteando por su nariz, mientras sus ojos parpadeaban furiosamente por el picor. Al principio pensó en enfadarse, pero le resultó imposible al ver a los otros tan alegres y acabó echándose a reír con los demás. Entonces Robin se llevó a la dulce criatura, la vistió de pies a cabeza de lana verde de Lincoln, y le entregó un magnífico arco, con lo que pasó oficialmente a ser miembro de la banda.

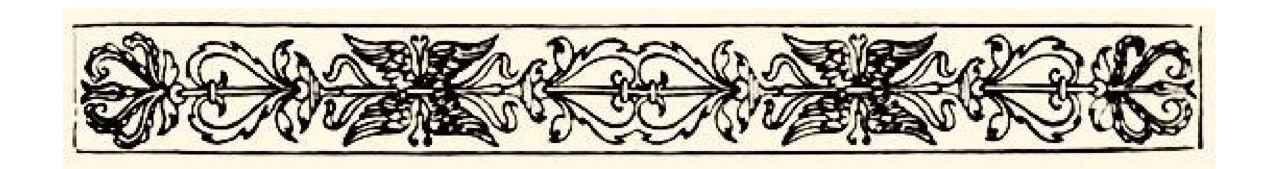
Así fue como Robin Hood se convirtió en un proscrito; así se reunió a su alrededor la banda de alegres juerguistas, y así conoció a su mano derecha, el Pequeño John; y así termina este prólogo. Ahora os contaré cómo el sheriff de Nottingham intentó tres veces capturar a Robin Hood, y cómo fracasó las tres veces.




El sheriff de Nottingham envía un mensaje a Lincoln

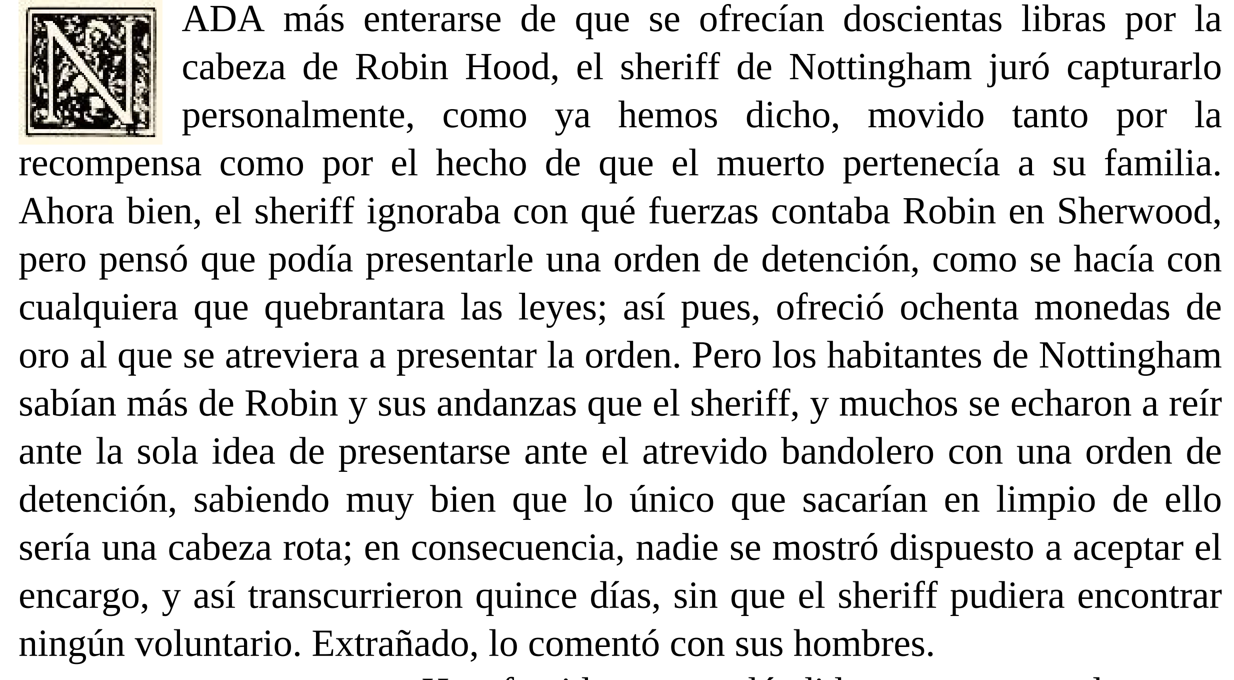
Primera parte

Donde se cuenta cómo el sheriff de Nottingham juró darle su merecido a Robin Hood, y cómo lo intentó tres veces pero fracasó estrepitosamente las tres.



I

Robin Hood y el hojalatero



NADA más enterarse de que se ofrecían doscientas libras por la cabeza de Robin Hood, el sheriff de Nottingham juró capturarlo personalmente, como ya hemos dicho, movido tanto por la recompensa como por el hecho de que el muerto pertenecía a su familia. Ahora bien, el sheriff ignoraba con qué fuerzas contaba Robin en Sherwood, pero pensó que podía presentarle una orden de detención, como se hacía con cualquiera que quebrantara las leyes; así pues, ofreció ochenta monedas de oro al que se atreviera a presentar la orden. Pero los habitantes de Nottingham sabían más de Robin y sus andanzas que el sheriff, y muchos se echaron a reír ante la sola idea de presentarse ante el atrevido bandolero con una orden de detención, sabiendo muy bien que lo único que sacarían en limpio de ello sería una cabeza rota; en consecuencia, nadie se mostró dispuesto a aceptar el encargo, y así transcurrieron quince días, sin que el sheriff pudiera encontrar ningún voluntario. Extrañado, lo comentó con sus hombres.

El sheriff intenta hacerle llegar a Robin Hood una orden de detención, pero no encuentra a nadie que la lleve

—He ofrecido una espléndida recompensa al que se atreva a llevarle a Robin Hood mi orden de detención, y nadie se ha querido hacer cargo del asunto.

—Señor —dijo uno de sus hombres—, no conocéis las fuerzas que tiene reunidas Robin Hood, ni lo poco que le importan las órdenes de reyes y sheriffs. No tiene nada de raro que nadie quiera encargarse de esta misión: temen salir con la cabeza y los huesos rotos.

—¿Acaso todos los hombres de Nottingham son unos cobardes? —dijo el sheriff—. Mostradme un solo hombre en todo Nottinghamshire que se atreva a desobedecer una orden de nuestro señor soberano, el rey Enrique, y, por el sepulcro de san Edmundo, os digo que lo colgaré a cuarenta codos de altura. Pero si en Nottingham no hay nadie que se atreva a ganar ochenta monedas de

oro, lo buscaré en otra parte. En algún lugar de esta tierra tienen que existir hombres de temple.

El sheriff envía un mensaje a Lincoln

El sheriff hizo llamar a un mensajero en quien tenía mucha confianza y le ordenó que ensillara su caballo y se dirigiera a la ciudad de Lincoln, para tratar de encontrar allí a alguien que se atreviera a cumplir la misión y ganar la recompensa. El mensajero partió aquella misma mañana.

El sol resplandecía sobre la polvorienta carretera que llevaba de Nottingham a Lincoln, extendiéndose sobre prados y colinas. No sólo el camino estaba lleno de polvo, sino también la garganta del mensajero, cuyo corazón saltó de gozo al ver frente a él el letrero de la posada del Jabalí Azul, indicando que ya había recorrido más de la mitad del camino. La posada presentaba un aspecto muy atrayente, y la sombra de los robles que la rodeaban parecía fresca y agradable, de modo que el mensajero desmontó de su caballo, dispuesto a tomarse un descanso y refrescarse el gaznate con una jarra de cerveza.

El mensajero tiene un buen encuentro en la posada del Jabalí Azul

Un buen grupo de personas departían alegremente, sentadas ante la puerta, a la sombra de un enorme roble. Había un hojalatero, dos frailes descalzos y un grupo de seis guardabosques reales, todos vestidos de paño verde y todos trasegando cerveza espumosa y entonando baladas de los viejos tiempos. Los guardabosques reían ruidosamente, intercalando bromas entre los cánticos, y más fuerte aún reían los frailes, hombres robustos con barbas enmarañadas como la lana de un carnero negro; pero quien más fuerte reía era el hojalatero, que además cantaba mucho mejor que los demás. De una rama del roble colgaban su bolsa y su martillo, y a su lado tenía un bastón de extremo nudoso y tan grueso como la muñeca de un hombre.

—¡Venid! —le gritó uno de los guardabosques al fatigado mensajero—. Uníos a nosotros en esta ronda. ¡Eh, posadero! Traed otra jarra de cerveza para cada uno.

El mensajero se sentó de buena gana con ellos; se sentía muy cansado y la cerveza era buena.

—¿Qué noticias lleváis, que vais tan aprisa? —preguntó uno—. ¿Y adónde os dirigís?

El mensajero era un tipo parlanchín y nada le gustaba tanto como un buen chismorreo; además, la jarra de cerveza le estaba sentando de maravilla; así pues, instalándose en un cómodo rincón del banco, mientras el posadero y su

mujer escuchaban apoyados en el marco de la puerta, desplegó animadamente su repertorio de noticias, explicándolo todo con gran lujo de detalles: cómo Robin Hood había matado al guardabosques y cómo se había escondido en el bosque para escapar de la justicia; cómo vivía allí burlándose de todas las leyes, cazando los ciervos de Su Majestad y robando a los abades, caballeros y terratenientes, hasta que nadie se atrevía a viajar por la zona por miedo a encontrárselo; cómo el sheriff, a quien Dios guarde, que le pagaba al mensajero seis peniques cada sábado por la tarde, buenos dineros acuñados con la efigie del rey, más cerveza por San Miguel y un ganso cebado en Navidad, se había propuesto hacer detener al bandido, aunque a éste poco le impresionaban las órdenes de reyes y sheriffs, pues no se trataba de un hombre cumplidor de la ley. A continuación contó cómo había resultado imposible encontrar en todo Nottingham un hombre dispuesto a practicar la detención, por miedo a acabar con la cabeza rota y los huesos quebrados, y que por eso él, el mensajero, se dirigía ahora hacia Lincoln para averiguar de qué temple eran los hombres de allí y ver si había alguno que se atreviera a hacerse cargo de la misión; de ese modo había llegado a encontrarse en tan agradable compañía, la mejor que había conocido nunca, y aquella cerveza era la mejor que había probado en su vida.

Todos escuchaban su discurso con la boca y los ojos bien abiertos; se trataba de noticias interesantísimas. Al terminar de hablar el mensajero, se produjo un breve silencio que rompió el hojalatero.

—Yo vengo de la ilustre población de Banbury —dijo— y ni en Nottingham ni en Sherwood, puedo asegurároslo, existe un hombre que pueda medirse conmigo en una pelea. Pardiez, muchachos, ¿acaso no me enfrenté con aquel loco de Simon de Ely, en la famosa feria de Hertford, derrotándolo ante los ojos de sir Robert de Leslie y su dama? Parece que ese Robin Hood, del que nunca había oído hablar, es un tipo peligroso, pero por fuerte que sea, ¿no soy yo más fuerte? Por listo que sea, ¿no seré yo más listo? ¡Por los ojos hechiceros de Nan la Molinera, y por mi propio nombre, que es Wat el del Garrote, y por el hijo de mi madre, que soy yo mismo, os digo que si yo, yo, Wat el del Garrote, me encontrara con ese temido bandolero, y él se atreviera a despreciar el sello de nuestro glorioso soberano el rey Enrique y la orden del ilustrísimo sheriff de Nottingham, sería yo quien le rompería, molería y machacaría los huesos, hasta dejarlo incapaz de mover un solo dedo! ¿Habéis oído, muchachos? Venga, que traigan otra ronda.

—¡Sois el hombre que yo buscaba! —exclamó el mensajero—. Volveréis conmigo a Nottingham.

—No —dijo el hojalatero, meneando la cabeza—. Yo no voy con nadie que no haya elegido por propia voluntad.

—¡Caramba! —dijo el mensajero—. No hay nadie en Nottingham que pueda obligaros a hacer algo contra vuestra voluntad, valiente amigo.

—Así es, soy valiente —dijo el hojalatero.

—De acuerdo, sois valiente —replicó el mensajero—; pero nuestro buen sheriff ha ofrecido ochenta monedas de oro a quien le presente a Robin Hood la orden de detención; aunque de poco le servirán.

El hojalatero acompaña al mensajero para presentarle a Robin Hood la orden de detención

—Eso es distinto; iré con vos, amigo. Esperad tan sólo a que recoja mi bolsa, mi martillo y mi bastón. Ya tengo ganas de ver si ese Robin Hood no hace caso de la orden del rey.

Y, tras pagar sus consumiciones, el mensajero emprendió el camino de regreso a Nottingham, con el hojalatero caminando junto a su caballo.

Pocos días después de esto, Robin Hood salió de mañana hacia Nottingham para enterarse de lo que ocurría por allí, y caminaba alegremente por la vera del camino, sobre la hierba cuajada de margaritas, dejando vagar la vista y los pensamientos. Llevaba su cuerno colgado de la cintura y su arco y flechas a la espalda; y en la mano llevaba un recio bastón de roble, que hacía girar con los dedos mientras andaba.

Así llegó a un claro umbroso y vio que por el otro lado se aproximaba un hojalatero, entonando una alegre canción. Colgados a la espalda llevaba un saco y un martillo, y en la mano un garrote de casi dos metros de largo. Mientras se acercaba, venía cantando:

En tiempos de cosecha, cuando el perro oye el cuerno
de caza hasta que cae abatido el venado,
y se sienta el zagal con su flauta de caña, vigilando el rebaño,
yo salgo a coger fresas por los bosques y prados.

—¡Buenos días, amigo! —gritó Robin.

Me fui a recoger fresas.

—¡Hola! —volvió a gritar Robin.

Fui por frondosos bosques y cañadas.

—¡Eh! ¿Estáis sordo, amigo? ¡He dicho buenos días!

—¿Y quién sois vos, que os atrevéis a interrumpir así una buena canción? —preguntó el hojalatero, cesando en sus cánticos—. Buenos días a vos, seáis amigo o no; pero permitidme deciros, joven caminante, que si sois amigo será bueno para ambos; pero si no lo sois, será muy malo para vos.

—Entonces, más vale que seamos amigos —dijo alegremente Robin—, porque no me vendría bien que me viniera mal, sobre todo si el mal me viene de ese garrote que tan bien lleváis, así que seamos buenos amigos.

—Oh, bueno, seámoslo —dijo el hojalatero—. Pero os advierto, joven amigo, que vuestra lengua es tan veloz que mi torpe y pesado ingenio apenas puede seguirla, así que hablad normalmente, porque yo soy una persona muy normal, a fe mía.

—¿Y de dónde venís, aguerrido forastero? —preguntó Robin.

—Vengo de Banbury —respondió el hojalatero.

—¡Caramba! —exclamó Robin—. He oído muy malas noticias de allí esta misma mañana.

—¿De verdad? —preguntó el hojalatero, con ansiedad—. Contádmelo enseguida, por favor; ya veis que soy hojalatero y, como a todos los de mi profesión, me interesan tanto las noticias como a un cura los peniques.

—Muy bien, entonces —dijo Robin—. Escuchad y os contaré, pero armaos de valor, porque las noticias son malas de verdad. Allá van: he oído que hay dos hojalateros en el cepo, por abusar de la cerveza.

—¡Mal viento se os lleve a vos y a vuestras noticias, perro insolente! —gritó el hojalatero—. No se debe hablar tan a la ligera de la desgracia de la buena gente. Pero tenéis razón, son malas noticias: dos buenas personas en el cepo…

—No —dijo Robin—. No lo habéis entendido y estáis llorando por la burra sana. La mala noticia es que sólo hay dos en el cepo, porque los demás se escaparon y siguen sueltos por ahí.

—¡Por la bandeja de plata de santa Renata! —exclamó el hojalatero—. Me están entrando ganas de sacudirte el pellejo por tus bromas de mal gusto. Pero si ponen a la gente en el cepo por emborracharse, ¿cómo es que tú andas libre?

Robin se echó a reír a carcajadas.

—¡Bien dicho, hojalatero, bien dicho! Vuestro ingenio es como la cerveza, que se vuelve más espumosa cuando es amarga. Pero no os falta razón, amigo, pues me gusta la cerveza como al que más. Así que acompañadme hasta el Jabalí Azul y si sois bebedor como parecéis, y no creo

que me engañe vuestro aspecto, os llenaré el gaznate con la mejor cerveza que se sirve en todo Nottinghamshire.

—A fe mía, que sois un tipo agradable, a pesar de vuestras deplorables bromas —dijo el hojalatero—. Me gustáis, y que me lleve el diablo si no os acompaño al Jabalí Azul.

El hojalatero acompaña a Robin Hood al Jabalí Azul

—Ahora, contadme alguna noticia, por favor —pidió Robin mientras reemprendían el camino—. Me consta que los hojalateros siempre andan tan cargados de noticias como un huevo de sustancia.

—Sólo porque os quiero como a un hermano, joven camarada —dijo el hojalatero—. De lo contrario no os contaría nada, pues soy un hombre astuto y tengo entre manos cierta empresa que exigirá todo mi ingenio, ya que vengo en busca de un desalmado bandolero al que la gente de por aquí llama Robin Hood. En mi bolsa llevo la orden de detención, escrita en un buen pergamino, por cierto, con un gran sello rojo que la hace legal. Si puedo encontrar a ese Robin Hood, se la plantaré ante sus delicadas narices y, si no la acata, le voy a moler a palos hasta que todas sus costillas canten «amén». Pero vos, que vivís por los alrededores, quizá conozcáis a ese Robin Hood.

—Oh, en cierto modo —dijo Robin—. De hecho, lo he visto esta misma mañana. Pero debo advertiros, hojalatero, que por aquí se dice que es un ladrón muy astuto. Más vale que vigiléis vuestra orden, o podría robárosla de vuestra bolsa.

—¡Que lo intente! —gritó el hojalatero—. Podrá ser astuto, pero también yo lo soy. Me gustaría encontrármelo aquí mismo, de hombre a hombre —y al decir esto le hizo girar el bastón sobre su cabeza—. Pero decidme, ¿qué clase de hombre es?

—Se parece bastante a mí —dijo Robin echándose a reír—. Tiene más o menos la misma edad, estatura y complexión; y también los ojos azules, como yo.

—No puede ser —dijo el hojalatero—. Vos no sois más que un jovenzuelo. Por el miedo que le tienen en Nottingham, pensé que se trataría de un tipo crecido y barbudo.

—La verdad es que no es tan viejo ni tan robusto como vos —dijo Robin —, pero la gente dice que no es malo con la pica.

—Puede que así sea —dijo el hojalatero con firmeza—, pero no podrá conmigo. ¿Acaso no derroté en buena lid a Simon de Ely en la feria de Hertford? Pero si lo conocéis, camarada, ¿por qué no me guiáis ante él? El

sheriff me ha prometido ochenta monedas de oro si le presento la orden a ese bandido, y diez de ellas serían para vos si me llevaseis a donde está.

—No me parece mal —respondió Robin—, pero mostradme esa orden para que yo vea si en verdad es legítima.

Robin promete al hojalatero llevarle ante el que busca

—No se la enseñaría ni a mi propio hermano —negó el hojalatero—. Nadie verá esta orden hasta que yo se la presente personalmente al interesado.

—Está bien —dijo Robin—. Si no me la enseñáis, no podré saber a quién va dirigida. Pero ya se ve el letrero del Jabalí Azul; entremos a saborear su cerveza parda.

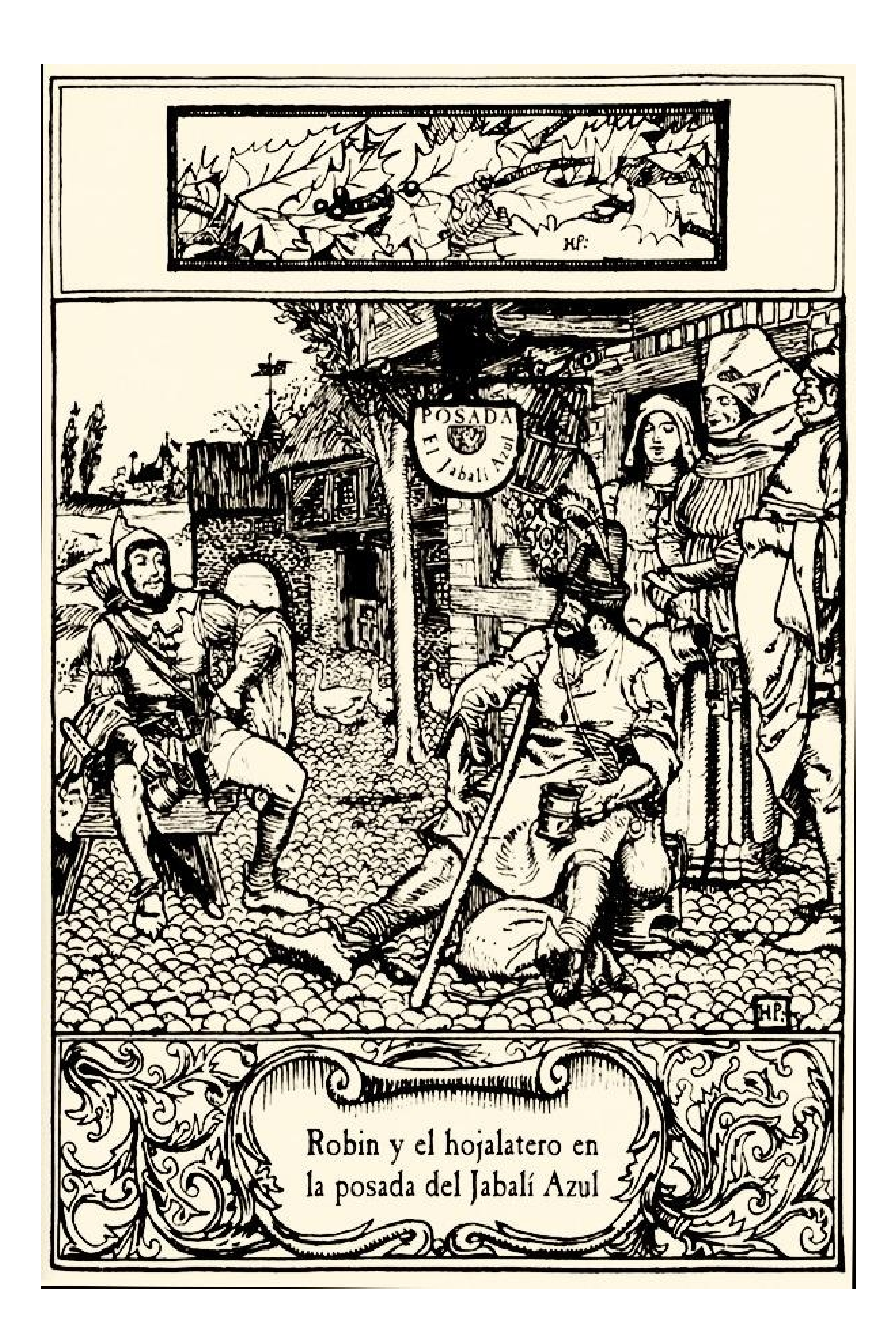
En todo Nottinghamshire no existía una posada tan acogedora como el Jabalí Azul. Ninguna otra tenía a su alrededor tan magníficos árboles ni se encontraba cubierta de clemátides y madreselvas trepadoras; en ninguna se servía cerveza de tanta calidad; y en invierno, cuando sopla el viento del norte y la nieve se acumula junto a los setos, en ninguna parte se podía encontrar un fuego tan reconfortante como el que ardía en el hogar del Jabalí Azul. En tales ocasiones se reunía allí una alegre partida de gente del campo, que se sentaba en torno al fuego intercambiando bromas y devorando manzanas asadas empapadas en cerveza. Robin Hood y su banda conocían muy bien el local; tanto Robin como el Pequeño John, Will Stutely o el joven David de Doncaster solían acudir allí con frecuencia cuando las nevadas se abatían sobre el bosque. El posadero era un hombre que sabía mantener la lengua callada y tragarse las palabras antes de que llegaran a los labios; tenía muy claro quién le llenaba la olla, ya que Robin y su banda eran los mejores clientes que tenía, y siempre pagaban a tocateja sin necesidad de apuntar deudas con tiza detrás de la puerta. Así pues, cuando entraron Robin y el hojalatero, pidiendo a grandes voces dos buenas jarras de cerveza, nadie habría sospechado por la conducta del posadero que éste hubiera visto antes al bandolero.

Robin Hood emborracha al hojalatero en el Jabalí Azul

—Quedaos aquí —le dijo Robin al hojalatero—, mientras yo voy a asegurarme de que el posadero nos sirve cerveza del barril bueno, pues me consta que tiene cerveza de la mejor, fermentada por el propio Withold de Tamworth.

Y con esta excusa, se introdujo en la trastienda para indicarle al posadero que añadiera una buena dosis de aguardiente flamenco a la cerveza inglesa; así lo hizo el posadero, que se apresuró a servirles las bebidas.

—¡Por la Virgen Nuestra Señora! —exclamó el hojalatero tras un largo trago de cerveza—. Ese Withold de Tamworth (un buen nombre sajón, si me permitís decirlo) hace la mejor cerveza que jamás han catado los labios de Wat el del Garrote.



Robin y el hojalatero en la posada del Jabalí Azul

—Bebe, amigo, bebe —le animó Robin, que se limitaba mientras tanto a humedecerse los labios—. ¡Eh, posadero! ¡Traedle a mi amigo otra jarra de lo mismo! Y ahora cantemos, amigo mío.

—Sí, cantaré para ti, camarada —accedió de buena gana el hojalatero—. ¡Jamás he probado una cerveza igual en la vida! ¡Por la Virgen, que ya me empieza a dar vueltas la cabeza! ¡Eh, señora posadera, acercaos a escuchar una canción! Y vos también, hermosa doncella; canto mucho mejor cuando unos bellos ojos me contemplan.

Y el hojalatero empezó a cantar una antigua balada de los tiempos del buen rey Arturo, titulada *La boda de sir Gawain*, que quizá alguno de vosotros conozca por haberla leído escrita en inglés antiguo; y mientras cantaba, todos escuchaban atentamente la edificante historia del noble caballero que se sacrificó por su rey; pero mucho antes de que el hojalatero llegara a la última estrofa, la lengua empezó a trabársele y la cabeza a darle vueltas, a causa del aguardiente mezclado con la cerveza. Primero le falló la vocalización, luego empezó a desentonar y, por último, empezó a menear la cabeza de un lado a otro, hasta caer dormido como si nunca más fuera a despertarse.

Entonces Robin se echó a reír y, sin perder tiempo, sus ágiles dedos extrajeron la orden de detención de la bolsa del hojalatero.

El hojalatero se queda dormido y Robin roba la orden de detención

—Eres listo, hojalatero —dijo—; pero aún estás verde para competir con ese astuto ladrón llamado Robin Hood.

A continuación, Robin llamó al posadero y le dijo:

—Buen hombre, aquí tenéis diez chelines por las atenciones que nos habéis ofrecido. Os ruego que cuidéis de mi buen compañero, y cuando despierte podéis cobrarle a él otros diez chelines. En caso de que no los tenga, no vaciléis en quedaros como prenda su bolsa y su martillo, e incluso su capote. Así castigo yo a quienes vienen al bosque con la intención de cargarme de cadenas. En cuanto a vos, jamás he conocido a un posadero que no esté dispuesto a cobrar doble si puede.

Al oír esto, el posadero sonrió maliciosamente, como diciéndose para sus adentros el antiguo refrán campesino: «¿Vas a enseñarle a una urraca a sorber huevos?».

El hojalatero se despierta y el posadero le presenta la cuenta, quedándose con su capote, su bolsa y su martillo, por lo cual jura

El hojalatero siguió durmiendo hasta la caída de la tarde, cuando las sombras se extendían por las lindes del bosque, y entonces se despertó. Miró hacia arriba, miró hacia abajo, miró hacia el este y

vengarse de Robin miró hacia el oeste, tratando de hacerse con el control de sus sentidos, como quien recoge espigas esparcidas por el viento. Se acordó de su alegre camarada, pero no lo encontró por ningún lado; a continuación se acordó de su recio bastón, y comprobó que lo tenía en la mano; por último se acordó de su orden de detención y de las ochenta monedas de oro que iba a ganar por presentársela a Robin Hood. Metió la mano en la bolsa, pero la encontró vacía y limpia de polvo y paja. Entonces se puso en pie, hirviendo de rabia.

—¡Posadero! —gritó—. ¿Dónde se ha metido ese rufián que estaba conmigo?

—¿Qué queréis decir, señoría? —preguntó el posadero, intentando apaciguar al hojalatero con el tratamiento honorífico, como quien vierte aceite sobre las aguas agitadas—. No he visto a ningún rufián con su señoría, y os aseguro que nadie se atrevería a llamar rufián a vuestro compañero, estando tan cerca del bosque de Sherwood. Os vi en compañía de un buen hombre y di por supuesto que vuestra señoría le conocía, pues son pocos los que por aquí no le conocen.

—¿Cómo va a conocer a tus cerdos quien nunca ha estado en tu pocilga? ¿Quién era, puesto que le conocéis tan bien?

—Se trata de una persona bastante conocida por estos alrededores, a quien la gente de por aquí llama Robin Hood.

—¡Por la Virgen! —exclamó el hojalatero asombrado, con una voz tan ronca como la de un toro enfurecido—. Me viste entrar en tu posada, a mí, un honrado y trabajador artesano, y no me advertiste quién era mi acompañante, sabiendo perfectamente quién era. Me están entrando ganas de partirte ese cráneo de ladrón —y diciendo esto, empuñó su bastón y miró al posadero con mirada asesina.

—¡No! —gritó el posadero, protegiéndose la cabeza con el codo—. ¿Cómo iba yo a saber que vos no le conocíais?

—Debes dar gracias a que soy un hombre paciente —dijo el hojalatero—, pues de lo contrario te abriría tu calva coronilla y no volverías a estafar a ningún cliente. Pero en cuanto a ese rufián de Robin Hood, voy ahora mismo a por él; y dejaré de ser hombre si no le rompo el garrote en la cabeza —y diciendo esto, se dispuso a partir.

—No —dijo el posadero, saliéndole al paso con los brazos extendidos, pues el dinero le daba valor—. No iréis a ninguna parte hasta que me paguéis lo consumido.

—¿Acaso no te pagó él?

—Ni un cuarto de penique; y os habéis bebido cerveza por valor de diez chelines. No, os digo que no saldréis de aquí sin haberme pagado, o daré cuenta de ello a nuestro sheriff.

—Pero no tengo con qué pagarte, amigo mío —dijo el hojalatero.

—¡De amigo nada! —dijo el posadero—. No soy amigo de nadie que me haga perder diez chelines. Pagadme lo que me debéis en dinero contante y sonante, o dejad aquí vuestro capote, la bolsa y el martillo; aun así, salgo perdiendo, porque todo eso no vale diez chelines. Y más vale que os deis prisa, porque tengo un perro muy fiero y os lo echaré encima. Maken, abre la puerta y suelta a *Brian* si ese tipo se atreve a dar un paso.

—No, no —dijo el hojalatero, que tenía abundante experiencia con los perros de campo—. Coge lo que quieras y déjame ir en paz, mala peste te mate…, pero en cuanto coja a ese bellaco mal nacido, juro que le haré pagar con creces lo que ha hecho.

Y con estas palabras se alejó en dirección al bosque, hablando consigo mismo, mientras el posadero, su mujer y la doncella le veían marchar, esperando hasta que se encontró a buena distancia para echarse a reír.

—¡Bien hemos despojado a ese asno de sus alforjas, Robin y yo! —exclamó el posadero.

El hojalatero se encuentra con Robin Hood en el bosque

En aquel momento, Robin Hood caminaba por el bosque en dirección a Fosse Way, para ver lo que hubiera que ver, puesto que había luna llena y la noche prometía ser clara. En la mano llevaba un recio bastón de encina y colgado del costado el cuerno de caza. Iba silbando alegremente por un sendero del bosque, sin saber que en dirección opuesta venía el hojalatero, hablando solo y sacudiendo la cabeza como un toro enfurecido; al llegar a una curva se encontraron frente a frente. Ambos permanecieron inmóviles un instante, hasta que Robin dijo:

—¡Hola pajarito! ¿Qué te pareció la cerveza? ¿No quieres cantarme otra canción?

El hojalatero no dijo nada de momento, limitándose a mirar a Robin con el rostro encendido de ira.

—Vaya —dijo por fin—. Me alegro de encontrarte. Si hoy no me hago un sonajero con tu pellejo y tus huesos, te autorizo a que me pises el cuello.

—Lo haré de todo corazón —respondió alegremente Robin—. Sacúdeme los huesos si puedes.

Y diciendo esto, aferró su bastón y se puso en guardia. El hojalatero se escupió en las manos, empuñó su propio bastón y se lanzó al ataque. Lanzó dos o tres golpes y pronto comprendió que se enfrentaba a un rival de cuidado, pues Robin los paró y desvió todos, y antes de que el hojalatero pudiera darse cuenta recibió a cambio un buen porrazo en las costillas. Robin se echó a reír de nuevo y el hojalatero se enfureció aún más, golpeando con toda su fuerza e intención. Robin paró dos de los golpes, pero al tercero su bastón se partió bajo la terrible fuerza del hojalatero.

—Así te pudras, palo traidor —exclamó Robin, dejándolo caer al suelo—. Vaya manera de comportarte cuando más te necesito.

—¡Ríndete! —gritó el hojalatero—. Eres mi prisionero, y si te resistes te voy a atizar hasta hacerte puré los sesos.

Robin no respondió, pero llevándose el cuerno a los labios soltó tres fuertes trompetazos.

—Sopla, sopla todo lo que quieras —dijo el hojalatero—, pero vendrás conmigo a Nottingham, donde el sheriff se alegrará de verte. Y ahora ríndete de una vez o me veré obligado a machacarte tu bonita cabeza.

—Es un mal trago, lo reconozco —dijo Robin—, pero nunca me he rendido a nadie, y menos sin haber sido herido. Y, pensándolo bien, tampoco voy a rendirme ahora. ¡Aquí, muchachos! ¡Rápido!

Y en aquel momento salieron de la espesura el Pequeño John y otros seis hombres vestidos de verde.

—Aquí estamos, jefe —exclamó el Pequeño John—. ¿Qué tripa se te ha roto para que pegues esos trompetazos?

—Este hojalatero que aquí veis quiere llevarme a Nottingham para que me cuelguen de un árbol.

—A él sí que le colgaremos, y aquí mismo —dijo el Pequeño John, avanzando hacia el hojalatero seguido por los demás.

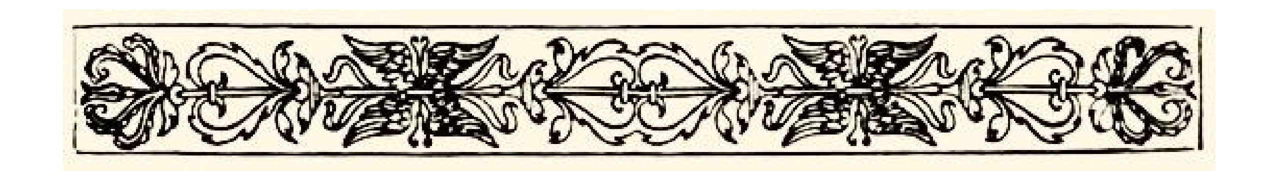
—¡Quietos, no le toquéis! —ordenó Robin—. Se trata de un hombre valiente, cuyo oficio es trabajar el metal y cuyo carácter es tan recio como los metales que trabaja. Y además, canta muy aceptablemente. Escucha, amigo, ¿no quieres unirte a mis hombres? Recibirás tres trajes de paño verde cada año, más un salario de veinte marcos; compartirás todo con nosotros y vivirás regaladamente en el bosque; aquí en la espesura de Sherwood vivimos a salvo de todo mal, cazando venados y comiéndonos su carne acompañada de gachas con miel. ¿Quieres venir conmigo?

El hojalatero se une a la banda

—¡Qué demonios, me quedaré con vosotros! —decidió el hojalatero—. Me gusta la buena vida y me gustas tú, amigo,

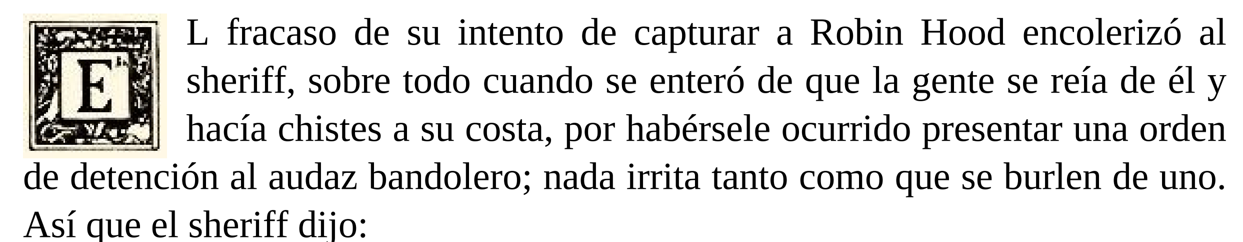
> porque no me moliste las costillas ni te aprovechaste de mí cuando pudiste hacerlo. Incluso reconozco que eres más listo que yo; te obedeceré y estaré siempre a tus órdenes.

Y así, todos se internaron en las profundidades del bosque, donde el hojalatero iba a vivir a partir de entonces, cantando baladas para la banda hasta que apareció el famoso Allan de Dale, ante cuya cristalina voz todas las demás parecían tan ásperas como el graznido de un cuervo; pero ésta es otra historia.



II

El concurso de tiro de Nottingham



L fracaso de su intento de capturar a Robin Hood encolerizó al sheriff, sobre todo cuando se enteró de que la gente se reía de él y hacía chistes a su costa, por habérsele ocurrido presentar una orden de detención al audaz bandolero; nada irrita tanto como que se burlen de uno. Así que el sheriff dijo:

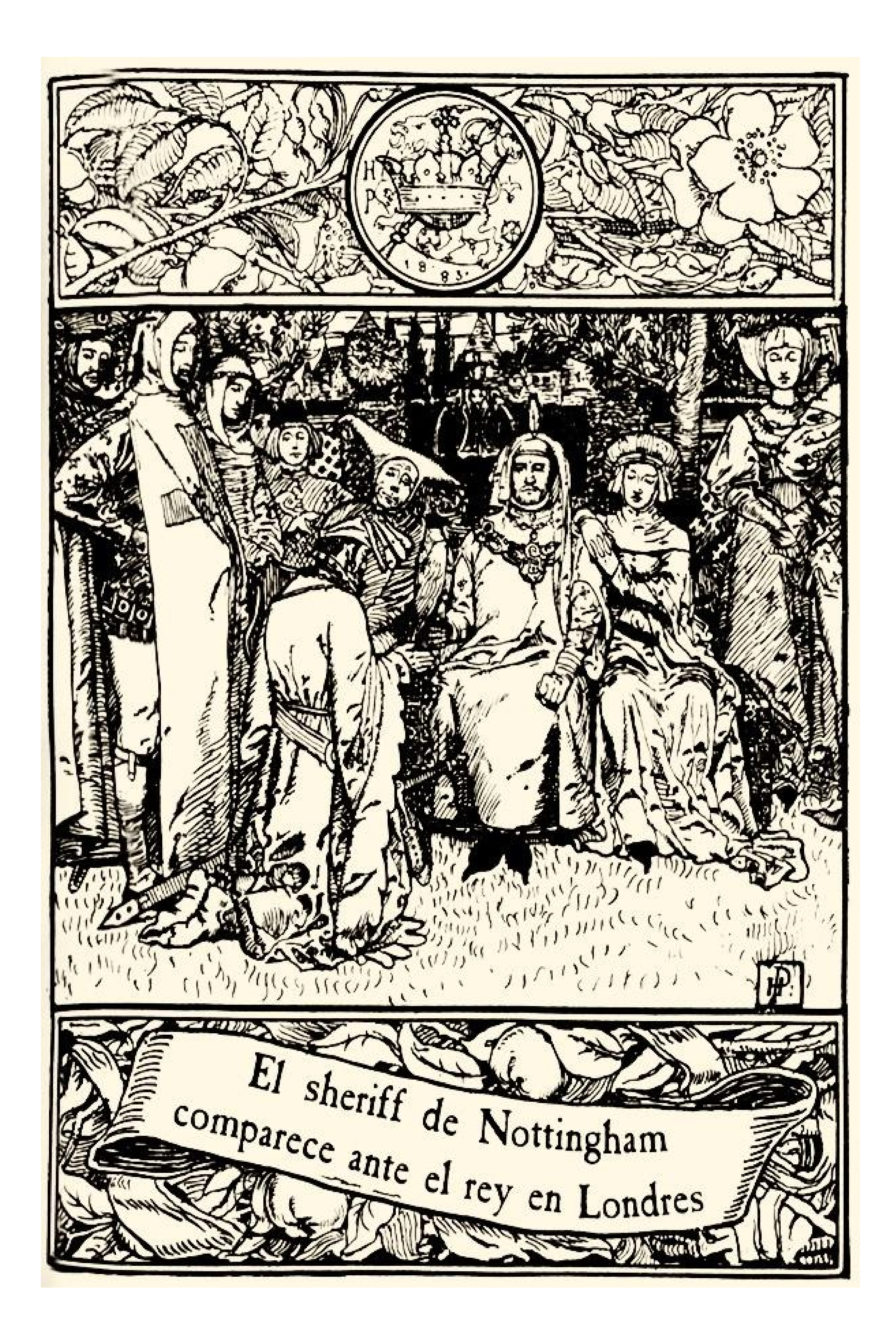
—Es preciso que el rey, nuestro señor y soberano, se entere de esto, de cómo esta banda de rebeldes forajidos viola y quebranta sus leyes. Y en cuanto a ese hojalatero traidor, yo mismo le ahorcaré, si llego a cogerlo, del árbol más alto de todo Nottinghamshire.

Tras lo cual, ordenó a todos sus criados y servidores que prepararan el viaje a Londres, para comparecer ante el rey.

Se dispone a visitar al rey

Todo era ajetreo en el castillo del sheriff, todo eran carreras de un lado para otro, y todos los fuegos de las herrerías de Nottingham brillaban en la noche como estrellas centelleantes, pues todos los herreros se encontraban ocupados haciendo o reparando armaduras para las tropas que escoltarían al sheriff. Los preparativos se prolongaron durante dos días; al tercero, todo estaba ya dispuesto para el viaje. Brillaba el sol cuando la partida salió de Nottingham, en dirección a Fosse Way y de ahí a Watling Street. Viajaron durante dos días, hasta que por fin divisaron las torres y chapiteles de la gran ciudad de Londres; y a su paso la gente se detenía a mirar, admirando el magnífico espectáculo de los jinetes que recorrían los caminos con sus relucientes armaduras, sus vistosos penachos y sus engalanadas cabalgaduras.

En Londres tenían su corte el rey Enrique y la reina Leonor, con sus alegres damas vestidas de seda y raso, terciopelo y tela de oro, con sus valientes caballeros y galantes cortesanos. Cuando llegó el sheriff, fue llevado a presencia del rey.


El sheriff de Nottingham
comparece ante el rey en Londres

—Una petición, señor —dijo arrodillándose en el suelo.

—Bien, veamos —dijo el rey—. ¿Qué es lo que deseas?

El sheriff comparece ante el rey

—¡Oh, señor y soberano! —exclamó el sheriff—. En el bosque de Sherwood, perteneciente al noble condado de Nottingham, se oculta un bandolero llamado Robin Hood.

—¡Valiente novedad! —dijo el rey—. Sus hazañas han llegado incluso a nuestros reales oídos. Parece ser un truhan rebelde e insolente, pero apostaría a que también es un tipo divertido.

—Escuchad, ¡oh gracioso soberano! —insistió el sheriff—. Le hice llegar una orden de detención, con el mismísimo sello de vuestra majestad, y él emborrachó al portador y robó la orden. Y además mata vuestros venados y roba a vuestros leales súbditos, asaltándolos por los caminos.

El rey se indigna

—¿Y bien? —preguntó el rey, indignado—. ¿Qué es lo que pretendes de mí? Te presentas ante mí con un despliegue de soldados y escuderos y aun así no eres capaz de capturar a una miserable banda de rufianes sin petos ni armaduras. ¡Y en tu propio condado! ¿Acaso no están vigentes mis leyes en Nottinghamshire? ¿No eres capaz de entendértelas por ti mismo con los que quebrantan las leyes o atentan contra ti y los tuyos? Fuera de aquí, fuera, y piénsatelo bien; haz tus propios planes, pero no me molestes más, y tenlo muy presente, sheriff: quiero que mis leyes sean obedecidas por todos los habitantes de mi reino, y si no eres capaz de hacerlas cumplir, no me sirves como sheriff. Así que, te repito, piénsatelo bien o te irá tan mal como a esos ladrones de Nottinghamshire. Cuando llegue la riada, arrastrará por igual el grano y la paja.

El sheriff regresa a su casa

El sheriff salió de la audiencia con el corazón turbado y oprimido, arrepintiéndose de haber acudido con tan aparatosa escolta, ya que al rey le había indignado que tuviera tantos hombres a sus órdenes y aun así no pudiera hacer cumplir las leyes. Y mientras cabalgaban de regreso a Nottingham, el sheriff permaneció en silencio, sumido en sus pensamientos. No dijo una sola palabra y ninguno de sus hombres se atrevió a hablarle; se pasó todo el tiempo maquinando planes para atrapar a Robin Hood.

—¡Ajá! —exclamó de pronto, palmeándose la cadera—. ¡Ya lo tengo! ¡Al galope todos! ¡Regresemos a Nottingham lo antes posible! Y fijaos bien en lo que os digo: antes de que pasen quince días, ese maldito Robin Hood estará encadenado en los calabozos de Nottingham.

Pero ¿cuál era el plan del sheriff?

Igual que un judío que cuenta las monedas de una bolsa, palpando cada moneda para comprobar si tiene el peso exacto, el sheriff iba puliendo los detalles de su plan mientras cabalgaba hacia Nottingham, contemplando uno por uno todos sus aspectos y encontrando algún defecto en todos ellos. Por fin se le ocurrió pensar en el carácter atrevido de Robin Hood, que —como bien sabía el sheriff— le llevaba a veces a penetrar tras los muros de la propia Nottingham.

«Veamos —se dijo el sheriff—: Si pudiera atraer a Robin Hood hasta Nottingham, donde le tendría al alcance de la mano, le echaría el guante y no podría volver a escapárseme».

Y de pronto se le ocurrió la luminosa idea de convocar un gran concurso de tiro y ofrecer un premio irresistible, que por fuerza tuviera que atraer a Robin Hood. La idea le pareció tan brillante que exclamó «¡ajá!» y se palmeó de nuevo la cadera.

El sheriff convoca un concurso de tiro en la ciudad de Nottingham

En cuanto hubo regresado a Nottingham, envió mensajeros en todas direcciones: norte, sur, este y oeste, anunciando por pueblos, granjas y caseríos el gran concurso de tiro, al que podía presentarse cualquiera que fuera capaz de tender un arco, y cuyo premio consistiría en una flecha de oro puro.

Cuando Robin Hood escuchó la noticia se encontraba en Lincoln, pero se apresuró a regresar al bosque de Sherwood, donde reunió a todos sus hombres y les habló así:

Robin se entera del concurso y decide acudir

—Escuchad, camaradas, las noticias que hoy traigo de Lincoln. Nuestro amigo el sheriff de Nottingham ha convocado un concurso de tiro, y sus mensajeros lo anuncian por todo el condado. El premio es una flecha de oro puro. Yo creo que estaría bien que uno de nosotros la ganara, porque se trata de un buen premio y porque lo ha ofrecido nuestro buen amigo el sheriff. Cojamos, pues, nuestros arcos y flechas y vayamos a participar en el concurso. Estoy convencido de que no nos faltará la diversión. ¿Qué decís, muchachos?

El joven de Doncaster tomó entonces la palabra y dijo:

—Te ruego, jefe, que escuches lo que digo. Vengo ahora mismo de hablar con nuestro amigo Eadom, el del Jabalí Azul, y allí también se habló de este concurso. Pero Eadom me contó, y a él se lo dijo Ralph el Caracortada, uno de los hombres del sheriff, que ese bribón te ha tendido una trampa, y que el concurso no es más que un pretexto para atraerte allí. No vayas, jefe; lo que

pretende es engañarte. Más vale que te quedes en el bosque, donde, por el momento, no nos acecha ninguna desgracia.

—Mira, David —dijo Robin—. Eres un chico listo, que sabe mantener los ojos bien abiertos y la boca cerrada, como corresponde a un buen emboscado. Pero ¿quién dice que el sheriff de Nottingham es capaz de acorralar a Robin Hood y a más de cien arqueros tan buenos como los mejores de Inglaterra? No, David, lo que me cuentas hace que sienta aún más deseos de ganar el premio. ¿Qué es lo que decía el bueno de Swanthold? «El que se apresura se quema la boca, y el insensato que cierra los ojos cae al pozo». Le haremos caso y combatiremos la astucia con la astucia. Algunos de vosotros os vestiréis de frailes, otros de labradores, otros de hojalateros o de mendigos, pero que cada uno lleve su arco y su espada, por si surge la necesidad. Estoy dispuesto a competir por esa flecha de oro, y si la gano la colgaremos de las ramas de este árbol, para regocijo de toda la banda. ¿Qué os parece el plan, compañeros?

—¡Muy bueno! —gritaron todos los proscritos a coro.

El célebre concurso de tiro de Nottingham

El día del concurso, la ciudad de Nottingham presentaba un aspecto espléndido. Al pie de las murallas, a todo lo largo de la verde pradera, se habían instalado filas de bancos, formando estrados para las damas y caballeros, los terratenientes, los burgueses adinerados y sus esposas; nadie se sentaba allí si no era persona de rango y calidad. En un extremo, cerca de la diana, había un asiento elevado, engalanado con cintas, banderolas y guirnaldas de flores, para el sheriff de Nottingham y su dama. El espacio así delimitado medía cuarenta pasos de anchura. A un extremo se encontraba la diana, y al otro una tienda de lona a rayas, en cuyo mástil ondeaban banderas y cintas de todos los colores. En esta tienda había barriles de cerveza, de los que podía servirse gratuitamente cualquier arquero que deseara aplacar la sed.

A partir de los estrados donde se sentaban las personalidades había una barandilla a modo de barrera para que el público corriente no se apelotonara delante de la diana. Desde muy temprano, los bancos se fueron llenando de personajes de calidad, que llegaban constantemente en carruajes o palafrenes, anunciados por el alegre repicar de las campanillas de plata que adornaban sus riendas. Y también fue acudiendo mucha gente humilde, que se sentaba o se tendía en la hierba, cerca de la barandilla que los separaba del campo de tiro. En la gran tienda se iban reuniendo los arqueros, en grupos de dos o tres; algunos se jactaban a grandes voces de los triunfos obtenidos en otras competiciones; otros revisaban sus arcos, pasando los dedos a lo largo de la

cuerda para comprobar que no se deshilachaba, o examinando las flechas con un ojo cerrado para asegurarse de que no estaban torcidas, pues tanto el arco como las flechas debían encontrarse en perfectas condiciones, dada la ocasión y el premio disputado. En toda la historia de Nottingham no se había visto semejante congregación de campeones: el concurso había logrado atraer a los mejores arqueros de toda Inglaterra. Allí estaban Gill de la Gorra Roja, el mejor de los arqueros del sheriff, y Diccon Cruikshank, de la ciudad de Lincoln; y Adam de Dell, el campeón de Tamworth, un hombre de más de sesenta años pero aún fuerte como un toro, que en sus tiempos había participado en el célebre torneo de Woodstock, donde había derrotado al famosísimo arquero Clym o'the Clough; y muchos otros virtuosos del arco, cuyos nombres han llegado hasta nosotros en los versos de antiguas baladas.

Todos los asientos estaban ya ocupados por nobles y sus damas o burgueses con sus esposas cuando aparecieron por fin el sheriff y su mujer, él cabalgando con aire majestuoso sobre un caballo blanco como la leche y ella sobre una potra de color castaño. El sheriff iba tocado con una gorra de terciopelo violeta, y vestía una toga del mismo color y material, con bordes de armiño; su jubón y sus calzas eran de seda verde mar, y sus zapatos de terciopelo negro, con las puntas atadas a las ligas mediante cadenas de oro. Al cuello llevaba una gran cadena, también de oro, de la que pendía un enorme diamante montado en oro rojo. Su esposa vestía de terciopelo azul, adornado con plumón de cisne. Era todo un espectáculo verlos cabalgar juntos, y el público los vitoreó desde sus localidades de a pie. Así llegaron el sheriff y su esposa hasta sus asientos, donde los aguardaba a pie firme un grupo de soldados con lanzas y cotas de malla.

Cuando ambos se hubieron sentado, el sheriff ordenó a su heraldo que hiciera sonar su cuerno de plata; en respuesta a su orden sonaron tres vigorosos trompetazos que provocaron ecos en las murallas de Nottingham. Al oír la señal, los arqueros se aproximaron a sus posiciones, mientras el público gritaba enardecido, cada uno aclamando a su arquero favorito. «¡Gorra Roja!», gritaban unos; «¡Cruikshank!», vociferaban otros; «¡Viva William de Leslie!», exclamaban algunos. Y mientras tanto, las damas hacían ondear sus pañuelos, animando a los competidores a esforzarse al máximo.

Entonces el heraldo se adelantó y anunció en voz alta las reglas del torneo:

—Se tira desde esta marca, que se encuentra a ciento cincuenta metros del blanco. En primer lugar, cada hombre disparará una flecha, y entre todos los arqueros se seleccionará a los diez que mejor tiro hayan realizado, que

pasarán a la siguiente eliminatoria. Estos diez dispararán dos flechas cada uno, y entre ellos se seleccionará a los tres mejores. Los tres finalistas dispararán tres flechas cada uno, y aquel que venza ganará el premio ofrecido.

El sheriff escudriñó con la mirada la hilera de arqueros, tratando de comprobar si Robin Hood se encontraba entre ellos; pero no había ninguno vestido de paño verde, como solían vestir Robin y su banda.

«A pesar de todo —se dijo—, bien pudiera estar ahí, y no se le ve entre la masa de espectadores. Esperemos a que sólo queden diez tiradores, pues, o no le conozco, o es seguro que se encontrará entre ellos».

Los arqueros disparan

Los arqueros fueron disparando uno tras otro, ante el asombro del público, que jamás había visto tanta puntería. Seis flechas dieron en la misma diana, otras cuatro en el círculo inmediato, y sólo dos se clavaron en el círculo exterior; y cuando la última flecha acertó de nuevo en la diana, los espectadores rompieron en vítores; la competición iba a ser muy disputada.

Una vez seleccionados los diez mejores, se comprobó que seis de ellos eran arqueros famosos en todo el país, cuyos nombres eran conocidos por casi toda la concurrencia. Estos seis hombres eran Gilbert de la Gorra Roja, Adam de Dell, Diccon Cruikshank, William de Leslie, Hubert de Cloud y Swithin de Hertford. Otros dos eran campesinos de Yorkshire, otro era un desconocido alto y vestido de azul, que decía venir de Londres, y el último era otro desconocido, andrajoso y vestido de rojo, que llevaba un parche cubriéndole un ojo.

—Fíjate bien —le dijo el sheriff a uno de sus soldados—. ¿Reconoces entre esos diez a Robin Hood?

—No, señoría —respondió el soldado—. A seis de ellos los conozco bien. De esos dos campesinos de Yorkshire, uno es demasiado alto y el otro demasiado bajo para tratarse del bandido. Robin tiene la barba rubia como el oro, mientras que ese mendigo de rojo tiene la barba castaña, además de ser tuerto. Y en cuanto al forastero de azul, calculo que Robin tiene los hombros al menos tres pulgadas más anchos.

—Entonces —dijo el sheriff, palmeándose con disgusto la cadera—, eso quiere decir que ese bandido es un cobarde, además de un ladrón, y no se atreve a dar la cara ante hombres de verdad.

Tras un breve descanso, los diez arqueros clasificados se adelantaron para disparar de nuevo. Cada uno disparó dos flechas en medio de un absoluto silencio; la multitud miraba el espectáculo sin apenas respirar. Pero cuando se

hubo lanzado la última flecha, estalló una nueva ovación, y muchas personas arrojaron sus gorros al aire, maravilladas por la exhibición.

—¡Por la corona de la Virgen, Nuestra Señora! —exclamó sir Amyas de Dell, un anciano de más de ochenta años que se sentaba cerca del sheriff—. ¡En mi vida vi disparar así, y eso que llevo más de sesenta años viendo a los mejores arqueros del reino!

Sólo quedaban tres tiradores en competición. Uno de ellos era Gill de la Gorra Roja; otro, el harapiento desconocido vestido de rojo; y el tercero era el viejo Adam de Dell, de Tamworth. Toda la multitud vitoreaba a grito pelado, unos exclamando «¡Viva Gilbert de la Gorra Roja!» y otros «¡Viva el campeón Adam de Tamworth!», pero ni una sola voz se alzó para aclamar al forastero de rojo.

—Procura afinar el tiro, Gilbert —le dijo el sheriff a su campeón—, y si sales vencedor te daré cien peniques de plata, además del premio.

—Lo haré lo mejor que pueda —respondió Gilbert con firmeza—. Cada uno hace lo que puede, pero esta vez intentaré superarme.

Y así diciendo, sacó de la aljaba una flecha larga y bien emplumada, y la montó con destreza; levantó el arco y dejó partir la flecha, que voló en línea recta hasta clavarse en la misma diana, a un dedo del centro. La multitud rompió a gritar «¡Gilbert, Gilbert!».

—¡Un magnífico tiro, a fe mía! —exclamó el sheriff, aplaudiendo.

El desconocido harapiento derrota a Gill de la Garra roja

A continuación se adelantó el andrajoso desconocido, y la gente se echó a reír al ver un remiendo amarillo que le asomaba bajo el brazo cuando levantó el codo para disparar, y también el verle tomar puntería con un solo ojo. El forastero montó rápidamente el arco y disparó una flecha inmediatamente; tan rápido fue el disparo que no transcurrió ni un respiro desde que empezó a montar la flecha hasta que ésta se clavó en el blanco; y sin embargo, se había acercado más al centro que la de Gilbert.

—¡Por todos los santos del Paraíso! —gritó el sheriff—. ¡Qué manera de disparar!

Entonces disparó Adam de Dell, y su flecha se clavó exactamente junto a la del desconocido. Tras un breve descanso, los tres volvieron a tirar, y una vez más las tres flechas se clavaron en la diana, pero esta vez la de Adam de Dell quedó más lejos del centro, y de nuevo el forastero realizó el mejor tiro. Y tras otro período de descanso, los tres se dispusieron a tirar por última vez. Gilbert tomó puntería con gran parsimonia, midiendo cuidadosamente la distancia y disparando con la mayor precisión. La flecha salió silbando y la

multitud empezó a gritar hasta hacer temblar las mismas banderas que ondeaban al viento, hasta espantar a los grajos y cornejas que se posaban en los tejados de la vieja torre gris, pues la saeta se había clavado junto al punto que señalaba el centro exacto de la diana.

—¡Bien hecho, Gilbert! —gritó el sheriff, radiante de gozo—. Creo que el premio es tuyo, y bien ganado. Y tú, mendigo harapiento, veamos si eres capaz de superar ese tiro.

El desconocido vestido de rojo gana el premio

El forastero no dijo nada, pero pasó a ocupar su puesto mientras se hacía el silencio; la multitud no se atrevía a hablar ni a respirar, expectante por lo que pudiera ocurrir a continuación. El desconocido, apenas sin moverse, montó rápidamente el arco, lo levantó, mantuvo la cuerda tensa apenas un instante, y dejó partir la flecha. Ésta voló tan acertadamente que arrancó una pluma de la flecha de Gilbert, que cayó revoloteando al sol, mientras la flecha del forastero se alojaba en el mismo centro de la diana, pegada a la del de la Gorra Roja. Durante unos momentos, el silencio fue absoluto; nadie gritaba y todos se miraban asombrados.

—¡No! —dijo al fin el viejo Adam de Dell, exhalando al mismo tiempo un largo suspiro y meneando la cabeza de un lado a otro—. Más de veinte años llevo tirando, y puedo decir que no se me da mal, pero hoy ya no tiro más. Es imposible competir con ese desconocido, quienquiera que sea —y diciendo esto, metió con brusquedad la flecha en su aljaba y desmontó el arco.

Entonces el sheriff descendió de su estrado y se acercó, con un flamear de sedas y terciopelos, hasta donde el desconocido aguardaba, apoyado en su arco, mientras la multitud se agolpaba para contemplar a aquel hombre que manejaba el arco de modo tan maravilloso.

—Muy bien, buen hombre —dijo el sheriff—. Aquí te entrego el premio que tan justamente has ganado. ¿Cómo te llamas y de dónde procedes?

—Me llaman Jock de Teviodtale, y de ahí es de donde vengo —respondió el forastero.

—Pues por la Virgen te digo, Jock, que eres el mejor arquero que han visto mis ojos. Si quieres entrar a mi servicio, te vestiré con algo mejor que esos andrajos que llevas encima; comerás y beberás de lo mejorcito, y recibirás como salario ochenta marcos cada Navidad. Apuesto a que eres mejor arquero incluso que ese cobarde bandido de Robin Hood, que no se ha atrevido a asomar la nariz por aquí. ¿Qué me dices? ¿Quieres unirte a mis hombres?

—No, creo que no —respondió el forastero, con cierta brusquedad—. Yo voy por mi cuenta y no acepto órdenes de ningún hombre de Inglaterra.

—¡Entonces, vete y mala fiebre te mate! —exclamó el sheriff, con la voz temblando de ira—. A fe mía que me están entrando ganas de hacerte azotar por tu insolencia —y, girando sobre sus talones, se alejó a grandes zancadas.

Robin y su banda regresan a Sherwood

Aquel mismo día se celebró una alegre reunión alrededor del árbol grande, en lo más profundo del bosque de Sherwood. Había por lo menos veinte frailes descalzos, unos cuantos tipos que parecían hojalateros, y otros que parecían mendigos y labradores. Y en el asiento de musgo se sentaba un hombre vestido de harapos rojos, con un parche que le cubría un ojo, y que empuñaba en una mano la flecha de oro ganada en el concurso de tiro. En medio de un estruendo de risas y voces, se quitó el parche del ojo, se despojó de los andrajos rojos, bajo los cuales llevaba un traje de paño verde, y dijo:

—Esto es fácil de quitar, pero el tinte castaño no se me irá tan fácilmente del pelo.

Esto hizo que todos rieran aún más fuerte; en efecto, era el propio Robin Hood quien había recibido el premio de manos del sheriff.

Todos se sentaron a disfrutar de la fiesta, mientras comentaban la jugarreta que le habían gastado al sheriff y las aventuras que les habían ocurrido a los miembros de la banda mientras iban disfrazados. Pero cuando la fiesta hubo concluido, Robin se llevó aparte al Pequeño John y le dijo:

—La verdad es que en el fondo me siento ofendido, cada vez que me acuerdo del sheriff diciendo «eres mejor que ese cobarde bandido de Robin Hood, que no se ha atrevido a asomar la nariz». Me gustaría hacerle saber quién ha ganado la flecha de oro entregada por su propia mano, y decirle de paso que no soy tan cobarde como él me considera.

—Pues entonces —dijo John— iremos tú y yo y Will Stutely y le daremos la noticia al gordinflón del sheriff por un medio que no se espera.

Robin Hood envía un mensaje al sheriff

Aquella noche, el sheriff dio una gran cena en el salón principal de su mansión de Nottingham. Se habían instalado mesas largas en la enorme sala para más de ochenta comensales, entre soldados, empleados y siervos. Todos ellos hablaban de la gran competición de tiro, entre platos de carne y jarras de cerveza. El sheriff presidía la comida, desde un asiento elevado con un dosel, y a su lado se sentaba su mujer.

—¡Por vida de…! —Estaba diciendo—. Hubiera jurado que ese bribón de Robin Hood iba a presentarse hoy al concurso. No pensé que fuera tan

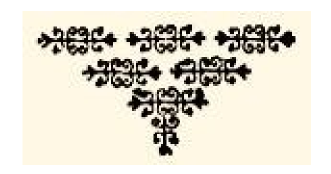
cobarde. Pero ¿quién sería ese otro insolente que me respondió con tanto descaro? No sé cómo no lo mandé azotar; pero tenía algo que hacía pensar que no siempre ha vestido harapos.

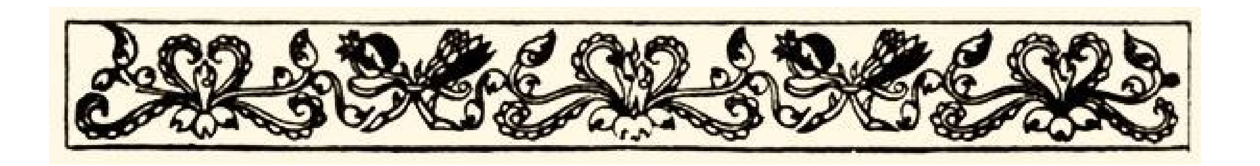
Apenas había terminado de hablar cuando algo cayó con gran estrépito entre los platos de la mesa, haciendo que algunos comensales se levantaran sorprendidos, preguntándose qué ocurría. Al cabo de unos instantes, un soldado reunió el valor necesario para recoger el objeto y presentárselo al sheriff. Entonces todos pudieron ver que se trataba de una flecha con la punta roma y un pergamino atado cerca de la punta. El sheriff desplegó el pergamino y lo examinó, mientras se le hinchaban las venas de la frente y sus mejillas enrojecían de ira, a causa de lo que en él leía:

Ríen las gentes de Sherwood
mientras comentan a coro
que el astuto Robin Hood
ganó la flecha de oro.

—¿De dónde ha salido esto? —rugió el sheriff con voz atronadora.

—Entró por la ventana, señoría —respondió el hombre que le había entregado la flecha.





III

El rescate de Will Stutely

CUANDO el sheriff comprendió que ni las órdenes ni la astucia le habían valido contra Robin Hood, montó en cólera y se dijo:

—¡Tonto de mí! Si no le hubiera hablado al rey de Robin Hood, ahora no estaría metido en este aprieto; pues ahora debo capturarle si no quiero que caiga sobre mí la ira de su graciosísima majestad. He probado con los conductos legales, he recurrido a la astucia, y he fracasado en ambas ocasiones; veremos, pues, qué se puede lograr por la fuerza.

El sheriff recurre a la fuerza contra Robin y su banda

Habiendo tomado esta decisión, reunió a los oficiales de su guardia y les comunicó su plan:

—Cada uno de vosotros tomará cuatro hombres, perfectamente armados —les dijo—. Entraréis en el bosque por diferentes puntos, y procuraréis sorprender a Robin Hood. Pero si alguno de los grupos se encuentra con un enemigo superior en número, que toque la corneta y todos los demás grupos acudirán en su ayuda. Creo que de este modo conseguiremos atrapar a ese bandido vestido de verde. Aquel que se tope con Robin Hood recibirá cien libras en monedas de plata si me lo trae vivo o muerto; por cada uno de los miembros de la banda pagaré cuarenta monedas, vivo o muerto. A base de valor e ingenio, lo conseguiremos.

Así partieron hacia el bosque de Sherwood sesenta pelotones de cinco hombres dispuestos a capturar a Robin Hood, todos ellos soñando con atrapar personalmente al famoso bandolero, o al menos a uno de su banda. Durante siete días con sus noches recorrieron los senderos del bosque, pero en todo este tiempo no llegaron a ver a un solo hombre vestido de verde, pues Robin Hood estaba advertido del plan gracias al leal Eadom del Jabalí Azul.

Al recibir la noticia, Robin había comentado:

—Si el sheriff se atreve a enviar tropas a combatirnos, labrará su desgracia y la de muchos hombres mejores que él, pues correrá la sangre y

vendrán malos tiempos para todos. Pero espero poder evitar los enfrentamientos sangrientos, pues no quisiera llevar la desgracia a muchas familias causando la muerte de nadie. Ya una vez maté a un hombre y no quiero volver a matar, pues se trata de una carga demasiado pesada para el alma. Permaneceremos ocultos dentro del bosque de Sherwood y confiemos en que todo salga bien; pero si nos vemos obligados a defendernos lucharemos con todas nuestras fuerzas.

Robin y su banda se ocultan en la espesura de Sherwood

Al oír este discurso, muchos proscritos sacudieron la cabeza y dijeron para sus adentros: «Ahora el sheriff nos tomará por cobardes, y los habitantes del condado se burlarán de nosotros, diciendo que tenemos miedo a enfrentarnos a sus hombres». Pero se tragaron sus palabras sin pronunciarlas, e hicieron lo que Robin les ordenaba.

Así pues, todos se mantuvieron ocultos en la espesura del bosque de Sherwood durante siete días y siete noches, sin asomar la cara en todo ese tiempo; pero al llegar la mañana del octavo día, Robin Hood reunió a su banda y dijo:

—¿Quién quiere ir a averiguar cómo les va a los hombres del sheriff? No creo que se vayan a quedar para siempre disfrutando de las bellezas de nuestro bosque.

Un estruendoso clamor acogió estas palabras; todos enarbolaban sus arcos, ofreciéndose a gritos para la misión. A Robin se le hinchó el corazón de orgullo al contemplar la lealtad y el valor de sus camaradas, y entonces dijo:

—Estoy orgulloso de vosotros, amigos míos; sois la mejor partida de valientes que haya podido existir. Pero todos no podéis venir. Tendré que escoger a uno de vosotros, y ése será Will Stutely, que es tan astuto como el zorro más viejo del bosque de Sherwood.

Al oír esto, Will Stutely pegó un brinco y estalló en risas y aplausos a sí mismo, por haber sido elegido entre todos los proscritos.

—Gracias, jefe —dijo—. Si no te traigo noticias de esos bribones, dejaré de llamarme Will Stutely.

Will Stutely va a conseguir información sobre los movimientos del sheriff

A continuación, Will se vistió con un hábito de fraile, bajo el cual ocultó una buena espada, de modo que pudiera esgrimirla con facilidad. Así disfrazado, se puso en camino hasta llegar al lindero del bosque y salir a la carretera. Vio dos de los grupos del sheriff, pero no desvió su camino, limitándose a echarse la capucha sobre la cara y juntar las

manos, como si estuviera sumido en profunda meditación. Por fin, llegó a divisar el letrero del Jabalí Azul.

«Allí podré enterarme de todo por medio de nuestro buen amigo Eadom», se dijo.

Will llega a la posada del Jabalí Azul

A las puertas del Jabalí Azul encontró otra de las partidas del sheriff, bebiendo animadamente; sin dirigirle la palabra a nadie, se sentó en un banco apartado, con el bastón entre las manos y la cabeza inclinada hacia adelante, como si estuviera meditando. Permaneció sentado a la espera de poder hablar a solas con el posadero; pero Eadom no le había reconocido, tomándolo por un pobre fraile fatigado por la caminata, y decidió dejarle tranquilo, sin hablarle ni molestarle. «Hasta un perro tiene derecho a sentarse a descansar», se dijo.

Mientras Stutely aguardaba, el rollizo gato de la posada acudió a restregarse contra sus piernas, levantándole un palmo el faldón del hábito. Stutely se estiró el hábito inmediatamente, pero el jefe de la patrulla del sheriff estaba mirando, y había visto el paño verde de Lincoln bajo el hábito monacal.

El patrullero sospecha de Will

No dijo nada de momento, pero empezó a discurrir de la siguiente manera: «Ese tipo no es un fraile, y ningún campesino honrado va por ahí disfrazado de fraile; y tampoco un ladrón lo haría sin tener un buen motivo. Todo induce a pensar que se trata de uno de los hombres de Robin Hood». Habiendo llegado a esta conclusión, dijo en voz alta:

—Decid, padre, ¿no aceptaríais una buena jarra de cerveza de marzo para aplacar la sed del alma?

Pero Stutely negó con la cabeza, absteniéndose de hablar por temor a que alguno de los presentes reconociera su voz.

El patrullero insistió:

—¿Hacia dónde os dirigís, reverendo padre, en un día tan caluroso?

—Voy en peregrinación hacia Canterbury —respondió Will Stutely, enronqueciendo la voz para que nadie pudiera reconocerla.

Entonces el guardia habló por tercera vez:

—Decidme, reverendo padre, ¿es costumbre que los peregrinos a Canterbury lleven ropas de paño verde debajo de los hábitos? ¡Ja! A fe mía que pienso que sois un malhechor, quizá uno de los forajidos de la banda de Robin Hood. Y ahora, por la Virgen os advierto que, si movéis un solo dedo de la mano o el pie, os atravesaré de lado a lado con mi espada.

Con un rápido movimiento, desenvainó su espada y saltó sobre Will Stutely, pensando cogerle desprevenido. Pero Stutely ya había empuñado su propia espada por debajo del hábito y estaba en guardia antes de que el patrullero llegara hasta él.

Tras una breve lucha Will es apresado

Éste sólo tuvo ocasión de lanzar un golpe, que Will desvió hábilmente, devolviendo a cambio una fuerte estocada que alcanzó de lleno al patrullero. En aquel momento, Will habría podido escapar, pero le resultó imposible porque el herido, medio inconsciente por la pérdida de sangre, se agarró a sus piernas al caer. Los demás guardias saltaron sobre Will, que aún logró herir a otro de ellos, aunque el casco de acero amortiguó el golpe, salvándole la vida. Mientras tanto, el semidesvanecido jefe arrastró a Will en su caída, y uno de los guardias le aplicó un golpe en la cabeza que hizo correr la sangre por la cara de Will, cegándolo momentáneamente. Cayó forcejeando, y todos se lanzaron encima, aunque Will se resistía de tal modo que les resultaba muy difícil sujetarle. Por fin lograron atarle de pies y manos con cuerdas de cáñamo. Habían vencido, pero para dos de ellos había sido un día aciago: el jefe de la patrulla estaba gravemente herido, y el otro, al que Stutely hirió en la cabeza, tendría que guardar cama durante muchos días hasta lograr recuperar las fuerzas que tenía antes de esta famosa pelea.

La noticia del prendimiento llega a Robin Hood

Robin Hood esperaba bajo el árbol de las reuniones, pensando cómo le iría a Will Stutely, cuando de pronto vio que dos de sus hombres venían corriendo por el sendero, y que entre ellos corría Maken, la rolliza moza del Jabalí Azul. Robin sintió que se le encogía el corazón, pues estaba seguro de que aquello significaba malas noticias.

—¡Han cogido a Will Stutely! —gritaron en cuanto estuvieron al alcance de sus oídos.

—¿Eres tú la que ha traído la mala noticia? —preguntó Robin a la muchacha.

—Sí señor, yo lo vi todo —respondió ella, jadeando como una liebre que acaba de escapar de los podencos—. Y me temo que esté mal herido, porque recibió un golpe muy malo en la cabeza. Lo ataron para llevarlo a Nottingham, y antes de salir del Jabalí Azul oí cómo decían que lo ahorcarán mañana.

—No ahorcarán a Will mañana —exclamó Robin—. Y si lo hacen muchos morderán el polvo y otros tantos tendrán motivos sobrados para lamentar ese día.

Llevándose el cuerno a los labios, tocó tres fuertes cornetazos, a cuyo sonido acudieron corriendo todos los proscritos del bosque, hasta que en torno a Robin hubo reunidos unos ciento cuarenta valientes.

Robin Hood reúne a toda su banda

—¡Escuchad todos! —gritó Robin—. Nuestro querido camarada Will Stutely ha sido capturado por los malditos hombres del sheriff, y no nos quedará más remedio que arrebatárselo. Tendremos que arriesgar el cuello por él, tal como él arriesgó su cuello por nosotros. ¿Estáis de acuerdo todos, compañeros?

—¡Sí! —exclamaron todos a una.

—Que quede claro —insistió Robin—. Si alguno no está dispuesto a arriesgar el cuello, puede quedarse a salvo aquí en Sherwood. No quiero obligar a nadie. Pero mañana traeré de vuelta a Will Stutely o moriré con él.

Entonces el Pequeño John tomó la palabra:

—¿Acaso piensas que hay uno solo entre nosotros que no arriesgaría la vida por un compañero en apuros? Si lo hay, es que no conozco a esta gente. Y si lo hubiera, lo echaríamos a palos de nuestro querido bosque. ¿No es así, camaradas?

—¡Sí! —gritaron de nuevo todos a una. No existía ni uno solo de ellos que no estuviera dispuesto a arriesgarlo todo por un amigo en peligro.

Al día siguiente, todos fueron saliendo del bosque de Sherwood por diferentes senderos, pues era preciso proceder con mucha astucia; la banda se dividió en grupitos de dos o tres, tras haber acordado reunirse en una cañada próxima a Nottingham. Cuando todos hubieron llegado al punto de reunión, Robin les habló de la siguiente manera:

—Permaneceremos emboscados aquí hasta que podamos obtener información. Tendremos que ser muy prudentes y astutos si queremos arrancar a nuestro amigo Will de las garras del sheriff.

Robin y sus hombres llegan a Nottingham y se esconden hasta obtener información

Permanecieron ocultos durante mucho tiempo, hasta que el sol estuvo muy alto. Era un día caluroso y ningún viajero recorría la polvorienta carretera, a excepción de un anciano peregrino que caminaba a paso lento por el sendero que corría paralelo a las grises murallas de Nottingham. Cuando Robin comprobó que no había nadie más a la vista, llamó al joven David de Doncaster, que era un hombre muy sagaz para la edad que tenía, y le dijo:

—Ve allá, joven David, y habla con aquel peregrino que camina junto a las murallas. Acaba de salir de Nottingham y puede tener noticias de nuestro

Will.

David hizo lo que le decían, y cuando llegó hasta el peregrino le saludó con gran cortesía:

—Buenos días, reverendo padre. ¿Podéis decirme cuándo van a ahorcar a Will Stutely? No quisiera perderme el espectáculo. He venido de muy lejos para ver a ese bellaco bailando al extremo de una cuerda.

—¡Contén la lengua, insensato joven! —exclamó el peregrino—. ¿Cómo puedes hablar así cuando un buen hombre va a ser ahorcado, sin haber hecho nada más que defender su vida? —al decir esto golpeó con furia el suelo con su bastón—. ¡Yo digo que es una desgracia que ocurran estas cosas! Hoy mismo le ahorcarán, al atardecer, a la caída del sol, a ochenta varas de la puerta principal de Nottingham, donde se juntan tres caminos. El sheriff ha jurado que morirá como advertencia a todos los proscritos de Nottinghamshire. Pero yo digo de nuevo que es una desgracia, porque aunque Robin Hood y su banda sean proscritos, no roban más que a los ricos, a los poderosos y a los explotadores, y no existe en los alrededores de Sherwood una viuda ni un campesino cargado de hijos que no cuente con su ayuda para comer durante todo el año. Me rompe el corazón ver morir a un hombre tan valeroso como ese Stutely, pues en mis tiempos fui campesino sajón, antes de hacerme peregrino, y no puedo evitar mirar con simpatía a un tipo que trata sin contemplaciones a los malditos normandos y a los abades cargados de dinero. Si el jefe de este Stutely supiera el peligro que corre su hombre, quizá acudiría en su ayuda para arrancarle de manos de sus enemigos.

—Sí, eso es verdad —dijo el joven David—. Si Robin y sus hombres estuvieran por aquí cerca, estoy seguro de que harían lo posible por sacarle de este aprieto. Pero podéis estar seguro, anciano, de que si Will Stutely muere será vengado con creces.


El anciano peregrino trae noticias de Will
Stutely al joven David de Doncaster
HP.

Y diciendo esto, dio media vuelta y se alejó; pero el peregrino se le quedó mirando, murmurando para sus adentros: «Juraría que este joven no es ningún labriego que ha venido a ver un ahorcamiento. Bien, bien…, quizá Robin Hood no ande muy lejos…, parece que hoy será un día sonado». Y sin dejar de murmurar, reemprendió su camino.

David de Doncaster consigue noticias de Will Stutely

Cuando David de Doncaster le contó a Robin lo que le había dicho el peregrino, Robin reunió a la banda y les habló así:

—Vamos a entrar directamente en Nottingham y nos mezclaremos con la gente; pero manteneos bien atentos y procurad acercaros todo lo posible al prisionero y los guardias cuando salgan fuera de las murallas. No hiráis a nadie sin necesidad; me gustaría evitar el derramamiento de sangre, pero si tenéis que golpear, hacedlo fuerte, para que no sea necesario otro golpe. Manteneos unidos hasta que regresemos a Sherwood, y que no quede atrás ningún compañero.

El sol iba bajando por occidente cuando se oyó sonar una trompeta desde lo alto de las murallas. Al instante, toda la ciudad de Nottingham se puso en movimiento y la multitud llenó las calles, pues todos sabían que aquel día iba a morir ahorcado el famoso bandido Will Stutely. Al cabo de un rato se abrieron de par en par las puertas del castillo y por ellas salió con gran estruendo una compañía de hombres armados, a cuyo frente cabalgaba el propio sheriff, cubierto de pies a cabeza de reluciente cota de malla. En medio de la guardia rodaba un carro, sobre el cual iba Will Stutely con un dogal alrededor del cuello. A causa de la pérdida de sangre, su rostro estaba tan pálido como la luna cuando sale en pleno día, y sus rubios cabellos formaban pegotes sobre la frente, adheridos a la sangre coagulada. Al salir del castillo miró a un lado y a otro, pero aunque vio algunos rostros que reflejaban compasión y unos pocos que expresaban amistad, no vio ninguna cara conocida. Esto hizo que sus esperanzas descendieran en picado, a pesar de lo cual procuró mostrarse animoso.

—Ponedme una espada en las manos, señor sheriff —dijo—, y lucharé con vos y con todos vuestros hombres hasta que las fuerzas y la vida me abandonen.

Will Stutely le pide al sheriff una espada para morir luchando, y el sheriff se la niega

—Nada de eso, despreciable bellaco —respondió el sheriff, volviendo la cabeza y mirando fijamente a Will Stutely—. No tendrás espada y morirás de mala muerte, como corresponde a un miserable ladrón, que es lo que eres.

—Entonces limitaos a desatarme las manos y lucharé con vosotros sin más arma que mis puños desnudos. No pido armas, sólo quiero que no me ahorquen como a un perro.

Entonces el sheriff se echó a reír.

—¡Vaya! ¿Qué os parece esto? ¿Se te encogen tus orgullosas tripas? Bien haces en temblar, miserable rufián, pues te garantizo que hoy serás ahorcado, allí donde confluyen los tres caminos, para que todos te vean colgar y los cuervos puedan alimentarse de tu carroña.

Will Stutely insulta al sheriff

—¡Maldito chacal! —exclamó Will Stutely, enseñando los dientes—. ¡Labriego cobarde! Si mi jefe te pone la mano encima, pagarás muy caro lo que estás haciendo. No siente por ti más que desprecio, como cualquier persona honrada. ¿No sabes que todos hacen chistes a tu costa? Un cobarde despreciable como tú nunca será capaz de someter a un valiente como Robin Hood.

—¡Ja, ja! —respondió el sheriff, furioso—. ¿Conque sí, eh? ¿Conque tu jefe, como tú le llamas, se ríe de mí? Pues yo me voy a reír de ti, y la broma no te va a hacer gracia, porque una vez ahorcado te voy a descuartizar, pieza a pieza —y con estas palabras, espoleó su caballo y no volvió a dirigirle la palabra a Will Stutely.

Por fin llegaron a las puertas principales de la ciudad, y Will Stutely contempló el campo que se extendía más allá, con las lomas y cañadas cubiertas de verdor, y a lo lejos la línea borrosa de los bosques de Sherwood. Y cuando vio la luz del sol poniente que se derramaba sobre campos y barbechos, arrancando reflejos rojizos en los tejados de granjas y pajares, y cuando oyó a los pájaros cantando al atardecer y a las ovejas balando en las laderas, y vio a las golondrinas que volaban a baja altura, experimentó una especie de plenitud y se le saltaron las lágrimas, haciéndole ver todo borroso y obligándole a inclinar la cabeza para que la gente no pensara, al ver lágrimas en sus ojos, que lloraba de miedo. Mantuvo, pues, la cabeza gacha hasta que atravesaron la puerta y se encontraron fuera de las murallas de la ciudad. Pero cuando volvió a levantar la mirada, el corazón le dio un salto y casi dejó de latir de pura alegría, pues había distinguido el rostro de uno de sus compañeros de Sherwood; echó una rápida ojeada a su alrededor y vio caras conocidas por todos los lados, empujando para acercarse a los soldados que le custodiaban. Y por fin notó que la sangre volvía a circular por sus venas cuando divisó entre la multitud a su propio jefe y comprendió que

Robin Hood estaba allí con toda su banda. Sin embargo, entre ellos y Will aún se interponía una hilera de hombres armados.

—¡Echaos atrás! —gritó el sheriff con voz de trueno al ver que la muchedumbre empujaba por todas partes—. ¿Qué os proponéis, bellacos, al empujar de ese modo? ¡Echaos atrás, os digo!

El Pequeño John acude al rescate de Will Stutely

Entonces se produjo un ruidoso alboroto y una persona intentó pasar a través de la barrera de guardias para llegar al carro, y Stutely vio que se trataba del Pequeño John.

—¡Eh, tú, atrás! —gritó uno de los guardias entre los que John trataba de abrirse paso a codazos.

—¡Atrás tú, mentecato! —respondió el Pequeño John, propinándole un puñetazo en el parietal que le derribó por los suelos como una res herida por el mazo del matarife. Sin perder un instante, John saltó al carro que transportaba a Stutely.

—No está bien morir sin despedirse de los amigos, Will —dijo—. Aunque si te empeñas en morir, quizá me quede a morir aquí contigo, pues no podría encontrar mejor compañía que ésta.

De un solo tajo, cortó las ligaduras que ataban los brazos y piernas de Stutely, que inmediatamente saltó del carro.

—¡Por mi vida! —exclamó el sheriff—. ¡Conozco a ese bandido, es un famoso rebelde! ¡Guardias, cogedle y no lo dejéis escapar!

Sin esperar a que se cumplieran sus órdenes, espoleó su caballo y se lanzó espada en mano sobre John. Poniéndose en pie sobre los estribos, el sheriff golpeó con todas sus fuerzas, pero el Pequeño John se metió rápidamente bajo el vientre del caballo y la espada pasó silbando por encima de su cabeza.

—¡Lo siento, señoría! —gritó John, incorporándose rápidamente—. ¡Necesito que me prestéis vuestra magnífica espada! —y con veloz movimiento se la arrebató de la mano—. ¡Toma, Stutely! ¡El sheriff tiene la bondad de prestarme su espada! ¡Pongámonos espalda contra espalda y defendámonos, que la ayuda está en camino!

—¡Acabad con ellos! —rugió el sheriff con voz de toro, espoleando de nuevo su caballo para lanzarlo contra los dos compañeros, tan ciego de furia que no se daba cuenta de que se había quedado sin arma para defenderse.

Robin Hood y su banda derrotan a los hombres del sheriff

—¡Quedaos donde estáis, sheriff! —advirtió el Pequeño John, al tiempo que se oía tocar una corneta y una flecha pasaba zumbando a un centímetro de la nariz del sheriff.

Entonces el alboroto se generalizó y por todas partes se oyeron gritos y juramentos, gemidos y chocar de aceros. Las

espadas brillaron al sol y una nube de flechas surcó el aire. Algunos gritaban «¡Socorro, socorro!» y otros «¡Al rescate, al rescate!».

—¡Traición! —exclamó el sheriff—. ¡Atrás todos! ¡Atrás, o somos hombres muertos! —y tirando de las riendas de su caballo, volvió a introducirse en medio de la multitud.

De haber querido, Robin y su banda podrían haber matado a la mitad de los hombres del sheriff, pero les permitieron huir al abrigo de la muchedumbre, contentándose con disparar una andanada de flechas para acelerar su huida.

—¡Quedaos, por favor! —le gritó Will Stutely al sheriff—. ¡Nunca atraparéis a Robin Hood si no os atrevéis a enfrentaros con él cara a cara! —pero el sheriff, inclinado sobre el lomo de su caballo, se limitó a apretar las espuelas como toda respuesta.

Entonces Will Stutely se volvió hacia el Pequeño John y le miró a la cara hasta que de sus ojos brotaron lágrimas y empezó a sollozar en voz alta, besando a su amigo en las mejillas.

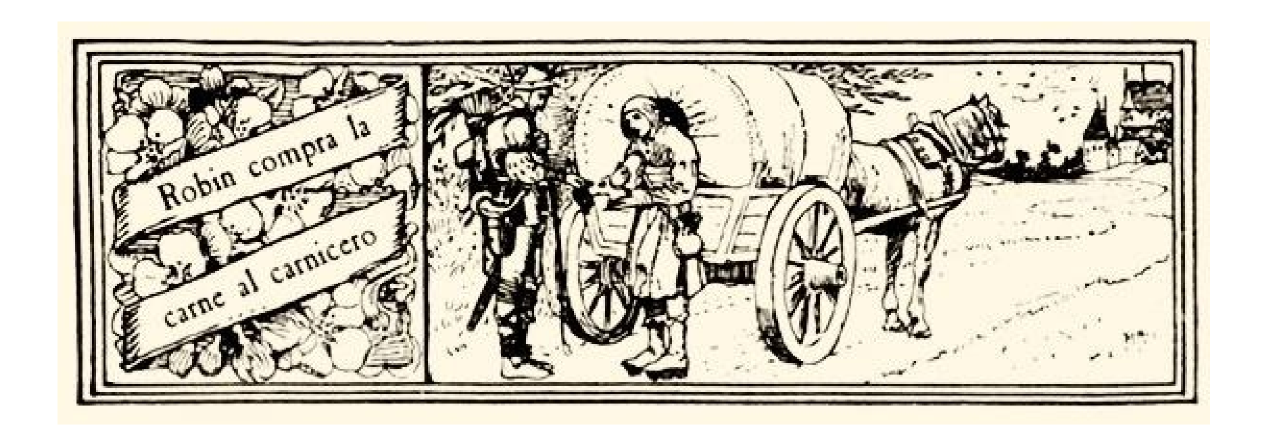
—¡Oh, Pequeño John! —decía—. ¡Querido amigo, a quien aprecio más que a ningún hombre o mujer del mundo! ¡No esperaba verte hoy, ni volver a verte ya en este mundo! —y el Pequeño John, incapaz de responder, se echó también a llorar.

Entonces Robin Hood hizo formar a su banda en filas apretadas, con Will Stutely en el medio, y todos se retiraron hacia Sherwood, como una nube de tormenta que se aleja después de descargar una tempestad sobre los campos. Tendidos en el suelo quedaron diez de los hombres del sheriff, unos más malheridos que otros, aunque nadie sabía quién los había derribado. Así fue como el sheriff de Nottingham intentó por tres veces capturar a Robin Hood y las tres veces fracasó; y la última vez se llevó un buen susto, pues se daba cuenta de que había estado a punto de perder la vida.

«Estos hombres —se dijo— no temen ni a Dios, ni a los hombres, ni al rey ni a sus soldados. Más vale perder el cargo que perder la vida, así que no los molestaré más».

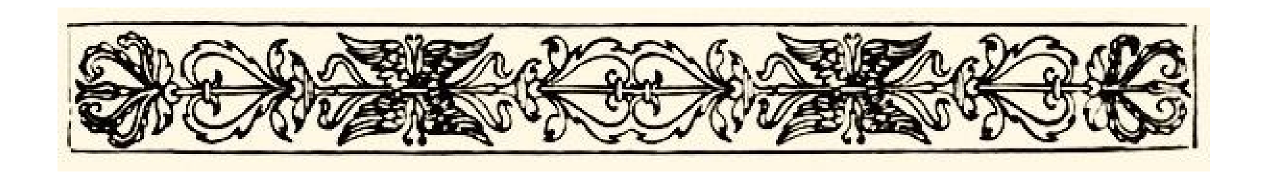
Y habiendo tomado esta decisión, se encerró en su castillo durante muchos días, sin atreverse a asomar la cara fuera de él; tenía un humor de perros y no hablaba con nadie, pues se sentía avergonzado de lo que había ocurrido aquel día.





Segunda parte

Donde se cuenta cómo Robin Hood se hizo carnicero y cómo se vengó del sheriff, así como la famosa aventura que le aconteció al Pequeño John en la feria de Nottingham, que le llevó a entrar al servicio del sheriff.



I

Robin Hood se hace carnicero

NO tardó Robin Hood en enterarse con todo detalle de cómo el sheriff había intentado por tres veces capturarle.

«Si tengo la oportunidad —se dijo—, haré que nuestro buen sheriff pague muy caro lo que ha hecho. Es posible que le traiga a pasar una temporadita en Sherwood, para que disfrute de nuestra compañía».

Hay que decir que de vez en cuando Robin Hood secuestraba a un barón, un terrateniente, un obispo gordo o un abad, los llevaba al bosque y allí los agasajaba hasta que aflojaban sus bolsas.

Robin y su banda se esconden en el bosque de Sherwood durante un año

Pero mientras tanto, Robin y su banda vivían apaciblemente en el bosque de Sherwood, sin asomar la cara fuera de él, pues Robin sabía que no sería saludable dejarse ver por Nottingham y sus alrededores, cuyas autoridades estaban muy disgustadas con ellos. Pero aunque no salían del bosque, vivían muy a gusto en la espesura, practicando el tiro contra guirnaldas colgadas de una rama de sauce tirada al extremo de un claro. En todo el bosque resonaban sus risas y sus bromas, pues todo aquel que fallaba el tiro recibía una sonora bofetada que, si era el Pequeño John quien la administraba, mandaba invariablemente al desdichado arquero rodando por los suelos. También practicaban lucha libre y con bastón, y cada día iban ganando fuerza y destreza.

Robin sale en busca de aventuras, encuentra a un carnicero y le compra su mercancía

Así vivieron durante casi un año, y durante aquel tiempo Robin urdió numerosas maquinaciones para ajustarle las cuentas al sheriff. Por fin acabó por cansarse de su reclusión, y un buen día cogió su bastón y partió en busca de aventuras. Caminó alegre y a buen paso hasta llegar al lindero del bosque. Allí, en la polvorienta carretera que llevaba a Nottingham, se encontró con un joven carnicero que guiaba un carro nuevo, cargado de carne y tirado por una espléndida yegua. El carnicero silbaba

alegremente, pues el día invitaba a ello y el joven esperaba hacer buen negocio en el mercado.

—Buenos días tengáis, amigo —dijo Robin—. Parecéis muy feliz esta mañana.

—Sí que lo estoy —respondió el carnicero—. ¿Por qué no habría de estarlo? ¿Acaso no estoy sano de cuerpo y mente? ¿Acaso no tengo la novia más bonita de todo Nottinghamshire? ¿Y acaso no me voy a casar con ella el próximo jueves en la iglesia de Locksley?

—¡Ajá! —dijo Robin—. ¿Entonces venís de Locksley? Bien conozco yo ese maravilloso lugar. Conozco cada seto y cada arroyuelo, e incluso cada uno de los peces que nadan en ellos, en millas a la redonda, pues allí es donde nací y me crié. ¿Y adónde os dirigís con vuestra carne, querido paisano?

—Voy al mercado de Nottingham, a vender mi carne de vaca y de cordero —respondió el carnicero—. Pero ¿quién sois vos, que decís haber nacido en Locksley?

—Un simple campesino, amigo mío. La gente me llama Robin Hood.

—¡Por la corona de espinas! —exclamó el carnicero—. ¡Ya lo creo que me suena vuestro nombre! Muchas veces he oído vuestras hazañas, narradas e incluso cantadas. Pero… ¡No permita el cielo que vengáis a robarme a mí! Soy un hombre honrado y jamás le hice mal a hombre o mujer algunos. Déjeme en paz vuestra señoría, que yo jamás os molesté a vos.

—No. Efectivamente, no permitirá el cielo que os robe a vos, amigo mío. Ni un cuarto de penique os quitaría, porque me agrada vuestro noble rostro sajón; y más cuando este rostro procede de Locksley y además pertenece al hombre que va a casarse el jueves con la moza más bonita de todo Nottinghamshire. Pero decidme, ¿cuánto pediríais por todo vuestro cargamento de carne, incluyendo el carro y el caballo?

—El valor de todo ello son unos cuatro marcos —respondió el carnicero —. Pero, claro, si no vendo toda la carne, ganaré bastante menos de cuatro marcos.

Entonces Robin sacó una bolsa de debajo de su faja y dijo:

—Aquí en esta bolsa hay seis marcos. Me gustaría ser carnicero por un día y vender carne en Nottingham. ¿Aceptaríais seis marcos por todo lo que lleváis?

—¡Que la bendición de todos los santos caiga sobre tu honesta cabeza! —exclamó el carnicero de todo corazón, mientras saltaba del carro y se apresuraba a coger la bolsa que Robin le tendía.

—No —bromeó Robin—; son muchos los que me aprecian y me desean el bien, pero pocos dirían que soy honesto. Ahora volved con vuestra moza y dadle un beso muy cariñoso de mi parte —y diciendo esto, se puso el delantal de carnicero, subió al carro, empuñó las riendas y tomó el camino de Nottingham.

Robin vende carne en Nottingham

Cuando llegó a la ciudad, buscó la zona del mercado donde se instalaban los carniceros y montó su tenderete en el mejor sitio que pudo encontrar. Luego extendió la carne sobre el mostrador, y empuñando el cuchillo y el afilador empezó a frotarlos mientras canturreaba con aire festivo:

Venid aquí, doncellas, y también las señoras,
comprad aquí la carne:
os daré carne por valor de tres peniques
y no os cobraré más que la tercera parte.

Tengo suave cordero, que en vez de pacer hierba
sólo comió narcisos,
hermosas margaritas y dulces violetas,
flores de las que crecen a la orilla del río.

Tengo carne de vaca de los prados de brezo,
y carnero del valle,
y ternera tan blanca cual frente de doncella,
supongo que debido a la leche de su madre.

Venid aquí, doncellas, y también las señoras,
comprad aquí la carne:
os daré carne por valor de tres peniques
y no os cobraré más que la tercera parte.

Así cantaba Robin Hood, y todos los que se encontraban cerca le escuchaban admirados; al terminar su canción, golpeó ruidosamente el cuchillo y el afilador y gritó a grandes voces:

—¿Quién compra? ¿Quién compra? Tengo cuatro precios fijos. A los frailes gordos les cobro doble porque no quiero que se acostumbren mal; a los concejales, el precio justo, porque no me importa si compran o no; a las señoras les cobro la mitad, porque me caen bien; y a las mozas guapas con debilidad por los carniceros, no les cobro más que un beso, porque son las que mejor me caen de todos. ¿Quién compra? ¿Quién compra?

La gente empezó a congregarse en torno al puesto, muerta de risa porque jamás había visto vender de aquella manera. Pero su asombro fue mayúsculo cuando comprobaron que cumplía lo prometido: a las señoras les vendía por un penique lo que en otros puestos costaba tres, y si la mujer era viuda o se

advertía que era pobre, le regalaba la carne. Y cuando llegó una jovencita y le dio un beso, tampoco le cobró ni un penique, así que pronto acudieron muchas más, pues el carnicero tenía unos ojos azules como el cielo en junio y una risa muy agradable, que no escatimaba con nadie. Lógicamente, la carne se iba vendiendo a toda velocidad, sin que los demás carniceros consiguieran hacer una sola venta.


H·P:
Robin se hace carnicero y vende carne en Nottingham
HP

Entonces los carniceros comenzaron a murmurar, y uno de ellos dijo:

Los carniceros hablan de Robin Hood

—Debe de tratarse de un ladrón que ha robado el carro, la carne y el caballo.

—No —dijo otro—. ¿Cuándo habéis visto un ladrón que se desprenda tan alegremente de su botín? Será un heredero que acaba de vender las tierras de su padre y quiere retirarse a vivir la buena vida mientras le dure el dinero.

Esta opinión acabó por prevalecer, y al fin unos cuantos carniceros se acercaron a trabar conocimiento con Robin.

Los carniceros invitan a Robin Hood a cenar con ellos y Robin acepta

—Escuchad, hermano —dijo el que iba a la cabeza—. Puesto que somos todos del mismo oficio, ¿por qué no coméis con nosotros? Precisamente hoy el sheriff ha invitado a comer al Gremio de Carniceros. Habrá buena comida y abundante bebida, y o mucho me equivoco o esto último te gusta.

—¡Qué demonios! Lo contrario sería indigno de un carnicero —respondió jovialmente Robin—. Por supuesto que comeré con vosotros, queridos colegas, y sin perder un minuto —y, puesto que ya había vendido toda su carne, recogió el tenderete y fue con los demás a la cena del gremio.

El sheriff se encontraba ya sentado a la mesa y le rodeaban muchos carniceros. Cuando entraron en el comedor Robin y sus acompañantes, riéndose de un chiste que alguien acababa de contar, los comensales más próximos al sheriff le murmuraron al oído:

—Ese que entra está completamente loco. Hoy ha estado vendiendo carne a menos de la mitad de su precio, y a las muchachas bonitas les regalaba la carne a cambio de un beso.

—Debe de tratarse de alguien que acaba de vender sus tierras y está dispuesto a dilapidar el oro y la plata —añadió alguien.

El sheriff se muestra amable con Robin

Entonces el sheriff llamó a Robin, sin reconocerlo a causa de su disfraz de carnicero, y le hizo sentar junto a él, a su derecha, pues le gustaban los jóvenes que se mostraban pródigos con sus riquezas, especialmente si existía la posibilidad de aligerar sus pródigos bolsillos en beneficio de su propia bolsa. De modo que se mostró muy amable con Robin, conversando con él y riéndole las gracias más y mejor que ningún otro.

Cuando sirvieron la comida, el sheriff le pidió a Robin que bendijera la mesa; Robin se puso en pie y dijo:

—Que el cielo bendiga todos los magníficos alimentos y bebidas de esta casa, y que todos los carniceros sean y sigan siendo tan honrados como yo.

Todos se echaron a reír, y el sheriff reía más que ninguno mientras se decía: «Verdaderamente, se trata de un tipo pródigo, y quizá pueda vaciarle los bolsillos de ese dinero con el que tan generoso se muestra, el muy tonto». Pero lo que dijo en voz alta, mientras le palmeaba el hombro a Robin, fue:

—Sois un tipo simpático y me caéis bien.

Al oír lo cual, Robin se echó también a reír y dijo:

—Sí, ya sé que os gusta la gente simpática. ¿Acaso no fuisteis vos quien convocó el concurso de tiro y le entregó la flecha de oro a ese bromista de Robin Hood?

El sheriff se puso pálido y todos los carniceros menos Robin dejaron de reírse, aunque algunos se guiñaban el ojo maliciosamente.

—¡Vamos, vamos, tomemos unos tragos! —exclamó Robin—. Seamos felices mientras podamos, pues el hombre no es más que polvo y no dispone más que de una vida antes de que los gusanos le hinquen el diente, como dice el Santo Libro. No pongáis tan mala cara, señor sheriff. ¿Quién sabe? Quizá pudierais capturar a Robin Hood si bebierais menos vino y rebajarais un poco de grasa de la barriga y le sacudierais un poco el polvo al cerebro. ¡Alegraos, señor!

El sheriff se echó a reír de nuevo, pero no parecía que la broma le hubiera hecho mucha gracia. Los carniceros empezaron a murmurar:

—Vive Dios, que jamás habíamos visto un loco tan deslenguado. El sheriff acabará por enfurecerse.

—¡Vamos, vamos, hermanos! —seguía gritando Robin—. ¡Alegraos! ¡No contéis los peniques, que esta comida la pago yo, aunque cueste doscientas libras! ¡Que nadie se reprima de comer y beber, y que nadie eche mano a la bolsa! ¡Os juro que ni el sheriff ni los carniceros pagarán un penique por este banquete!

—¡A fe mía que sois generoso! —dijo el sheriff—. Supongo que debéis poseer una buena manada de reses y muchas hectáreas de tierra, para gastar tan alegremente el dinero.

—Sí, así es —respondió Robin sin dejar de reír—. Entre mis hermanos y yo tenemos más de quinientas reses, y nunca habíamos vendido ninguna hasta que yo me hice carnicero. En cuanto a las tierras, jamás le he preguntado a mi mayordomo cuántas hectáreas mide.

Al sheriff le brillaron los ojos y se echó a reír para sus adentros.

—Escuchad, buen hombre —dijo—. Si os resulta difícil vender vuestro ganado, quizá yo pueda encontrar un hombre que se quede con él. Y ese hombre podría ser yo mismo, porque me agrada la juventud y me gustaría echaros una mano. Veamos, ¿cuánto queréis por vuestras reses?

—Bueno… —dijo Robin Hood—. Al menos valen quinientas libras.

Robin regatea la venta de quinientas reses al sheriff

—No, no —respondió el sheriff muy despacio, como si lo estuviera pensando—. Me caéis bien y me gustaría ayudaros, pero quinientas libras es una suma que supera mis posibilidades; os daré trescientas libras por todas, en buenas monedas de oro y plata.

—¡Viejo judío! —exclamó Robin—. Bien sabéis vos que todas esas reses valen más de setecientas libras, y me estoy quedando corto. Y, sin embargo, a pesar de vuestro cabello gris y de tener un pie en la tumba, aún queréis hacer negocio a costa de un pobre joven.

El sheriff se le quedó mirando muy serio, pero Robin se apresuró a decir:

—No me miréis como si hubierais bebido cerveza rancia. Aceptaré vuestra oferta, pues mis hermanos y yo necesitamos el dinero. Nos gusta la buena vida y no se puede vivir bien con poco dinero. Así que trato hecho, pero aseguraos de traer encima las trescientas libras, pues no me fío de vos después de tanto regateo.

—Llevaré el dinero —dijo el sheriff—, pero decidme vuestro nombre, joven.

—Me llamo Robert de Locksley —dijo Robin.

—Entonces, querido Robert de Locksley, hoy mismo iré a ver vuestras reses. Pero primero mi secretario pondrá por escrito los términos de la venta, para que no os quedéis con mi dinero sin darme a cambio el ganado.

Robin Hood se echó a reír de nuevo.

—¡Hecho! —exclamó, estrechándole la mano al sheriff—. Os aseguro que mis hermanos os estarán agradecidos por el dinero.

Y así quedó cerrado el trato, aunque muchos carniceros murmuraron a escondidas, comentando que el sheriff había estafado miserablemente al pobre jovenzuelo derrochador.

El sheriff acompaña a Robin Hood para ver sus reses

Aquella misma tarde, el sheriff montó en su caballo y se reunió con Robin Hood, que le esperaba en la puerta de su patio de armas, después de haber vendido el carro y el caballo por dos marcos. Y así emprendieron el camino, el sheriff a lomos de su montura y Robin corriendo a su lado. Salieron de Nottingham y recorrieron el polvoriento camino, charlando y

riendo como dos viejos amigos; pero el sheriff iba pensando: «Aquella broma sobre Robin Hood te va a costar cara, insensato», pues pensaba sacar por el rebaño más del doble de lo que iba a pagar.

Continuaron el viaje hasta llegar a los límites del bosque de Sherwood; allí el sheriff dejó de reír y miró con inquietud a un lado y a otro.

—Que el cielo y los santos nos guarden de encontrarnos hoy con ese bandido de Robin Hood —dijo.

—Bah —dijo Robin, riendo—. Podéis estar tranquilo, pues conozco bien a Robin Hood y puedo aseguraros que hoy por hoy no representa para vos mayor peligro que el que pueda representar yo.

Al oír esto, el sheriff se quedó mirando fijamente a Robin, pensando: «No me gusta eso de que conozcas tan bien a ese maldito bandolero, ni me gusta nada estar tan cerca de Sherwood».

Cuanto más se adentraban en el bosque, más serio se iba poniendo el sheriff. Por fin llegaron a un recodo del camino y vieron ante ellos una manada de gamos que atravesaban saltando el sendero. Entonces Robin se acercó al sheriff y señalándolos con el dedo dijo:

—Ésas son mis reses, señor sheriff. ¿Qué os parecen? ¿No están gordas y lustrosas?

El sheriff tiró rápidamente de las riendas y exclamó:

—¡Basta! Nunca debí entrar en este bosque y no me gusta vuestra compañía. Seguid, pues, vuestro camino y dejadme a mí seguir el mío.

Pero Robin, sin dejar de reír, ya había sujetado las riendas del sheriff.

—¡Oh, no! —dijo—. Quedaos un poco. Me gustaría que conocierais a mis hermanos, que comparten conmigo la propiedad de tan magníficas reses.

Y diciendo esto, se llevó el cuerno a los labios y tocó tres fuertes cornetazos; e inmediatamente acudieron a la llamada unos cien hombres, con el Pequeño John a la cabeza.

—¿Qué se te ofrece, jefe? —preguntó John.

—¡Cómo! —respondió Robin Hood—. ¿Acaso no veis que he traído un invitado de honor para la fiesta de hoy? ¡Qué vergüenza! ¿No reconocéis a su ilustrísima señoría el sheriff de Nottingham? Toma sus riendas, Pequeño John, que el sheriff nos honra cenando con nosotros esta noche.

Al oír esto, todos se quitaron respetuosamente el sombrero, sin sonreír y sin que parecieran estar de broma, mientras el Pequeño John tomaba las riendas y guiaba el caballo hacia las profundidades del bosque. Todos siguieron, marchando en fila, y con Robin caminando junto al sheriff, con el gorro en la mano.

A todo esto, el sheriff no decía una palabra y miraba a su alrededor como quien se acaba de despertar de un profundo sueño; pero cuando comprendió que estaba penetrando en lo más profundo del bosque de Sherwood, se le encogió el corazón y pensó: «Ya puedo dar por perdidas mis trescientas libras, y eso si no me quitan también la vida por haber intentado acabar con la suya más de una vez». Sin embargo, todos se mostraban amables y respetuosos, y nadie decía nada que pareciera indicar peligro para la bolsa o para la vida.

El sheriff es invitado a cenar bajo el árbol de las reuniones

Por fin llegaron al claro donde extendía sus ramas el gran árbol de las reuniones, bajo el cual había un asiento de musgo en el que se sentó Robin, haciendo sentar al sheriff a su derecha.

—¡Que empiece la fiesta, muchachos! —dijo—. ¡Traed lo mejor que tengamos, tanto de carne como de vino, pues su señoría el sheriff me ha invitado a comer hoy en Nottingham y quiero devolverle sus múltiples atenciones!

Aún no se había mencionado para nada el dinero del sheriff, que empezaba a recobrar las esperanzas. «Quizá se haya olvidado de ello», pensaba.

Exhibición deportiva ante el sheriff

Mientras se encendían las hogueras y empezaba a extenderse por el claro el delicioso aroma de los gamos y los capones asados, y de los pasteles a calentar junto al fuego, Robin Hood ofreció a su invitado un suntuoso espectáculo: primero hubo una exhibición de lucha con bastón a cargo de varias parejas, y todos eran tan diestros y tan rápidos en parar y golpear que el sheriff, aficionado a toda clase de deportes viriles, acabó por aplaudir, olvidándose de su situación y gritando: «¡Buen golpe! ¡Buen golpe! ¡Muy bien por el de la barba negra!», sin sospechar que el luchador al que animaba era el mismo hojalatero que él había enviado con una orden de detención contra Robin Hood.

A continuación, los mejores arqueros de la banda colocaron una guirnalda de flores a ciento sesenta pasos de distancia y demostraron su magnífica puntería. Pero el sheriff se iba deprimiendo, pues aquello ya no le gustaba tanto, al encontrarse aún muy fresco el recuerdo del famoso concurso de Nottingham y de la flecha de oro que, para colmo, vio colgada a sus espaldas. Cuando Robin Hood se dio cuenta de lo que rondaba por la mente del sheriff, interrumpió la exhibición y dio paso a la música: algunos miembros de la banda entonaron alegres baladas, mientras otros los acompañaban con la lira.

El sheriff se da un banquete y después paga la cuenta

Terminadas las amenidades, varios proscritos extendieron manteles sobre la hierba y comenzaron a servir el espléndido banquete; otros destaparon barriles de cerveza y vinos generosos, llenaron jarras y las colocaron sobre los manteles, junto con cuernos para beber. Todos se sentaron y comieron y bebieron alegremente hasta que el sol se puso y la media luna apareció brillando débilmente entre las copas de los árboles. Entonces el sheriff se puso en pie y dijo:

—Os doy las gracias a todos, amables campesinos, por las atenciones que me habéis dispensado esta noche. Me habéis tratado con exquisita cortesía, demostrando que sentís un gran respeto por nuestro glorioso rey y por su representante en la noble región de Nottinghamshire. Pero empieza a oscurecer y debo ponerme en camino antes de que se haga de noche, si no quiero perderme en el bosque.

Robin y todos sus hombres se pusieron igualmente en pie, y el jefe de los forajidos dijo:

—Si tenéis que iros, señoría, qué le vamos a hacer; pero creo que olvidáis una cosa.

—No, no me olvido de nada —respondió el sheriff, con el corazón oprimido.

—Os repito que olvidáis algo —insistió Robin—. Servimos comidas magníficas aquí en el bosque, pero todo invitado tiene que pagar la cuenta.

El sheriff se echó a reír con risa hueca.

—Muy bien, muchachos —dijo—. Lo hemos pasado muy bien hoy, y aunque no me lo hubierais pedido, os habría pagado veinte libras por tan agradable velada.

—No, no —replicó Robin, muy serio—. Sería indigno de nosotros menospreciar así a vuestra señoría. Por mi fe, señor sheriff, que me moriría de vergüenza si valorara al representante del rey en menos de trescientas libras. ¿No es así, muchachos?

—¡Sí, sí! —gritaron todos a grandes voces.

—¡Trescientos diablos! —rugió el sheriff—. ¿Creéis que esa miserable comida valía trescientas libras? ¡Ni siquiera tres!

—No habléis tan a la ligera, señoría —dijo Robin—. Yo os tengo aprecio por el magnífico banquete que me habéis ofrecido hoy en Nottingham; pero hay aquí algunos que no os aprecian tanto. Si miráis hacia allá, veréis a Will Stutely, que no siente demasiada simpatía por vos; y aquellos dos bravos muchachos de allí, aunque no los conocéis, resultaron heridos en un disturbio

que hubo hace tiempo a las puertas de Nottingham, vos sabéis cuál digo; uno de ellos salió con un brazo maltrecho, aunque por fortuna se ha recuperado ya. Escuchad mi consejo, señoría: pagad vuestra cuenta sin más dilación, o las cosas pueden ponerse feas para vos.

El sheriff se puso lívido y no respondió nada, limitándose a mirar al suelo mientras se mordía el labio inferior. Muy poco a poco, sacó su bolsa y la arrojó sobre el mantel que tenía delante.

—Coge la bolsa, Pequeño John —dijo Robin Hood—, y comprueba si está todo. No es que dudemos de nuestro sheriff, pero sería terrible para él saber que nos ha dejado dinero a deber.

El Pequeño John contó el dinero, comprobando que la bolsa contenía trescientas libras en monedas de oro y plata. Al sheriff, cada tintineo de las monedas le parecía una gota de sangre que le extraían de las venas y cuando vio todo contado, en montoncitos de plata y oro que llenaban toda una bandeja de madera, se dio la vuelta sin decir nada y montó en su caballo.

—¡Jamás habíamos tenido un huésped tan señorial! —exclamó Robin—. En vista de que se está haciendo tarde, encargaré a uno de mis muchachos que os escolte hasta la salida del bosque.

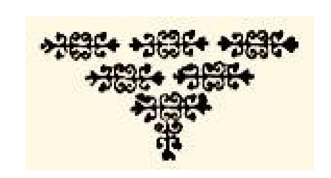
—¡No lo permita el cielo! —se apresuró a decir el sheriff—. Estoy seguro de que podré encontrar el camino sin ayuda.

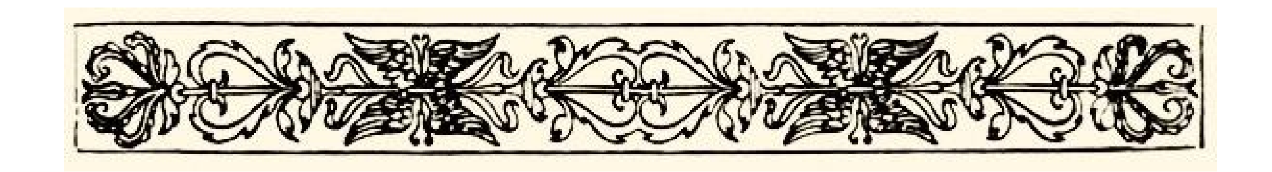
—Entonces, yo mismo os indicaré el camino —dijo Robin Hood.

Y tomando las riendas del caballo del sheriff, lo guió hasta el sendero principal del bosque; antes de separarse de él, se despidió en los siguientes términos:

—Y ahora, sheriff, debo deciros adiós. Y la próxima vez que penséis en estafar a algún infeliz, acordaos del banquete del bosque de Sherwood. Nunca compres un caballo sin mirarle primero la dentadura, como dice el viejo Swanthold. En fin, una vez más, adiós —y dio una palmada en las ancas del caballo, que se alejó trotando con su ilustre jinete.

El sheriff tuvo abundantes ocasiones para lamentar haberse cruzado en el camino de Robin Hood, pues la gente se reía de él, y por todo el condado se cantaban baladas que narraban cómo el sheriff fue a por lana y salió trasquilado. Y es que, muchas veces, la codicia rompe el saco.

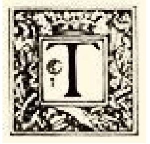




II

La aventura del pequeño John en la feria de Nottingham

Donde se narran las curiosas aventuras que le acontecieron al Pequeño John en el concurso de tiro de Nottingham, y su victoria sobre el famoso Eric de Lincoln en el torneo de lucha con bastón, así como el modo en que entró al servicio del sheriff y su célebre enfrentamiento con el cocinero del sheriff. Escuchad, pues, lo que sigue.

RANSCURRIÓ la primavera, pasó el verano y llegó por fin el mes de octubre. El aire empezaba a refrescar, ya se habían recogido las cosechas, los pajarillos estaban crecidos, se había arrancado el lúpulo y las manzanas estaban maduras. Pero aunque el tiempo había suavizado las cosas y la gente ya no hablaba de la compra de ganado del sheriff, éste seguía resentido y no podía soportar que se pronunciara el nombre de Robin Hood en su presencia.

Octubre era la época de la gran feria, que se celebraba cada cinco años en la ciudad de Nottingham, a la cual acudían gentes de todo el país. En tales ocasiones, las competiciones de tiro con arco constituían siempre la principal atracción, pues los habitantes de Nottinghamshire se preciaban de ser los mejores arqueros de toda la vieja Inglaterra. Pero este año el sheriff se lo pensó mucho antes de anunciar la celebración de la feria, por miedo a que se presentara en ella Robin y su banda.

El sheriff anuncia la feria de Nottingham y ofrece un premio al mejor arquero

Al principio, estuvo tentado de suspender la feria, pero luego comprendió que así sólo conseguiría que la gente se riera aún más de él, diciendo que tenía miedo de Robin Hood. Por último, decidió ofrecer un premio que no atrajera a los proscritos. El premio habitual en estas ocasiones eran diez marcos o un barril de cerveza, pero el sheriff ofreció esta vez una pareja de bueyes como premio al mejor arquero.

Cuando Robin Hood se enteró, se sintió ofendido y dijo:

—¡Dios confunda a este sheriff que ofrece premios que sólo a un labriego pueden interesarle! Nada me habría gustado más que probar suerte de nuevo en Nottingham; pero aunque ganara, ¿para qué iba a querer ese premio?

Entonces el Pequeño John habló del siguiente modo:

El Pequeño John quiere participar en el concurso de tiro

—Escucha, jefe: hoy mismo, Will Stutely, el joven David de Doncaster y yo hemos estado en el Jabalí Azul, y allí, hablando de la feria, alguien comentó que el sheriff ha ofrecido este premio precisamente para que los hombres de Sherwood no vayamos a ella. Así pues, si tú lo permites, me gustaría acudir a la feria a competir, aunque sea por un premio tan miserable.

—Mira, Pequeño John —respondió Robin—. Eres un tipo estupendo, pero no tienes la astucia de Will Stutely, y temo que te ocurra algo malo. No obstante, si te empeñas en ir, al menos ve disfrazado para que nadie te reconozca.

—No te preocupes —dijo John—. Me pondré un traje rojo en lugar de éste de paño verde y me echaré la capucha por la cabeza para ocultar el pelo y la barba. De ese modo, nadie me reconocerá.

—No estoy muy de acuerdo —objetó Robin—, pero si estás decidido puedes ir. Pero cuídate, Pequeño John; eres mi mano derecha y no quisiera que te ocurriera nada.

Y así fue como el Pequeño John, vestido de rojo, acudió a la feria de Nottingham.

Las ferias eran ocasiones festivas para Nottingham, y toda la pradera que se extendía ante las puertas de la ciudad se llenaba de puestos y tenderetes de todos los colores, engalanados con cintas y guirnaldas de flores. Allí acudían gentes de toda la región, tanto nobles como plebeyos. En algunos puestos había música y baile, en otra corrían el vino y la cerveza, y en otros se vendían pasteles y dulces; al aire libre se celebraban competiciones deportivas y algunos juglares entonaban baladas de los viejos tiempos, acompañándose a la lira; en un anillo de serrín se enfrentaban los luchadores de lucha libre; pero lo que más atraía a la gente era una tarima elevada donde se celebraban combates de lucha con bastón.

El Pequeño John se va a la feria

El Pequeño John llegó a la feria vestido de rojo de pies a cabeza: calzas rojas, jubón rojo y una caperuza roja rematada por una pluma escarlata. Llevaba al hombro un recio arco de

tejo, y a la espalda una aljaba llena de flechas. A su paso, eran muchos los que se volvían a mirarlo, admirados de su corpulencia, pues le sacaba la cabeza a cualquiera de los presentes y sus hombros eran un palmo más anchos que los del más robusto de los espectadores. También las muchachas que estaban allí le miraban con admiración, pensando que nunca habían visto un mozo tan bien plantado.

Se dirigió en primer lugar al puesto donde se despachaba cerveza y allí, subiéndose a un banco, invitó a gritos a todos los parroquianos:

—¡Eh, muchachos! ¿Quién quiere echar un trago conmigo? ¡Venid, venid todos! ¡Pasémoslo bien, que el día es bueno y la cerveza mejor! Ven aquí, paisano, y tú, y tú; no os costará ni un cuarto. Tú también, mendigo; y tú, hojalatero, bebed todos conmigo.

Así gritaba y todos se arremolinaban entre risas a su alrededor, mientras corrían ríos de cerveza; y todos decían maravillas del Pequeño John, jurando que le amaban como a un hermano. Cuando hay diversión gratis, resulta muy fácil amar al que invita.

A continuación, John se dirigió al baile, donde tres músicos tocaban la gaita. Dejó a un lado el arco y las flechas y se unió al festejo, bailando hasta agotar las fuerzas de todos los demás bailarines. Las muchachas acudían una tras otra, esforzándose inútilmente en cansarlo. Y el Pequeño John daba tales brincos y gritaba tan fuerte, chasqueando al mismo tiempo los dedos, que todas ellas juraban no haber conocido jamás a un muchacho tan atractivo.

Por fin, después de haber bailado durante mucho tiempo, John se acercó a la plataforma de lucha con el bastón, un deporte que le atraía tanto como el comer y el beber. Y allí fue donde realizó la proeza que durante años se cantó en forma de baladas por toda la región.

Había un luchador que le rompía la cabeza a todo el que se atrevía a aceptar su desafío lanzando su gorro al cuadrilátero. Este campeón era el famoso Eric de Lincoln, cuyo nombre se cantaba en numerosas canciones. Cuando el Pequeño John llegó al estrado no había nadie combatiendo, y en la plataforma no estaba más que Eric de Lincoln, agitando su bastón y gritando con arrogancia.

—¡Vamos! ¿Quién se atreve a medir sus fuerzas con las de uno de Lincoln para impresionar a su chica? ¿Qué es eso, muchachos? ¡Subid, subid! ¿Es que no hay muchachas bonitas por aquí, o es que los de Nottingham no tenéis sangre en las venas? ¡Vamos! ¡Lincoln contra Nottingham! Hasta ahora no ha pisado esta plataforma nadie que pueda compararse con los de Lincoln.

Al oír esto, todos se daban codazos, diciendo «sube tú, Ned» o «sube tú, Thomas», pero ninguno se atrevía a arriesgar la integridad de su cráneo.

Entonces Eric vio al Pequeño John, cuya cabeza sobresalía entre la muchedumbre y le llamó a grandes voces:

El Pequeño John derrota a Eric de Lincoln en lucha con bastón en la feria de Nottingham

—¡Eh, tú, el grandullón vestido de rojo! ¡El de hombros anchos y cabeza dura! ¿No tienes una moza que merezca que empuñes por ella el bastón? Verdaderamente, creo que los de Nottingham son sólo piel y huesos, pues está claro que no tienen agallas ni corazón. ¿Qué dices, grandullón? ¿No quieres pelear por Nottingham?

—¿Por qué no? —respondió el Pequeño John—. Si tuviera aquí mi bastón, sería un gran placer partirte con él la cabezota, por bocazas y por fanfarrón. Creo que te vendría bien que te cortara esa cresta de gallito —decía al principio con calma, pero a cada frase se iba enfureciendo más, como crece una bola de nieve que rueda pendiente abajo.

Eric de Lincoln se echó a reír.

—Mucho presumes, cuando ni te atreves a enfrentarte conmigo de hombre a hombre. Tú sí que eres un fanfarrón, y como pongas el pie en estas tablas te vas a tragar esas palabras y gran parte de tus dientes.

—¿Hay aquí alguien que me preste un buen bastón para darle su merecido a ese matasiete? —preguntó John.

Más de diez campesinos le ofrecieron sus bastones, entre los cuales John eligió el más recio y pesado. Y luego, mirando el bastón de arriba abajo, comentó:

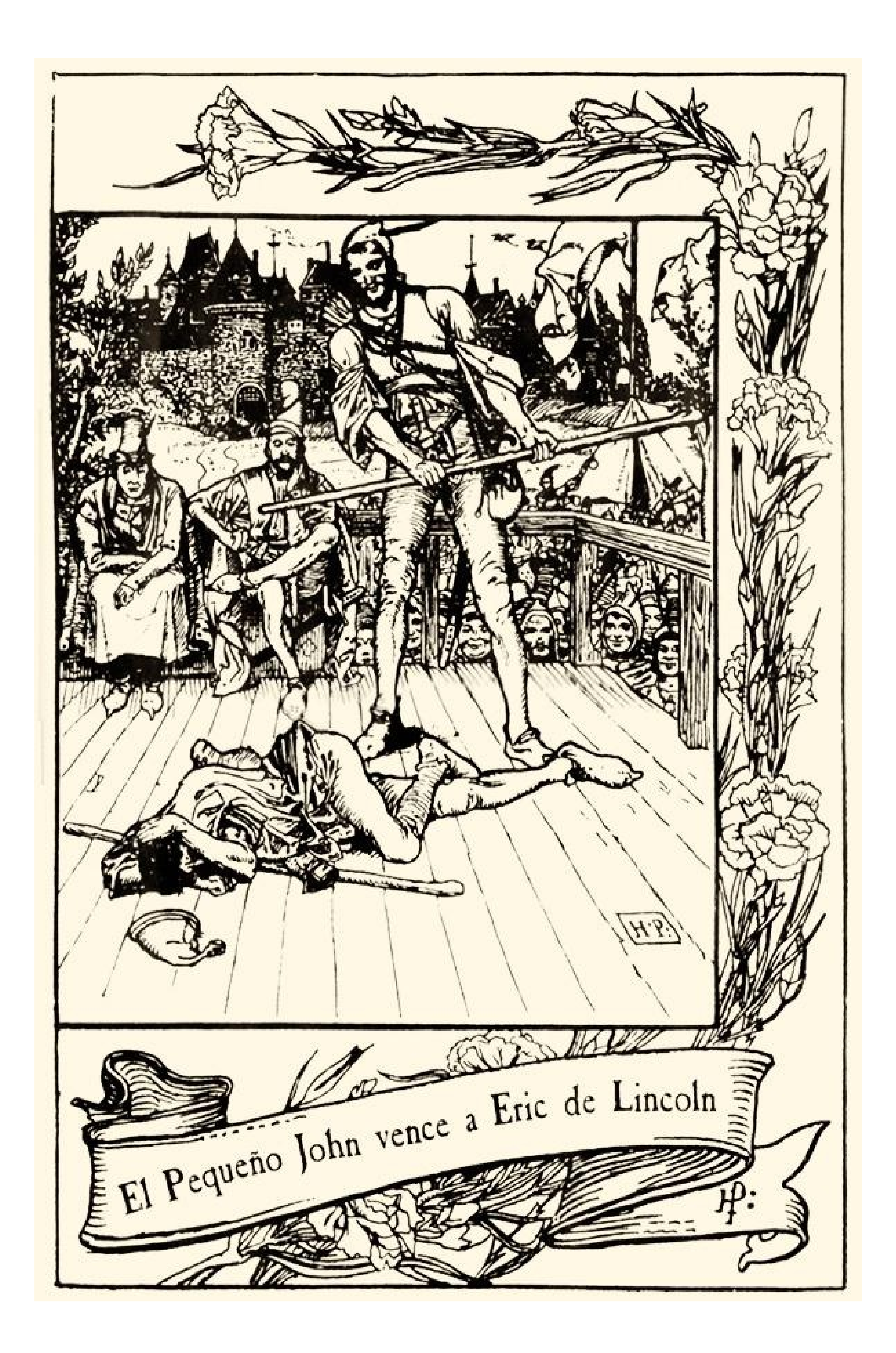
—Esto no es más que una astillita, una humilde brizna de paja, pero creo que me servirá. ¡Allá vamos! —y diciendo esto, arrojó el bastón sobre las tablas y saltó ágilmente a la plataforma.

Ambos contendientes ocuparon sus posiciones y midieron al contrario con miradas sombrías, hasta que el árbitro del juego gritó: «¡Ya!». Al instante, los dos se adelantaron, aferrando sus bastones por el centro. Y ante los ojos atónitos de los espectadores se desarrolló el combate más titánico que jamás se había visto en Nottingham. Al principio, Eric de Lincoln pensó que John sería presa fácil, y se adelantó como diciendo: «Mirad, infelices, cómo desplumo a este pollo sin mayor problema»; pero pronto comprendió que la cosa no iba a resultar tan sencilla. A pesar de la enorme destreza con que paraba y golpeaba, encontró en el Pequeño John la horma de su zapato. Golpeó una, dos, tres veces, y las tres veces John desvió los golpes hacia la

derecha o hacia la izquierda. Y entonces, con un golpe de revés totalmente inesperado, John atravesó la guardia de su rival y le asestó un garrotazo que le hizo ver las estrellas. Eric retrocedió, intentando recuperarse, mientras estallaba el griterío; todos se alegraban de que Nottingham le ajustara las cuentas a Lincoln. Y así terminó el primer asalto.

Cuando el árbitro dio de nuevo la señal, los combatientes se adelantaron otra vez, pero ahora Eric luchaba con más prudencia, pues había comprendido que el rival era de cuidado y aún le dolía el golpe recibido. En este asalto, ni Eric ni el Pequeño John consiguieron romper la guardia del contrario y conectar un golpe; al cabo de un rato, volvieron a separarse y así concluyó el segundo asalto.

Al comenzar el tercero, Eric intentó actuar con prudencia, como había hecho antes; pero los nervios y la frustración pudieron con él y perdió la calma, comenzando a lanzar golpes tan feroces y tan rápidos que resonaban como una granizada sobre un tejado de lata, pero a pesar de todo, no consiguió atravesar la guardia del Pequeño John. Por fin, John vio venir su oportunidad y la aprovechó rápidamente. Moviéndose como un relámpago, golpeó a Eric en el parietal, y antes de que pudiera recuperarse, hizo girar el palo y le asestó tal porrazo en el otro lado del cráneo que Eric cayó como un fardo, quedando inmóvil en el suelo.


H·P·
El Pequeño John vence a Eric de Lincoln
HP:

Los espectadores gritaban tan fuerte que empezó a acudir gente corriendo de todas partes para ver lo que sucedía. El Pequeño John bajó de la plataforma y devolvió el bastón a su dueño. Y así terminó el famoso combate entre el Pequeño John y el célebre Eric de Lincoln.

A todo esto, había llegado la hora de que los participantes en el concurso de tiro ocuparan sus posiciones, y la gente se iba congregando en la explanada donde se celebraba la competición. En un lugar preferente, cerca del blanco, se sentaba el sheriff con otros personajes de calidad. Cuando los arqueros ocuparon sus puestos, el heraldo se adelantó para anunciar las reglas del torneo: cada tirador dispararía tres flechas, y el que realizara el mejor tiro recibiría como premio una pareja de bueyes. Se había reunido una veintena de aspirantes, y entre ellos figuraban algunos de los mejores tiradores de los condados de Lincoln y Nottingham; la gigantesca figura del Pequeño John sobresalía entre todos los demás, despertando la curiosidad de las gentes.

—¿Quién es aquel desconocido vestido de rojo? —preguntaban unos.

—Es el que acaba de romperle la cabeza a Eric de Lincoln —respondían otros.

Los comentarios fueron pasando de boca en boca, hasta que por fin llegaron a oídos del sheriff.

El Pequeño John participa en el concurso de tiro de la feria de Nottingham y gana un premio

Por fin, los arqueros se fueron adelantando uno a uno y lanzando sus flechas. Pero aunque todos tiraban muy bien, el Pequeño John fue el mejor de todos, acertando tres veces en la diana y quedando en una ocasión a pocos milímetros del centro.

—¡Viva el grandullón! —gritaba la multitud; y algunos de ellos gritaban—: ¡Viva Reynold Hojaverde! —que era el nombre que había dado John al inscribirse.

El sheriff habla con el Pequeño John sin reconocerlo

Entonces el sheriff descendió de su estrado y se acercó a los arqueros, que se quitaron respetuosamente el gorro al verle llegar. Miró atentamente al Pequeño John, pero no lo reconoció, aunque al cabo de unos instantes dijo con ciertas dudas:

—Buen hombre, hay algo en tu cara que me resulta conocido.

—Es posible, señor —dijo el Pequeño John—, pues yo he visto muchas veces a su señoría —y al hablar miró fijamente a los ojos del sheriff, que seguía sin sospechar quién era.

—Eres sin duda un hombre valeroso —continuó el sheriff—. He oído que hoy has defendido el honor de Nottinghamshire contra Lincoln de modo admirable. ¿Cómo te llamas?

—Me llaman Reynold Hojaverde, señoría —respondió el Pequeño John; y en la balada que cuenta esta historia se dice «y en verdad era una hoja verde, aunque el sheriff no sabía de qué árbol».

—Muy bien, Reynold Hojaverde —dijo el sheriff—. Eres el mejor arquero que han visto mis ojos, aparte de ese ladrón embustero de Robin Hood, de cuyas fechorías nos proteja el cielo. ¿Quieres entrar a mi servicio, buen hombre? Se te pagará bien: tendrás tres trajes al año, buena comida, toda la cerveza que puedas beber y, además, cuarenta marcos de salario por San Miguel.

El Pequeño John entra al servicio del sheriff

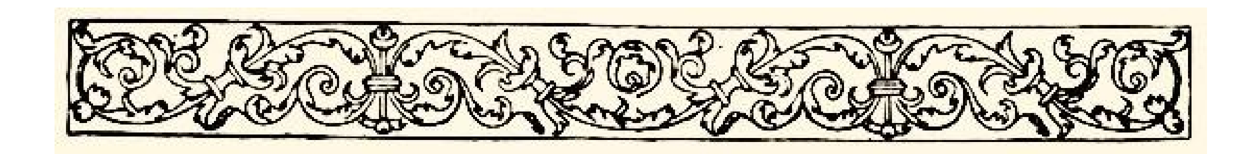
—Soy hombre sin compromisos, y serviré con gusto en vuestra casa —respondió el Pequeño John, pensando que ello le daría oportunidad de gastar alguna jugarreta.

—La pareja de bueyes es tuya —dijo el sheriff—, y yo añado al premio un barril de cerveza de marzo, para celebrar el haber encontrado un hombre como tú. Apostaría cualquier cosa a que eres capaz de tirar tan bien como el mismísimo Robin Hood.

El Pequeño John regala el premio al público de la feria

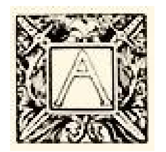
—Y yo —añadió el Pequeño John—, para celebrar el haber entrado al servicio de vuestra señoría, voy a regalar los bueyes y la cerveza a toda esta buena gente, para que todos lo celebren con nosotros.

Estas palabras fueron acogidas con gritos de júbilo, y muchos de los presentes lanzaron sus gorros al aire, en señal de alegría. Se encendieron grandes hogueras para asar los bueyes y se abrió el barril de cerveza, que contribuyó a alegrar a todo el mundo. Cuando todos hubieron comido y bebido hasta saciarse, cuando se extinguió el día y la luna se elevó, roja y redonda, sobre las torres y chapiteles de Nottingham, la gente se cogió de las manos y todos bailaron alrededor del fuego, a los sones de gaitas y liras. Pero mucho antes de que comenzara la fiesta, el sheriff y su nuevo sirviente, Reynold Hojaverde, se encontraban ya en el castillo de Nottingham.



III

Las correrías del pequeño John en la casa del sheriff



SÍ fue como el Pequeño John entró al servicio del sheriff, y no le fue nada mal, porque el sheriff le tenía en gran estima y le consideraba su mano derecha. Cenaba a la mesa del sheriff y corría junto a su caballo cuando iban de cacería; así, entre cacerías y cetrerías, comiendo bien, bebiendo mejor y levantándose tarde, John se puso tan gordo como un buey cebado.

Cómo vivía el Pequeño John en la casa del sheriff

El tiempo fue transcurriendo apaciblemente, hasta que un día en que el sheriff fue de caza ocurrió algo que alteró el curso de los acontecimientos.

El sheriff va de caza y el Pequeño John se queda en casa

Aquella mañana, el sheriff y sus hombres habían quedado citados con otros caballeros para ir de caza. El sheriff buscó con la mirada a su hombre de confianza, Reynold Hojaverde, pero no pudo encontrarlo y se sintió molesto, pues quería lucir ante sus nobles amigos las habilidades del Pequeño John. Pero éste seguía aún en la cama, roncando ruidosamente, y allí se quedó hasta que el sol estuvo muy alto. Por fin se decidió a abrir los ojos y miró a su alrededor, pero sin hacer intención de levantarse. La luz del sol penetraba por la ventana y la habitación estaba llena de la fragancia de las madreselvas que trepaban por el muro exterior; había concluido el frío invierno y comenzado la primavera, y el Pequeño John se quedó tumbado, pensando en lo bien que se sentía aquella mañana. Y entonces oyó a lo lejos, muy débiles y distantes, las vibrantes notas de un cuerno de caza. A pesar de que el sonido era muy débil, su efecto fue como el de una piedrecita arrojada a un estanque de aguas tranquilas, y rompió la impecable superficie de la mente del Pequeño John, hasta llegar a trastornarlo por completo. Fue como si su espíritu despertara de un prolongado letargo y le devolviera de golpe todos los recuerdos de la alegre vida en los bosques, donde los pájaros estarían cantando alegremente a la

primavera y donde sus antiguos compañeros estarían sin duda divirtiéndose y preparando una fiesta, quizá hablando de él en voz baja; porque cuando entró al servicio del sheriff lo hizo por gastar una broma; pero se estaba muy calentito allí durante el invierno, y la comida era abundante, y allí se fue quedando, aplazando de un día para otro el regreso a Sherwood, hasta que hubieron transcurrido seis largos meses. Pero ahora le vino el recuerdo de su amado jefe, y de Will Stutely, a quien apreciaba más que a nadie en el mundo, y del joven David de Doncaster, al que él mismo había adiestrado en numerosos deportes, y se fue apoderando de su corazón una profunda añoranza, hasta que se le llenaron los ojos de lágrimas. Entonces exclamó en voz alta:

—¡Heme aquí, engordando como un cerdo para la matanza y perdiendo la hombría, convertido en un puerco holgazán! Pero ahora mismo me levanto y vuelvo con mis queridos camaradas, para quedarme con ellos hasta el fin de mis días —y diciendo esto, saltó de la cama, avergonzado de su pereza.

El Pequeño John quieren el desayuno pero el mayordomo no se lo da

Al bajar las escaleras, encontró al mayordomo junto a la puerta de la despensa. Se trataba de un individuo gordo y macizo, que llevaba colgado de la faja un gran manojo de llaves. El Pequeño John le dijo:

—Buenos días tengáis, señor mayordomo. No he probado bocado en toda la mañana y tengo hambre. ¿Qué podéis darme de comer?

El mayordomo se le quedó mirando muy serio e hizo sonar las llaves de su llavero. Odiaba al Pequeño John porque éste gozaba del favor del sheriff.

—Así que el señor Reynold Hojaverde tiene hambre, ¿no es así? —dijo—. Mi joven amigo, si llegáis a vivir lo suficiente, acabaréis por descubrir que los holgazanes que duermen demasiado se quedan con el estómago vacío. ¿No conocéis el viejo refrán, señor Hojaverde?: «Cerdo remolón se queda sin ración».

—¡Maldita bola de grasa! —exclamó el Pequeño John—. No te he pedido filosofías idiotas, sino un poco de pan y carne. ¿Quién eres tú para negarme la comida? ¡Por San Pancracio, que si no me dices dónde está mi desayuno te voy a romper todos lo huesos!

—Vuestro desayuno, señor Fuegofatuo, está en la despensa —respondió el mayordomo.

—¡Pues tráemelo! —gritó el Pequeño John, cada vez más furioso.

—Entrad vos a por él —dijo el mayordomo—. ¿Acaso soy vuestro esclavo, para que tenga que traeros y llevaros las cosas?

—¡Te digo que me lo traigas!

—¡Y yo digo que vayáis vos!

—Muy bien; eso es lo que voy a hacer ahora mismo —dijo el Pequeño John, fuera de sí.

El Pequeño John rompe la puerta de la despensa

Intentó abrir la puerta de la despensa, pero la encontró cerrada; el mayordomo se echó a reír e hizo sonar de nuevo las llaves. Entonces la furia del Pequeño John se desbordó; levantó el puño y lo dejó caer sobre la puerta, hundiendo tres tablas de la misma y abriendo un agujero tan grande que se podía entrar cómodamente por él.

Cuando el mayordomo vio aquello, se volvió loco de rabia y, lanzándose sobre el Pequeño John, que se disponía a inspeccionar la despensa, lo agarró por el cuello con un brazo, tratando de estrangularlo mientras le golpeaba en la cabeza con el llavero. El Pequeño John consiguió volverse y le sacudió tal puñetazo al mayordomo que lo envió rodando por el suelo, donde quedó tendido sin hacer ademán de levantarse.

—¡Ahí tienes! —dijo el Pequeño John—. Esto para que te acuerdes de que nunca debes interponerte entre un hambriento y su desayuno.

Y tras decir esto, se metió en la despensa y miró en torno suyo, buscando algo con que aplacar su apetito. Encontró un pastel de carne de gamo y dos capones asados, una bandeja de huevos de chorlito, una botella de jerez y otra de amontillado; una visión paradisíaca para sus ojos hambrientos. Lo cogió todo y lo colocó sobre un cajón, disponiéndose a disfrutar del desayuno.

Pero el cocinero, desde su cocina situada al otro lado del patio, había oído las voces y la pelea entre el Pequeño John y el mayordomo, y acudió corriendo a través del patio y escaleras arriba, empuñando un espetón con un trozo de carne ensartado. Mientras tanto, el mayordomo había logrado incorporarse, y cuando el cocinero llegó a la despensa encontró al mayordomo mirando por el agujero de la puerta al Pequeño John, que se disponía a dar cuenta del desayuno, como mira un perro a otro perro que tiene un hueso entre los dientes. Cuando el mayordomo vio llegar al cocinero, que era un hombre muy alto y robusto, le pasó el brazo por los hombros y dijo:

—Fijaos, amigo. ¿Veis lo que ha hecho ese maldito rufián de Reynold Hojaverde? Está saqueando las provisiones de nuestro señor y me ha dado un golpe que casi me mata Amigo cocinero, como prueba de mi aprecio os pasaré cada día un cuartillo del mejor vino de nuestro amo, a quien con tanta fidelidad servís. Y además, tengo la intención de daros diez chelines de

gratificación. Pero ¿no se os subleva el espíritu al ver a un miserable bribón como ese Reynold Hojaverde comportarse con tanta insolencia?

—¡Ya lo creo que sí! —exclamó el cocinero, experimentando una profunda simpatía por el mayordomo, que tan bien hablaba de vino y de chelines—. Volved a vuestra habitación y yo os llevaré a este bellaco de las orejas.

Y con estas palabras, dejó a un lado el espetón y desenvainó la espada que llevaba en el cinto; en cuanto al mayordomo, se alejó lo más aprisa que pudo, pues le ponía malo ver espadas desnudas.

El cocinero interrumpe el desayuno del Pequeño John

El cocinero franqueó la destrozada puerta de la despensa y vio al Pequeño John ajustándose una servilleta bajo la barbilla y disponiéndose a saciar el apetito.

—¿Qué es esto, Reynold Hojaverde? —exclamó—. ¿Ahora os comportáis como un vulgar ladrón? Salid ahora mismo de aquí u os ensarto como a un cochinillo.

—Os advierto, amigo cocinero, que si no os comportáis con más corrección, me veré obligado a enseñaros modales. Por lo general, soy tan manso como un corderito, pero cuando alguien se interpone entre mi comida y yo, soy como un león enfurecido.

—¡Qué león ni qué ocho cuartos! —insistió el valiente cocinero—. Salid de ahí si es que no sois un cobarde además de un vil ladrón.

—¡Bah! —respondió el Pequeño John—. No le consiento a nadie que me llame cobarde; así que en guardia, cocinero, que aquí viene el león del que os hablaba.

John desenvainó su espada y salió de la despensa; ambos adversarios se pusieron en guardia y se acercaron poco a poco, mirándose con ferocidad; pero de pronto, el Pequeño John bajó su arma.

—¡Alto, cocinero! —dijo—. Se me acaba de ocurrir que sería tonto luchar con todas estas apetitosas viandas al alcance de la mano, suficientes para que se den un banquete dos personas sanas y robustas como nosotros. Escuchad, amigo. ¿Qué os parece si tomamos un bocado antes de luchar? ¿Qué respondéis?

El cocinero miró arriba y abajo, rascándose la cabeza entre grandes dudas, pues era amigo del buen comer. Por fin, exhaló un largo suspiro y dijo:

—Está bien, amigo, vuestro plan me satisface. Quiero decir: ¡Manos a la obra, camarada, que uno de nosotros dos puede haber pasado a mejor vida antes de esta noche!

El Pequeño John se da un

banquete con el cocinero

Así pues, ambos envainaron sus espadas y penetraron de nuevo en la despensa. Después de haberse sentado, el Pequeño John sacó su daga y la clavó en el pastel de carne.

—Ya me perdonaréis que empiece sin más, amigo mío, pero cuando el hambre aprieta las razones sobran.

Pero el cocinero no se había quedado atrás y estaba ya partiendo trozos de pastel con las manos. Durante un buen rato, ninguno de los dos pronunció una sola palabra, utilizando la boca para fines más meritorios.

Pero aunque ninguno hablaba, no dejaban de mirarse y cada uno pensaba para sus adentros que jamás había visto a nadie comer con tan buen apetito como la persona que tenía delante.

Por fin, al cabo de un largo rato, el cocinero exhaló un prolongado suspiro, como si le afligiera una pena muy honda, y se limpió las manos en la servilleta, incapaz de comer más. También el Pequeño John parecía satisfecho, pues apartó a un lado el pastel, como diciendo: «Ya no quiero saber más de ti, amigo mío». A continuación, levantó la botella de jerez y dijo:

—Y ahora, señor cocinero, juro por todo lo más sagrado que sois el compañero de mesa más formidable que he tenido en mi vida. ¡A vuestra salud!

Y diciendo esto, se llevó la botella a los labios y dejó los ojos en blanco mientras el vino bajaba por su garganta. Luego pasó la botella al cocinero, que dijo a su vez:

—Yo también bebo a su salud, alegre camarada —y demostró que no estaba dispuesto a dejarse ganar por el Pequeño John ni en el comer ni en el beber.

—Parece que tenéis una voz potente y agradable, amigo cocinero —dijo entonces John—. Apuesto a que no se os da mal el cantar baladas. ¿Me equivoco?

—Debo reconocer que no me importa cantar alguna que otra vez —respondió el cocinero—. Pero me niego a cantar solo.

—No, eso estaría muy mal —concedió el Pequeño John—. Sería una descortesía imperdonable. Pero empezad vos una cancioncilla, y yo luego cantaré otra, si es que me sale.

El cocinero canta la balada de la pastora abandonada

—Me parece bien —dijo el cocinero—. ¿Conocéis la canción de la pastora abandonada?

—Confieso que no —respondió el Pequeño John—. Pero cantadla y la conoceré.

Entonces el cocinero tomó otro trago de la botella para aclararse la garganta, carraspeó ligeramente y rompió a cantar con voz cristalina:

CANCIÓN DE LA PASTORA ABANDONADA

Allá, cuando en Cuaresma las hojas son más verdes
y los tiernos gorriones comienzan a aparearse,
cuando trina la alondra, y el tordo según creo,
y canta día y noche la paloma salvaje,
la bellísima Filis se sentó en una piedra,
y la oí lamentarse:
«Oh sauce, sauce bello,
voy a coger algunas de tus ramas
y hacerme una guirnalda para el pelo».

El tordo ya ha encontrado compañera,
también el petirrojo y la paloma;
mas mi pájaro a mí me ha abandonado
y aquí estoy, junto al río, toda sola,
sentada y lamentándome:
«Oh sauce, sauce bello,
voy a coger algunas de tus ramas
y hacerme una guirnalda para el pelo».

El mar no trajo arenques, pero algo mejor trajo:
el joven Coridón llegó del valle,
se sentó junto a Filis, ella cambió de tono
y al cabo terminó de lamentarse:
«Oh sauce, sauce bello,
puedes quedarte ya con tus guirnaldas.
No las quiero para adornarme el pelo».

—¡A fe mía, cocinero, que no sólo es una hermosa canción, sino que además hay mucha verdad en ella! —exclamó el Pequeño John.

—Me alegro de que os parezca así —dijo el cocinero—. Y ahora, amigo mío, escuchemos vuestra tonada, que a nadie le gusta celebrar solo, o cantar sin que le canten.

El Pequeño John canta la balada del buen caballero y su amada

—Entonces os cantaré una canción sobre uno de los nobles caballeros del rey Arturo, y de cómo curó las heridas de su corazón sin caer otra vez en el cepo, como vuestra Filis, que, tal como yo lo veo, no hizo sino combatir un mal con otro. Escuchad, pues, mientras yo canto.

EL BUEN CABALLERO Y SU AMOR

En los tiempos en que Arturo
en esta tierra reinaba,

era un rey de lo mejor
y vivía con su banda
de muy nobles caballeros
en buen amor y compaña.
Entre grandes y pequeños
un caballero se hallaba,
un joven alto y robusto,
que amaba a una bella dama.
Pero la bella era altiva
e, ingrata le desdeñaba,
nada de él querer sabía
y le volvía la espalda.
Despechado el caballero,
se marchó a tierras lejanas
para olvidar sus amores
y alejarse de la dama.
Se lamentaba en su ausencia,
sollozaba y suspiraba,
y hasta conmover las piedras
desesperado lloraba.
Mas su corazón sufría
los desdenes de la ingrata,
y a medida que su pena
crecía desmesurada,
languidecía su cuerpo
y más se debilitaba.
Hasta que, viendo que aquello
ya no conducía a nada,
dejó las lamentaciones,
desterró tristeza tanta,
volvió al vaso de jerez,
volvió a la alegre compaña,
y volvió a ser muy feliz
sin penas, amor ni dama.
De lo cual deduzco yo,
y siento con todo el alma,
que si cuidas que tu estómago
esté tranquilo y sin ansias,
sanará tu corazón
y tus problemas acaban.

—Por mi fe, señor mío —exclamó el cocinero, que seguía el ritmo golpeando con la botella contra un estante—, que me ha gustado mucho esa canción, y sobre todo el tema, tan sutilmente oculto como la carne de una nuez bajo la dureza del cascarón.

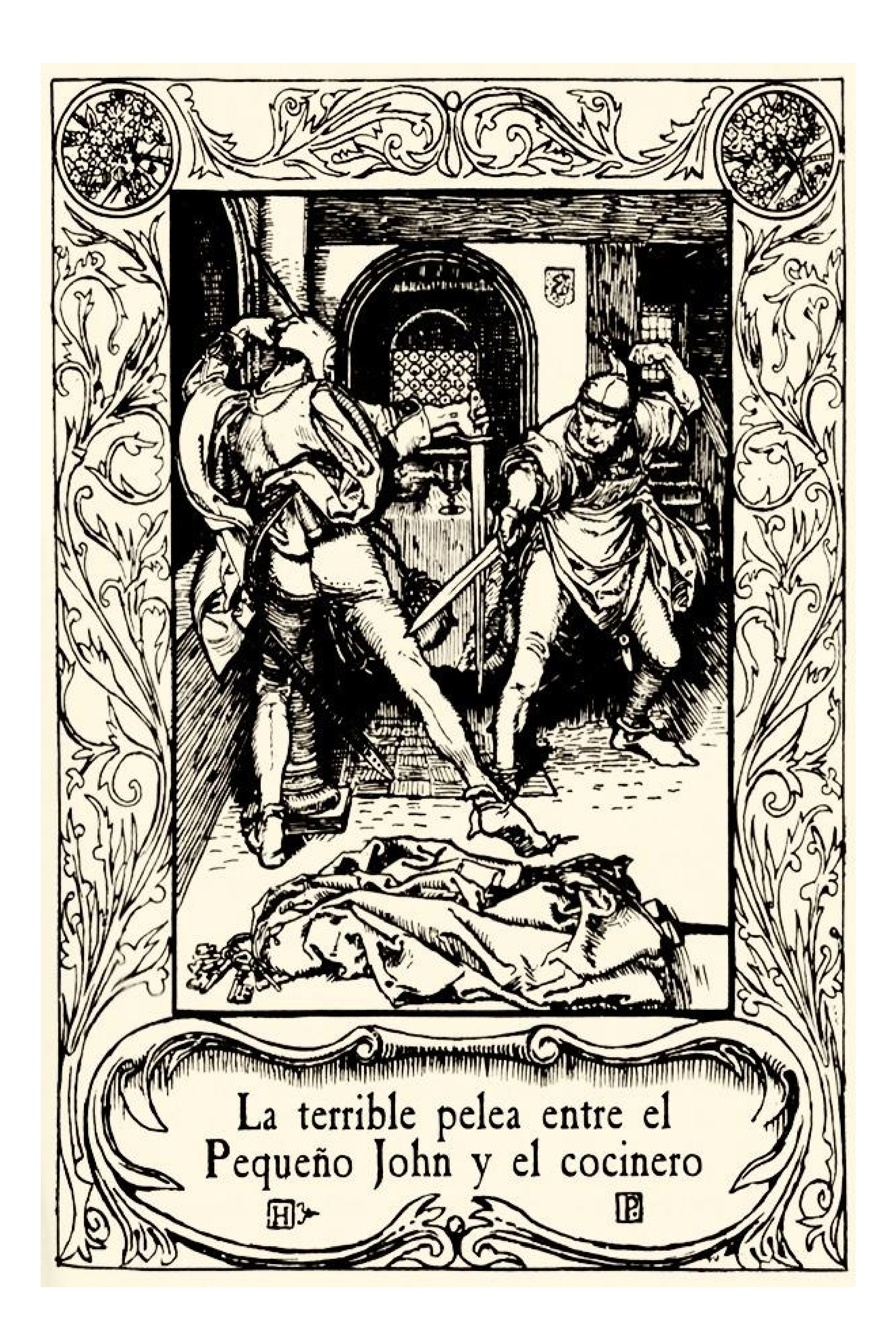
—Sois en verdad un hombre de ingenio —manifestó el Pequeño John—, y me caéis tan bien como un hermano.

—Vos también me caéis bien. Pero el tiempo apremia, y tengo que tener la comida hecha antes de que nuestro señor regrese; así pues, procedamos a zanjar esa pendencia que tenemos entre manos.

El Pequeño John lucha contra el cocinero

—Ah, sí —dijo el Pequeño John—. Zanjémosla cuanto antes. Soy tan poco reacio a pelear como a comer y beber. Volvamos, pues, al pasillo, donde hay suficiente espacio para esgrimir una espada, y estaré a vuestra disposición.

Ambos salieron al amplio corredor que conducía a la despensa, desenvainaron de nuevo sus espadas y sin más ceremonias se lanzaron uno contra otro como si se propusieran hacer pedazos al rival. Las espadas chocaron con gran estruendo, saltando cascadas de chispas a cada golpe. Lucharon pasillo arriba y pasillo abajo durante más de una hora, sin que ninguno de los dos lograra conectar una estocada, por mucho que ambos lo intentaban. Los dos eran igualmente diestros y no sacaron nada en limpio de sus esfuerzos. De vez en cuando, se detenían jadeantes y, tras un breve descanso para cobrar el aliento, se lanzaban de nuevo a la lucha con más furia que antes. Por fin, el Pequeño John exclamó: «¡Alto, cocinero!», y los dos bajaron la espada, jadeando ruidosamente.


La terrible pelea entre el Pequeño John y el cocinero

—Quiero dar fe —dijo el Pequeño John— de que sois el mejor espadachín que han visto mis ojos. Confieso que pensé que podría haceros trizas sin dificultad.

—Lo mismo pensaba yo —reconoció el cocinero—, pero parece que no consigo acertar por alguna razón.

—El caso es que he estado pensando por qué peleamos. Y no consigo recordarlo.

—Tampoco yo estoy seguro —respondió el cocinero—. No le tengo ningún aprecio a ese roñoso del mayordomo, pero me pareció que, puesto que nos habíamos comprometido a luchar, debíamos hacerlo.

—Bueno —dijo entonces el Pequeño John—. Me parece a mí que en lugar de intentar cortarnos el cuello el uno al otro, más valdría que fuéramos camaradas. ¿Qué me decís, cocinero? ¿Vendréis conmigo al bosque de Sherwood y os uniréis a la banda de Robin Hood? Viviréis a lo grande en el bosque, en compañía de ciento cuarenta tipos estupendos, yo entre ellos. Y recibiréis dos trajes de paño verde al año y cuarenta marcos de salario.

El cocinero se marcha con el Pequeño John para unirse a la banda de Robin Hood

—¡Ahora sí que habláis como a mí me gusta! —exclamó el cocinero de todo corazón—. Mientras os oía explicarlo, me daba cuenta de que es el trabajo ideal para mí. Iré con vos de muy buena gana. Dadme la mano, amigo, y seré vuestro camarada a partir de ahora. ¿Cómo os llamáis?

—Me llaman Pequeño John, amigo mío.

—¿Qué? ¿Sois vos en verdad el Pequeño John, la mano derecha del mismísimo Robin Hood? Muchas veces he oído hablar de vos, pero jamás pensé echaros la vista encima. ¿Y decís que sois el famoso Pequeño John? —el cocinero no salía de su asombro y miraba a su nuevo amigo con ojos como platos.

—Soy, efectivamente, el Pequeño John, y hoy tendré el placer de llevarle a Robin Hood un nuevo valiente camarada para su aguerrida banda. Pero antes de partir, amigo, me parece que sería indigno de nosotros, después de haber estado degustando los excelentes manjares del sheriff, no llevarle a Robin Hood un pequeño regalo de parte de su señoría, como por ejemplo su vajilla de plata.

—Me parece muy justo —dijo el cocinero.

Y los dos se pusieron rápidamente a la faena, apoderándose de todas las piezas de plata que encontraron a mano, hasta llenar un saco con el que emprendieron el camino hacia el bosque de Sherwood.

El Pequeño John presenta

al cocinero a Robin Hood

Al rato de haberse adentrado en el bosque llegaron al gran árbol de las reuniones, donde encontraron a Robin Hood y unos sesenta de sus hombres, tendidos apaciblemente sobre la hierba Cuando los proscritos vieron quién llegaba, se pusieron en pie de un salto.

—¡Caramba, Pequeño John! ¡Dichosos los ojos! —exclamó Robin Hood —. Hace mucho que no teníamos noticias de ti, aunque todos sabíamos que habías entrado al servicio del sheriff. ¿Cómo te ha ido durante todo este tiempo?

—No se vive nada mal en casa de nuestro señor el sheriff —respondió el Pequeño John—. Y para que te convenzas, jefe, mira: te he traído a su cocinero e incluso su vajilla de plata.

John procedió a contar a sus compañeros todo lo ocurrido desde que los dejara para acudir a la feria de Nottingham, y todos acogieron el relato con aclamaciones y risas, excepto Robin Hood, que permanecía muy serio.

—Mira, Pequeño John —dijo—. Eres un valiente y un amigo de verdad. Me alegro de que hayas decidido volver con nosotros, y tan bien acompañado por este cocinero, al que damos la bienvenida a Sherwood. Pero ya no me gusta tanto que le hayas robado al sheriff la vajilla como un vulgar ladronzuelo. El sheriff ya recibió su castigo y perdió trescientas libras por haber pretendido estafar al prójimo; pero no ha hecho nada para que le robemos la vajilla de su propia casa.

El Pequeño John se sintió molesto, pero intentó salir del paso con una broma:

—Muy bien, jefe —dijo—. Si no te crees que la vajilla sea un regalo del sheriff, lo traeré aquí en persona, para que pueda decirte con sus propios labios que nos la regaló —y diciendo esto, se puso en pie y desapareció antes de que Robin Hood pudiera hacerlo volver.

El Pequeño John corrió más de ocho kilómetros hasta llegar al lugar donde habían ido a cazar el sheriff de Nottingham y sus acompañantes. Cuando llegó hasta el sheriff se quitó el gorro e hincó la rodilla en tierra.

—Dios guarde a su señoría —dijo.

—¡Caramba, Reynold Hojaverde! —exclamó el sheriff—. ¿De dónde sales y qué te ha pasado?

—He estado en el bosque —respondió el Pequeño John, en tono alarmado — y allí he visto lo que jamás han visto ojos humanos. He visto un ciervo verde de pies a cabeza, y a su alrededor otros sesenta ciervos más, y toda la

manada era verde, todos verdes de punta a punta. Pero no me atreví a disparar, por miedo a que me mataran.

—¿Qué dices, Reynold Hojaverde? —dijo el sheriff—. ¿Estáis loco o borracho, para venir a mí con ese cuento?

—No señor, no estoy loco ni borracho —insistió el Pequeño John—. Y si venís conmigo lo podréis comprobar con vuestros propios ojos. Pero debéis venir solo, señoría, porque si vamos muchos podrían asustarse y desaparecer.

La partida se dejó guiar a la espesura del bosque, hasta que el Pequeño John dijo:

—Es por aquí, señor; ya estamos cerca de donde vi la manada.

El Pequeño John lleva al sheriff a presencia de Robin Hood

El sheriff desmontó de su caballo y ordenó a sus acompañantes que aguardaran su regreso; siguió al Pequeño John a través de un espeso matorral y de pronto se encontró en un amplio claro, al extremo del cual vio a Robin Hood, sentado al pie del viejo árbol y rodeado por sus hombres.

—Vedlo vos mismo, señor sheriff —dijo el Pequeño John —. Ésta es la manada de la que os hablaba.

Al oír esto, el sheriff miró al Pequeño John y comentó en tono amargo:

—Hace tiempo me pareció conocida tu cara, pero hasta ahora no he sabido quién eras. Maldito seas, Pequeño John, por traicionarme de este modo.

Entonces el Pequeño John se echó a reír.

—Sheriff y señor mío, decís bien: soy el Pequeño John. Pero permitidme deciros que todo esto no habría sucedido si vuestro avariento mayordomo no me hubiera querido matar de hambre, negándose a darme de comer cuando yo se lo pedía. Pero aunque él no me dio nada a mí, el ciervo verde os va a invitar a vos a otro banquete; y cuando volváis a casa decidle a vuestro mayordomo que ya llegará el día en que él y yo ajustemos cuentas.

Mientras tanto, Robin Hood se había acercado a ellos.

—Bienvenido seáis, señor sheriff —dijo—. ¿Habéis venido a cenar otra vez conmigo?

—¡No lo permita el cielo! —exclamó el sheriff, en tono de absoluta convicción—. No tengo apetito ni ganas de banquetes.

—Aun así —insistió Robin—, aunque no tengáis hambre, es muy posible que tengáis sed, y estoy seguro de que aceptaréis tomar una copa de jerez conmigo. No obstante, es una pena que no queráis quedaros a cenar; podríais encargar los platos más de vuestro gusto, puesto que está vuestro cocinero.

El sheriff, de mala gana, se dejó guiar hasta el asiento que tan bien recordaba, al pie del árbol.

—¡Eh, muchachos! —gritó Robin Hood—. ¡Llenad una copa de jerez para nuestro buen amigo el sheriff, y traédsela corriendo, que está muerto de sed!

Uno de los hombres se apresuró a ofrecerle al sheriff una copa de vino, haciendo una profunda reverencia al entregársela; pero el sheriff fue incapaz de tocar el vino, al ver que venía servido en una de sus propias copas de plata, sobre una de sus bandejas de plata.

—¿Cómo es esto? —se extrañó Robin—. ¿No os gusta nuestro nuevo servicio de plata? Hemos recibido hoy mismo un saco lleno.

Y al decir esto, levantó el saco lleno de objetos de plata que el Pequeño John y el cocinero se habían llevado del castillo.

El sheriff estaba absolutamente indignado; pero sin atreverse a decir nada, clavó la mirada en el suelo. Robin le miró atentamente durante un buen rato antes de hablar, y entonces dijo:

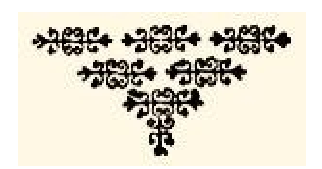
—Bien, señor sheriff. La última vez que vinisteis al bosque de Sherwood, pensabais estafar a un pobre hombre manirroto y salisteis estafado vos mismo; pero ahora habéis venido sin mala intención y no me consta que hayáis robado a nadie. Suelo cobrar una cuota a los abades gordos y a los ricachones engreídos, para ayudar a los que han sido robados por ellos y enderezar lo que ellos descomponen; pero no he sabido que tengáis colonos a los cuales hayáis perjudicado en modo alguno. Por lo tanto, tomad de nuevo lo que es vuestro, pues hoy no pienso despojaros ni de un cuarto de penique. Venid conmigo y yo os guiaré hasta donde os aguarda vuestra gente.

Y echándose el saco al hombro, comenzó a andar seguido de cerca por el sheriff, que iba demasiado desconcertado como para decir nada. Así caminaron hasta llegar a corta distancia de donde esperaban los acompañantes del sheriff. Entonces Robin Hood le entregó el saco al sheriff, diciendo:

—Tomad lo que es vuestro, y prestadme atención, señor sheriff, que además de la plata os daré un buen consejo: tratad bien a vuestros siervos, y evitaréis que os abandonen de esta manera —y con estas palabras desapareció entre el follaje, dejando al perplejo sheriff con el saco en las manos.

Los acompañantes del sheriff quedaron asombrados al verle salir del bosque con un pesado saco al hombro. Pero aunque le acosaron a preguntas, él no respondía una sola palabra, y se comportaba como un sonámbulo. Sin decir nada, colocó el saco sobre el lomo de su corcel, montó a continuación y partió al trote, seguido por los demás. Durante todo el camino, su cabeza era

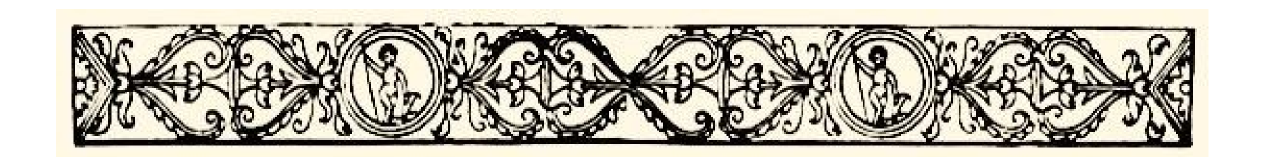
como un torbellino de pensamientos desatados que chocaban unos con otros. Y así termina la famosa aventura de cuando el Pequeño John sirvió en la casa del sheriff.





Tercera parte

Donde se cuentan tres curiosas aventuras que acontecieron a Robin Hood y a otras personas, de las que salió con los huesos molidos, pero a cambio adquirió tres buenos camaradas, todo en un mismo día.



I

El pequeño John y el curtidor de Blyth

INEVITABLEMENTE, sucede a veces que la mala suerte se ceba con una persona de tal manera que, como suele decirse, todos los gatos cazan moscas en su cara. Esto es lo que les sucedió a Robin Hood y al Pequeño John un bonito día del alegre mes de mayo; escuchad, pues, y os enteraréis de cómo la diosa Fortuna les dio tal vapuleo que los huesos les quedaron doloridos durante muchos días.

Un buen día, poco después de que el Pequeño John decidiera abandonar la casa del sheriff y volviera en compañía del cocinero, como se contó en el capítulo anterior, Robin Hood y algunos miembros escogidos de su banda se encontraban tendidos sobre el blando césped a los pies del árbol de las reuniones. Hacía un calor bochornoso, y aunque casi todos los proscritos andaban dispersos por el bosque, ocupados en una u otra tarea, estos pocos holgazaneaban a la sombra del árbol, dispuestos a pasar la tarde intercambiándose chistes e historias divertidas que les hicieran reír un poco.

El aire estaba cargado de la fragancia amarga de mayo, y entre las frondosas sombras del bosque resonaban los cantos de los pájaros —el tordo, el cuclillo, la becada—, mezclados con el refrescante sonido del arroyo cantarín que corría entre las piedras del claro donde se elevaba el árbol de las reuniones. Daba gozo ver a aquellos diez fornidos campesinos, todos ellos vestidos de paño verde, tumbados bajo las ramas del imponente árbol, entre las hojas que caían revoloteando desde lo alto, iluminadas en la caída por los rayos del sol.

Ya no se crían hombres como los de aquellos tiempos; los buenos tiempos en los que un recio bastón y un arco de tejo templaban la fibra de un hombre y endurecían sus miembros. En torno a Robin Hood se congregaba aquel día la flor y nata del campo británico. Allí estaba el gran Pequeño John, de miembros tan robustos como las retorcidas ramas del árbol, aunque algo reblandecidos por su estancia en casa del sheriff de Nottingham; y también el

famoso Will Stutely, con su rostro curtido como una pasa por el sol y el viento, considerado como el hombre más divertido de toda la región, con la única excepción de Allan de Dale, el trovador, del que pronto oiréis hablar; allí se encontraba también Will Scathelock, tan delgado como un galgo y tan ligero de piernas como una cabra de tres años; y el joven David de Doncaster, cuya corpulencia tan sólo era inferior a la del Pequeño John, con la barba apenas despuntando en sus juveniles mejillas; y otros de gran renombre, cuya fama llegaba muy lejos.

De pronto, Robin se dio una palmada en la rodilla.

Robin Hood se burla del Pequeño John por su gordura

—¡Por San Renato! —exclamó—. Casi me olvido de que el día de paga está al caer y no nos quedan reservas de paño de Lincoln. Habrá que arreglar esto sin pérdida de tiempo. ¡Muévete, Pequeño John! Sacúdete la pereza de los huesos porque tienes que ir a ver al viejo chismoso de nuestro pañero, Hugh Longshanks de Ancaster. Dile que nos envíe inmediatamente ciento cuarenta metros de buen paño verde de Lincoln; quizá el viaje logre hacerte perder algo de la grasa que se te pegó a los huesos mientras hacías el vago en casa de nuestro amado sheriff.

El Pequeño John se pica y responde maliciosamente a Robin Hood

—¡Bah! —murmuró el Pequeño John, que había aguantado ya tantas bromas al respecto que estaba harto del tema—. ¡Bah! Quizá tenga un poco más de grasa que antes en las articulaciones, pero con grasa o sin ella, estoy seguro de que podría apañármelas para conseguir derribar de un puente a cualquier hombre de Sherwood, o de Nottinghamshire si me apuras, aunque tenga tan poca grasa en sus huesos como tú mismo, querido jefe.

Estas palabras fueron acogidas con una gran carcajada, y todos miraron a Robin Hood, porque todos sabían que el Pequeño John hablaba de un cierto combate que tuvo lugar entre él y su jefe, y que fue el origen de su amistad.

Robin envía al Pequeño John con un recado para el pañero de Ancaster

—No permitirá el cielo que dude de ti, Pequeño John —dijo Robin, riendo más fuerte que ningún otro—; y no tengo ningún deseo de probar tu bastón. Debo de reconocer que algunos hombres de mi banda manejan un bastón de dos metros mejor que yo mismo; pero no existe en todo Nottinghamshire quien pueda disparar una flecha como lo hacen estos dedos. No obstante, un viajecito a Ancaster no te vendrá mal; más vale que salgas de noche, pues muchos conocen tu cara de verla en casa del sheriff, y si vas por ahí en pleno día puedes meterte en un lío con alguno de

sus soldados. Espera aquí y te traeré el dinero para pagar al bueno de Hugh. Me gusta que piense que somos sus mejores clientes —y con estas palabras, se puso en pie y se internó en el bosque.

A poca distancia del árbol de las reuniones se alzaba una gran roca bajo la cual se había excavado una cámara, cuya entrada estaba cerrada por una sólida puerta de roble, de dos palmos de grosor, claveteada y cerrada con un gran candado. Allí se guardaba el tesoro de la banda, y allí se dirigió Robin Hood. Abrió el candado, penetró en la cámara y sacó de ella una bolsa de oro que entregó al Pequeño John, para que con ella pagara el paño a Hugh Longshanks.

El Pequeño John se incorporó, tomó la bolsa de oro, la metió en sus calzones, se enrolló una faja a la cintura, empuñó un grueso bastón de dos metros de largo, y se puso en camino.

El Pequeño John sale en dirección a Ancaster

Iba silbando mientras caminaba por el sendero cubierto de hojas que conducía a Fosse Way, sin torcer ni a la derecha ni a la izquierda, hasta que por fin llegó a un punto donde el sendero se bifurcaba: una ramificación llevaba a Fosse Way y la otra, como bien sabía el Pequeño John, a la acogedora posada del Jabalí Azul. Al instante, el Pequeño John dejó de silbar y se quedó parado en mitad del camino. Miró primero hacia arriba y luego hacia abajo, y por fin, echándose el gorro sobre un ojo, se rascó muy despacio la nuca. ¿Qué había sucedido? Muy sencillo: a la vista de los dos senderos, dos voces habían empezado a resonar en el interior de su cabeza; una de ellas gritaba: «He aquí el camino que lleva al Jabalí Azul, a la buena cerveza de octubre y a una placentera velada en agradable compañía». La otra voz insistía: «He aquí el camino que lleva a Ancaster, donde tienes una misión que cumplir». Ahora bien, la primera de las dos voces era, con mucho, la más potente, pues el Pequeño John se había aficionado en demasía a la buena vida durante su permanencia en la casa del sheriff; así pues, tras mirar el cielo azul, surcado por nubes blancas que lo atravesaban como barcos de vela a cuyo alrededor volaban en círculos las golondrinas, acabó por decir:

El Pequeño John, faltando a su deber, deja el camino de Ancaster y se va al Jabalí Azul

—Mucho me temo que va a llover; más vale que me detenga en el Jabalí Azul hasta que pase el aguacero. Estoy seguro de que a Robin no le gustaría que me empapara hasta los huesos.

Y sin más trámites tomó el sendero que conducía al lugar de sus apetencias. No se advertía señal alguna de

lluvia, pero cuando uno desea una cosa como la deseaba el Pequeño John, siempre se encuentran argumentos.

La clientela del Jabalí Azul se componía de cuatro alegres juerguistas: un carnicero, un mendigo y dos frailes. El Pequeño John los oyó cantar desde muy lejos, mientras caminaba a la luz del crepúsculo, que iba cayendo sobre montes y cañadas. Todos se alegraron de recibir a un nuevo camarada, y más tratándose de un hombre tan entusiasta como el Pequeño John. Se pidieron más jarras de cerveza, y entre bromas, canciones y relatos picantes fueron transcurriendo las horas con velocidad vertiginosa.

El Pequeño John pasa la noche en la posada del Jabalí Azul

Nadie reparó en la hora hasta que la noche estuvo tan avanzada que el Pequeño John descartó la idea de seguir viaje aquella noche y decidió quedarse en el Jabalí Azul hasta la mañana.

Pero el Pequeño John iba a pagar muy caro el haber descuidado el deber en aras del placer, y a todos nos puede ocurrir el mismo caso, como pronto veréis.

Al amanecer del día siguiente, se levantó, empuñó su bastón y reemprendió su camino, como queriendo recuperar el tiempo perdido.

En la ciudad de Blyth vivía un corpulento curtidor, famoso en toda la región por su fuerza y sus victorias en torneos de lucha libre y con bastón. Durante cinco años había sido el campeón oficial de lucha libre, hasta que el célebre Adam de Lincoln le había derrotado, rompiéndole de paso una costilla. Pero en la lucha con bastón todavía no había encontrado rival a su altura. Además de esto, le gustaba el tiro con arco y era aficionado a las excursiones por el bosque las noches de luna llena durante la temporada del gamo; por esta razón, los guardabosques del rey le tenían estrechamente vigilado, pues no era raro encontrar en casa de Arthur de Bland grandes reservas de carne con un sospechoso aspecto de venado cazado ilegalmente.

Arthur de Bland sale de Nottingham en dirección a Blyth

Quiso la casualidad que Arthur hubiera estado en Nottingham el día antes de que el Pequeño John partiera a cumplir el encargo de Robin, para vender allí un cargamento de pieles curtidas, y que emprendiera el regreso a Blyth la misma mañana en que John salía de la posada. Su camino le llevaba por el lindero del bosque de Sherwood, donde los pájaros saludaban al nuevo día con una algarabía de cantos jubilosos. El curtidor llevaba su bastón atravesado sobre los hombros, listo para poderlo

empuñar rápidamente, y se cubría la cabeza con una gorra de cuero doble, tan dura que difícilmente podría hacer mella en ella una espada.

Arthur intentar ver algún ciervo

«Vaya, vaya —iba diciendo Arthur de Bland para sus adentros, habiendo llegado a una parte del camino que atravesaba una esquina del bosque—. No cabe duda de que en esta época del año los ciervos empiezan a salir del bosque para acercarse a los prados abiertos». Con un poco de suerte, y siendo tan pronto, aún podría echarle la vista encima a una de esas preciosidades, pues a Arthur nada le gustaba más que contemplar las manadas de ciervos, aunque no pudiera meterles una flecha entre las costillas. Así pues, saliendo del camino, se internó entre los matorrales mirando y atisbando por aquí y por allá, recurriendo a todas las argucias de quien conoce a la perfección el bosque y se ha vestido más de una vez de paño verde.

Mientras tanto, el Pequeño John caminaba alegremente, sin pensar en nada que no fuera el aroma de los capullos que despuntaban en los setos o la belleza de las flores que cubrían algún que otro manzano silvestre. De vez en cuando se quedaba mirando a una alondra que salía de pronto de entre la hierba húmeda y emprendía el vuelo a la luz del sol, lanzando a los cuatro vientos su canción.

El Pequeño John ve a Arthur de Bland entre los matorrales

Y en estas condiciones quiso la suerte que se desviara del camino principal y llegara muy cerca de donde Arthur de Bland escudriñaba entre los espesos matorrales. Al oír el rozar de ramas, el Pequeño John se detuvo y logró divisar el gorro de cuero del curtidor, moviéndose entre los matorrales.

«Me pregunto qué se propondrá ese bribón, que busca y rebusca de tal manera —se dijo—. Mucho me temo que el muy bellaco sea un miserable ladrón que pretende cazar nuestros ciervos y de Su Majestad el rey», pues a fuerza de vivir en los bosques, el Pequeño John había acabado por considerar que los ciervos de Sherwood pertenecían a Robin y a su banda como al buen rey Enrique.

Tras reflexionar unos instantes, decidió que el asunto merecía una investigación y, saliendo del camino, penetró también en la espesura y se dedicó a espiar a Arthur de Bland.

Durante un buen rato, los dos corretearon por el bosque, el Pequeño John siguiendo al curtidor y el curtidor siguiendo la pista de los ciervos. Por fin, el Pequeño John pisó una ramita que se partió con un chasquido; al oír el ruido, el curtidor se volvió rápidamente y vio al Pequeño John espiándole. Dándose

cuenta de que había sido descubierto, el Pequeño John decidió proceder con osadía.

—¡Ajá! —exclamó—. ¿Qué estáis haciendo aquí, despreciable intruso? ¿Quién sois vos para venir a hollar los senderos de Sherwood? A juzgar por la ruin expresión de vuestro rostro, me atrevería a asegurar que no sois más que un vulgar ladrón que pretende cazar los ciervos de nuestro señor el rey.

El Pequeño John le da el alto a Arthur de Bland

—¿Cómo os atrevéis, maldito mentiroso? —respondió el curtidor, que, aunque cogido por sorpresa, no era hombre que se dejaba intimidar por palabras altisonantes—. No soy un ladrón, sino un honrado artesano. Y en cuanto a mi rostro, es como es; y ya que estamos en ello, el vuestro tampoco es muy agraciado, bellaco deslenguado.

—¡Vaya! —exclamó el Pequeño John en voz muy alta—. ¿Conque os atrevéis a replicarme? Me están entrando verdaderas ganas de partiros el cráneo por vuestra insolencia. Debo haceros saber, buen hombre, que para el caso es como si yo fuera un guardabosques del rey. Por lo menos —añadió para sí mismo— mis amigos y yo nos encargamos de cuidar de los ciervos de su soberana majestad.

Arthur de Bland desafía al Pequeño John

—Poco me importa quién seáis —respondió el osado curtidor—. Y harían falta muchos como vos para lograr someter a Arthur de Bland.

—¿Ah, sí? —gritó el Pequeño John, furioso—. ¿Conque ésas tenemos, fanfarrón? Habéis de saber que vuestra lengua os acaba de meter en un aprieto del que os costará Dios y ayuda salir, pues voy a daros una zurra como no habéis visto otra en vuestra vida. Empuñad vuestro bastón, forastero, que no quiero golpear a un hombre desarmado.

—¡Mirad cómo tiemblo de miedo! —exclamó el curtidor, igualmente encolerizado—. Con bravatas no se mata ni a un ratón. ¿Quién sois vos, que habláis tan a la ligera de partirle la cabeza a Arthur de Bland? Si no os curto el pellejo como quien curte una piel de ternero, estoy dispuesto a convertir mi bastón en pinchitos para carne y a dejar de ser hombre a partir de este día. ¡Así que cuidaos!

—¡Un momento! —dijo el Pequeño John—. Midamos antes nuestros bastones, que el mío es más largo que el vuestro y no quisiera tener ni una pulgada de ventaja sobre vos.

—¡Olvidad la longitud! —respondió el curtidor—. Mi bastón es lo bastante largo para tumbar a un ternero; así que en guardia, repito.

Y sin más ceremonias, ambos empuñaron sus bastones por el centro y, dirigiéndose feroces miradas, se acercaron lentamente uno a otro.

Robin Hood sale en busca del Pequeño John para reprenderle

A todo esto, había llegado a oídos de Robin Hood que el Pequeño John, en lugar de obedecer sus órdenes, había cedido a la llamada del placer y se había pasado la noche de juerga en el Jabalí Azul, en vez de dirigirse directamente a Ancaster. Muy molesto por la desobediencia, partió por la mañana en busca del Pequeño John, con intención de alcanzarlo por el camino y decirle lo que pensaba del asunto.

Robin oye voces en la espesura

Iba pensando las palabras que utilizaría para reprender al Pequeño John por su comportamiento, cuando de pronto oyó voces airadas, como de hombres que reñían, y pudo entender un rápido intercambio de insultos. Al oír esto, Robin se detuvo a escuchar mejor.

«No cabe duda —se dijo—. Ésa es la voz del Pequeño John, y parece bastante furioso. La otra voz no la conozco. ¡No quiera el cielo que mi buen John haya caído en manos de los guardabosques del rey! Tengo que ver lo que ocurre, y rápido».

Robin ve al Pequeño John y Arthur de Bland disponiéndose a luchar

Al decir esto, toda su cólera se disipó como la brisa que penetra por una ventana, al pensar que la vida de su fiel lugarteniente podía estar en peligro. Avanzó con cautela a través de los matorrales hacia donde se oían voces y, apartando las hojas, pudo ver el pequeño espacio abierto donde los dos hombres se enfrentaban, bastón en mano.

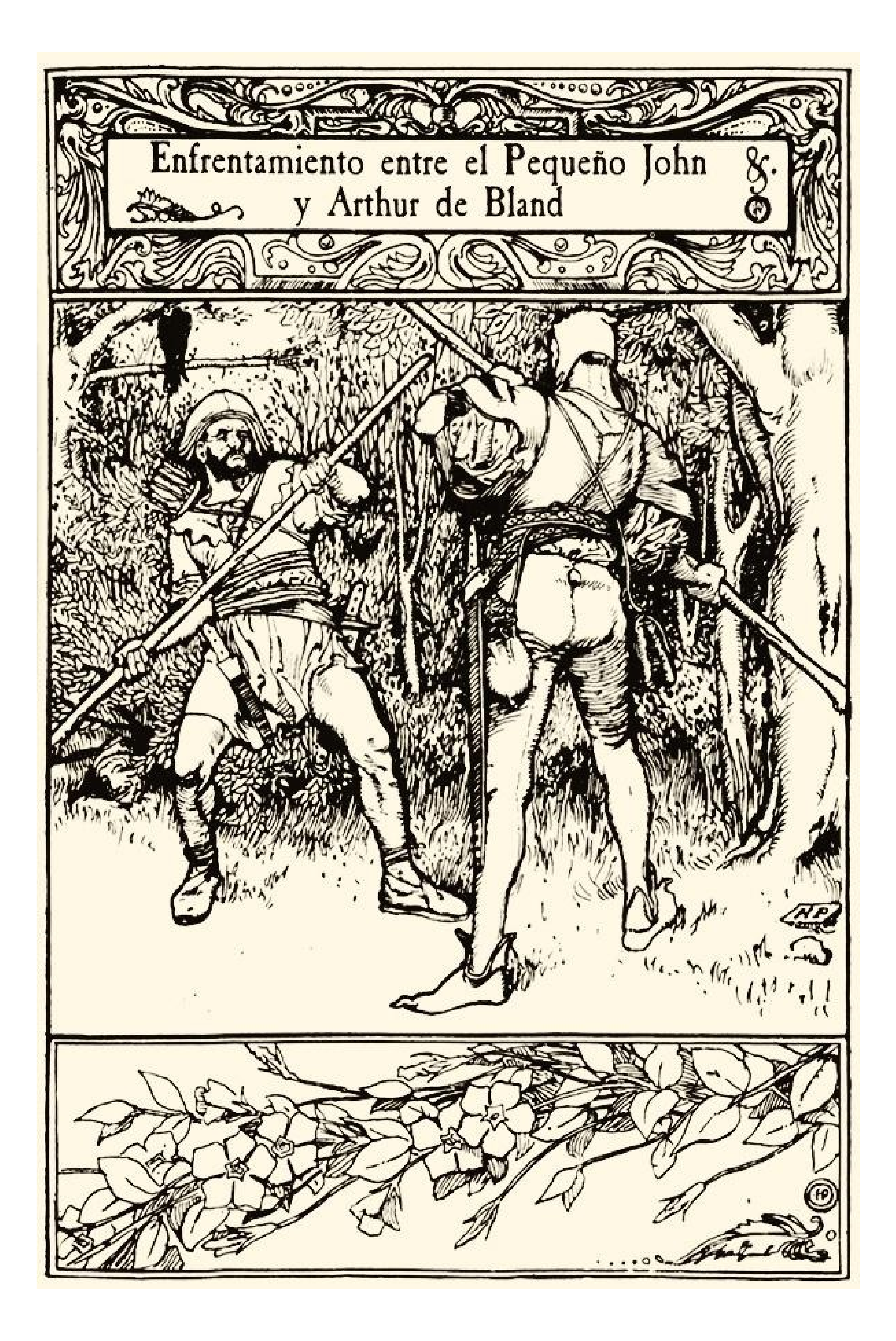
El Pequeño John y Arthur de Bland se disponen a luchar

«¡Ajá! —se dijo Robin—. Éste promete ser un buen espectáculo. Estoy dispuesto a recompensar a ese fulano con tres monedas de oro de mi propio bolsillo si es capaz de darle una buena zurra al Pequeño John. Se merece un buen vapuleo por haber desobedecido mis órdenes. No obstante, me temo que existan pocas posibilidades de que me den esa alegría». Y diciendo esto, se tendió en el suelo para poder contemplar el espectáculo en una posición bien cómoda.

La pelea entre el Pequeño John y Arthur de Bland

Quizá hayáis visto alguna vez a dos perros a punto de pelearse: caminan lentamente uno alrededor del otro, sin que ninguno de los dos se decida a iniciar el combate; así era como se movían aquellos dos hombres, acechando la

oportunidad de pillar al otro desprevenido, para así poder
aplicar el primer golpe. Por fin, el Pequeño John golpeó con la velocidad del rayo, pero el curtidor paró el golpe, lo desvió hacia un lado y lanzó a su vez otro, que fue igualmente parado por el Pequeño John. Así comenzó la terrible batalla. Los dos combatientes se movían hacia delante y hacia atrás, y los golpes llovían con tal rapidez que, por el sonido, se habría dicho que había una docena de hombres luchando. Siguieron peleando durante casi media hora, hasta que la tierra quedó completamente removida por sus pisadas y los dos luchadores resoplaban como bueyes tirando del arado. El Pequeño John llevaba la peor parte, pues había perdido la costumbre de realizar grandes esfuerzos y sus articulaciones ya no eran tan elásticas como antes de vivir en casa del sheriff.


Enfrentamiento entre el Pequeño John
y Arthur de Bland

Robin permaneció todo este tiempo tumbado bajo los arbustos, contemplando embelesado la exhibición. «A fe mía que nunca en mi vida pensé que vería al Pequeño John encontrarse con la horma de su zapato. Aun así, creo que habría podido vencer a ese sujeto de encontrarse en su antigua forma», se dijo.

Por fin el Pequeño John vio llegar su oportunidad y, concentrando todas sus fuerzas en un golpe capaz de derribar a un buey, lanzó un ataque demoledor contra el curtidor. Y aquí se vio la utilidad del gorro de cuero que éste llevaba, pues de no ser por él no habría podido volver a esgrimir nunca más un bastón. Aun así, recibió un golpe tan fuerte en el parietal que salió trastabillando a través del claro, y si al Pequeño John le hubieran quedado fuerzas para aprovechar esta ventaja, el pobre Arthur lo habría pasado muy mal.

Arthur de Bland derriba al pequeño John por los suelos

Tal como estaban las cosas, el curtidor tuvo tiempo de recuperarse, e incluso de responder con un golpe a distancia que esta vez alcanzó su objetivo, derribando al Pequeño John cuan largo era, mientras el bastón volaba de sus manos. Levantando su bastón, Arthur le propinó un nuevo golpe en las costillas.

—¡Alto! —rugió el Pequeño John—. ¿Sois capaz de golpear a un hombre caído?

—¿Por qué no? —respondió el curtidor, golpeándole de nuevo con el bastón.

—¡Alto! —gritaba el Pequeño John—. ¡Quieto! ¡Socorro! ¡Quieto, he dicho! ¡Me rindo, he dicho que me rindo!

El Pequeño John se rinde a Arthur de Bland

—¿Habéis tenido bastante? —preguntó el curtidor muy serio, alzando su bastón.

—¡Ya lo creo, más que suficiente!

—¿Y reconocéis que soy el mejor de los dos?

—¡Sí, lo reconozco y mala peste os mate! —exclamó el Pequeño John, la primera parte en voz alta y la última para su coleto.

—En tal caso, podéis seguir vuestro camino, y dad gracias a vuestro santo patrón de que soy hombre compasivo —dijo el curtidor.

—¡Me río yo de vuestra compasión! —dijo el Pequeño John, sentándose en el suelo y palpándose las doloridas costillas—. Vive Dios, que tengo las costillas como si me las hubieran roto todas por la mitad. Os aseguro, señor

mío, que no pensé que hubiera en todo Nottinghamshire un hombre capaz de hacerme esto.

Robin Hood irrita al Pequeño John al burlarse de sus desgracias

—¡Tampoco lo pensaba yo! —exclamó Robin Hood, saliendo de entre el follaje y riendo a carcajadas, hasta el punto de saltársele las lágrimas—. ¡Caramba, caramba! Caíste como una botella de lo alto de una tapia. Lo he visto todo y jamás pensé que te vería rindiéndote a ningún hombre de Inglaterra. Iba en tu busca para recriminarte por no haber cumplido mi encargo y, mira por dónde, veo que has pagado con creces tu falta, vencido y humillado por este forastero. ¡Cómo te sacudió desde lejos, mientras tú te quedabas mirándole! ¡Qué caída! ¡Jamás había visto a nadie rodar así! —y mientras Robin hablaba, el Pequeño John permanecía sentado en el suelo, con cara de haberse tragado una purga. A continuación, Robin se volvió hacia el curtidor y preguntó:

—¿Cómo os llamáis, amigo?

—La gente me llama Arthur de Bland —respondió el curtidor con orgullo—. Y vos, ¿cómo os llamáis?

—¡Ajá! ¡Arthur de Bland! —exclamó Robin—. Ya he oído mencionar ese nombre. El pasado mes de octubre le rompisteis la cabeza a un amigo mío en la feria de Ely. Un tipo al que por allí llaman Jock de Nottingham, pero al que nosotros llamamos Will Scathelock. Y este pobre muchacho al que habéis zurrado de tal manera estaba considerado como el mejor luchador de bastón de toda Inglaterra. Os presento al Pequeño John y me presento yo: Robin Hood.

—¡Cómo! —se sorprendió el curtidor—. ¿Sois vos en verdad Robin Hood, y éste el famoso Pequeño John? Pardiez, de haber sabido quién erais, no me habría mostrado tan dispuesto a levantar la mano contra vos. Permitid que os ayude a incorporaros, señor don Pequeño John, y que os quite el polvo de las ropas.

—¡Nada de eso! —dijo el Pequeño John en tono enojado, mientras se incorporaba con cuidado, como si tuviera los huesos de cristal—. Puedo valerme por mí mismo, amigo mío, sin necesidad de vuestra ayuda; y permitid que os diga que, de no haber sido por ese maldito gorro de cuero, lo habríais pasado muy mal en el día de hoy.

Al oír esto, Robin Hood se echó a reír de nuevo y le dijo al curtidor:

—¿No os gustaría uniros a mi banda, amigo Arthur? A fe mía que sois uno de los hombres más recios que han visto mis ojos.

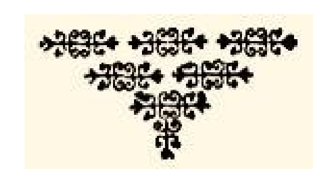
Arthur de Bland se une

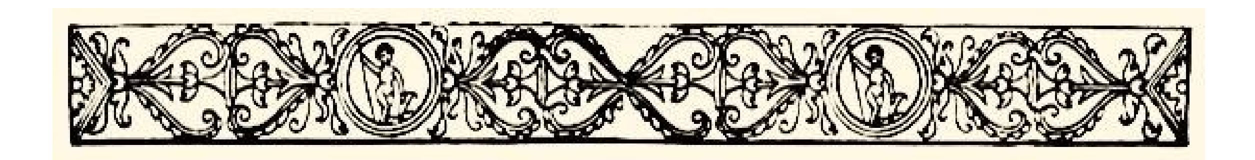
—¿Unirme a vuestra banda? —preguntó a su vez el curtidor—. ¡Pardiez, ya lo creo que sí! ¡Viva la buena vida! ¡Se acabó la miseria! —el hombre daba brincos de alegría y chasqueaba los dedos—. ¡Abajo el asqueroso tanino, las tinas pringosas y los pellejos malolientes! ¡Os seguiré hasta el fin del mundo, amado jefe mío, y no molestaré a ningún ciervo de vuestros bosques con el zumbido de mi arco!

a la banda de alegres proscritos de Robin Hood

—En cuanto a ti, Pequeño John —dijo Robin Hood, todavía riendo—, sal de una vez hacia Ancaster. Te acompañaremos durante un trecho, porque no quiero que te desvíes ni a la derecha ni a la izquierda hasta que te encuentres bastante lejos de Sherwood. Todavía quedan en las proximidades algunas posadas que tú conoces.

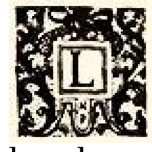
Y así, los tres compañeros salieron de los matorrales y reemprendieron una vez más el camino.





II

Robin Hood y Will Escarlata

OS tres marchaban camino adelante, tres hombretones como sería difícil encontrar otros en toda la vieja Inglaterra. Al cruzarse con ellos, eran muchos los que se volvían a mirarlos, tan anchos de hombros y tan firme su paso.

Robin Hood, el Pequeño John y Arthur de Bland charlan por el camino

—¿Por qué no fuiste directamente a Ancaster, como yo te dije? —pregunto Robin Hood al Pequeño John—. Si me hubieras obedecido, no te habrías metido en semejante lío.

—Me pareció que amenazaba lluvia —dijo el Pequeño John refunfuñando, pues aún se sentía ofendido por las burlas de Robin Hood.

—¡Lluvia! —exclamó Robin, parándose de pronto en mitad del camino y mirando con asombro al Pequeño John—. ¡Serás burro! ¡En tres días no ha caído ni una gota de agua, ni se ha visto en el cielo o en la tierra la menor señal de que fuera a caer!

—¿Y eso qué importa? —gruñó el Pequeño John—. El bendito San Sucinto, que mantiene controladas las aguas del cielo en su caldero de peltre, puede dejarlas caer, si tal es su deseo, incluso en el día más despejado. ¿Qué querías? ¿Que me calara hasta los huesos?

Al oír esto, Robin Hood no pudo evitar echarse a reír.

—¡Ah, bribón! ¡Qué condenado ingenio tienes en esa cabezota! ¿Cómo puede uno estar enfadado contigo?

Y con esto todos reanudaron la marcha, procurando empezar con el pie derecho, como recomienda el dicho.

Los tres camaradas se sientan a descansar a la sombra, a un lado

Tras haber recorrido cierta distancia bajo el sol implacable y tragando polvo, Robin empezó a sentir sed; sabiendo que detrás del seto había una fuente de

agua fresca como el hielo, saltaron la empalizada y llegaron al manantial, cuyas aguas burbujeantes brotaban bajo una piedra. Arrodillándose y formando copas con las manos, bebieron hasta saciarse y después, pareciéndoles que el lugar invitaba al descanso, se tumbaron a la sombra para reposar un rato.

del camino

Frente a ellos, al otro lado del seto, el polvoriento camino se extendía a través de la llanura; tras ellos se extendían praderas y campos de trigo verde que maduraba al sol; y sobre sus cabezas se extendía la fresca sombra de las ramas de un haya. A sus narices llegaba la agradable fragancia de las violetas y el tomillo que crecían aprovechando la humedad de la fuente; y a sus oídos, el melodioso borboteo del agua; todo lo demás era sol y silencio, roto tan sólo de vez en cuando por el lejano canto de un gallo que llegaba en alas de la brisa, o por el hipnótico zumbido de los abejorros que revoloteaban entre las flores de trébol, o por la voz de una mujer, procedente de una granja cercana. Todo era tan apacible, tan repleto de los encantos del florido mes de mayo, que durante un largo rato ninguno de los tres pronunció palabra, quedándose tendidos de espaldas, mirando el cielo a través de las hojas de los árboles, agitadas por la brisa. Por fin, Robin, cuyos pensamientos no estaban tan absolutamente dedicados a las musarañas como los de los demás y que llevaba un rato mirando a su alrededor, rompió el silencio y dijo:

Robin ve a un desconocido vestido de rojo

—¡Mirad! ¡He ahí lo que se llama un pájaro de vistoso plumaje!

Los otros dos bajaron la mirada y vieron a un hombre joven que se acercaba despacio, camino abajo. Y, como Robin había dicho, resultaba en verdad vistoso, con su apuesta figura y su jubón y calzas a juego, de vivo color rojo; de su cintura colgaba una magnífica espada, en vaina de cuero repujado y adornado con hilos de oro; su gorra era de terciopelo rojo, con una gran pluma que le colgaba sobre una oreja. Tenía los cabellos largos, rubios y ondulados sobre los hombros, y en la mano llevaba una rosa temprana, que de vez en cuando olía con satisfacción.

—¡Por mi vida! —exclamó Robin Hood, echándose a reír—. ¿Habíais visto alguna vez un tipo tan bonito y remilgado?

—Ciertamente, sus ropas resultan excesivamente bonitas para mi gusto —comentó Arthur de Bland—; pero no obstante, sus hombros son anchos y su cintura estrecha. ¿Y habéis visto cómo le cuelgan los brazos? No cuelgan como chorizos, sino bien firmes y doblados por el codo. Vive Dios que,

aunque los cubran ropas tan refinadas, esos brazos no son de mantequilla, sino de carne prieta con tendones duros.

—Es posible que tengas razón, amigo Arthur —intervino el Pequeño John —. Me inclino a pensar que ese tipo no es ningún lindo galán de mírame y no me toques, como podría parecer a primera vista.

—¡Puaf! —exclamó Robin Hood—. La mera visión de un tipo así me pone enfermo. Mirad cómo sujeta esa flor entre el pulgar y el índice, como diciendo «gentil rosa, no te deseo ningún mal, pero quisiera gozar de tu fragancia una vez más». Os digo que os equivocáis. Si se cruzara en su camino un ratón furioso, estoy seguro de que exclamaría «¡Ay, Dios!» y caería desmayado. Me pregunto quién será.

—El hijo de algún barón, sin duda —aventuró el Pequeño John—. Con la bolsa bien llena de los dineros del viejo.

—En eso creo que tienes razón —concedió Robin—. No hay duda. ¡Qué pena que hombres como éste, que no piensan más que en lucirse por ahí vestidos de mariposas, tengan a sus pies a gente mucho mejor, a la que no son dignos ni de desatar los zapatos! ¡Por San Norberto, san Alfredo, san Canuto y todos los demás santos del calendario sajón! ¡Me pone malo ver a estos señoritos venidos del continente pisando el cuello a los buenos sajones, que poseían esta tierra desde mucho antes de que sus tatarabuelos se destetaran! ¡Por las barbas de san Cosme, que voy a despojarlos de sus mal ganadas fortunas, aunque me cuelguen por ello del árbol más alto del bosque de Sherwood!

—¡Vamos, vamos jefe! —interrumpió el Pequeño John—. No te acalores. Has puesto la olla a hervir sin tener carne para el cocido. A mí me parece que ese joven es demasiado rubio para ser normando. Por lo que sabemos, lo mismo podría ser un hombre de bien.

Robin Hood se dispone a demostrar al Pequeño John y Arthur de Bland cómo se maneja un bastón

—¡De eso nada! —insistió Robin—. Me apuesto la cabeza contra un penique de plomo a que es lo que yo digo. ¿Dónde se ha visto un sajón tan remilgado y peripuesto como ése, que parece que tiene miedo de mancharse las puntas de los zapatos? Como mínimo, voy a pararle y aligerarle la bolsa de los dineros mal adquiridos. Y si estoy equivocado, quizá le deje seguir su camino sin robarle ni un penique; pero si tengo razón, le voy a desplumar como se despluma a un ganso por San Juan. Tú dices que es un hombre cabal, Pequeño John; pues quédate aquí y observa, que voy a enseñarte cómo la vida en los bosques endurece a un hombre, mientras que la holgazanería a la que tú te has

entregado últimamente lo reblandece. Quedaos aquí los dos y veréis la zurra que se lleva ese tipo.

Y con estas palabras, Robin abandonó la sombra del haya, cruzó el seto y se plantó en mitad del camino, cerrándole el paso al caminante.

Mientras tanto, éste seguía caminando muy despacio, sin acelerar el paso ni dar muestras de haber advertido la visible figura de Robin Hood plantado frente a él. Así pues, Robin se quedó esperando en medio del camino, mientras el otro avanzaba muy despacio, oliendo su rosa y mirando a todas partes, excepto en dirección a Robin.

Robin Hood para al desconocido vestido de rojo

—¡Alto! —gritó Robin Hood cuando por fin el otro se acercó lo suficiente—. ¡Quedaos donde estáis!

—¿Por qué habría de pararme, buen hombre? —preguntó el desconocido en tono suave y amable—. ¿Y por qué habría de quedarme donde estoy? No obstante, puesto que deseáis que me pare, accederé a pararme por un breve instante, mientras escucho lo que tengáis que decirme.

—Entonces —dijo Robin—, puesto que tenéis la amabilidad de acceder a mis deseos, expresándolo de manera tan delicada, yo también os trataré con la más exquisita cortesía. Debo haceros saber que soy, como si dijéramos, cofrade del santuario de San Wilfredo, quien, como quizá ya sepáis, arrebató todo su oro a los paganos y lo fundió para hacer candelabros. En consecuencia, a todos los que pasan por aquí les cobro una cierta cuota, que dedico a fines más elevados, en mi humilde opinión, que la fabricación de candelabros. Así pues, querido amigo, os ruego que me entreguéis vuestra bolsa para que yo pueda echar un vistazo a su contenido y juzgar, en la medida en que lo permitan mis pobres aptitudes, si lleváis en ella más dinero del que autorizan nuestras normas. Pues, tal como decía el viejo Swanthold, a todo gordo holgazán le conviene una sangría.

Mientras Robin hablaba, el joven desconocido seguía oliendo su rosa, sosteniéndola entre el índice y el pulgar. Cuando Robin hubo terminado, exhibió una amable sonrisa.



Robin detiene a un desconocido vestido de rojo

—Me encanta escuchar vuestra conversación, apuesto joven —dijo—. Si por ventura no habéis concluido, os ruego que prosigáis. Todavía puedo quedarme un ratito más.

—Ya lo he dicho todo —respondió Robin—. Y ahora, si tenéis la bondad de darme vuestra bolsa, os permitiré seguir vuestro camino sin más molestias, en cuanto inspeccione su contenido. Si lleváis poco dinero, no os quitaré nada.

—¡Oh! Lamento mucho comunicaros que no puedo acceder a vuestros deseos. Me resulta imposible daros nada. Os ruego, pues, que me dejéis seguir. Yo no os he hecho ningún mal.

Robin no deja que el desconocido siga su camino

—De aquí no os movéis hasta que me hayáis enseñado la bolsa —dijo Robin Hood.

—Amigo mío —insistió el otro, siempre con suavidad—. Tengo cosas que hacer. Ya os he concedido demasiado tiempo y os he escuchado con gran paciencia. Ahora os ruego que me permitáis seguir mi camino en paz.

—Ya os he dicho, y ahora os repito —dijo Robin con firmeza— que no daréis ni un paso hasta que hagáis lo que os digo —y al decir esto levantó el bastón por encima de la cabeza, en gesto amenazador.

—¡En fin! —exclamó el otro con tristeza—. Me duele muchísimo que las cosas se pongan así. Mucho me temo, pobre hombre, que voy a tener que mataros —y al decir esto, desenvainó su espada.

—Envainad la espada —dijo Robin—. No quiero abusar de vos. Vuestra espada no os serviría de nada contra un bastón de roble como el mío, capaz de romperla en pedazos como si fuera una espiga. Ahí, junto al camino, tenéis una buena rama de roble. Haced un bastón con ella y defendeos, que vais a recibir una buena paliza.

El desconocido midió a Robin con la mirada y a continuación midió el cayado de roble.

El desconocido vestido de rojo se hace con un bastón para pelear contra Robin Hood

—Tenéis razón, amigo mío —acabó por decir—. En verdad, mi espada resultaría impotente contra ese bastón. Os ruego que esperéis hasta que yo me haga con uno igual —y diciendo esto, tiró la rosa que aún llevaba en la mano, enfundó la espada en su vaina y, moviéndose con más ligereza que la que había demostrado hasta el momento se acercó al borde del camino donde crecía un grupo de jóvenes robles. Tras un breve escrutinio, encontró un brote de su agrado y, en lugar de cortarlo, se remangó las mangas del jubón, hincó los pies en el suelo, agarró el tronco y

de un tremendo tirón arrancó el arbolillo con raíces y todo. Luego regresó al camino, recortando con su espada las raíces y ramillas con absoluta tranquilidad, como si no hubiera hecho nada digno de mención.

El Pequeño John y el curtidor habían estado observándolo todo, y cuando vieron al desconocido arrancar el arbolillo y escucharon los chasquidos de las raíces al partirse, el curtidor frunció los labios y dejó escapar un largo silbido.

—¡Por la sangre de mis venas! —exclamó el Pequeño John en cuanto pudo salir de su asombro—. ¿Has visto eso, Arthur? Pardiez, me temo que nuestro jefe no lo va a pasar muy bien con ese sujeto. ¡Por el velo de la Virgen! ¡Ha arrancado ese arbolito como si fuera una espiga de trigo!

En cuanto a Robin Hood, se calló lo que pensaba y se mantuvo en su puesto, haciendo frente al forastero vestido de rojo.

Robin Hood y el desconocido vestido de rojo luchan en mitad del camino

Robin no olvidaría fácilmente aquella pelea. Lucharon de un lado a otro del camino, la agilidad de Robin contra la fuerza del desconocido, levantando nubes de polvo que dificultaban la visión a John y al curtidor, que a veces no veían nada y solamente oían el constante chocar de los palos. Tres veces consiguió Robin Hood tocar a su rival; una en el brazo y dos en las costillas; y hasta el momento había logrado desviar todos los golpes del otro, tan fuertes que si uno solo de ellos hubiera alcanzado su objetivo habría dado con Robin por los suelos sin más remedio.

El desconocido gracias a su tremenda fuerza derrota a Robin Hood y le hace pedir clemencia

Pero por fin el desconocido golpeó el bastón de Robin en el centro, con tanta fuerza que casi se lo arranca de las manos; un nuevo golpe, y Robin cedió bajo su impacto; un tercero, y éste no sólo atravesó la guardia de Robin sino que le derribó por los suelos, haciéndole morder el polvo.

—¡Alto! —exclamó Robin Hood, al ver que el otro volvía a levantar su bastón—. ¡Me rindo!

El Pequeño John intenta detener al desconocido

—¡Alto! —exclamó el Pequeño John, saliendo de su escondite seguido por el curtidor—. ¡Teneos ahí!

—¡Vaya! —dijo el desconocido con absoluta tranquilidad—. Veo que hay dos más de vosotros, y ambos tan robustos, por lo menos, como este buen amigo de aquí. Va a ser una mañana atareada. No obstante, acercaos y os aseguro que haré lo posible para que quedéis bien servidos.

—¡Quietos! —gritó Robin Hood—. No habrá más lucha. ¡Vive Dios, Pequeño John, vaya día que llevamos tú y yo! Tengo la muñeca… no, todo el brazo paralizado por la vibración del golpe que este tipo me ha asestado.

Entonces el Pequeño John se dedicó a atender a Robin.

El Pequeño John se burla de las desgracias de Robin Hood

—Vaya, vaya, querido jefe —decía—. ¡Dios mío, qué aspecto tan lamentable ofrecéis! Lleváis todo el jubón manchado de polvo. Permitid que os ayude a incorporaros.

—¡Métete tu ayuda donde te quepa! —gritó Robin, indignado—. Puedo levantarme perfectamente sin tu ayuda.

—¡Oh, pero al menos permitidme que os sacuda el polvo del jubón! Temo que vos estéis demasiado dolorido para poder hacerlo —siguió diciendo el Pequeño John con voz muy seria, pero con un brillo burlón en los ojos.

—¡Quítame las manos de encima! —gritó Robin, cada vez más irritado—. Ya me han sacudido bastante por ahora —y volviéndose al desconocido, le preguntó—: ¿Cómo os llamáis, amigo?

—Me llamo Gamwell —respondió el otro.

—¿De verdad? —exclamó Robin Hood—. Ese apellido me es muy conocido. ¿De dónde venís, amigo mío?

—Vengo de la ciudad de Maxfield —respondió el desconocido—. Allí nací y allí me crié, y de allí vengo, en busca del hermano menor de mi madre, a quien la gente de aquí llama Robin Hood. Si fuerais tan amables de orientarme…

Robin Hood descubre que el desconocido es el hijo de su propia hermana

—¡Ja, ja, Will Gamwell! ¡No podía ser otro! —exclamó Robin, poniendo las manos sobre los hombros del otro y mirándole fijamente—. Tendría que haberte reconocido por esos andares de damisela y ese aire de remilgado. ¿No me conoces, muchacho? Mírame bien.

—¡Vaya, por los clavos de Cristo! —exclamó a su vez el otro—. Empiezo a sospechar que sois mi tío Robin Hood. ¡Sí, estoy seguro! —y los dos hombres se unieron en un fuerte abrazo, besándose mutuamente en las mejillas.

Entonces Robin extendió de nuevo los brazos para mantener a distancia a su sobrino y lo examinó atentamente de pies a cabeza.

—Vaya, vaya —dijo—. ¿Qué cambio es éste? Hace ocho o diez años eras un muchacho delgaducho, con articulaciones abultadas y miembros desgarbados, y hete aquí, tan recio como el que más, como bien he comprobado. ¿Te acuerdas de cuando te enseñé a sostener una flecha entre los dedos y mantener firme el arco? Me prometiste que llegarías a ser un gran arquero. ¿Y no te acuerdas cuando te enseñaba a parar y golpear con el bastón?

—¡Ya lo creo! —dijo el joven Gamwell—. Te admiraba tanto y te consideraba tan por encima de los demás que, te lo juro, si hubiera sabido quién eras jamás me habría atrevido a levantarte la mano. Confío en no haberte hecho daño.

—No, no —se apresuró a decir Robin Hood, mirando de reojo al Pequeño John—. No me has hecho ningún daño. Pero no hablemos más de ello, por favor. Eso sí, te diré que espero no volver a recibir otro golpe como el que tú me has dado. ¡Por la Virgen, aún tengo el brazo dormido desde las uñas al codo! En verdad te digo que creí quedar paralítico de por vida. Puedo asegurarte que eres el tipo más fuerte que han visto mis ojos. Vive Dios que se me encogió el estómago cuando te vi arrancar de esa manera el arbolillo. Pero dime, ¿cómo es que has dejado a sir Edward y a tu madre?

Will Gamwell cuenta su historia

—¡Ay! —suspiró el joven Gamwell—. Es una triste historia, tío, la que tengo que contarte. El mayordomo de mi padre, que entró a nuestro servicio tras la muerte del viejo Giles Malapata, era un bribón redomado y no sé cómo mi padre no se libró de él y siguió haciendo la vista gorda. Me ponía enfermo oír con qué arrogancia hablaba con mi padre, que, como sabes, fue siempre un hombre muy paciente, nada propenso a los ataques de ira ni a las malas palabras. Bien, pues un día, y fue un día aciago para aquel truhan insolente, intentó provocar a mi padre, estando yo delante. No lo pude soportar, tío, de manera que me fui a por él y le sacudí un guantazo en la oreja. ¿Y qué dirás que pasó? El muy cretino se murió en el acto. Creo que dijeron que le partí el cuello, o algo parecido. Así que me mandaron aquí a toda prisa, para escapar de la justicia. Iba en tu busca cuando tú me viste. Y aquí estoy.

—¡Pues que me condenen! —exclamó Robin Hood—. Para ser un fugitivo de la justicia, te lo tomas con una calma como no se ha visto en la vida. ¿Cuándo se ha visto en el mundo que un fugitivo que acaba de matar a un hombre vaya pavoneándose por el camino, como una frágil damisela de la corte, mientras huele una delicada rosa?

—Bueno, verás, tío —respondió Will Gamwell—. No por batir más aprisa se hace mejor mantequilla, como dice el refrán. Además, estoy convencido de que esta fortaleza de mi cuerpo ha acabado con la ligereza de mis pies. Ya viste cómo pudiste golpearme tres veces, mientras que yo no pude acertarte ni una, y tuve que avasallarte con mi fuerza.

Will Gamwell recibe un nuevo nombre

—No, no, no hablemos más de eso —dijo Robin—. Me alegro mucho de verte, Will, y serás una gran adquisición para

mi banda de alegres granujas. Pero tendrás que cambiar de nombre, porque se dictarán órdenes de detención en tu contra; así pues, en vista de tus alegres ropajes, a partir de este momento te llamarás Will Escarlata.

El Pequeño John no deja en paz a Robin Hood

—Will Escarlata —repitió el Pequeño John, adelantándose y extendiendo su mano, que Will se apresuró a estrechar—. Will Escarlata, el nombre te viene a la perfección. Es un placer darte la bienvenida a nuestro grupo. Yo soy el Pequeño John y éste es un amigo que acaba de unírsenos, un honrado curtidor llamado Arthur de Bland. Vas a hacerte famoso, Will, te lo digo yo; más de una balada se cantará en Sherwood contando la historia de cuando Robin Hood enseñó al Pequeño John y a Arthur de Bland cómo se maneja un bastón; o dicho de otra manera, de cómo nuestro querido jefe se encontró con que había mordido más de lo que podía tragar.

—Escucha, Pequeño John —dijo Robin con mucha suavidad, empezando a hartarse de la broma—. ¿Por qué tenemos que seguir hablando del asunto? Lo mejor sería guardar absoluta discreción acerca de los acontecimientos de este día.

—Por mí, encantado —dijo el Pequeño John—. Lo que pasa, jefe, es que pensé que te gustaría que una historia tan graciosa trascendiera, teniendo en cuenta lo mucho que mencionas últimamente la supuesta acumulación de grasa en mis articulaciones, presuntamente adquirida durante mi estancia en casa del sheriff de…

—¡Basta, Pequeño John! —exclamó Robin, irritado—. Creo haber dicho que no hablemos más del asunto.

—Muy bien, muy bien —dijo el Pequeño John—. Por mi parte, empiezo a cansarme del tema. Pero, ahora que me acuerdo, también te tomaste a broma lo de la lluvia que amenazaba anoche; así que…

—¡Basta, he dicho! Me equivoqué. Ahora recuerdo que parecía como si fuera a llover.

—¿Verdad que sí? Eso me pareció también a mí —insistió el Pequeño John—. En tal caso, sin duda pensarás que hice bien al buscar cobijo en el Jabalí Azul, en lugar de aventurarme en plena tormenta. ¿No es así?

—¡Que el diablo te lleve, a ti y a tus insidias! —exclamó Robin Hood—. Si te empeñas en ello, diré que hiciste bien refugiándote donde te diera la gana.

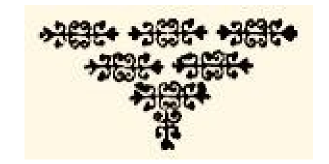
—Ya te digo que, por mí, de acuerdo —dijo el Pequeño John—. En cuanto a mí, hoy he estado completamente ciego. No he visto la zurra que te

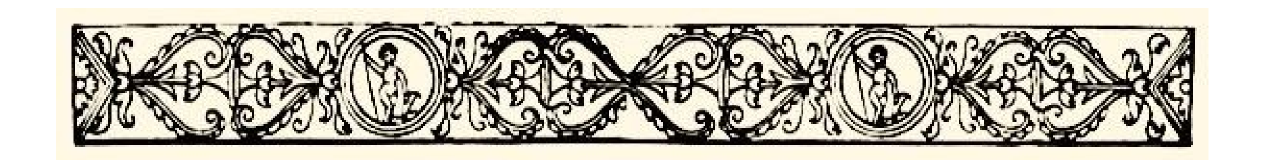
han dado; no he visto cómo rodabas patas arriba por el suelo; y si alguien dijera que tal cosa ha sucedido, le retorcería la lengua por mentiroso, con la conciencia bien tranquila.

Los cuatro camaradas emprenden juntos el regreso al bosque de Sherwood

—¡Vámonos! —gritó Robin mordiéndose el labio inferior, mientras los demás se veían en apuros para contener la risa—. Ya no seguiremos viaje hoy, sino que regresaremos a Sherwood; y tú ya irás a Ancaster otro día, Pequeño John.

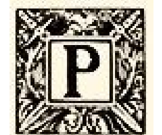
La verdadera razón de esta decisión era que, con los huesos tan doloridos, Robin no se sentía nada inclinado a realizar un largo viaje. Así pues, dando media vuelta, desandaron el camino y se volvieron por donde habían venido.





III

La aventura del encuentro con Mosquito el Molinero

ASADO ya el mediodía, cuando los cuatro compañeros llevaban ya recorrida buena parte del camino de regreso al bosque de Sherwood, empezaron a sentir hambre. Entonces, Robin Hood dijo:

—¡Ojalá tuviéramos algo de comer! ¡Una buena hogaza de pan con un buen trozo de queso blanco, regados con una buena jarra de cerveza espumosa, me parecerían un festín digno de un rey!

—Ya que lo mencionas —dijo Will Escarlata—, creo que a mí tampoco me vendría mal. Hay algo en mi interior que grita desesperadamente: «¡Dame comida!».

—Conozco una casa por aquí cerca —intervino Arthur de Bland—, y si tuviera dinero os podría conseguir lo que habéis mencionado: una hogaza de pan, un buen queso y un pellejo de cerveza.

—Si se trata de eso, tú sabes que yo llevo dinero, jefe —dijo el Pequeño John.

—Es cierto —dijo Robin—. ¿Cuánto nos cobrarán por la comida y la bebida, amigo Arthur?

—Calculo que con unos seis peniques podré comprar comida suficiente para una docena de hombres —respondió el curtidor.

—Dale, entonces seis peniques, Pequeño John —dijo Robin—. Me figuro que con la ración de tres hombres me bastará de momento. Toma el dinero, amigo Arthur, y date prisa en volver con la comida Allí veo una buena sombra junto al camino, donde podremos dar buena cuenta de ella.

El valiente curtidor va a comprar comida

El Pequeño John entregó el dinero a Arthur y los tres se sentaron a la sombra, aguardando el regreso del curtidor. Volvió al poco rato, trayendo una enorme hogaza de pan moreno, un queso grande y redondo, y un pellejo de cabra lleno de cerveza de marzo. Entonces Will Escarlata desenvainó su espada y dividió el pan y el queso en cuatro

partes iguales, tras lo cual cada uno se sirvió a discreción. Después de unos bocados, Robin tomó un largo trago de cerveza.

—¡Aaah! —dijo, respirando hondo—. ¡Jamás he probado bebida tan deliciosa!

Después de esto, ninguno volvió a hablar durante un buen rato, limitándose a masticar vorazmente el pan y el queso, sin olvidarse de tentar de vez en cuando el pellejo de cerveza.

Por fin, Will Escarlata miró el diminuto fragmento de pan que aún le quedaba en la mano y dijo:

—Creo que daré esto a los pájaros —y tras arrojarlo a un lado, se sacudió las migajas del jubón.

—También yo creo que tengo bastante —dijo Robin Hood.

En cuanto al Pequeño John y el curtidor, hacía rato que habían dado cuenta de la última migaja de su porción de pan y queso.

—Y ahora, amigos —dijo Robin Hood, echando mano al pellejo de cerveza, que aún no estaba vacío del todo—, desearía poder haceros partícipes de la felicidad que para mí supone un refrigerio como éste. Así pues, con vuestra venia, beberé a vuestra salud, para que se conserve siempre como este día —y diciendo esto, levantó el pellejo y bebió un buen trago.

Todos fueron bebiendo por turno: en primer lugar Will Escarlata, luego el Pequeño John y por último el curtidor. Cuando empezó la ronda, el pellejo estaba tan gordo como un tendero de ciudad; al terminar no era más que un miserable pellejo, fláccido y arrugado como un anciano.

—Ahora que me siento otro hombre —declaró Robin Hood—, me vendría bien un poco de entretenimiento antes de proseguir la marcha. Me parece recordar, Will, que tú tenías buena voz y no entonabas nada mal. ¿Te importaría cantarnos una canción antes de seguir el camino?

Will Escarlata canta una canción

—La verdad, no me importa cantar —respondió Will Escarlata—, siempre que no cante yo solo.

—No, los demás cantaremos después. Empieza ya, muchacho —dijo Robin.

—De acuerdo entonces —dijo Will Escarlata—. Voy a cantaros una canción que cierto trovador solía cantar con frecuencia en el salón de mi padre. No conozco su título y no os lo puedo decir; pero la canción es así.

Y tras aclararse la garganta, Will Escarlata cantó lo siguiente:

Cuando la primavera llega,
y de sentimientos amorosos

el corazón se llena;
cuando florece el árbol
y construyen los pájaros sus nidos,
se oye del ruiseñor el dulce canto
y el atrevido grito del cuclillo.
Cantar se oye en el valle al gorrión,
y a la tórtola en el bosque.
Pero es mi favorito el petirrojo,
porque canta durante todo el año.
¡Petirrojo, petirrojo,
alegre petirrojo!
Así quisiera yo que mi amor fuera:
que no volara al advertir señales
de frío y desamparo.

Cuando la primavera
trae sus dulces delicias
y la alondra remonta rauda el vuelo,
los jóvenes se miran en los ojos
de las tiernas doncellas
y los amantes en la suave noche
se buscan y cortejan.
Entonces proliferan en el monte
las margaritas y la madreselva,
surgen las colombinas,
brotan las primaveras,
mientras en las orillas de los ríos
florecen las violetas.
Pero cuando las nieves trae el cierzo,
crece la verde hiedra.
¡Hiedra, hiedra,
leal y constante!
Así quisiera yo que su amor fuera:
que no muriera al percibir el soplo
del frío desamparo.

—Muy bien cantado —dijo Robin—. Pero mira, sobrino, te lo digo con franqueza: me gustaría que un chicarrón como tú cantara canciones con más sustancia, y no esas cursiladas de flores y pájaros y todo lo demás. No obstante, has cantado muy bien, y la canción no era tan mala, dicho sea de paso. Y ahora, curtidor, te toca a ti.

—No creo que mi canción pueda compararse con la de nuestro joven amigo —dijo Arthur, sonriendo con la cabeza ladeada, como un niño al que le piden que baile—. Además, me parece que estoy resfriado y siento un poco irritada la garganta.

—Nada, nada; canta, amigo —insistió el Pequeño John, que se encontraba sentado junto a él, dándole palmadas en el hombro—. Tienes una voz fuerte y melodiosa; danos una muestra de ella.

—Vosotros lo habéis querido —dijo Arthur—. Haré lo que pueda. ¿Habéis oído la canción de los amores de sir Keith, un joven caballero de Cornualles, de los tiempos del buen rey Arturo?

Arthur de Bland canta la canción de los amores de sir Keith

—Creo haberla oído en alguna parte —dijo Robin—. Pero oigámosla de todos modos, pues me parece recordar que es buena. Adelante, amigo.

Y tras unos carraspeos y sin más ceremonias, el curtidor empezó a cantar el romance de:

LA CONQUISTA DE SIR KEITH

Sentábase el rey Arturo
en el salón de su reino,
y a cada lado tenía
muchos nobles caballeros,
los mejores del país,
los mejores de aquel tiempo.
Allí estaba Lanzarote,
el de los cabellos negros
(el pelo de Lanzarote
era negro como el cuervo);
allí estaba sir Gawain,
el de dorados cabellos;
sir Kay, guardando la puerta;
Tristán y otros caballeros.
Y a través de los cristales,
sobre los rojos aleros,
brillaba la luz del sol
sobre las grebas y yelmos.
Pero en la Mesa Redonda
de pronto se hizo el silencio:
había entrado una dama
casi doblada hasta el suelo.
Arrastrando con trabajo
los pies, llegó al trono excelso
y a los pies del rey Arturo
arrodillóse al momento.
Al contemplarla, sir Kay
dijo para sus adentros:
«¡En mi vida he visto dama
más fea que este esperpento!».
—¡A ti recurro, buen rey,
merced de rodillas ruego!
—dijo la dama, y Arturo
le preguntó su deseo.
—Tengo un mal terrible —dijo—,
que el corazón me va hundiendo,
y para mi enfermedad
tan sólo existe un remedio.
No tendré alivio y reposo

en todos los cuatro vientos
en tanto que por su libre
voluntad un caballero
bese mi boca tres veces,
me dé en la boca tres besos.
No debe hacerlo forzado,
para que surta su efecto,
sino voluntariamente,
y además el caballero
no ha de ser hombre casado,
que tiene que ser soltero.
¿No va a haber en esta corte
un cristiano caballero
de tan noble descendencia
y de tan rancio abolengo
que acceda a darle a esta triste
criatura sus tres besos,
para alivio de sus cuitas,
de sus dolores sin cuento?
Vamos, pues, sir Lanzarote,
vamos, noble caballero,
pues a los ojos de todos
has sido siempre el primero,
alivia a esta pobre dama
y da a sus penas remedio.
Lanzarote se apartó
y quedó mirando al suelo,
sintiendo su orgullo herido
al oír el pitorreo.
—¿Y tú, Tristán? —dijo el rey.
Él respondió:
—¡Ni por pienso!
Pues jamás conseguiría
voluntariamente hacerlo
sin protestas de mi estómago
y rebelión de mi cuerpo.
—¿Y tú, sir Kay —dijo el rey—,
siempre tan dicharachero?
—¡Ni hablar! —respondió sir Kay.
¡A fe mía que no puedo!
¿Qué dama besar querría
después a aquel caballero
que en tan repugnante boca
hubiera estampado un beso?
—Veamos. ¿Y tú, Gawain?
—¡Oh, mi rey, no, yo no puedo!
—¿Sir Geraint?
—Tampoco yo.
No la curarán mis besos:
antes que besar su boca
mil veces morir prefiero.
Entonces se alzó el más joven
de todos los caballeros

que en torno a la mesa estaban
y con ademán resuelto
dijo al rey:
—Yo le daré,
mi señor, todo el remedio
que pueda darle a una dama
un cristiano caballero.
Era el que así hablado había
sir Keith, caballero apuesto,
y aunque joven todavía,
valiente y de fuertes miembros.
Su barba fina y ligera,
sedosa como el cabello,
era como finas hebras
de oro en su rostro bello.
Y dijo sir Kay:
—Bien puede
ser éste su curandero,
pues, por no tener mujer,
está libre y es soltero.
Y aquí hay una candidata
bien dispuesta al casamiento,
como demostró ella misma
al exponer su deseo.
Besola una vez, dos veces,
y le dio el beso tercero,
y entonces, ¡oh maravilla!,
se produjo un gran portento:
la dama se transformó
de fea en el ser más bello.
Sus mejillas parecían
rosas de rosal soberbio,
era su frente de mármol
blanca como el lino nuevo,
y su pecho de alabastro
como la nieve de invierno,
y sus ojos de gacela
bellos como dos luceros.
Como brisa de verano,
se volvió dulce su aliento,
y su voz se hizo tan suave
como el susurro del viento
cuando en las hojas del árbol
da rumoroso concierto,
y no sonaba cascada
y ronca como primero.
Tan brillantes como el oro
sus cabellos se volvieron,
tan blancas como la leche
sus manos se convirtieron,
sus vestidos andrajosos,
estropeados y viejos,
se transformaron en ropa

de seda y de terciopelo.
Sorprendidos y asombrados
miraban los caballeros,
y entonces dijo sir Kay,
sir Kay el dicharachero:
—¡Por vida mía, señora
que no me esperaba yo esto!
Si aún queréis, bella dama,
yo estaría muy dispuesto
a daros de buena gana
no ya tres, sino trescientos.
Sir Keith cayó de rodillas
ante la dama diciendo:
—Permitid que vuestro esclavo
sea desde este momento,
pues nadie puede igualarse
a vos en el universo.
La orla de su vestido
besó con recogimiento,
y entonces la bella dama
se inclinó hasta el caballero
y, besándole en la frente,
en los labios entreabiertos
y en los ojos:
—Levantaos
—le dijo con dulce acento—,
pues sólo vos sois señor,
vos sois mi amor y mi dueño.
Y desde este mismo instante
mis riquezas os entrego,
y os las doy junto a mis tierras
y todo cuanto poseo,
pues nadie ha sido tan noble,
tan cortés y caballero
como lo habéis sido vos
con una dama en aprietos.
Porque yo estaba hechizada
y presa de desconsuelo,
pero vos me habéis librado
del funesto encantamiento,
y ahora que vuelvo a ser yo,
complacida a vos me entrego.

—Tal como yo lo recordaba —dijo Robin Hood cuando el curtidor terminó de cantar—, es un hermoso romance con una bonita melodía.

—A mí siempre me ha parecido —observó Will Escarlata— que la canción encierra una especie de mensaje, como si viniera a decir que cuando una tarea nos parece dura y desagradable, si la besamos directamente en la boca, por así decirlo, deja de parecemos tan mala.

—Opino que tienes razón —dijo Robin—. Y también a la inversa: cuando obtenemos un placer que nos parecía delicioso, al besarlo en la boca se convierte en desagradable; ¿no es así, Pequeño John? A ti te ha pasado hoy mismo algo muy parecido, y todavía llevas cardenales que te lo recuerdan. ¡Eh, no pongas esa cara tan seria! Despéjate las cañerías y cántanos una canción.

El Pequeño John inicia una hermosa canción, pero no consigue acabarla

—No —dijo el Pequeño John—. No conozco ninguna tan buena como la que acaba de cantar Arthur. Todas las que yo me sé son muy malas. Y además, mi voz no está en condiciones hoy, y no quiero estropear una canción medio decente por cantarla mal.

Al oír esto, todos insistieron en que el Pequeño John cantara, y éste, después de haberse resistido durante un tiempo razonable, como corresponde a todo aquel a quien le piden que cante, acabó por ceder.

—Bien, ya que insistís, os tendréis que conformar con lo que salga —dijo—. Mi canción, como la del amigo Will, no tiene título, pero es más o menos así:

Señora, la primavera
ha venido
con su alegre lelilí.
Y la estación del amor
ha llegado
con su alegre lelilí.

Los chicos y las chicas
se tienden en la hierba,
que crece fresca y verde
con flores entre medias.
Los rebaños de cabras
descansan, y las hojas
se estremecen, y el cuervo
canta y la brisa sopla.
Y al fin todos los seres
ríen al…

—¿Quién puede ser ese tipo que viene por el camino? —preguntó de pronto Robin Hood, interrumpiendo la canción.

—No lo sé —respondió el Pequeño John, con voz muy seria—. Lo que sí sé es que es de muy mala educación interrumpir una buena canción.

—No te ofendas, Pequeño John, te lo ruego —dijo Robin—. Pero es que desde que empezaste la canción lo estoy viendo venir, cargado con ese

enorme saco que le dobla las espaldas. Te ruego, Pequeño John, que mires y me digas si lo conoces.

El Pequeño John miró hacia donde Robin le indicaba y, al cabo de un rato, dijo:

—Me parece que se trata de un joven molinero al que he visto alguna que otra vez por los alrededores de Sherwood; no me parece razón justificada para estropear una buena canción.

—Ahora que lo dices —siguió Robin Hood—, creo que yo también lo he visto alguna vez. ¿No tiene un molino más allá de Nottingham, cerca del camino de Salisbury?

—Exactamente; ése es —dijo el Pequeño John.

—Un tipo duro —comentó Robin—; hace un par de semanas le rompió la cabeza a Ned de Bradford con el golpe más limpio que he visto en mi vida.

Para entonces, el joven molinero se encontraba tan cerca que todos podían verle con claridad. Sus ropas estaban blancas de harina, y llevaba a la espalda un enorme saco de harina, colocado de manera que el peso se repartiera entre los dos hombros; atravesado sobre el saco, llevaba un grueso bastón. Sus mejillas estaban coloradas como el fruto del escaramujo, sus cabellos eran rubios y en su barbilla empezaba a despuntar una barba rubia y plumosa.

—Un tipo decente y honrado —dijo Robin Hood—, un verdadero orgullo para la campiña británica. Propongo que le gastemos una broma. Le saldremos al paso como si fuéramos vulgares ladrones que pretenden despojarle de sus honestas ganancias. Y luego le llevaremos al bosque y le daremos el mayor banquete que ha conocido su estómago. Le llenaremos el gaznate de buen vino y le daremos una corona por cada penique que lleve en la bolsa. ¿Qué os parece, muchachos?

—Parece una buena idea —dijo Will Escarlata.

—Es un plan ingenioso —dijo el Pequeño John—, pero que el cielo y todos sus santos nos libren de recibir más palizas hoy. Pardiez, todavía tengo mis pobres huesos tan doloridos que…

—Te ruego que te calles, Pequeño John —cortó Robin—. Tu insensata lengua aún conseguirá que se ría de nosotros.

—Mi insensata lengua, por cierto —comentó el Pequeño John a Arthur de Bland—. Ya quisiera yo que mi insensata lengua pudiera impedir que nuestro jefe nos meta en un lío más en el día de hoy.

Pero a todo esto el molinero había llegado hasta donde se encontraban ocultos los cuatro proscritos, que salieron rápidamente de su escondite y le rodearon.

Robin Hood detiene al hijo del molinero

—¡Alto, amigo! —gritó Robin Hood.

El molinero se volvió lentamente bajo el peso de su saco, y los miró uno a uno desconcertado, pues aunque se trataba de un buen hombre no se distinguía precisamente por la agilidad de su ingenio.

—¿Quién dice que me pare? —preguntó el molinero con voz ronca como el gruñido de un perro grande.

—¡Yo lo digo, pardiez! —respondió Robin Hood—. Y permitidme que añada, amigo mío, que más os valdrá hacerme caso.

—¿Y quién sois vos, amigo mío? —preguntó el molinero, dejando caer el saco al suelo—. ¿Y quiénes son éstos que os acompañan?

—Somos cuatro buenos cristianos —dijo Robin—, y nos gustaría ayudaros, llevando parte de vuestra pesada carga.

—¡Vaya, os lo agradezco! —dijo el molinero—. Pero el saco no es tan pesado como para que no pueda llevarlo yo solo.

—No, no, os equivocáis —corrigió Robin—. Me refería a que quizá llevéis algunos peniques cuyo peso os agobie, por no hablar de plata y oro. El viejo Swanthold siempre anda diciendo que el oro es una carga demasiado pesada para los asnos de dos patas; de modo que nos proponemos aligeraros de parte de dicha carga.

—¡Ay! —exclamó el molinero—. ¿Qué queréis de mí? No llevo encima ni un cuarto mellado. Os ruego que no me hagáis daño y me permitáis seguir mi camino en paz. Y lo que es más, debo advertiros que os encontráis en el territorio de Robin Hood, y si llegara a enterarse de que habéis intentado robar a un honrado trabajador, os cortaría las orejas y os llevaría a latigazos hasta las puertas de Nottingham.

—Puedo aseguraros que ese Robin Hood me da tanto miedo como el que pueda darme yo mismo —respondió Robin—. Tendréis que entregarme hasta el último penique que llevéis encima, y como os atreváis a moveros os sacudo con este bastón en las orejas.

—¡No, no me peguéis! —gritó el molinero levantando el codo como para protegerse del golpe—. Podéis registrarme si lo deseáis, pero no encontraréis ni bolsa ni bolsillos.

—¿De verdad? —preguntó Robin Hood mirándole fijamente—. Me parece que no me estáis diciendo la verdad. O mucho me equivoco o guardáis algo escondido en el fondo de este saco de harina. Amigo Arthur, vacía el saco en el suelo; os garantizo que encontraremos uno o dos chelines entre la harina.

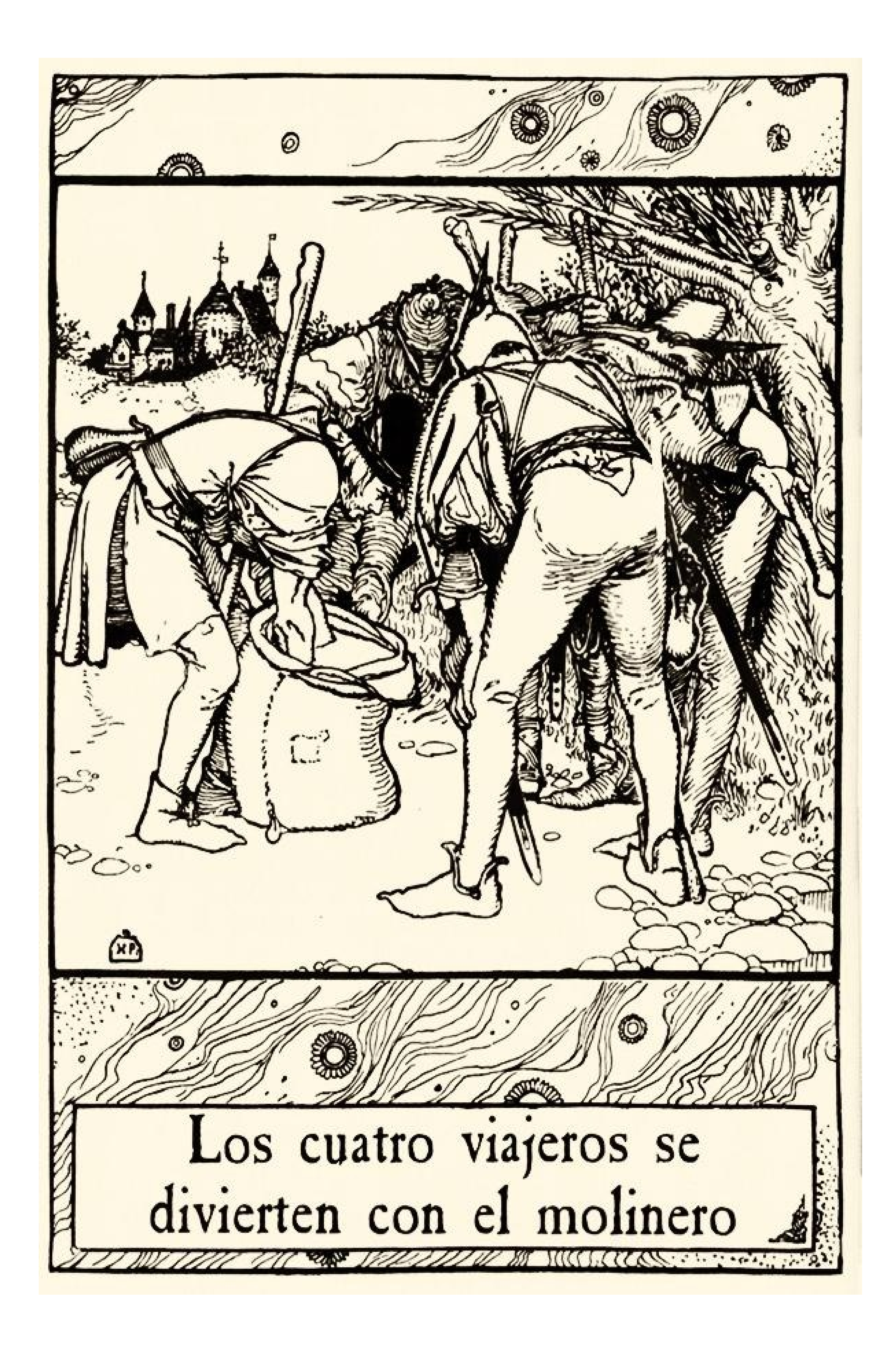
—¡Ay! —gritó el molinero, cayendo de rodillas—. ¡No desparraméis mi harina! No ganaréis nada con ello y será la ruina para mí. No la tiréis y yo sacaré el dinero escondido en el fondo del saco.

Robin Hood encuentra el dinero del molinero

—¿Qué os decía yo? —dijo Robin Hood dándole un codazo a Will Escarlata—. ¿Veis cómo ahí estaba el dinero? Poseo un olfato maravilloso para la bendita imagen de nuestro rey Enrique, y estaba convencido de haber olido oro y plata a través de la harina. Sácalo ahora mismo, molinero.

El molinero se puso en pie muy despacio y desató de mala gana el saco. Con igual lentitud, metió las manos en la harina y comenzó a hurgar, con los brazos enterrados hasta el codo. Los otros le rodeaban con las cabezas juntas, mirando atentamente y preguntándose qué saldría del saco.

Allí estaban los cuatro, con las cabezas pegadas y la mirada fija en el saco. Pero mientras fingía buscar el dinero, el molinero había cogido en las manos dos grandes puñados de harina.



Los cuatro viajeros se divierten con el molinero

—¡Ah! —exclamó de pronto—. ¡Aquí lo tengo!

El molinero les tira harina a la cara, cegando a los cuatro

Y cuando los cuatro se inclinaron aún más para ver lo que sacaba, les arrojó la harina a la cara, llenándoles de harina los ojos, nariz y boca, cegándolos y casi ahogándolos. Arthur de Bland se llevó la peor parte por tener la boca abierta, tanta era su expectación, de modo que un buen puñado de harina se le metió hasta la garganta, haciéndole toser hasta perder el equilibrio.

Y mientras los cuatro se tambaleaban, rugiendo por el escozor que la harina les causaba en los ojos, y mientras se frotaban los ojos hasta que las lágrimas trazaron grandes surcos en sus rostros enharinados, el molinero seguía arrojándoles puñados de harina a la cara. Si en un principio estaban medio cegados, después de esto quedaron más ciegos que un topo. Tenían la ropa, el pelo y la barba completamente cubiertos de harina.

El valiente molinero les da una buena paliza

Entonces el molinero, empuñando su macizo bastón, empezó a sacudir golpes como un auténtico poseído. Los cuatro corrían de un lado a otro, como cuentas en un pandero, pero como no veían nada no podían defenderse ni huir. ¡Paf! ¡Paf!, resonaba en sus espaldas el bastón del molinero; y a cada golpe se levantaban de sus ropas nubes de harina que quedaban suspendidas en la brisa.

—¡Alto! —rugió por fin Robin Hood—. ¡Deteneos, amigo, que soy Robin Hood!

—¡Mientes, ladrón! —gritó el molinero, sacudiéndole un porrazo en las costillas que levantó una enorme nube de harina—. El bueno de Robin jamás robaría a un honrado trabajador. ¡Ja! ¿Conque querías mi dinero, eh? —y le propinó otro golpe—. Pero tú no has cobrado bastante, bandido patilargo. Os corresponden partes iguales —y le pegó al Pequeño John un garrotazo entre los hombros que lo envió rodando por el camino—. Y tú no te preocupes, que ahora te toca a ti, barbanegra —y le dio al curtidor un bastonazo que le hizo dejar de toser para empezar a chillar—. Y tú, flor de té, permíteme que te sacuda el polvo —añadió, golpeando a Will Escarlata. Y así siguió, repartiendo garrotazos y buenas palabras hasta que los cuatro apenas podían tenerse en pie; y cada vez que uno de ellos intentaba despejarse los ojos, le arrojaba más harina a la cara.

Robin Hood toca su cuerno de caza para pedir ayuda a

Por fin, Robin Hood logró encontrar su cuerno y, llevándoselo a los labios, hizo sonar tres fuertes trompetazos.

sus hombres

Daba la casualidad de que Will Stutely y unos cuantos hombres de la banda se encontraban en un claro, no muy lejos de donde tenía lugar el edificante espectáculo. Al oír el griterío y los golpes, que parecían llover como el granizo en invierno, se detuvieron a escuchar, preguntándose qué podría estar ocurriendo.

—Si no me equivoco —dijo Will Stutely—, se está librando una gran batalla a garrotazos no muy lejos de aquí. No quisiera perderme el espectáculo.

Toda la partida se encaminó hacia el lugar de donde procedían los ruidos y estaban a punto de llegar cuando oyeron los tres cornetazos de Robin.

—¡Rápido! —gritó el joven David de Doncaster—. ¡Nuestro jefe está en peligro!

Sin perder un instante, todos se lanzaron hacia delante, saliendo de la espesura al camino.

¡Qué espectáculo contemplaron entonces! Todo el camino estaba blanco de harina, y en medio se alzaban cinco figuras, también cubiertas de harina de pies a cabeza, pues también sobre el molinero había caído una buena cantidad.

—¿Qué se te ofrece, jefe? —preguntó Will Stutely—. ¿Y qué significa todo esto?

—¡Casi nada! —gritó Robin Hood indignado—. Que este traidor ha estado a punto de matarme. Si no hubieras acudido tan aprisa, amigo Stutely, no habría salido de ésta.

Y mientras los otros tres se limpiaban la harina de los ojos y los demás los ayudaban a sacudirse las ropas, Robin contó todo lo ocurrido; cómo habían querido gastarle una broma al molinero y cómo la broma se había vuelto contra ellos de manera tan lastimosa.

—¡Rápido, muchachos, coged al miserable molinero! —exclamó Will Stutely, que casi se ahogaba de risa, como todos los demás; varios proscritos sujetaron al molinero y le ataron los brazos a la espalda con cuerdas de arco.

Robin Hood piensa castigar al molinero, pero su buen corazón le impide hacerlo

—¡Ajá! —exclamó Robin Hood cuando trajeron ante él al tembloroso molinero—. ¿Conque querías matarme, eh, bellaco? ¡Vive Dios que…! —aquí se interrumpió y se quedó mirando al molinero con mirada amenazante. Pero le resultó imposible seguir enfurecido y por fin empezó a parpadear y a pesar de todos sus esfuerzos estalló en carcajadas.

Cuando vieron reír a su jefe, los demás proscritos dejaron de contener su propia risa y se echaron a reír de tal manera que algunos de ellos cayeron por

los suelos, incapaces de mantenerse en pie.

—¿Cómo te llamas, amigo? —preguntó Robin al molinero, que estaba tan perplejo como si se encontrara perdido en un laberinto.

—¡Ay señor, soy Mosquito, el hijo del molinero! —respondió éste con voz asustada.

Mosquito, el hijo del molinero, se une a la banda

—Puedo dar fe —declaró Robin, poniéndole la mano sobre el hombro— de que eres el mosquito más terrible que han visto mis ojos. ¿No te gustaría dejar tu polvoriento molino y unirte a mi banda? Vive Dios que vales demasiado como para malgastar tu vida entre la tolva y la rueda.

—Pues, sinceramente, si me perdonáis los golpes que os di sin saber quién erais, tendría mucho gusto en unirme a vos —respondió el molinero.

—Entonces, puede decirse que en un solo día he conseguido reclutar a los tres hombres más recios de todo Nottinghamshire —dijo Robin—. Nos reuniremos en torno al árbol y celebraremos una fiesta en honor de nuestros nuevos amigos. Quizá una o dos copas de jerez puedan aliviar un poco mis maltrechos huesos, aunque puedo aseguraros que tardaré muchos días en volver a ser el que era —y diciendo esto, emprendió la marcha, seguido por toda la partida, internándose en el bosque hasta perderse de vista.

Todos regresan al bosque de Sherwood

Aquella noche se encendieron numerosas hogueras en el bosque. Y aunque Robin y los demás implicados, con la única excepción de Mosquito, el hijo del molinero, tenían el cuerpo lleno de chichones y magulladuras, no se encontraban tan maltrechos como para no participar en una fiesta en honor de los nuevos miembros de la banda. Y así, entre canciones, bromas y risas que resonaban hasta en los más recónditos rincones del bosque, la noche fue transcurriendo con rapidez, como ocurre siempre en las ocasiones felices, hasta que uno a uno se fueron retirando a dormir y el silencio cayó de nuevo sobre el bosque.

Así se sucedieron tres curiosas aventuras en un solo día, cada una pisando los talones de la anterior.

Pero la lengua del Pequeño John nunca fue fácil de contener, y poco a poco fue saliendo a la luz toda la historia de su encuentro con el curtidor y la pelea de Robin contra Will Escarlata. Por eso os la he contado, para que podáis reíros como me reí yo.

Sucede a menudo en esta vida que las cosas más serias vienen mezcladas de tal manera con las más frívolas, que al final lo blanco y lo negro de

nuestras vidas aparecen combinados como en un tablero de ajedrez, de los que sirven para que la gente se apueste unas cervezas en la taberna durante las frías noches del invierno.

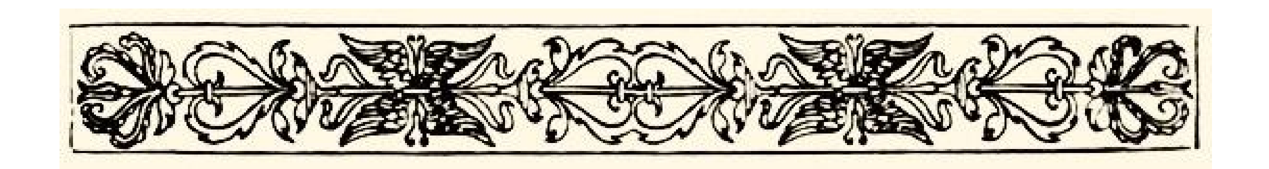
Así habría de ocurrirle a Robin Hood; a este día de acontecimientos festivos le siguió otro en el que, sin que faltara la diversión, se trataron asuntos mucho más serios. Escuchad, pues, lo que sigue.





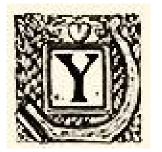
Cuarta parte

Donde se cuenta cómo Allan de Dale llegó a presencia de Robin Hood y cómo éste prometió ayudarle en sus cuitas, para lo cual fue en busca del fraile de la abadía de la Fuente. Y donde asimismo relata cómo Robin Hood consiguió reunir a los dos enamorados, que de otro modo habrían sido desdichados durante el resto de sus vidas.



I

Robin Hood y Allan de Dale

A hemos referido cómo Robin Hood y el Pequeño John corrieron tres aventuras muy desafortunadas en el mismo día, que les acarrearon fuertes dolores de huesos y costillas. A continuación veremos cómo repararon tanto desaguisado con una buena acción, que no dejó de ocasionarle ciertos dolores a Robin.

Habían transcurrido dos días y el dolor empezaba a desaparecer de las articulaciones de Robin Hood, aunque cada vez que realizaba un movimiento brusco y sin pensar surgía el dolor como recordándole: «¡Menuda paliza que te dieron, amigo!».

Era un día alegre y luminoso, y el rocío aún no se había secado sobre la hierba. Robin estaba sentado al pie del árbol de las reuniones; a un lado se encontraba Will Escarlata, tendido de espaldas y contemplando el cielo despejado, con las manos cruzadas bajo la cabeza; y al otro lado se sentaba el Pequeño John, transformando en bastón una rama de árbol; a su alrededor, sentados o tumbados en la hierba, había otros muchos miembros de la banda.

Will Scathelock cuenta la noble historia de sir Carodoc, el del Brazo Encogido

Will Scathelock, que siempre iba tan cargado de historias y leyendas como un huevo de sustancia, estaba narrando las aventuras que le acontecieron al valiente sir Carodoc del Brazo Encogido en los tiempos del rey Arturo, sus amores con la dama de su corazón y las pruebas y sufrimientos que pasaron por causa de este amor. Es posible que alguna vez tengáis ocasión de leer esta edificante historia, pues aparece en numerosos cuentos y baladas, tanto en lenguaje cortesano como en verso popular. Todos escuchaban sin pronunciar palabra, y cuando el relato concluyó muchos suspiraron, conmovidos por la valentía del caballero y su noble sacrificio.

—Siempre resulta de gran provecho —comentó Robin Hood— escuchar las andanzas de aquellos héroes de otros tiempos. Cuando uno escucha estos relatos, siente en su alma una voz que dice: «Mídete por este rasero y procura

hacer tú lo mismo». Ciertamente, jamás lograremos comportarnos de manera tan noble, pero sólo con intentarlo ya nos hacemos mejores. Recuerdo lo que solía decir el viejo Swanthold: «El que salta queriendo atrapar la luna, aunque no lo consiga, salta mucho más alto que el que se agacha para recoger un penique en el fango».

—Sin duda, ése es un pensamiento muy elevado —dijo Will Stutely—. Pero no obstante, querido jefe, el primero no consigue nada mientras que el otro consigue un penique, y sin el penique lo más probable es que se acueste con el estómago vacío. Estas historias están muy bien para escucharlas, pero yo digo que no sirven como ejemplo.

Robin Hood envía a Will Stutely con seis hombres a buscar un invitado para la cena

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó Robin—. ¡Uno consigue engendrar un pensamiento tan elevado que se remonta hasta el cielo y vosotros lo hacéis caer de narices en el polvo! No obstante, tu comentario ha sido muy agudo, querido Stutely. Y puesto que me hacéis descender a cuestiones terrenales, ahora caigo en que no hemos invitado a nadie a cenar desde hace mucho tiempo. Nuestros caudales van menguando y hace mucho que no cobramos un rescate. Así que ponte en movimiento, amigo Stutely, escoge seis hombres y acercaos a Fosse Way, para ver si encontráis por allí a alguien que venga a cenar con nosotros. Mientras tanto, iremos preparando un gran banquete para honrar como se merece al invitado. Un momento, Stutely: me gustaría que te llevaras a Will Escarlata, para que se vaya familiarizando con las costumbres del bosque.

—Te agradezco mucho, jefe —dijo Stutely, poniéndose en pie—, que me hayas escogido para esta aventura. La verdad es que se me empezaban a ablandar los músculos de tanto estar tumbado sin hacer nada. En cuanto a los seis, también me gustaría llevarme a Mosquito el molinero y a Arthur de Bland, pues, como tú bien sabes, son hombres de primera manejando un bastón. ¿No es cierto, Pequeño John?

Todos se echaron a reír al oír esto, excepto Robin y el Pequeño John, que no parecieron apreciar la broma.

—Puedo responder por Mosquito —dijo Robin— y también por mi sobrino Will. Esta misma mañana he revisado mis costillas y aún siguen de tantos colores como la capa de un mendigo.

Después de escoger a otros cuatro hombres, Will Stutely y su partida se pusieron en marcha hacia Fosse Way, con la intención de encontrar algún rico invitado para el banquete de Robin.

Los siete proscritos

descansan a la vera del camino

Durante todo el día permanecieron ocultos al borde del camino. Cada uno de ellos llevaba una buena ración de comida fría y una botella de rica cerveza de marzo para aplacar el estómago hasta la hora de volver. Así pues, llegado el mediodía, todos se sentaron sobre la hierba, a la sombra de un arbusto de amplias ramas, y celebraron un pequeño y alegre banquete; tras lo cual, uno de ellos se quedó de guardia mientras los demás echaban una siesta, pues el día caluroso invitaba a ello.

Así fueron transcurriendo apaciblemente las horas, pero sin que ningún candidato de su gusto asomara la cara en todo el tiempo que permanecieron allí escondidos. Muchas personas recorrían aquel día el polvoriento camino: un grupillo de alegres comadres charlando animadamente, un afanoso hojalatero, un pastor despreocupado, un recio campesino… todos pasaban mirando hacia delante, sin advertir a los siete bandoleros escondidos tan cerca de ellos. Había muchos caminantes de este tipo aquel día, pero ni un solo abad gordinflón, ni un rico terrateniente, ni un usurero cargado de dinero mal adquirido.

Por fin el sol empezó a descender, tiñendo el cielo de rojo y proyectando largas sombras. El silencio se fue extendiendo mientras los pájaros se recogían en sus nidos, y sólo se oía a lo lejos, muy débil pero muy claro, el cántico melodioso de una lechera que llamaba a las vacas para ordeñarlas.

Entonces Will Stutely se puso en pie.

Regresan a Sherwood con las manos vacías

—¡Qué negra suerte la nuestra! —exclamó—. Todo el día aquí emboscados y no se nos ha puesto a tiro ni una sola pieza digna del esfuerzo. Si hubiera salido yo solo para cualquier recado sin importancia, me habría encontrado una docena de curas gordos y no menos de veinte prestamistas con la bolsa hinchada a reventar. Siempre lo mismo: jamás escasean tanto los ciervos como cuando uno tiene ya tendido el arco. Vamos, muchachos, recoged todo y de vuelta a casa.

Los demás se levantaron también, salieron de entre los matorrales y emprendieron el camino de regreso al bosque de Sherwood.

Después de haber recorrido una cierta distancia, Will Stutely, que marchaba en cabeza, se detuvo de improviso.

—¡Silencio! —ordenó Will, cuyo oído era tan agudo como el de un zorro de cinco años—. ¡Callad, muchachos! Me ha parecido oír algo.

Todos se detuvieron y escucharon conteniendo el aliento, aunque durante un rato no pudieron oír nada, pues su oído no era tan fino como el de Stutely.

Por fin oyeron un sonido débil y melancólico, como el de alguien que está lamentándose.

—¡Ajá! —dijo Will Escarlata—. Esto hay que investigarlo inmediatamente. Alguien se encuentra en apuros muy cerca de aquí.

—No sé —dijo Will Stutely, meneando dubitativamente la cabeza—. Nuestro jefe nunca se lo piensa dos veces antes de meter el dedo en agua hirviendo, pero yo, por mi parte, no veo ninguna ventaja en meternos innecesariamente en un lío. Ésa es una voz de hombre, si no me equivoco, y un hombre debe saber resolver por sí solo sus problemas.

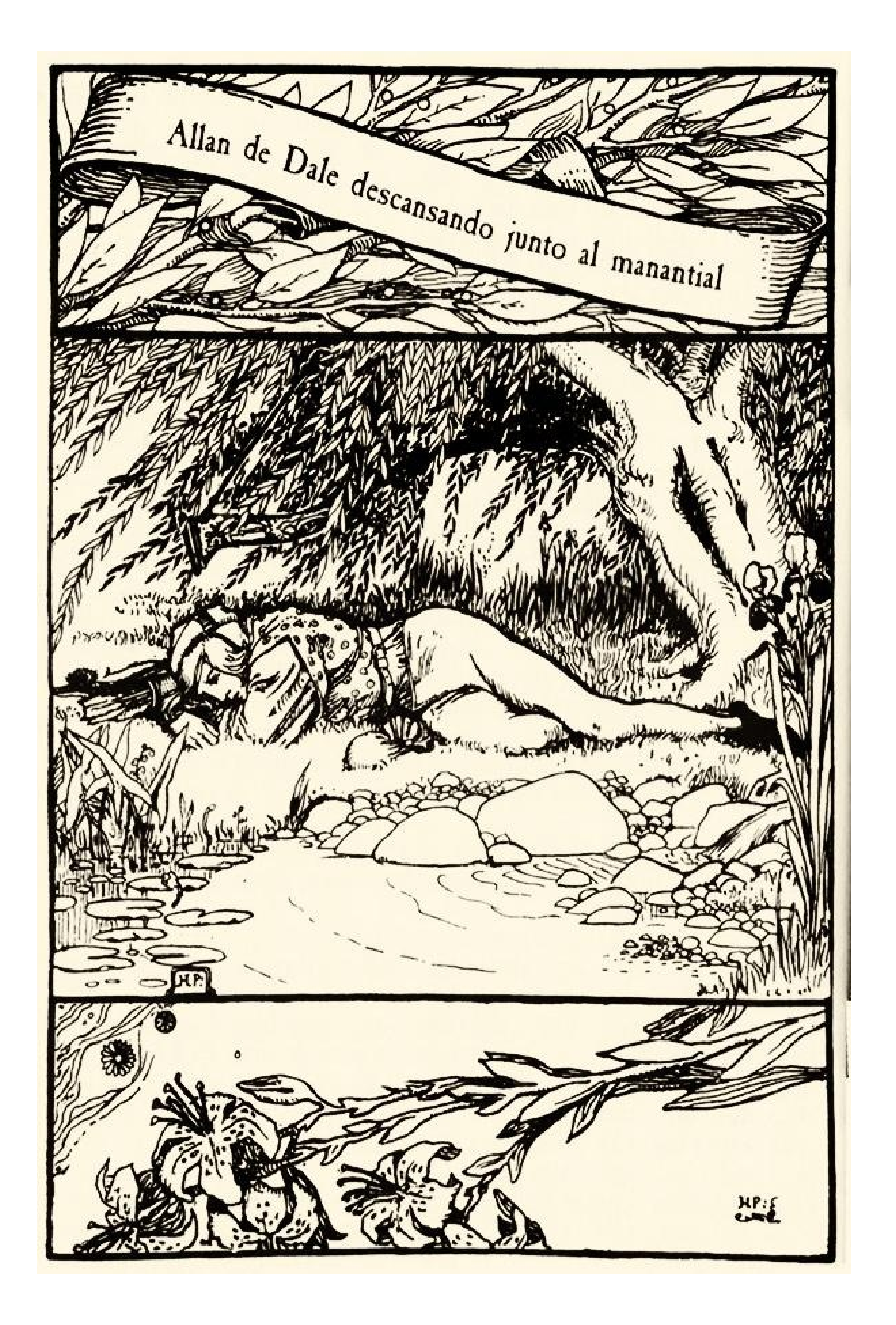
En realidad, Will Stutely sólo era sincero a medias, pero era cierto que desde su apurada escapatoria de las garras del sheriff se había vuelto mucho más prudente.

Entonces habló el impulsivo Will Escarlata.

—¡Deberías avergonzarte de hablar de ese modo, Stutely! Quédate si quieres, pero yo voy a ver qué es lo que aflige a esa pobre criatura.

Encuentran a un joven llorando junto a un manantial

—No tan deprisa —dijo Stutely—. Te apresuras tanto a saltar que te caerás de narices en la zanja. ¿Quién te ha dicho que yo no quiera ir? Vamos, seguidme —y diciendo esto se puso en marcha, seguido por los demás, hasta llegar a un pequeño claro en el bosque, donde un arroyuelo que brotaba bajo la espesura de las matas formaba un estanque de aguas cristalinas. A la orilla de este estanque, bajo las ramas de un sauce, había un joven tendido de cara al suelo, sollozando en voz alta. Aquél era el sonido que habían captado los receptivos oídos de Stutely. El joven tenía enredados sus rubios cabellos y desordenadas las ropas; todo en él denotaba aflicción y desconsuelo. Sobre su cabeza, colgada de las ramas del sauce, pendía un arpa de madera noble con incrustaciones de oro y plata que formaban fantásticos diseños. Junto a él se veía un arco de fresno y media docena de flechas perfectamente rectas.


Allan de Dale descansando junto al manantial
H.P.
H.P.: S

—¡Hola! —gritó Will Stutely al salir de entre los árboles—. ¿Quién sois, amigo, que de tal modo yacéis, matando la hierba con agua salada?

Al oír la voz, el desconocido se puso en pie de un salto, empuñando el arco y montando una flecha a toda prisa, listo para hacer frente a lo que se le pudiera venir encima.

—¡Pardiez! —exclamó uno de los proscritos al ver el rostro del desconocido—. ¡Yo conozco a este pájaro! Es un trovador al que tengo visto más de una vez por estos alrededores. Hace tan sólo una semana le vi retozando por la colina como una cierva en celo. ¡Menuda pinta tenía, con una flor en la oreja y una pluma de gallo en la gorra! Pero me da la impresión de que nuestro gallo ha perdido sus alegres plumas.

—¡Bah! —dijo Will Stutely, acercándose al joven—. ¡Límpiate los ojos, hombre! No soporto ver a un tipo alto y fuerte lloriqueando como una chiquilla de catorce años que ha encontrado un pajarillo muerto. ¡Baja ese arco, idiota, no queremos hacerte ningún daño!

Pero Will Escarlata, al ver que el desconocido, de aspecto juvenil e inocente, se sentía herido por las palabras de Stutely, se acercó a él y le puso la mano sobre el hombro.

—No cabe duda, pobre muchacho, de que estáis en apuros —dijo en tono amable—. No hagáis caso de lo que han dicho mis compañeros. Son gente dura, pero de buen corazón. Es posible que no entiendan a un muchacho como vos. Será mejor que vengáis con nosotros, y puede que encontremos a alguien capaz de ayudaros en vuestras cuitas, cualesquiera que éstas sean.

—Sí, en verdad, que venga —gruñó Will Stutely—. No os haremos ningún mal y puede que os hagamos algún bien. Descolgad vuestro instrumento del árbol y acompañadnos.

El joven hizo lo que le decían y, con la cabeza gacha y los andares fúnebres, se fue con ellos, caminando al lado de Will Escarlata.

El desconocido trovador va con ellos al bosque

La pequeña partida prosiguió su ruta a través del bosque. La luz iba apagándose en el cielo y una densa cortina gris iba cayendo sobre todas las cosas. De los rincones más profundos del bosque llegaban los sonidos susurrantes de la noche; el resto era silencio, con la única excepción del ruido de las pisadas sobre las hojas secas caídas el invierno anterior. Por fin vieron delante de ellos un resplandor rojizo que brillaba entre los árboles, y un momento después llegaron al amplio claro, bañado ya por la luz de la luna. En el centro del claro crepitaba una gran hoguera, que esparcía su resplandor rojizo en todas direcciones. Sobre el fuego se asaban jugosas

piezas de venado, faisanes, capones y pescados del río. El aire estaba saturado del delicioso aroma de los asados.

La partida atravesó el claro mientras todos se volvían a mirarlos con curiosidad, aunque nadie habló ni preguntó nada. Y así, con Will Escarlata a un lado y Will Stutely al otro, el joven desconocido llegó hasta donde se encontraba Robin Hood, sentado en el musgo bajo el gran árbol de las reuniones, con el Pequeño John de pie a su derecha.

—¡Buenas noches tengáis, amigo! —dijo Robin Hood cuando el otro estuvo bastante cerca—. ¿Cómo es que me honráis con vuestra presencia en este día?

El desconsolado trovador es presentado a Robin Hood

—¡Ay, no lo sé! —respondió el muchacho, mirando a su alrededor con ojos de asombro, pues estaba maravillado de lo que veía—. A decir verdad, no sé si estoy soñando —añadió en voz baja.

—No lo creáis —dijo Robin Hood, echándose a reír—. Estáis bien despierto, como pronto comprobaréis, y estamos preparando una fiesta para vos. Sois nuestro invitado de honor.

El joven seguía mirando a su alrededor, como en sueños. Por fin se volvió a Robin y dijo:

—Creo entender dónde estoy y lo que me ha ocurrido. ¿No sois, por ventura, el famoso Robin Hood?

—Habéis dado en la diana —respondió Robin, palmeándole el hombro—. Así es como me llaman las gentes de estos lugares. Y puesto que me conocéis, sabréis sin duda que todo aquel que acude a mis banquetes debe pagar la cuenta. Confío en que traigáis la bolsa bien llena, forastero.

—¡Ay! —suspiró éste—. No tengo ni bolsa ni dinero con que llenarla, si exceptuáis una moneda de seis peniques partida por la mitad, cuya otra mitad reposa en el seno de mi bien amada, colgado de su cuello por un hilo de seda.

Al oír este discurso, estalló una carcajada general, mientras el pobre muchacho parecía que iba a morirse de vergüenza. Pero Robin Hood se volvió indignado hacia Will Stutely.

—¿Qué es esto? —preguntó—. ¿Éste es el invitado que has traído para que nos llene la bolsa? Poca sustancia sacaremos de este pollo.

—No, jefe —respondió Will Stutely, sonriendo—. No es mi invitado; ha sido Will Escarlata quien le trajo aquí. No obstante, quizá recuerdes cierta plática que tuvimos esta mañana acerca del deber y de los que buscan peniques en el barro, y me parece a mí que aquí tenemos una buena ocasión para practicar la caridad.

Entonces tomó la palabra Will Escarlata, para contar cómo habían encontrado al muchacho sumido en el más profundo desconsuelo, y cómo le habían traído ante Robin, pensando que quizá él pudiera ayudarle en sus tribulaciones. Y por fin Robin se volvió hacia el joven, le puso una mano sobre el hombro y lo examinó detenidamente.

—Un rostro juvenil —dijo en voz baja, como para sí mismo—. Un rostro agradable, un buen rostro. Tan puro como una doncella y tan atractivo como pueda desearse. Pero si vuestro aspecto no me engaña, el dolor ataca por igual a jóvenes y viejos.

Al oír estas palabras, pronunciadas en tono tan amable, los ojos del pobre muchacho se llenaron de lágrimas.

—No, no —se apresuró a decir Robin—. Animaos, muchacho; estoy seguro de que vuestro caso no será tan desesperado que no podamos encontrarle solución. ¿Cómo os llamáis?

—Allan de Dale, señoría.

—Allan de Dale —repitió Robin pausadamente—. Allan de Dale. Me da la impresión de que ese nombre no es del todo extraño para mis oídos. Sí, sin duda sois el trovador del que hemos oído hablar últimamente, cuya voz cautiva a todo el que la escucha. ¿Acaso no venís del valle de Rotherstream, más allá de Stavely?

—Sí señor, de allá vengo —respondió Allan.

—¿Qué edad tenéis, Allan? —preguntó Robin.

—Tengo tan sólo veinte años.

—Me parecéis demasiado joven para estar tan afligido —dijo Robin, amablemente; y luego, volviéndose a sus hombres, ordenó—: ¡Venga, muchachos, moveos! ¡Adelante con la fiesta! Tú, Will Escarlata, y tú, John, quedaos aquí conmigo.

Y cuando todos se hubieron marchado a realizar sus tareas, Robin volvió a dirigirse al joven.

—Y ahora, joven amigo —dijo—, contadnos vuestro problema con toda confianza. Una buena charla siempre alivia las penas del corazón; es como abrir la compuerta cuando la presa del molino está llena. Venid, sentaos junto a mí y hablad sin reparos.

Entonces el joven contó a los tres proscritos todo lo que le preocupaba, primero con palabras y frases entrecortadas, y luego con más soltura y confianza, al ver que los tres escuchaban con gran atención lo que decía. Les explicó que había llegado al valle de Rother procedente de York, recorriendo el país como hacen los trovadores, que ahora se detienen en un castillo, luego

en un salón, y de vez en cuando en una granja. Había pasado una agradable velada en cierta casa solariega, cantando para el señor y su hija, una doncella tan pura y encantadora como la nieve en primavera. ¡Con qué devoción había tocado y cantado para ella, y con qué atención había ella escuchado su canto, dando muestras de su amor! Siguió contando, en voz baja y soñadora, no más alta que un susurro, cómo la había seguido viendo, procurando encontrársela cuando ella salía de su casa, aunque siempre sentía miedo en su presencia y no se atrevía a hablar con ella, hasta que un día, a las orillas del Rother, él se atrevió por fin a hablarle de su amor, y la respuesta de ella hizo vibrar de alegría todas las fibras de su ser. Habían partido por la mitad una moneda de seis peniques, quedándose cada uno con un trozo y jurándose fidelidad eterna.

Contó a continuación que el padre de ella había descubierto lo que ocurría entre él y Ellen y se había llevado a la muchacha para que no pudieran verse. Y que aquella misma mañana, habiendo transcurrido ya mes y medio desde la última vez que la vio, se había enterado de que Ellen iba a casarse dentro de dos días con el viejo sir Stephen de Trent, matrimonio que su padre juzgaba muy conveniente, aunque ella se opusiera. Y añadió que no le extrañaba nada que el anciano caballero quisiera casarse con su amada, teniendo en cuenta que no existía otra mujer tan hermosa en todo el mundo.

Los tres forajidos escuchaban en silencio, aunque a su alrededor resonaban voces y risas por todas partes, y el rojo resplandor del fuego les daba en plena cara. Las palabras eran tan sencillas y su pena tan profunda, que hasta el Pequeño John sintió un nudo en la garganta.

—No me extraña que esa muchacha os ame —comentó Robin tras un breve silencio—. Sin duda lleváis una cruz de plata bajo la lengua, como el bendito san Francisco, que era capaz de cautivar a las aves del cielo con su conversación.

—¡Por la sangre de mis venas! —exclamó el Pequeño John, tratando de ocultar sus sentimientos con palabras airadas—. ¡Me están entrando ganas de acabar a palos con la miserable vida de ese repulsivo sir Stephen! ¡Pero qué se ha creído! ¡Qué desfachatez! ¿Acaso piensa el viejo carcamal que puede comprar una doncella como quien compra un pollo en el mercado? ¡Que tenga cuidado! Voy a… ¡Bueno, que tenga cuidado!

Entonces habló Will Escarlata:

—No deja de sorprenderme la sumisión de la doncella, que tan fácil cede a los deseos de otro, y más considerando que se trata de contraer matrimonio con un vejestorio como sir Stephen. Eso no me gusta, Allan.

—La juzgáis mal —dijo Allan prontamente—. Es tan dulce y gentil como una paloma. La conozco mejor que nadie. Obedecerá las órdenes de su padre, pero si se casa con sir Stephen se le romperá el corazón y morirá. ¡Querida mía! Yo… —se interrumpió y sacudió la cabeza, incapaz de seguir hablando.

Mientras los otros hablaban, Robin Hood se había sumido en profundas reflexiones.

—Creo que tengo un plan que podría dar resultado en vuestro caso, Allan —dijo—. Pero antes decidme: ¿creéis que vuestra enamorada tendría valor suficiente para casarse con vos si os encontrarais juntos en una iglesia, se hubieran publicado las amonestaciones y hubiera un cura dispuesto, aunque su padre se opusiera a la boda?

—Estoy seguro de ello —declaró Allan solemnemente.

—Entonces, si su padre es la clase de hombre que yo creo que es, me encargaré de que os dé su bendición como marido y mujer, olvidándose del viejo sir Stephen. Pero, alto ahí, hay una cosa que aún no hemos resuelto: el cura. La verdad es que no gozo de grandes simpatías entre el personal eclesiástico, y tratándose de un asunto semejante es probable que se muestren reacios a acceder a mis deseos. Y los frailes humildes tendrán miedo de hacerme un favor por temor al abad o al obispo.

Will Escarlata le habla a Robin del santo fraile de la fuente

—No hay problema —dijo Will Escarlata echándose a reír—. Si se trata de eso, conozco a cierto fraile que, si lo cogemos en buen momento, se prestará a ello aunque la mismísima papisa Juana[3] tratara de impedírselo. Me estoy refiriendo al fraile de la abadía de la Fuente, en el valle de la Fuente.

—¡Pero la abadía de la Fuente está por lo menos a ciento cincuenta kilómetros de aquí! —exclamó Robin—. Si queremos ayudar a este muchacho no tendremos tiempo para llegar hasta allí y volver antes de que su amada se case con otro. Con eso no ganaremos nada, vive Dios.

—Sí —dijo Will Escarlata sin dejar de reír—, pero esta abadía de la Fuente no está tan lejos como la que tú dices, tío. La abadía de la Fuente de la que yo hablo no es tan rica e importante como la otra, sino una simple celda; sin embargo, es el agujero más acogedor en el que jamás vivió anacoreta alguno. Conozco bien el lugar y puedo guiaros; hay una buena distancia, pero un buen par de piernas podrían hacer el viaje de ida y de vuelta en un día, creo yo.

Robin Hood promete ayudar a Allan

—Entonces, dame la mano, Allan —dijo Robin—, y os juro por el halo radiante de santa Elfrida que de aquí a dos

días Ellen de Dale será vuestra esposa. Mañana mismo iré a buscar a ese fraile de la abadía y os garantizo que le pillaré en un buen momento, aunque tenga que hacerlo bueno a palos.

Al oír esto, Will Escarlata se echó a reír de nuevo.

—No estés tan seguro de ello, tío —dijo—. No obstante, por lo que yo sé de él, creo que este fraile unirá de buena gana a dos gentiles enamorados, en especial si después de la boda hay abundante comida y bebida.

En aquel momento, uno de la banda se acercó a decir que el banquete estaba servido sobre la hierba, y el grupillo, encabezado por Robin, se unió a la fiesta. Fue una cena muy alegre, donde se intercambiaron toda clase de bromas y relatos, entre risas que atronaban el bosque. Y Allan reía como los demás, pues el color había vuelto a sus mejillas con las esperanzas que Robin le había dado.

Cuando por fin terminó el banquete, Robin se dirigió a Allan, que se sentaba junto a él.

—Y ahora, Allan —dijo—, tanto hemos oído hablar de vuestro canto que nos gustaría escuchar personalmente una muestra. ¿No podríais ofrecernos alguna?

Allan de Dale canta la canción de la boda de May Ellen

—Con mucho gusto —respondió Allan, que no era ningún cantor de tercera, a quien hay que insistirle una y otra vez para que cante; él respondía «sí» o «no» a la primera. Así pues, tomando su arpa, hizo correr los dedos sobre las cuerdas mientras todos los comensales guardaban silencio. Y luego, acompañándose con las dulces notas de su instrumento, cantó lo siguiente:

LA BODA DE MAY ELLEN

(Donde se cuenta cómo fue amada por un bello príncipe, que la llevó a su casa).

I

Debajo de un espino estaba May Ellen.
Cuando soplaba el viento, en torno a ella caían
cataratas de flores al suelo como nieve.
Y en un tilo cercano
se oía el dulce canto
de un misterioso pájaro silvestre.

II

«¡Oh cuán dulce, cuán dulce, qué canto tan amable!
¡Qué dulces las estrofas, melancólico el verso!».
A causa del dulcísimo dolor, a May Ellen
el corazón sensible se le paró en el pecho.

Y así, escuchando con el rostro atento,
permaneció sentada, inmóvil como un muerto.

III

¡Bájate de las ramas, pajarillo!
Desciende de tu árbol.
Yo te amaré y te dejaré posarte
sobre mi corazón enamorado.
Así hablaba May Ellen, susurrando en voz baja,
debajo del espino, de flores mil nevado.

IV

Y el ave descendió con alas temblorosas
del espino florido.
Y se posó en su pecho de alabastro.
«¡Amor mío, amor mío —gritaba ella—. Amor mío!».
Y, volviendo a su casa entre el sol y las flores,
lo llevó a su glorieta como a un nido.

V

El día dejó paso a la lánguida noche,
y la pálida luna sobre el valle flotaba.
Y de pronto, a su luz solemne y blanca,
en silencio se yergue
un joven de belleza extraordinaria
dentro de la glorieta de la bella May Ellen.

VI

Quedose de pie sobre el frío pavimento
que el rayo de la luna reflejaba.
May Ellen le miraba con ojos asustados.
No podía apartar de él su mirada,
pues él seguía allí de pie, en silencio,
igual que los espíritus que vemos en los sueños.

VII

Ella le preguntó: «¿De dónde vienes?».
(Lo preguntó en voz baja y sin aliento).
«¿Eres una visión, criatura de mis sueños,
o eres acaso un ser de carne y hueso?».
Y él habló suavemente, como el viento nocturno
que pasa entre las cañas a la orilla del río.

VIII

«Como pájaro alado —respondiole—,
del País de las Hadas he venido;
ese país lejano donde las aguas cantan
en la orilla dorada del mar y de los ríos.
Allí están siempre verdes el árbol y la hierba,
y mi madre es la reina de las Hadas».

IX

May Ellen ya no sale de su breve glorieta
a contemplar las flores.
Pero en la silenciosa hora nocturna
conversar se la oye,
y también cuando brilla blanquísima la luna,
se la oye cantar a media noche.

X

«Ve a ponerte tus sedas y tus mejores joyas
—a May Ellen le dijo un día su madre—.
Mira que está llegando aquí el señor de Lyne
con él vas a casarte».
Pero dijo May Ellen: «Imposible.
Nunca seré su esposa ni de nadie».

XI

Habló entonces su hermano, severo e irritado:
«¡Por el brillante sol que nos alumbra,
que antes de que haya transcurrido un día
el pájaro maldito irá a la tumba!
Pues te ha causado un daño pernicioso
con sus encantamientos misteriosos».

XII

Entonces, con un canto melancólico y triste,
alejose volando el pajarillo,
a través de los cielos grises y turbulentos,
y sobre los aleros del castillo.
«¡Pero bueno! —exclamó el hermano airado—.
¿Por qué miras así a ese pajarraco?».

XIII

El día de la boda de May Ellen
el cielo estaba azul y despejado,
y muchas bellas damas, con sus nobles señores,
en la iglesia se habían congregado.
Era el novio sir Hugh el Atrevido,
e iba de seda y oro bien vestido.

XIV

Con la guirnalda blanca en torno de la frente
y vestida de blanco llegó la novia al templo,
los ojos extraviados, la mirada vidriosa,
y pálida la cara como un muerto.
Y cuando estaba en medio de aquella ceremonia,
entonó una canción maravillosa.

XV

Se oyó entonces un raro sonido violento
semejante al rugido del viento huracanado,

y nueve cisnes de veloces alas
por las grandes vidrieras abiertas penetraron.
Volaron por encima de la marea humana,
surcando la penumbra como brillantes ráfagas.

XVI

En torno a la cabeza de May Ellen volaron
describiendo amplios círculos, y dieron
tres vueltas, dibujando un arco dilatado,
mientras los invitados miraban en silencio.
E incluso el sacerdote, que ante el altar estaba,
murmuraba oraciones mientras se santiguaba.

XVII

Pero cuando acabaron de dar la tercer vuelta,
desvaneciose al punto la bella May Ellen.
Y en su sitio, en el suelo,
tan sólo quedó un cisne blanco como la nieve,
que con una canción de amor apasionada
uniose velocísimo a la bandada alada.

XVIII

Hay ancianos que han ido a muchas bodas
durante muchos años,
pero boda tan mágica como ésa
en su vida jamás han presenciado.
Sin embargo entre todos detener no lograron
a los cisnes que a la novia se llevaron.

Cuando Allan de Dale terminó de cantar, ni un solo sonido rompió el silencio; todos se quedaron mirando al joven cantor, pues su voz era tan melodiosa y su música tan dulce que hasta el último de los proscritos permanecía inmóvil, conteniendo el aliento, por miedo a perderse una sola nota que aún pudiera sonar.

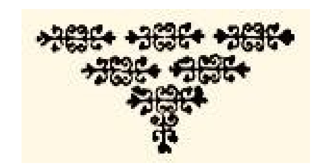
Allan de Dale se une a la banda como trovador de Robin Hood

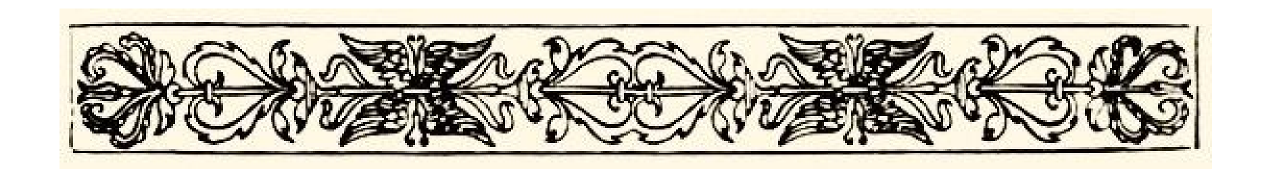
—¡Por la fe de mis antepasados! —exclamó por fin Robin, emitiendo un profundo suspiro—. Muchacho, sois… ¡No tenéis que dejarnos, Allan! ¿Por qué no os quedáis con nosotros aquí en el bosque? En verdad os digo que me inspiráis un profundo afecto.

Entonces Allan cogió la mano de Robin y la besó.

—Me quedaré aquí con vos para siempre, querido señor —dijo—, pues nunca he conocido bondad semejante a la que hoy me habéis demostrado.

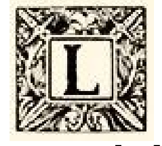
Al oír esto, Will Escarlata y el Pequeño John se apresuraron a estrecharle la mano a Allan en señal de amistad. Y así fue cómo el famoso Allan de Dale entró a formar parte de la banda de Robin Hood.





II

Robin va en busca del fraile de la Fuente

OS alegres bandoleros del bosque de Sherwood eran gente madrugadora, sobre todo en verano, pues en esta época las primeras horas del día son siempre las más hermosas, cuando el canto de los pájaros resulta más armonioso. Así pues muy de mañana, Robin dijo:

—Voy ahora mismo en busca de ese fraile de la abadía de la Fuente del que hablamos anoche, y me llevaré a cuatro de mis mejores hombres, que serán: el Pequeño John, Will Escarlata, David de Doncaster y Arthur de Bland. El resto de vosotros quedaos aquí; Will Stutely será el jefe mientras yo esté ausente.

A continuación, Robin se enfundó una cota de fina malla de acero, sobre la cual se puso una casaca ligera de paño verde. Se encasquetó en la cabeza un yelmo de acero y lo cubrió con otro de cuero blando, adornado con una vistosa pluma de gallo. Se colgó del costado una magnífica espada de acero templado, con la hoja llena de grabados que representaban dragones, mujeres aladas y otras extravagancias. Así ataviado, Robin presentaba una magnífica estampa, en la que el sol arrancaba reflejos acerados por aquí y por allá cuando sus rayos caían sobre algún fragmento de la cota de malla que asomaba bajo la casaca verde.

Robin Hood y cuatro de sus hombres van al valle de la Fuente en busca del fraile que vive allí

Terminados los preparativos, Robin y sus cuatro acompañantes emprendieron el camino. Will Escarlata iba en cabeza, pues conocía la ruta mejor que ningún otro. Caminaron kilómetros, atravesando arroyos y caminos bañados por el sol, recorriendo umbrosos senderos forestales cubiertos por un dosel de hojas verdes y cobrizas, pisando ramas y hojas secas que crujían bajo sus pies. Siguieron su camino, cantando y riendo, hasta pasado el mediodía, y por fin llegaron a la orilla de un río de aguas cristalinas y cubiertas de nenúfares. Siguiendo la

orilla había un sendero de tierra apisonada, que servía para los caballos que tiraban de las barcazas llenas de grano y otras mercancías que viajaban desde el campo a la ciudad de múltiples torres. Pero en aquel momento, con el calor del mediodía, no había ni hombres ni caballos a la vista. Ante sus ojos se extendía el río, cuya plácida superficie se agitaba aquí y allá por efecto de una ligera brisa. Las orillas estaban flanqueadas por hileras de matas de juncos, y a lo lejos brillaban al sol las tejas rojas de una alta torre que se recortaba contra el cielo azul. Ahora caminaban con más comodidad, pues el sendero estaba duro y bien nivelado. A su alrededor y sobre la superficie del agua revoloteaban golondrinas que pescaban a ras de la superficie, y las libélulas volaban de un lado a otro haciendo resplandecer al sol sus brillantes colores; de vez en cuando, una garza solitaria salía chapoteando y gritando de su escondite entre los juncos y espadañas de la orilla.

—Y ahora, tío —dijo por fin Will Escarlata, cuando ya llevaban algún tiempo caminando a lo largo de la orilla—, detrás de aquella curva hay un vado poco profundo, que en ninguno de sus puntos llega a cubrir más de media pierna, y al otro lado de este río hay una cierta ermita, oculta en la espesura, donde habita el fraile del valle de la Fuente. Os guiaré, aunque no es demasiado difícil encontrarla.

—¡Vaya! —se lamentó Robin Hood, parándose bruscamente—. De haber sabido que tendría que meterme en el agua, aun siendo tan cristalina como la de este arroyo, me habría vestido de otro modo. En fin, no importa; al fin y al cabo un baño no me matará y lo que debe hacerse, debe hacerse. Esperad aquí, amigos; me gustaría ocuparme de este asunto yo solo. Pero estad atentos y si oís sonar mi cuerno de caza, acudid a toda prisa.

—¡Siempre lo mismo! —protestó el Pequeño John—. Siempre te reservas para ti las aventuras, mientras nosotros, indignos de compararnos contigo, por mucho que nos gustaría compartirlas, tenemos que quedarnos sentados, dando vueltas a los pulgares.

Robin Hood deja atrás a sus hombres y se adelanta solo en busca del fraile

—¡No, Pequeño John! —respondió Robin—. Esta aventura, que yo sepa, no encierra ningún peligro. Ya sé que te encanta meterte en líos, pero esta vez te ruego que hagas lo que te digo —y con estas palabras, se dio la vuelta y echó a andar solo.

Acababa de doblar la curva, quedando oculto de la vista de sus hombres cuando se detuvo de pronto, pareciéndole que había oído voces. Se quedó inmóvil, escuchando, y por fin logró distinguir lo que parecía una conversación entre dos hombres, aunque las dos voces eran

asombrosamente parecidas. Los sonidos llegaban desde detrás de la orilla, que en aquel punto era bastante alta y empinada, a unos diez pasos de las matas de juncos.

Robin escucha una extraña conversación

—¡Qué extraño! —murmuró Robin para sí mismo cuando las voces dejaron de hablar—. Parecían dos personas que hablaban entre sí, y sin embargo sus voces sonaban tremendamente parecidas. Vive Dios que nunca en mi vida he oído nada semejante. Si me guiara tan sólo por las voces, diría que se trata de dos gemelos tan iguales entre sí como un par de guisantes. Habrá que investigar esto más a fondo —y diciendo esto, se acercó en silencio a la orilla del río y se tendió en la hierba para mirar por encima del borde.

Robin ve a un corpulento fraile comiendo a la sombra de los árboles de la orilla

La orilla se veía fresca y sombreada. En ella crecía una mata de juncos que se curvaban sobre el agua formando una especie de arco protegido, y a todo su alrededor crecían helechos plumosos, como los que suelen encontrarse en los lugares sombreados. La nariz de Robin percibió el suave aroma del tomillo, típico de las riberas húmedas. Y allí, con sus anchas espaldas apoyadas en el tronco rugoso de un sauce, medio escondido por los helechos que crecían en torno suyo, se sentaba un hombre fornido y musculoso; no se veía a nadie más. Tenía la cabeza tan redonda como una pelota, cubierta por una mata de pelo rizado y corto, que formaba flequillo sobre la frente. Sin embargo, la coronilla estaba tan pelada como la palma de la mano, lo cual, unido a su hábito, su capucha y su rosario, demostraba, en contra de lo que sugería su aspecto, que se trataba de un fraile. Tenía las mejillas tan sonrosadas y brillantes como un cangrejo cocido, a pesar de estar casi cubiertas por una barba negra y cerrada, que le cubría igualmente la barbilla y el labio superior. El cuello era tan grueso como el de un toro del norte, y conectaba su cabeza con unos hombros casi tan anchos como los del Pequeño John. Bajo sus pobladas cejas negras bailaban dos ojillos grises que no podían estarse quietos de puro buen humor. Resultaba imposible mirarle a la cara y no sentirse contagiado por la alegría de su mirada. A su lado tenía un yelmo de acero que sin duda se había quitado para refrescarse la cabeza. Tenía las piernas extendidas y sostenía entre las rodillas un enorme pastel de carnes de diversas clases, aderezadas con cebolla, y todo ello mezclado con una espesa y apetitosa salsa. En la mano derecha sostenía un gran pedazo de pan que mordisqueaba distraídamente, y de vez en cuando acercaba la mano izquierda al pastel y la retiraba cargada de

carne. Entre bocado y bocado, le daba tientos a una botella de vino de Grecia que también tenía a su lado.

«¡Por todos los santos! —se dijo Robin—. ¡Vive Dios que tengo ante mis ojos el tipo más curioso, el lugar más acogedor, el banquete más sabroso y el espectáculo más interesante de toda Inglaterra! Creí que encontraría a dos personas, pero parece ser que este hombre de Dios hablaba solo».

Robin continuó observando al fraile que, sin darse cuenta de que estaba vigilado, seguía comiendo apaciblemente. Cuando terminó su almuerzo, se limpió las manos en los helechos y tomillo (y jamás rey alguno utilizó una servilleta tan fragante), recogió la botella y comenzó a hablar consigo mismo, como si hubiera con él otra persona, respondiéndose como si otro le hubiera hablado.

El fraile habla consigo mismo

—¡Ah, querido, eres el mejor compañero del mundo y te quiero como un enamorado quiere a su novia! ¿No te da vergüenza hablarme así, aprovechando que estamos solos? No obstante, si quieres que te lo diga, yo siento por ti lo mismo que tú por mí. En tal caso, ¿no tomarías un trago de buen vino? Tú primero, amigo mío, por favor. No, no, te lo ruego, endulza el gollete con tus labios —y al decir esto, se pasó la botella de la mano derecha a la izquierda—. Ah, puesto que me obligas, tendré que ceder a tus deseos, pero lo haré con gran placer y beberé a tu salud —en este punto bebió un largo trago de la botella—. Y ahora, querido amigo, te toca a ti —y volvió a pasarse la botella de la mano izquierda a la derecha—. De acuerdo, amigo mío, para que goces de tanta salud como tú me deseas… —y al decir esto, tomó otro trago. Realmente, daba la impresión de que bebía por dos.

Mientras tanto, Robin seguía escuchando desde su escondite, aunque su estómago temblaba de risa de tal modo que tuvo que taparse la boca con la mano para que no se le escapase una carcajada. No se habría perdido aquel espectáculo ni aunque le dieran a cambio medio Nottinghamshire.

Tras haber bebido de nuevo, el fraile siguió hablando consigo mismo en los siguientes términos:

El fraile canta la alegre canción del «Joven Enamorado y la Doncella Desdeñosa», a dos voces

—Y ahora, querido, ¿por qué no me cantas una canción? Ay, no sé, no tengo la voz en forma, te ruego que no insistas. ¿No oyes que parece el croar de una rana? Nada de eso; tu voz es tan melodiosa como la de un pinzón; vamos, te ruego que cantes; me gusta más oírte cantar que una buena cena. Oh, no, no me atrevería a

cantar delante de alguien que posee tan magnífica voz y conoce tantísimas canciones y baladas, como no las hay mejores; no obstante, si insistes, haré lo que pueda Aunque mejor sería que tú y yo cantáramos una canción juntos. ¿Conoces una baladita que se titula *El enamorado y la desdeñosa*? Creo que la he oído alguna vez. Entonces, ¿por qué no te encargas tú de la parte de la dama y yo cantaré la del galán? No sé cómo saldrá, pero lo intentaré; empieza tú con el galán y yo te seguiré con la doncella.

Entonces, alternando una voz fuerte y ronca con otra aguda y chillona, el fraile empezó a cantar la alegre historia de:

EL JOVEN ENAMORADO Y LA DONCELLA DESDEÑOSA

ÉL

¿Vendrás conmigo, amor mío?
¿Será tu amor al fin mío?
Te daré cintas y lazos
de colores,
te adoraré de rodillas
y sólo a ti cantaré
mis canciones.
Escucha, escucha, escucha,
oye a la alada alondra,
escucha cómo arrulla
la cándida paloma,
y el vistoso narciso
crece junto a la orilla,
así que ven conmigo
y sé mi amor y vida.

ELLA

Vete, joven atractivo,
vete, te digo, de aquí.
Mi amor jamás será tuyo,
no hay nada que hacer aquí,
pues no eres bastante bueno
para mí.
Y mientras no llegue alguien
que me guste más que tú,
sigo así.
Escucha, escucha, escucha,
oye a la alada alondra,
escucha cómo arrulla
la cándida paloma,
y el vistoso narciso
crece junto a la orilla,
mas yo nunca seré
ni tu amor ni tu vida.

ÉL

Entonces iré a buscar
otra chica más bonita,
pues las muchachas abundan
en la vida.
Y no sabrás más de mí,
ni quedaré atado a ti,
pues no existe flor tan rara
ni especial
que no se pueda encontrar
otra igual.
Así que escucha, escucha,
oye a la alegre alondra,
escucha cómo arrulla
la cándida paloma,
y el vistoso narciso
crece junto a la orilla,
mientras sigo buscando
el amor de mi vida.

ELLA

Joven, te das mucha prisa
en buscar otra doncella.
Quizá me precipité
en hablar de esa manera,
sin haberme decidido
todavía.
Y, si te quedas conmigo,
no volveré a amar a otro
en mi vida.


H·P·
HP
El fraile canta
una alegre
canción
HP

Al llegar a este punto, Robin Hood no pudo contenerse más y estalló en ruidosas carcajadas; y luego, mientras el fraile proseguía con la canción, se le unió en el estribillo, cantando —o, por mejor decir, rugiendo— a dúo con él.

Robin Hood se une al canto del fraile

Así que, escucha, escucha,
oye a la alegre alondra,
escucha cómo arrulla
la cándida paloma,
y el vistoso narciso
crece junto a la orilla,
que yo siempre seré
el amor de tu vida.

El dúo se prolongó durante un rato, pues al parecer el fraile no había oído la risa de Robin ni encontraba extraña la intromisión de una nueva voz; con los ojos medio cerrados, mirando al frente y oscilando la cabeza a un lado y a otro al ritmo de la música, siguió cantando hasta el final, rematado con un tremendo ruido a dos voces que se debió de oír a un kilómetro de distancia. Pero en cuanto hubo cantado la última palabra, el fraile recogió su yelmo de acero, se lo encasquetó en la cabeza y, poniéndose en pie de un salto, exclamó a grandes voces:

El fraile amenaza a Robin con malos modos

—¿Quién está ahí espiando? Vamos, salid, engendro del diablo, y os cortaré en pedazos tan pequeños que cualquier ama de casa los tomaría por picadillo para pasteles —y al tiempo que hablaba, sacó de entre sus hábitos una espada tan imponente como la de Robin.

—Bajad vuestro afilado acero, amigo —dijo Robin, poniéndose en pie, con lágrimas de risa en sus mejillas—. Dos personas que tan bien se entienden al cantar no deben reñir a continuación. Sin embargo, amigo mío, puedo aseguraros que la canción me ha dejado la garganta tan seca como los rastrojos en octubre. ¿No os quedará por casualidad un poco de vino en esa botella?

—Ya veo —respondió el fraile en tono hosco— que os invitáis solo sin esperar a que os ofrezcan. No obstante, me temo que soy demasiado buen cristiano como para negarle bebida al sediento. Así pues, echad un trago —y le tendió la botella a Robin.

Robin la tomó sin más ceremonias, se la llevó a los labios, echó la cabeza hacia atrás y durante un buen rato no se oyó otra cosa que «glu, glu, glu». El fraile contemplaba a Robin con inquietud, y cuando vio que terminaba le

arrebató la botella. La agitó, se la puso ante los ojos, la observó al trasluz, miró con reproche a Robin y se la llevó en silencio a los labios. Cuando terminó de beber no quedaba ni una gota.

—¿Conocéis bien esta zona, santo y reverendo padre? —preguntó Robin, riendo.

—En cierto modo —contestó el otro secamente.

—¿Y conocéis cierto lugar llamado la abadía de la Fuente?

—Sí, en cierto modo.

—Entonces quizá conozcáis también a un hombre conocido como el fraile de la abadía de la Fuente.

—Sí, en cierto modo.

—En tal caso, buen amigo, reverendo padre, o lo que seáis —prosiguió Robin—, ¿podríais decirme si el susodicho fraile se encuentra en esta orilla del río o en la otra?

—Tal como yo lo veo, el río no tiene más orilla que la otra —respondió el fraile.

—¿Cómo es eso? —preguntó Robin.

El fraile expone una hábil argumentación

—Vedlo vos mismo —empezó el fraile, contando los argumentos con los dedos—. La otra orilla del río es la otra, ¿no es así?

—Indudablemente, lo es.

—Luego la otra orilla no es más que una orilla, ¿no estáis de acuerdo?

—Nadie podría negar eso —admitió Robin.

—Luego, si la otra orilla es una orilla, esta orilla tiene que ser la otra orilla. Pero la otra orilla es la otra orilla, y en consecuencia ambas orillas del río son la otra orilla. *Quod erat demostrandum*[4].

—Verdaderamente, está muy bien razonado —reconoció Robin—. Pero eso me deja a oscuras respecto a si el fraile que busco se encuentra en la orilla del río en la que nosotros estamos, o en la orilla en la que no estamos.

—Ésa es una cuestión práctica —dijo el fraile— a la que no se aplican las doctas y elevadas leyes de la lógica. Os aconsejo que lo averigüéis con la ayuda de vuestros cinco sentidos: la vista, el tacto y todo eso.

—Me siento inclinado —dijo Robin, mirando pensativo al socarrón fraile— a cruzar ese vado y seguir buscando a ese bendito fraile.

—A fe mía —dijo el otro, con aire piadoso— que se trata de un deseo encomiable por parte de alguien tan joven. Líbreme Dios de interferir en vuestra santa búsqueda. Amigo mío, el río está a la libre disposición de todos.

Robin pide al fraile que le ayude a cruzar el vado

—Sin embargo, reverendo padre —prosiguió Robin—, como veis, mis ropas son de la mejor calidad y no me gustaría mojarlas. Creo advertir que vuestros hombros son anchos y robustos. ¿No tendríais la bondad de llevarme al otro lado?

—¡No, por la blanca mano de Nuestra Señora de la Fuente! —exclamó el fraile indignado—. ¿Cómo te atreves, so mequetrefe de poca monta, so miramelindo remilgado, so… no sé cómo describirte…, cómo te atreves a pedirme a mí, al santo Tick, que te lleve a cuestas? Voto a… —de pronto se interrumpió y poco a poco la ira desapareció de su rostro y sus ojillos centellearon de nuevo—. ¿Y por qué no? ¿Acaso el bendito san Cristóbal se negó alguna vez a transportar a un viajero a través del río? ¿Cómo podría yo, pobre pecador, negarme a hacer otro tanto? Venid conmigo, forastero, y cumpliré vuestros deseos con espíritu humilde —y con estas palabras echó a andar hacia el vado seguido por Robin, riendo para sus adentros como si estuviera disfrutando de un chiste divertidísimo.

Al llegar al vado, se arremangó el hábito hasta los muslos, se encajó la espada bajo el brazo y se agachó para que Robin se subiera a sus espaldas. Pero de pronto se irguió de nuevo.

—Temo que vuestra espada se moje —dijo el fraile—. Dejad que la lleve con la mía.

—No, reverendo padre —respondió Robin—. No quiero cargaros con más peso que el mío.

—¿Creéis que el bendito San Cristóbal pensaba en su propia comodidad? —dijo el fraile humildemente—. No, dadme vuestra arma como os digo, y cargaré con ella como penitencia por mi orgullo.

El fraile carga con Robin para cruzar el río

Al oír esto, sin más argumentos, Robin se desprendió de la espada y se la entregó al fraile, que se la metió bajo el brazo junto con la suya. Entonces el fraile se agachó de nuevo y cuando Robin se hubo encaramado a sus espaldas se introdujo en el agua y avanzó salpicando por el vado, provocando ondas en la lisa superficie del agua. Por fin llegó a la otra orilla y Robin saltó ágilmente al suelo.



El fraile cruzando el río con Robin a cuestas

—Muchas gracias, reverendo padre —dijo—. Sois en verdad un santo y venerable varón. Os ruego que me devolváis mi espada para que pueda seguir mi camino. Ando un poco apurado.

El santo fraile engaña a Robin Hood

Entonces el fraile se quedó mirando fijamente a Robin durante un buen rato, con la cabeza ladeada y una expresión burlona en su rostro; luego le guiñó muy despacio el ojo derecho.

—Nada de eso, jovenzuelo —dijo con suavidad—. No dudo de que tengáis asuntos urgentes, pero no habéis pensado en los míos. Los vuestros son de tipo carnal; los míos de naturaleza espiritual, una misión divina, por así decirlo. Por añadidura, mis asuntos me requieren al otro lado del río. De vuestro empeño en encontrar a ese santo ermitaño deduzco que sois un hombre de bien, que guarda el debido respeto por la Iglesia. Yo me he mojado al venir aquí y mucho me temo que si tengo que vadear otra vez el río contraeré calambres y dolores reumáticos que estorbarán mis devociones durante muchos días. Teniendo en cuenta que yo os he traído hasta aquí en un alarde de humildad, no me cabe duda de que vos os prestaréis encantado a llevarme a mí de vuelta. Como veis, san Goderico, el santo ermitaño cuya fiesta se celebra en este mismo día, ha puesto en mis manos dos espadas y en las vuestras ninguna. Sed, pues, complaciente, mi joven amigo, y llevadme a hombros al otro lado.

Robin Hood miró arriba y abajo, mordiéndose el labio inferior. Por fin dijo:

—Me habéis atrapado, astuto fraile. Permitid que os diga que ningún clérigo se había burlado jamás de mí hasta hoy. Debí suponer por vuestro aspecto que no erais tan santo como fingíais ser.

—Os ruego que no habléis tan alocadamente —interrumpió el fraile—, si no queréis exponeros a que os meta una pulgada de acero en el cuerpo.

—Tch, tch —dijo Robin—. No digáis eso, fraile. El perdedor tiene derecho a expresarse como le plazca. Devolvedme mi espada y os prometo llevaros a la otra orilla. No levantaré el acero contra vos.

—Vamos, vamos —se burló el fraile—. No me dais miedo, amigo; aquí está vuestro alfiler; y ahora preparaos, porque empiezo a tener prisa.

Robin recuperó su espada y se la ciñó de nuevo a la cintura. Luego se agachó y el fraile montó sobre su espalda.

Robin carga con el fraile y cruza de nuevo el río

Puedo aseguraros que a Robin le tocó una carga mucho más pesada que al fraile; para colmo, no conocía el vado y avanzaba a trompicones entre las piedras, metiéndose de vez en cuando

en un hoyo y tropezando otras veces con las rocas, mientras el sudor corría a chorros por su rostro, a causa de la dificultad del trayecto y de la pesadez de la carga. Mientras tanto, el fraile espoleaba a Robin dándole taconazos en los costados y le ordenaba que se diera más prisa, dirigiéndole al mismo tiempo toda suerte de improperios. A todo esto Robin no respondía una sola palabra, pero fue palpando hasta encontrar la hebilla del cinturón que sujetaba la espada del fraile y la manipuló disimuladamente con la intención de desabrocharla. Y para cuando llegaron a la otra orilla, el cinturón del que pendía la espada estaba suelto, aunque el fraile no lo sabía. Cuando Robin pisó por fin tierra firme y el fraile se apeó de su espalda, el proscrito agarró la espada y dio un tirón, quedándose con espada, vaina y cinto, y dejando desarmado al extravagante religioso.

—Y ahora —dijo Robin, jadeando al hablar y limpiándose el sudor de la frente—, estáis a mi merced. Aquel santo del que hablabais acaba de poner en mis manos dos espadas, despojándoos de la vuestra. De modo que si no me volvéis a cruzar, y a toda velocidad, juro que os voy a perforar el pellejo hasta dejarlo con más agujeros que un jubón acuchillado.

El fraile no pronunció palabra durante un buen rato, limitándose a mirar a Robin con el ceño fruncido.

—Vaya —dijo por fin—. Pensé que erais más bien duro de mollera y no me esperaba tanta astucia por vuestra parte. Es bien cierto que me tenéis cogido. Devolvedme mi espada y prometo no desenvainarla contra vos, salvo en legítima defensa; asimismo prometo llevaros a cuestas al otro lado.

Entonces Robin le devolvió el cinturón con la espada, que el fraile se ciñó a la cintura, procurando abrochar la hebilla perfectamente; luego, arremangándose de nuevo los hábitos, cargó con Robin Hood y sin decir palabra se metió en el agua, vadeando el río en silencio mientras Robin reía desde su privilegiada posición. Por fin llegaron al centro del vado, donde más profunda era el agua.

El fraile arroja a Robin Hood al agua

El fraile se detuvo allí un momento y, de pronto, con un rápido movimiento del brazo acompañado por un brusco levantamiento de los hombros, lanzó a Robin Hood por encima de su cabeza como si fuera un saco de grano. Robin cayó al agua con un tremendo chapuzón.

—Bueno —dijo el religioso, regresando tranquilamente a la orilla—. Espero que eso enfríe vuestro ardiente temperamento, si es que tal cosa es posible.

Mientras tanto, tras mucho chapoteo, Robin había logrado ponerse en pie y miraba a su alrededor desconcertado, mientras sus ropas chorreaban agua. Por fin se sacó el agua de los oídos, expulsó un poco más por la boca, recuperó el uso de sus sentidos y divisó al fraile plantado en la orilla y riéndose de él. Aquello acabó de enfurecerlo.

—¡Esperad ahí, villano! —rugió—. Voy a por vos, y que me quede paralítico si no os hago picadillo cuando os coja —y con estas palabras se lanzó chapoteando hacia la orilla.

—No es preciso que os apresuréis de ese modo —dijo el fraile—. No temáis; os aguardaré aquí y si no estáis pidiendo cuartel de aquí a un poco no volveré a acechar un ciervo entre los helechos en lo que me quede de vida.

Al llegar a la orilla, Robin empezó sin más preámbulo a arremangarse el jubón, enrollándose las mangas en los antebrazos. También el fraile se arremangó sus hábitos, dejando al descubierto unos brazos voluminosos, con músculos que destacaban como las rugosidades del tronco de un árbol. Y Robin advirtió, además, algo que no había visto antes: que el fraile llevaba, lo mismo que él, una cota de malla debajo de los hábitos.

—¡En guardia! —exclamó Robin desenvainando su espada.

Lucha a espada entre Robin Hood y el fraile

—¡En guardia estoy! —respondió el fraile, que ya empuñaba la suya. Y sin más ceremonias, se acercaron uno a otro y dio comienzo una terrible lucha. A derecha y a izquierda, arriba y abajo, delante y atrás, lucharon con las espadas centelleando al sol y chocando con un estruendo que podía oírse a mucha distancia. No se trataba de un combate amistoso con bastones, sino de un enfrentamiento absolutamente serio y feroz. Pelearon durante más de una hora, deteniéndose de vez en cuando a cobrar fuerzas; durante estos breves descansos, se miraban uno a otro con admiración, pensando que jamás habían encontrado un adversario tan hábil; y luego volvían a acometerse con más furia que antes. Sin embargo, en todo este tiempo ninguno de los dos consiguió herir al otro y aún no había corrido la sangre. Por fin, Robin exclamó:

—¡Deteneos un momento, amigo mío! —Y ambos bajaron sus aceros.

—Quiero haceros una proposición antes de continuar —dijo Robin, limpiándose el sudor de la frente; llevaban tanto tiempo luchando que empezaba a pensar que sería improcedente resultar herido o herir a tan noble y bravo adversario.

—¿Qué queréis ahora de mí? —preguntó el fraile.

El fraile permite que

Robin Hood toque su cuerno de caza

—Tan sólo esto —respondió Robin—: Que me permitáis tocar tres veces mi cuerno de caza.

El fraile frunció el ceño y miró con noble recelo a Robin Hood.

—Ahora estoy seguro de que tramáis alguna sucia jugarreta —dijo—. Pero a pesar de ello no os tengo miedo y accederé a vuestro deseo, a condición de que vos me permitáis, a mi vez, soplar tres veces este pequeño silbato.

—De mil amores. Allá vamos —dijo Robin, llevándose el cuerno a los labios y tocando tres sonoros cornetazos.

Los cuatro proscritos acuden en ayuda de su jefe

Mientras tanto, el fraile aguardaba con curiosidad lo que pudiera ocurrir, sosteniendo en la mano un bonito silbato de plata, como los que usan los caballeros para llamar a sus halcones, y que llevaba colgado de la faja, junto al rosario.

Aún no se había extinguido el eco de las notas del cuerno cuando cuatro hombres vestidos de paño verde doblaron la curva del camino, llevando cada uno un arco en la mano y una flecha ya montada en la cuerda.

El fraile toca su silbato y cuatro enormes perros acuden en su ayuda

—¡Ajá! ¡Conque era eso, bellaco traidor! —gritó el fraile—. ¡Pues ahora veréis! —y diciendo esto se llevó a los labios el silbato de halconero y emitió un pitido fuerte y penetrante. Y entonces se oyó agitación entre las matas de la otra orilla y de ellas salieron a todo correr cuatro enormes perros—. ¡A ellos, *Bocadulce*! ¡A ellos, *Vozarrón*! ¡A ellos, *Preciosa*! ¡A ellos, *Colmillos*! —gritaba el fraile, señalando a Robin.

Fue una verdadera suerte para Robin que se alzara un árbol junto al camino, pues de lo contrario no habría logrado escapar. Antes de que pudiera decir «Jesús», los perros estaban encima de él, y apenas tuvo tiempo de soltar la espada y encaramarse al árbol, mientras los perros daban vueltas a su alrededor, mirándole como si se tratara de un gato en un tejado. Pero el fraile volvió a llamar a sus perros, gritándoles «¡A ellos!» y señalando al camino donde los cuatro proscritos se habían quedado parados, mirando con asombro la escena. Con la velocidad del halcón cuando se lanza sobre su presa, los cuatro perros se arrojaron sobre los compañeros de Robin; pero cuando éstos vieron acercarse a los animales, todos ellos, con la única excepción de Will Escarlata, tendieron el arco y dispararon su flecha.

Los proscritos disparan contra los perros, pero

Y entonces, según cuentan las viejas baladas, ocurrió algo maravilloso. Por increíble que parezca, aseguraban los

cronistas que los perros se hicieron a un lado, esquivando las flechas, y cuando éstas pasaban silbando a su lado las atraparon con los dientes, partiéndolas por la mitad. Y los cuatro proscritos lo hubieran pasado muy mal si Will Escarlata no se hubiera interpuesto entre sus compañeros y los perros que se lanzaban al ataque.

éstos rompen las flechas con los dientes

—¡Aquí, *Colmillos*! ¿Qué es esto? —gritó con voz autoritaria—. ¡Échate, *Preciosa*, échate, te digo! ¿Qué significa esto?

Los perros reconocen a Will Escarlata

Al oír su voz, los perros se pararon al instante, y luego se acercaron mansamente a lamerle las manos y hacerle mimos, como acostumbran hacer los perros cuando encuentran a un amigo. Entonces, Will Escarlata se acercó al fraile, con los perros brincando alegremente en torno suyo.

—¿Qué es esto? —exclamó el fraile—. ¿Cómo es posible? ¿Sois acaso un brujo, capaz de convertir a estos lobos en corderos? ¡Cielos! —dijo cuando Will se hubo acercado más—. ¡No doy crédito a mis ojos! ¿Es posible que esté viendo al joven señor William Gamwell en semejante compañía?

—No, Tuck —dijo el joven al llegar al árbol donde se encontraba Robin, que había empezado a descender al ver que el peligro había pasado por el momento—. No, Tuck, ya no me llamo Will Gamwell, sino Will Escarlata; y éste es mi tío, Robin Hood, con el que estoy pasando una temporada.

—¡Que me aspen! —exclamó el fraile, algo confundido y tendiéndole la mano a Robin—. Muchas veces he oído vuestro nombre, en charlas y en canciones, pero jamás pensé que llegaría a pelear contra vos. Os ruego que me perdonéis, y ahora me explico que luchéis como no he visto luchar a nadie.

—¡Vive Dios, reverendísimo padre! —dijo el Pequeño John—. ¡No sabéis cómo me alegro de que nuestro buen amigo Escarlata os conozca a vos y a vuestros perros! Os digo con toda sinceridad que se me encogió el corazón cuando vi que mi flecha fallaba el blanco y que esas grandes bestias venían derechas a por mí.

—En verdad, podéis estar agradecido —dijo el fraile muy serio—. Pero, señor Will, ¿cómo es que ahora residís en Sherwood?

—Caramba, Tuck, ¿no os habéis enterado de la desgracia que ocurrió con el mayordomo de mi padre? —preguntó Will.

—Sí, es cierto, pero no sabía que os estabais ocultando por esa causa. ¡Pardiez, qué tiempos éstos, en los que un caballero tiene que esconderse por una tontería semejante!

—Estamos perdiendo el tiempo —dijo Robin— y aún tenemos que encontrar a ese fraile.

—Bueno, tío, no tendrás que ir muy lejos —dijo Will Escarlata, señalando al fraile—. Lo tienes ante tus ojos.

—¿Cómo? —exclamó Robin—. ¿Sois vos el hombre que llevo buscando todo el día, y para ello he pasado tantas penalidades y me he dado tal remojón?

Robin Hood encuentra al hombre que buscaba

—A decir verdad —dijo el fraile con modestia—, unos me llaman el fraile del valle de la Fuente, otros me llaman en broma el abad de la abadía de la Fuente, y todavía hay quien me llama simplemente fraile Tuck.

—El último nombre me complace más —dijo Robin—, pues resulta más fácil pronunciarlo. Pero ¿por qué no me dijisteis quién erais, en lugar de enviarme a buscar musarañas?

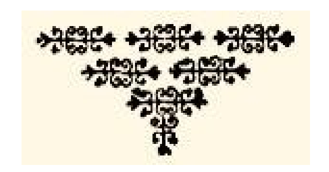
—Bueno, hablando estrictamente, no me lo preguntasteis —respondió Tuck—; pero ¿para qué deseabais verme?

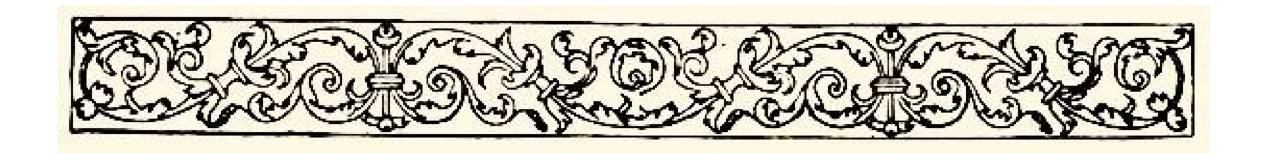
—¡Bah! —dijo Robin—. Se va haciendo tarde y no podemos quedarnos aquí hablando. Venid con nosotros a Sherwood y os explicaré todo por el camino.

El fraile va con los proscritos al bosque de Sherwood

Y así, sin entretenerse más, todos se pusieron en marcha, seguidos por los perros, y emprendieron el camino a Sherwood; era ya de noche cerrada cuando llegaron al árbol de las reuniones.

Y ahora seguid escuchando, pues me dispongo a contaros cómo Robin Hood fue artífice de la felicidad de dos jóvenes amantes, con la ayuda del buen fraile Tuck de la abadía del valle de la Fuente.





III

Cómo Robin Hood organizó la boda de dos enamorados

LLEGÓ por fin la mañana en que la bella Ellen debía casarse y en la que Robin había jurado que Allan de Dale comería, por así decirlo, en el plato preparado para sir Stephen de Trent. Robin Hood se levantó de buen ánimo, al poco rato se fueron levantando los demás proscritos, y por último se levantó el fraile Tuck, parpadeando para quitarse el sueño de los ojos. Y mientras el aire parecía vibrar con los cantos de los pájaros que celebraban a coro la llegada del nuevo día, los hombres se lavaron el rostro y las manos en las aguas del arroyo y dio comienzo un nuevo día.

—Ahora —dijo Robin Hood, después de desayunar—, es hora de dar comienzo a la empresa que tenemos pendiente para hoy. Me acompañarán veinte hombres escogidos, pues es muy posible que necesite ayuda; y tú, Will Escarlata, te quedarás aquí, en funciones de jefe, hasta que yo regrese.

Robin Hood se disfraza de trovador vagabundo

Entonces Robin Hood fue eligiendo entre sus hombres, todos los cuales se mostraban ansiosos de acompañarle, hasta reunir una veintena que representaba la flor y nata de sus proscritos. Además del Pequeño John y Will Stutely, allí estaban casi todos los famosos bandoleros de los que ya os he hablado. Y mientras los elegidos corrían, rebosantes de júbilo, a recoger sus arcos, flechas y espadas, Robin Hood se vistió con ropas de alegres colores, como las que llevaría un trovador vagabundo, y se colgó un arpa al hombro, para completar su caracterización.

Os aseguro que Robin presentaba un aspecto digno de verse. Las calzas eran verdes, pero el jubón era a rayas rojas y amarillas, con cintas, colgantes y abalorios de todos los colores. Se tocaba la cabeza con un gorro alto de cuero rojo, adornado con una suntuosa pluma de pavo real.

Toda la banda se le quedó mirando y muchos se echaron a reír, pues nunca habían visto a su jefe ataviado de manera tan extravagante. El Pequeño John empezó a dar vueltas a su alrededor, examinándolo de cerca con aire

muy serio, con el cuello estirado y la cabeza ladeada. ¿Habéis visto alguna vez a un gallo de corral que da vueltas alrededor de un hallazgo inesperado, como un gato dormido o algo semejante, parándose de vez en cuando y volviendo a andar con paso dubitativo, extrañado y divertido a la vez? Pues así caminaba el Pequeño John en torno a Robin, pronunciando frases del tipo de «¡Pardiez! ¡Fijaos en esto! ¿Quién lo diría? ¡Precioso, a fe mía!». Por fin se detuvo frente a Robin y dijo:

—¡Por mi alma! ¡Vaya vestimenta de fantasía que te has agenciado, jefe! No se habían visto ropas tan elegantes desde que el bendito san Vituperio mártir tuvo una visión en la que un pavo se pintaba la cola de morado y verde.

Robin Hood le pide al Pequeño John que se haga cargo de dos bolsas de dinero

—La verdad —dijo Robin extendiendo los brazos y contemplándose a sí mismo—, quizá sea algo chillón, pero en conjunto es bastante bonito y no me cae mal, aunque sólo lo usaré temporalmente. Pero escucha, Pequeño John, aquí tienes dos bolsas que quiero que lleves para que estén seguras. Yo no puedo hacerme cargo de ellas con este traje de payaso.

—Pero jefe —dijo el Pequeño John, tomando las bolsas y sopesándolas en la mano—, esto suena a oro.

—Así es como debe sonar —respondió Robin—. Se trata de mi propio dinero, y a la banda no le costará nada. Vamos, muchachos, moveos. Listos para partir.

Robin Hood y una veintena de sus hombres, junto con el fraile Tuck y Allan de Dale, van al valle de Rother

Y reuniendo a los veinte en un grupo apretado, en medio del cual iban Allan de Dale y el fraile Tuck, inició la marcha a través del bosque.

Tuvieron que caminar largo rato hasta salir de Sherwood y llegar al valle del río Rother. El panorama allí era diferente del que se veía en el bosque; setos, extensos campos de cebada, tierras de pastos que ascendían hasta unirse con el cielo, y todo salpicado de rebaños de ovejas blancas, henares que despedían el olor penetrante del heno recién segado, amontonado en ringleras sobre las que volaban los vencejos en rápidas pasadas; visiones muy diferentes de las de la frondosa espesura de los bosques, pero igualmente bellas. Robin guiaba a su banda, caminando alegremente con el pecho hinchado y la cabeza erguida, aspirando el aroma de la brisa que llegaba desde los henares.

—Verdaderamente —dijo—, el mundo es muy hermoso, tanto aquí como en el bosque. ¿Quién dijo que era un valle de lágrimas? A mi entender, son las tinieblas de nuestra mente las que hacen sombrío el mundo. ¿Cómo decía aquella canción que tú cantabas, Pequeño John? ¿No era algo así?:

Cuando brillan los ojos de mi amada,
realmente es que brillan,
y cuando de sus labios
brota su dulce y singular sonrisa,
se vuelve el día alegre y tan hermoso,
que no importa si llueve o hace sol.
Y cuando la cerveza corre abundantemente,
las penas y problemas se van a otra región.

—¡Bah! —dijo el fraile Tuck en tono piadoso—. No pensáis más que en cosas profanas; y sin embargo, es bien cierto que existen mejores salvaguardias contra la tristeza y la pena que la bebida y los ojos radiantes. A saber: el ayuno y la meditación. Fijaos en mí: ¿acaso parezco un hombre atormentado?

Estas palabras fueron acogidas con una estruendosa carcajada por todos los proscritos, que la noche anterior habían visto cómo el piadoso fraile vaciaba el doble de jarras de cerveza que cualquiera de ellos.

—Ciertamente —dijo Robin cuando la risa le permitió hablar—, yo diría que vuestras penas son aproximadamente equivalentes a vuestras gracias.

Llegan a la iglesia donde va a casarse la bella Ellen

Y así siguieron marchando, entre charlas, cánticos, bromas y risas, hasta llegar a una pequeña iglesia que formaba parte de las propiedades del rico priorato de Emmet. Allí debía celebrarse, aquel mismo día, el matrimonio de la bella Ellen, y aquél era el punto de destino de los proscritos. Al otro lado del camino junto al cual se elevaba la iglesia entre campos ondulados de cebada, había un largo muro de piedra. Junto al muro crecían numerosos arbolillos y matas, y la propia pared estaba cubierta en algunos puntos por una masa de madreselvas en flor, que llenaban el aire con su fragancia. Sin vacilar ni un momento, los proscritos saltaron el muro, aterrizando sobre las altas hierbas del otro lado y espantando a un rebaño en todas direcciones. Allí, a la sombra combinada del muro y los árboles, los proscritos se sentaron, contentos de poder descansar después de su larga caminata.

Robin pide al joven David de Doncaster que vigile el camino

—Y ahora —dijo Robin—, quiero que uno de vosotros se quede de vigilancia y me avise cuando vea que alguien se acerca a la iglesia. De eso te encargarás tú, David de Doncaster, así que ve a esconderte entre las madreselvas y vigila bien.

El joven David hizo lo que le ordenaban, mientras los demás se tendían a descansar sobre la hierba; algunos charlaban y otros preferían dormir. La tranquilidad era absoluta, y sólo rompían el silencio

algunas voces apagadas y los inquietos pasos de Allan, que no paraba de andar de un lado a otro, incapaz en su nerviosismo de estarse quieto; y quizá también los sonoros ronquidos del fraile Tuck, que disfrutaba de su sueño con un ruido similar al de una sierra manejada muy despacio. Robin estaba tumbado boca arriba, mirando a través de las hojas de los árboles, con el pensamiento a kilómetros de distancia; y así fue transcurriendo el tiempo.

De pronto Robin preguntó:

—Dinos, joven David de Doncaster, ¿qué ves?

Y David respondió:

—Veo nubes blancas que flotan, siento el viento que sopla, y veo tres cuervos volando a ras de tierra. Pero no veo nada más, jefe.

De nuevo se hizo el silencio y pasó otro buen rato en las condiciones descritas, hasta que Robin, impacientándose, preguntó:

—Dime, joven David, ¿qué ves ahora?

Y David respondió:

El viejo portero llega a abrir la iglesia

—Veo los molinos de viento girando y tres álamos muy altos recortándose contra el cielo, y una bandada de pájaros volando sobre los campos. Pero no veo nada más, jefe.

Siguió pasando el tiempo hasta que Robin preguntó por tercera vez y el joven David le respondió:

—Oigo cantar al cuco y veo cómo el viento forma ondulaciones en los campos de cebada, y veo un viejo fraile que viene de la colina hacia la iglesia, llevando en la mano un enorme llavero; ahora está llegando a las puertas de la iglesia.

Al oír esto, Robin se puso en pie y sacudió al fraile Tuck por los hombros.

—¡Vamos, despertad, reverendo! —gritó hasta que el fraile, entre abundantes gruñidos, se puso en pie—. Despejaos, ¡pardiez! Ahí, a las puertas de la iglesia, hay uno de los vuestros. Hablad con él y entrad en la iglesia, para que estéis a mano cuando seáis necesario; el Pequeño John, Will Stutely y yo os seguiremos.

El fraile Tuck saltó la tapia, cruzó el camino y llegó a la iglesia, donde el viejo fraile seguía forcejeando con la llave; la cerradura estaba bastante oxidada y las fuerzas del fraile eran más bien escasas.

—Buenos días, hermano —dijo Tuck—. Permitid que os ayude.

Y diciendo esto, le arrebató la llave y abrió rápidamente la puerta.

—¿Quién sois vos, hermano? —preguntó el viejo fraile con voz aguda y rechinante, parpadeando al mirar a Tuck como un búho al sol—. ¿De dónde venís y a dónde vais?

El fraile Tuck habla con el portero

—Voy a responder a vuestras preguntas, hermano —dijo Tuck—. Me llamo Tuck y me dirijo precisamente aquí, siempre que vos me permitáis quedarme a la boda que aquí va a celebrarse. Vengo del valle de la Fuente y soy un humilde ermitaño, que vive en una celda junto a la fuente bendecida por la venerada santa Eteralda, que padeció el más cruel martirio que puede infligirse a una mujer; a saber: que le cortaran la lengua dejándola más muda que una corneja muerta. ¿Y cómo ocurrió tal cosa? Prestad atención: aquella bendita mujer llegó a la fuente de que os hablo, y sin embargo debo confesar que jamás he entendido qué provecho se saca de las aguas, pues os aseguro que el agua fría siempre consigue revolverme las partes internas con toda clase de calambres y dolores que…

—Pero… —pió el anciano fraile con su aguda vocecilla—. Me gustaría mucho saber lo que le ocurrió a aquella santa mujer cuando llegó a la bendita fuente.

—Pardiez, pues que bebió de sus aguas y al instante recuperó lo que, para muchos malintencionados y no pocas almas devotas, no era precisamente un don celestial, y me estoy refiriendo al don de la palabra. Pero, si no me equivoco, hoy se celebrará aquí una boda y, si no tenéis inconveniente, me gustaría descansar un rato a la sombra antes de asistir a tan magnífico espectáculo.

—Desde luego, sois bienvenido, hermano —dijo el anciano, guiándole al interior de la iglesia.

El Pequeño John y Will Stutely entran en la iglesia mientras Robin Hood se queda en la puerta

Mientras tanto, Robin Hood, con su disfraz de trovador y en compañía del Pequeño John y Will Stutely, había llegado también a la iglesia. Robin se sentó fuera, en un banco que había junto a la puerta, pero el Pequeño John entró en la iglesia, con las dos bolsas de oro, acompañado por Will Stutely.

Llegan a la iglesia el obispo de Hereford y el prior de Emmet

Robin vigilaba el camino, atento a la llegada de gente por cualquier dirección, hasta que al cabo de un rato vio a seis jinetes que se acercaban cabalgando lenta y pausadamente, como correspondía a las dignidades eclesiásticas. Cuando estuvieron más cerca, Robin pudo reconocerlos. El primero era el obispo de Hereford, y puedo aseguraros que ofrecía una magnífica estampa, con sus vestiduras de la mejor seda y su gruesa cadena de oro al cuello. El bonete que ocultaba su tonsura era de terciopelo negro, con ribetes de joyas que resplandecían al sol sobre sus monturas de oro. Sus

calzas eran de seda roja como el fuego, y sus zapatos de terciopelo negro, con puntas largas y curvadas hacia arriba, y una cruz bordada con hilo de oro en cada empeine. Junto al obispo cabalgaba el prior de Emmet, en un remilgado jamelgo. También sus ropas era suntuosas, aunque no tan espléndidas como las del obispo. Tras ellos venían dos altos eclesiásticos de Emmet, y por último dos lacayos del obispo, pues Su Eminencia el obispo de Hereford procuraba imitar a los grandes señores todo lo que le permitía su condición religiosa.

Cuando Robin vio aproximarse la caravana, entre el resplandor de las joyas y la seda y el tintineo de las campanillas de plata que adornaban los arreos de las monturas, se quedó mirándola con dureza y dijo:

—Ese obispo va demasiado engalanado para ser un hombre de Dios. Me pregunto si su santo patrón, que según creo es santo Tomás, era tan aficionado a llevar cadenas de oro al cuello, ropas de seda sobre su cuerpo y zapatos puntiagudos en los pies. Y el dinero para todo ello, vive Dios, les ha sido arrebatado a los pobres campesinos. Ay, obispo: tu orgullo será causa de tu caída antes de lo que imaginas.

Por fin los religiosos llegaron a la iglesia. El obispo y el prior intercambiaban comentarios jocosos acerca de ciertas damas, más propios del personal seglar que de los siervos de la iglesia. Al desmontar, el obispo miró en torno suyo y advirtió la presencia de Robin, que se había puesto en pie junto a la puerta.

El obispo de Hereford habla con Robin Hood

—Buenos días tengáis, buen hombre —dijo el obispo en tono jovial—. ¿Quién sois vos, que lucís tan vistoso plumaje?

—Soy un músico del norte, eminencia —respondió Robin—, y me precio de pulsar las cuerdas mejor que ningún otro hombre en toda Inglaterra. Os aseguro, eminencia reverendísima, que muchos caballeros y burgueses, clérigos y seglares, han bailado al son de mi música, muchas veces de mala gana y a menudo muy en contra de su voluntad. Tal es el mágico poder de mi arpa. Y en el día de hoy, reverenda señoría, si me permitís tocar en esta boda, os prometo que lograré que la novia ame al hombre que la despose con un amor que durará mientras ambos sigan con vida.

—¡Ja, ja! ¿De veras? —preguntó el obispo—. ¿Estás convencido de lo que dices? —y al decir esto miró fijamente a Robin, que le devolvió la mirada sin pestañear—. Si eres capaz de lograr que esta doncella (que sin duda ha hechizado a mi pobre primo Stephen) ame como dices al hombre con el que

va a casarse, te daré lo que me pidas, siempre que sea razonable. Oigamos una muestra de tu talento, amigo mío.

Robin se niega a tocar para el obispo

—No —respondió Robin—. Mi música sólo suena cuando yo lo deseo, aunque lo ordene un obispo. No tocaré hasta que lleguen el novio y la novia.

—¿Cómo te atreves a hablarme de ese modo, bellaco insolente? —dijo el obispo frunciendo el ceño—. En fin, dejémoslo estar. Mirad, prior: ahí viene vuestro primo sir Stephen con su bella prometida.

Llegan a la iglesia sir Stephen, la bella Ellen y el padre de ésta

Efectivamente, por la curva del camino se acercaban otros jinetes. El primero era un hombre alto y delgado, de porte caballeresco, vestido de seda negra y tocado con un gorro de terciopelo negro con forro rojo. A Robin no le cupo duda de que se trataba de sir Stephen, en vista de su arrogante porte y su cabello gris; junto a él cabalgaba un propietario sajón, Edward de Deirwold, padre de Ellen. Tras ellos venía un coche tirado por dos caballos, y en él una joven que Robin supuso que sería Ellen. Tras el coche cabalgaban seis guardias armados, con sus yelmos de acero reluciendo al sol entre el polvo del camino.

Cuando la comitiva llegó hasta la iglesia, sir Stephen desmontó, se acercó al carruaje y tendió la mano a Ellen para que descendiera. Entonces Robin pudo verla bien y ya no le extrañó que un caballero tan orgulloso como sir Stephen de Trent accediera a casarse con la hija de un plebeyo; tampoco le extrañó que nadie pusiera objeciones; pues se trataba, sin duda alguna, de la mujer más hermosa que habían contemplado sus ojos. Sin embargo, se la veía pálida y abatida, como un lirio arrancado. Y así, con la cabeza gacha y aspecto triste, la muchacha penetró en la iglesia de la mano de sir Stephen.

—¿Por qué no tocas ahora, amigo? —preguntó el obispo, mirando muy serio a Robin.

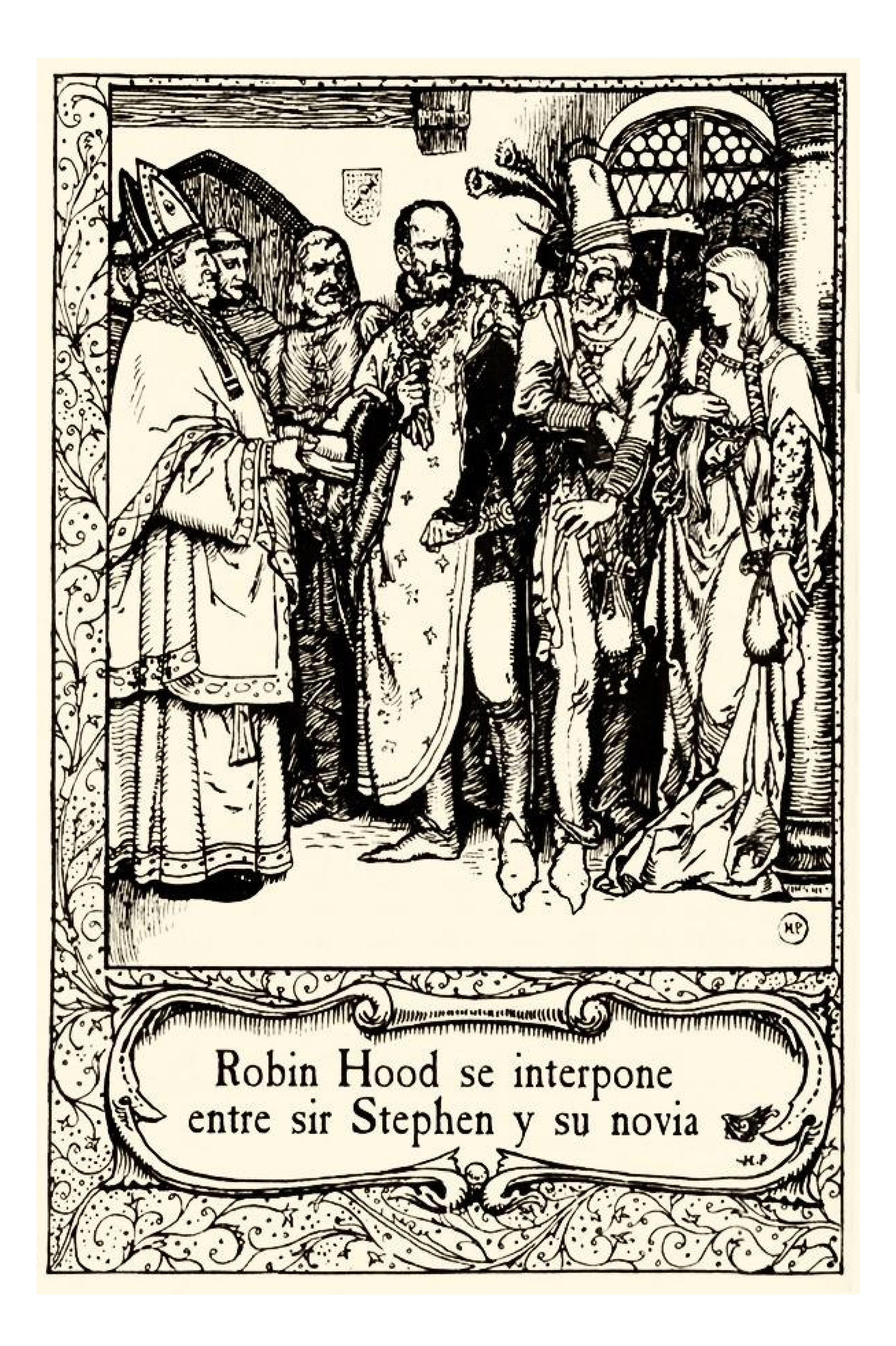
—Os aseguro que tocaré con más ganas de lo que vuestra eminencia piensa —respondió Robin con calma—, pero no antes de que llegue el momento.

El obispo, mirando a Robin con resentimiento, se dijo:

«En cuanto haya concluido la boda, voy a hacer que azoten a este bribón insolente y deslenguado».

Sir Stephen y la bella Ellen se encontraban ya ante el altar, y el obispo mismo se adelantó y abrió su libro, mientras Ellen miraba a un lado y a otro con desesperada angustia, como una cierva acosada por la jauría. Entonces,

haciendo ondear todas sus cintas y abalorios de vistosos colores, Robin dio tres zancadas y se plantó entre el novio y la novia.


Robin Hood se interpone
entre sir Stephen y su novia

Robin Hood interrumpe la boda

—Dejadme que vea bien a esta moza —dijo en alta voz—. ¡Vaya, vaya! ¿Qué tenemos aquí? Veo lirios blancos en vuestras mejillas, cuando debería haber rosas, que es lo que corresponde a una feliz novia. Esta boda es un desastre. Con lo viejo que sois, señor caballero, y lo joven que es ella, ¿cómo se os ha ocurrido hacerla vuestra esposa? Os digo que eso no puede ser, pues no es a vos a quien ella ama.

El Pequeño John y Will Stutely acuden en ayuda de Robin

Todos se quedaron sorprendidos ante esta intervención, sin saber qué pensar, qué decir ni dónde mirar, de tan perplejos como estaban. Y mientras todos miraban a Robin como si se hubieran convertido en piedra, él se llevó el cuerno a los labios e hizo sonar tres trompetazos tan fuertes que levantaron ecos por toda la iglesia, como si se tratara de las mismísimas trompetas del Apocalipsis. Al instante, el Pequeño John y Will Stutely saltaron de sus asientos y se situaron uno a cada lado de Robin Hood, desenvainando sus espadas, mientras una voz estentórea se oía sobre las cabezas de todos. Era el fraile Tuck, que hablaba desde la galería del órgano.

—Aquí estoy, dispuesto para cuando me necesitéis.

Todo era un ruido de confusión. El padre de la novia se adelantó furioso con la intención de llevarse a su hija, pero el Pequeño John se interpuso y le hizo retroceder.

—Atrás, buen hombre —le dijo—. Aquí no tenéis nada que hacer.

—¡Morid, villanos! —exclamó sir Stephen, buscando su espada, sin recordar que no llevaba, por tratarse del día de su boda.

Los proscritos responden a la llamada de Robin

Los guardias sí que desenvainaron sus espadas y por un momento pareció que iba a correr la sangre; pero de pronto se oyó un alboroto en la puerta, relucieron los aceros, se oyeron golpes y los guardias quedaron reducidos mientras avanzaban por el pasillo dieciocho recias figuras, todas ellas vestidas de paño verde, y con Allan de Dale a la cabeza. Llevaba en la mano el arco de tejo de Robin Hood, y al llegar al altar se lo entregó, hincando una rodilla en tierra.

Entonces Edward de Deirwold habló con voz airada:

—¿Has sido tú, Allan de Dale, quien ha organizado semejante ultraje en una iglesia?

—No —dijo Robin Hood—. Es obra mía y podéis llamarme por mi nombre, que es Robin Hood.

Al oír este nombre se produjo un repentino silencio. El prior de Emmet y sus allegados se apretujaron como un rebaño de ovejas asustadas que han olido al lobo, mientras el obispo de Hereford, dejando a un lado su libro, se persignó devotamente.

—¡El cielo nos proteja de la maldad de este hombre! —exclamó.

—No temáis —dijo Robin—. No pretendo haceros ningún daño. Pero aquí está el legítimo esposo de la bella Ellen, y con él se ha de casar si no queréis pasarlo muy mal.

—¡Jamás! —exclamó Edward indignado—. ¡Yo soy su padre y digo que se casará con sir Stephen y con nadie más!

Durante todo este tiempo, mientras el caos se desataba a su alrededor, sir Stephen había permanecido silencioso, en actitud digna y despreciativa. Pero al llegar este momento habló con voz muy fría.

Sir Stephen no quiere saber nada de Ellen y abandona la iglesia

—No, amigo —dijo—. Puedes quedarte con tu hija. Después de lo que ha ocurrido hoy, no me casaría con ella ni aunque me ofrecieran de dote toda Inglaterra. Te lo digo sinceramente: amaba a tu hija y, a pesar de lo viejo que soy, la hubiera cuidado como a una joya encontrada en el fango. Sin embargo, ignoraba que amaba a este joven y que era amada por él. Muchacha, si prefieres a un mísero trovador antes que a un caballero de noble cuna, es elección tuya. Me avergüenza seguir hablando ante esta chusma, de modo que os dejo —y diciendo esto, dio media vuelta, llamó a sus hombres y se dirigió a la puerta. Todos se habían callado ante el tono autoritario y despectivo de sus palabras, y sólo el fraile Tuck, inclinándose sobre la barandilla del coro, se atrevió a decir, a modo de despedida:

—Id con Dios, sir Stephen, y no olvidéis que los huesos viejos deben dejar paso a la sangre joven.

Pero sir Stephen no respondió ni miró hacia arriba, saliendo de la iglesia como si no hubiera oído nada, seguido por sus hombres.

Entonces el obispo dijo con tono impaciente:

—Tampoco yo tengo nada que hacer aquí, de modo que me voy.

Robin Hood no deja marchar al obispo

Pero Robin Hood le agarró por la ropa y le detuvo.

—Quedaos un poco, Eminencia, por favor —dijo—. Aún tengo algo que deciros.

El obispo palideció, pero se quedó como Robin le decía, sabiendo que le sería imposible irse.

Robin se dirigió entonces a Edward de Deirwold y le dijo:

—Y ahora, bendecid el matrimonio de vuestra hija con este joven y todo irá bien. Pequeño John, dame las bolsas de oro. Mirad, granjero: aquí tenéis doscientas monedas de oro; dad vuestra bendición y podréis considerarlas como la dote de vuestra hija. No la deis y se casará de todas maneras, pero sin que vos veáis un penique. Elegid.

Robin ofrece doscientas monedas a Edward por su bendición

Edward bajó la mirada y frunció el ceño, dándole vueltas y más vueltas al asunto; pero se trataba de un hombre práctico, que siempre había sabido sacar partido a las cosas, y por fin levantó la mirada y dijo en un tono nada alegre:

—Si la ingrata quiere seguir su camino, que lo siga. He intentado hacer de ella una dama; pero si prefiere ser otra cosa, yo me desentiendo del asunto. No obstante, daré mi bendición cuando estén casados como es debido.

—Eso no es posible —dijo uno de los de Emmet—. No se han publicado las amonestaciones ni hay aquí un sacerdote que los case.

—¿Cómo dices? —rugió Tuck desde el coro—. ¿Que no hay sacerdote? Pardiez, aquí tienes uno tan sacerdote como tú, cualquier día de la semana, con todas las órdenes y votos, por si no lo sabes. En cuanto a las amonestaciones, no te ahogues en un vaso de agua, querido hermano; yo mismo las haré públicas.

El fraile Tuck casa a Allan y Ellen

Y sin más preámbulos, empezó a pronunciar las amonestaciones. Y según cuenta la antigua balada, por si acaso no bastaba con tres veces, las repitió nueve veces; hecho esto, bajó del coro y procedió a celebrar la ceremonia, con lo cual Allan y Ellen quedaron legalmente casados.

Entonces Robin le entregó a Edward las doscientas monedas de oro, y éste dio su bendición al matrimonio, aunque puedo aseguraros que no parecía entusiasmado por la idea. Todos los proscritos rodearon entonces a Allan, que tenía a Ellen cogida de la mano y parecía completamente borracho de felicidad.

Por fin, Robin se dirigió al obispo de Hereford, que había estado observando todo lo ocurrido con mirada severa.

—Eminentísimo señor obispo —dijo—. Acaba de venirme a la memoria vuestra promesa: si conseguía que esta hermosa dama amara a su esposo, me concedería lo que yo pidiera, siempre que fuera razonable. Pues bien, he tocado y, como veis, ella ama a su esposo y no lo amaría de no ser por mí; por lo tanto, os ruego que cumpláis vuestra promesa. Lleváis algo encima que, a mi parecer, estaríais mejor sin ello. Así pues, os ruego que me entreguéis la

cadena de oro que cuelga de vuestro cuello, como regalo de boda para esta hermosa novia.

El obispo se puso rojo de ira y echaba chispas por los ojos. Le dirigió a Robin Hood una mirada asesina, pero vio algo en los ojos del proscrito que le hizo detenerse. Muy despacio, se desprendió la cadena del cuello y se la entregó a Robin, que la colocó alrededor del cuello de Ellen. Entonces Robin dijo:

El obispo de Hereford, muy a su pesar, le hace a Ellen un regalo de bodas

—En nombre de la novia, os doy las gracias por este espléndido regalo, y puedo dar fe de que tenéis mejor aspecto sin él. Y si alguna vez os acercáis a Sherwood, confío en poder ofreceros un banquete como no habéis visto otro igual.

—¡No lo permita Dios! —exclamó el obispo muy serio, pues sabía perfectamente qué clase de banquetes ofrecía Robin Hood a sus invitados en el bosque de Sherwood.

Robin reunió a sus hombres, con los recién casados en el medio, y todos emprendieron el regreso al bosque. Por el camino, el fraile Tuck se acercó a Robin y le tiró de la manga.

El fraile Tuck se une a la banda

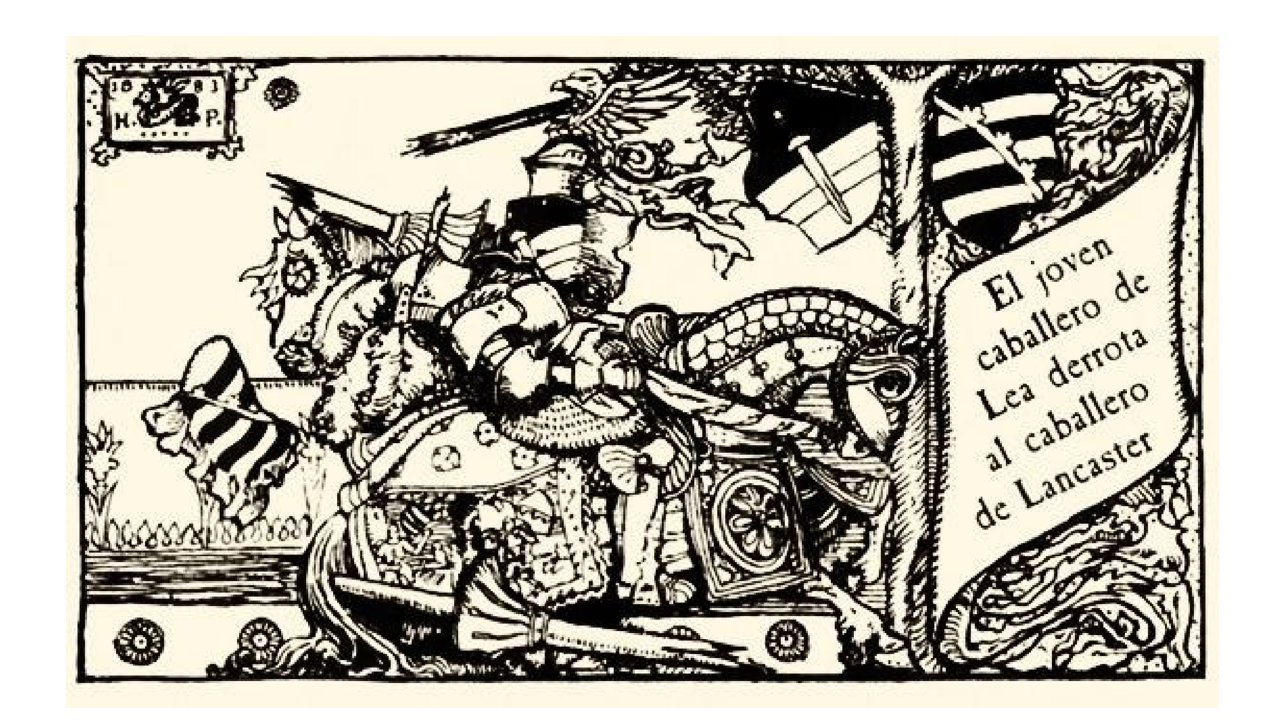
—Lleváis una buena vida, amigo mío —dijo—. Pero ¿no habéis pensado en el beneficio que representaría para vuestras almas el disponer de un buen capellán, como por ejemplo yo, para ocuparme de los asuntos espirituales? La verdad, no me importaría hacerlo.

Robin se echó a reír de buena gana y le dijo al fraile que podía quedarse con la banda si lo deseaba.

Aquella noche se celebró en el bosque de Sherwood una fiesta como no se había visto igual en todo Nottinghamshire. Ni a ti ni a mí nos invitaron a la fiesta, lo cual es una pena; de manera que, para no herir susceptibilidades, no diré más del asunto.

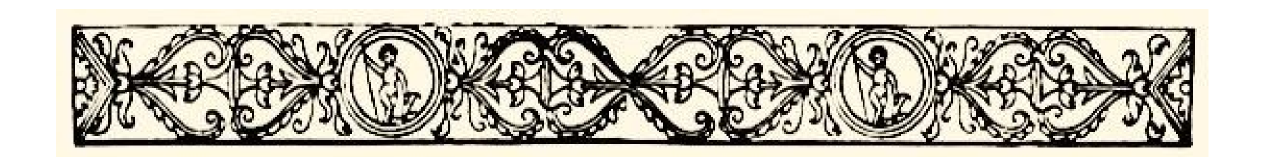
Y así termina la edificante historia de Allan de Dale, y de cómo le ayudaron Robin Hood y el fraile Tuck. A continuación nos ocuparemos de problemas muy distintos a los del amor, y veremos cómo Robin ayudó a un noble caballero que precisaba desesperadamente su ayuda. Escuchad, pues, lo que sigue.





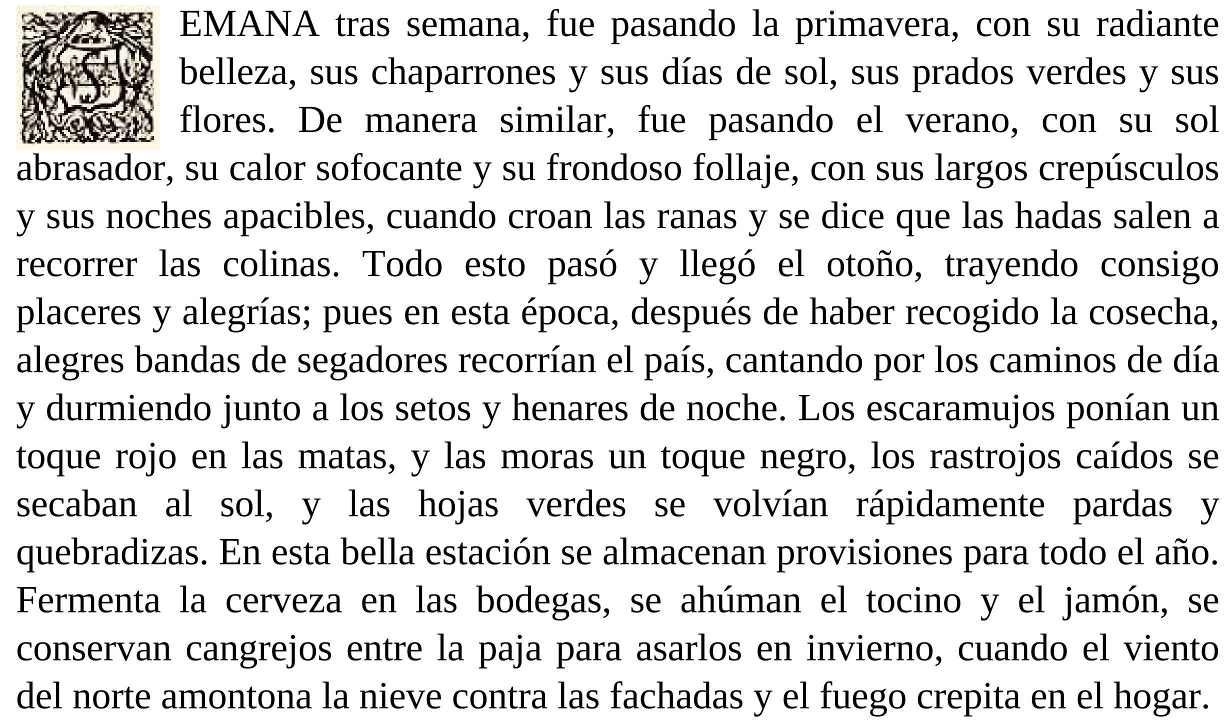
Quinta parte

Donde se cuenta cómo Robin Hood encontró un caballero atribulado y lo llevó a Sherwood. Y cómo sir Richard de Lea pagó sus deudas puntualmente, tanto al prior de Emmet como a Robin Hood.



I

Robin Hood ayuda a un caballero en apuros



SEMANA tras semana, fue pasando la primavera, con su radiante belleza, sus chaparrones y sus días de sol, sus prados verdes y sus flores. De manera similar, fue pasando el verano, con su sol abrasador, su calor sofocante y su frondoso follaje, con sus largos crepúsculos y sus noches apacibles, cuando croan las ranas y se dice que las hadas salen a recorrer las colinas. Todo esto pasó y llegó el otoño, trayendo consigo placeres y alegrías; pues en esta época, después de haber recogido la cosecha, alegres bandas de segadores recorrían el país, cantando por los caminos de día y durmiendo junto a los setos y henares de noche. Los escaramujos ponían un toque rojo en las matas, y las moras un toque negro, los rastrojos caídos se secaban al sol, y las hojas verdes se volvían rápidamente pardas y quebradizas. En esta bella estación se almacenan provisiones para todo el año. Fermenta la cerveza en las bodegas, se ahúman el tocino y el jamón, se conservan cangrejos entre la paja para asarlos en invierno, cuando el viento del norte amontona la nieve contra las fachadas y el fuego crepita en el hogar.

Así fueron transcurriendo las estaciones, así transcurren ahora, y así seguirán transcurriendo en el futuro, mientras nosotros vamos y venimos como hojas de un árbol, que caen y pronto se olvidan.

Tras aspirar una bocanada de aire, Robin dijo:

—Hace un día espléndido, Pequeño John, y no estaría bien desperdiciarlo holgazaneando. Escoge los hombres que quieras y dirígete al este, mientras yo me dirijo al oeste; veamos cuál de los dos trae a casa un buen invitado a cenar bajo el árbol de las reuniones.

—¡Pardiez! —exclamó el Pequeño John, dando palmadas de alegría—. ¡Tu idea me parece tan ajustada a mis deseos como la espada a su empuñadura! Te traeré un invitado para hoy, o no volveré para la cena.

Robin Hood y el Pequeño John, cada uno con un grupo de hombres, salen en busca de invitados a cenar

Cada uno de los dos escogió unos cuantos hombres y los dos grupos partieron del bosque por distintos caminos.

Ahora bien, ni tú ni yo podemos seguir dos caminos a la vez para enterarnos de estas gloriosas aventuras; de manera que dejaremos al Pequeño John seguir su camino, mientras nosotros corremos tras los pasos de Robin Hood. Os aseguro que disfrutaremos de buena compañía: Robin Hood, Will Escarlata, Allan de Dale, Will Scathelock, Mosquito el Molinero y muchos otros. En el bosque se quedaron unos veinte hombres para preparar el banquete, entre ellos el fraile Tuck, pero todos los demás fueron con Robin o con el Pequeño John.

Caminaban a buen paso, Robin siguiendo su instinto y los demás siguiendo a Robin. De vez en cuando atravesaban un vallecito con una granja, y de vez en cuando volvían a adentrarse en los bosques. En las cercanías de la ciudad de Mansfield, con sus torres almenadas y sus agujas apuntando al sol, salieron por fin de la zona boscosa. Siguieron marchando por caminos y atajos, atravesando aldeas donde las mujeres, casadas y doncellas, se asomaban a las ventanas para ver pasar a tan buenos mozos, y por fin llegaron a los alrededores de Alverton, en la región de Derbyshire. A estas alturas ya había pasado el mediodía y aún no habían encontrado a un invitado que valiera la pena llevar a Sherwood. Por fin llegaron a un cruce de caminos donde se alzaba una capillita, y allí decidió detenerse Robin, porque los setos eran bastante altos y podían esconderse perfectamente tras ellos, vigilando ambos caminos mientras daban cuenta del almuerzo.

Robin y su banda se detienen en un cruce de caminos para comer y descansar

—Éste parece un buen lugar para que la gente de bien como nosotros pueda comer tranquila —dijo—. Nos pararemos aquí a descansar y veremos si cae algo en nuestras redes.

Saltaron una empalizada y se instalaron detrás de un seto, en un lugar de hierba blanda bañado por el sol. Cada uno sacó de la bolsa las provisiones que llevaba consigo, pues la caminata les había abierto el apetito, aguzándolo hasta hacerlo cortante como el viento de marzo. Nadie pronunció una sola palabra, reservándose la boca para funciones más elevadas, como la de masticar vorazmente pan moreno y carne fría.

Frente a ellos, uno de los caminos ascendía colina arriba y desaparecía sobre la cima, recortándose sus setos contra el cielo. En lo alto de la colina se veían los tejados de algunas casas de la aldea situada al otro lado, y también la parte alta de un molino de viento, cuyas aspas surgían sobre la colina y

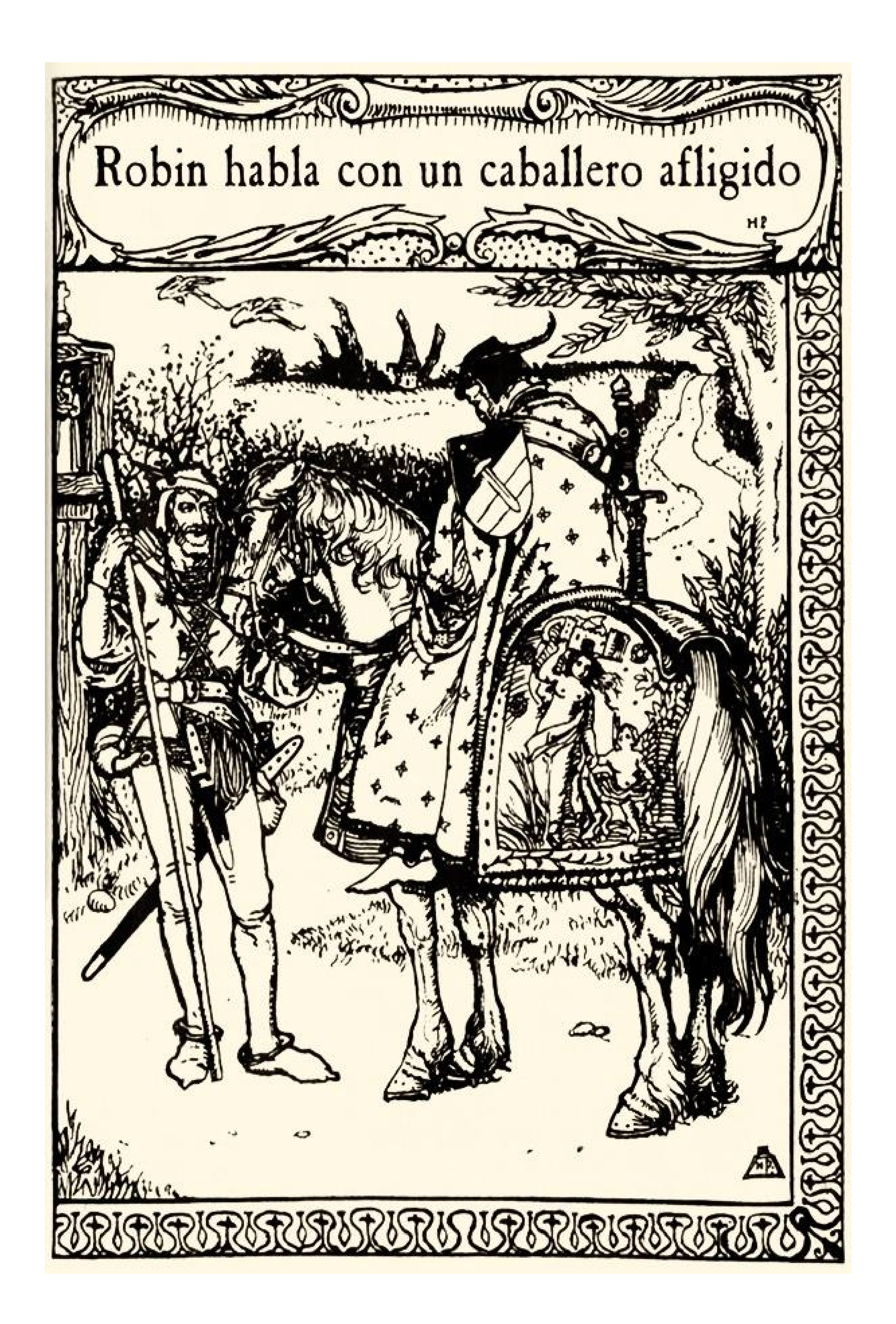
volvían a hundirse, moviéndose trabajosamente entre fuertes crujidos, impulsadas por un vientecillo muy suave.

Los proscritos ven a un caballero afligido cabalgando camino abajo

Los proscritos ocultos tras el seto terminaron su comida; pero el tiempo seguía pasando y no aparecía nadie; por fin, vieron un jinete que descendía de la colina, siguiendo el pedregoso sendero, hacia el lugar donde se escondían Robin y sus hombres. Se trataba de un apuesto caballero, pero de rostro triste y semblante abatido. Sus ropas eran ricas, pero discretas, sin cadenas de oro como las que solían llevar al cuello las personas de su categoría, y sin joyas; a pesar de ello, saltaba a la vista que se trataba de una persona de sangre noble y orgullosa. Llevaba la cabeza caída sobre el pecho y los brazos colgando inertes a los lados; y cabalgaba despacio, como si estuviera sumido en negros pensamientos; incluso su caballo, que llevaba las riendas sueltas sobre el cuello, marchaba con la cabeza gacha, como si compartiera las penas de su amo.

—He ahí un galán afligido a fe mía —dijo Robin Hood—. Parece que se ha levantado con el pie izquierdo; no obstante, voy a salir a hablar con él, pues quizá haya algo que rebañar. Aunque parece desolado, sus ropas son caras. Esperad aquí mientras yo me ocupo del asunto.

Tras decir lo cual, se levantó, cruzó el camino hasta la capillita y allí se plantó, esperando la llegada del apesadumbrado caballero.


Robin habla con un caballero afligido

Cuando éste se le acercó por fin a paso lento, Robin se adelantó y agarró las bridas del caballo.

Robin Hood detiene al caballero

—Deteneos, señor caballero —dijo—. Os ruego que me concedáis un momento, pues tengo que deciros unas palabras.

—¿Quién sois vos, amigo, que de este modo detenéis a un viajero en los caminos de su graciosa majestad? —preguntó el caballero.

—Pardiez —dijo Robin Hood—. Es una pregunta difícil de responder. Hay quien me considera amable, y hay quien me considera cruel; unos dicen que soy bueno y honrado, y otros que soy un miserable ladrón. En verdad, existen tantas maneras de mirar a un hombre como manchas tiene un sapo; en consecuencia, el que me miréis con unos ojos o con otros depende exclusivamente de vos. Mi nombre es Robin Hood.

—Debo decir, señor Robin Hood —dijo el caballero, esbozando una sonrisa en la comisura de la boca—, que me resultáis un tanto engreído. En cuanto a los ojos con que os miro, os diré que son más bien favorables, pues he oído mucho bueno de vos y poco malo. ¿Qué deseáis de mí?

Robin Hood invita al caballero a cenar con él en Sherwood

—Por mi vida, señor caballero —dijo Robin—. Parece talmente que estuviera oyendo al viejo Swanthold cuando decía «las buenas palabras son tan fáciles de pronunciar como las malas, y con ellas se ganan amistades y no golpes». Y ahora os demostraré lo acertado de este dicho; si venís conmigo al bosque de Sherwood os ofreceré un festín como no habéis visto otro en la vida.

—Es muy amable de vuestra parte —dijo el caballero—, pero me temo que iba a resultar un invitado muy fúnebre. Mejor sería que me dejarais seguir mi camino en paz.

—Bueno… —dijo Robin—, ciertamente podríais seguir vuestro camino, excepto por un pequeño detalle que ahora os diré. Veréis: tenemos en el bosque de Sherwood una especie de posada, pero tan alejada de los caminos transitados, que los clientes son muy escasos. Por eso, mis amigos y yo salimos de vez en cuando a buscarlos cuando nos aburrimos solos. Y así es la cosa, señor caballero; añadiré de pasada que confiamos en que nuestros invitados paguen sus gastos.

—Entiendo lo que queréis decir, amigo —respondió muy serio el caballero—, pero yo no soy vuestro hombre, pues no llevo dinero encima.

—¿De verdad? —preguntó Robin Hood, mirando fijamente al caballero —. No me queda más remedio que creeros; sin embargo, señor caballero,

existen algunos de vuestra clase que no son tan de fiar como ellos quisieran hacer creer. Por eso os ruego que no penséis mal si lo compruebo por mí mismo.

Y sin soltar las riendas del caballo, se llevó dos dedos a la boca y emitió un penetrante silbido, en respuesta al cual casi ochenta proscritos saltaron la empalizada y corrieron hacia Robin y el caballero.

—Ésos son mis hombres —dijo Robin, mirándolos con orgullo—; al menos, algunos de ellos. Comparten conmigo todas las alegrías y los pesares, las ganancias y las pérdidas. Os ruego, señor caballero, que me digáis sinceramente si lleváis dinero.

El caballero no respondió nada de momento, pero sus mejillas empezaron a teñirse de rubor; por fin, miró a Robin a la cara y dijo:

El caballero le dice a Robin Hood que no lleva más que diez chelines

—No sé por qué tendría que avergonzarme, puesto que a mí no me parece motivo de vergüenza, pero os estoy diciendo la verdad cuando digo que no llevo en la bolsa más que diez chelines y que ése es todo el dinero que sir Richard de Lea posee en el mundo.

Cuando Richard terminó de hablar, todos quedaron en silencio hasta que Robin dijo:

—¿Me dais vuestra palabra de caballero de que eso es todo lo que lleváis encima?

—Os doy mi más solemne palabra, como auténtico caballero, de que ése es todo el dinero que poseo en el mundo —dijo Richard—. Aquí está mi bolsa; podéis comprobar vosotros mismos la veracidad de mis palabras —y le tendió su bolsa a Robin.

Robin no duda de la palabra del caballero

—Guardad vuestra bolsa, sir Richard —dijo Robin—. Nada tan lejos de mi intención como dudar de la palabra de tan noble caballero. Me gusta rebajar a los soberbios, pero, si puedo, procuro ayudar a los afligidos. Venid, sir Richard, animaos y acompañadnos al bosque. Hasta es posible que pudiera ayudaros, pues sin duda conocéis la historia del buen rey Atelstán, que salvó la vida gracias a un humilde topo que excavó una zanja en la que tropezaron los que pretendían asesinarle.

—Creo que verdaderamente estáis intentando ser amable, a vuestro modo —dijo sir Richard—; pero mis pesares son de un tipo que no es probable que esté en vuestra mano curar. No obstante, estoy dispuesto a ir con vosotros a Sherwood.

Tras lo cual, hizo dar la vuelta a su caballo y todos emprendieron el camino a Sherwood, caminando Robin a un lado del caballero y Will Escarlata al otro, mientras el resto de la banda marchaba detrás.

Tras recorrer de este modo un buen trecho, Robin dijo:

—Señor caballero: no quisiera molestaros con preguntas impertinentes, pero quizá os apetezca contarme vuestras penas.

El caballero le cuenta a Robin Hood su historia mientras se dirigen a Sherwood

—Ciertamente, Robin —dijo el caballero—. ¿Por qué no? La cuestión es ésta: mi castillo y mis tierras están hipotecadas por una deuda que yo contraje; de aquí a tres días la deuda debe saldarse o perderé para siempre mis propiedades, que caerán en manos del priorato de Emmet, y lo que éste se traga no lo devuelve jamás.

—Vive Dios que no entiendo cómo los de vuestra clase vivís de ese modo, dejando escapar vuestras fortunas como la nieve que se derrite bajo el sol de primavera.

—Me juzgáis mal, Robin —dijo el caballero—. Escuchad: tengo un hijo de apenas veinte años, que sin embargo ya ha ganado sus espuelas de caballero. El año pasado, un aciago día, se celebraba un torneo en Chester en el que competía mi hijo, y fui con mi esposa a verlo. Puedo decir que nos sentimos orgullosos, pues derribó a todos los caballeros con los que se enfrentó. Por fin le tocó competir con un célebre caballero llamado sir Walter de Lancaster; y a pesar de ser tan joven, mi hijo se mantuvo firme en su silla aunque las dos lanzas se hicieron pedazos en el choque. Sin embargo, quiso la fatalidad que una astilla de la lanza de mi hijo penetrara por el visor del casco de sir Walter, clavándosele en el ojo y llegando al cerebro, causándole la muerte antes de que su escudero tuviera tiempo de quitarle el yelmo. Pues bien, Robin, sir Walter tenía muchos y buenos amigos en la corte, que encresparon los ánimos en contra de mi hijo hasta el punto de que, para salvarle de ir a prisión, tuve que pagar una multa de seiscientas libras de oro. Aun así, todo habría ido bien, de no ser por los trucos y recovecos de las leyes, que me dejaron tan esquilado como una oveja pelada al rape. Y así me vi obligado a hipotecar mis tierras al priorato de Emmet para conseguir más dinero y, viéndome en necesidad, se aprovecharon de mí. Pero quiero que sepáis que sólo me preocupo por mis tierras a causa de mi querida esposa.

—¿Y dónde está ahora vuestro hijo? —preguntó Robin, que había escuchado con gran atención el relato del caballero.

—En Palestina —respondió sir Richard—. Combatiendo como un bravo guerrero cristiano, por la cruz y el santo sepulcro. Inglaterra no era buen lugar

para él, a causa de la muerte de sir Walter y el odio de la familia Lancaster.

—Vive Dios que es una triste historia —dijo Robin—. Pero decidme: ¿cuánto le debéis al priorato de Emmet?

—Sólo cuatrocientas libras —respondió sir Richard.

Al oír esto, Robin dio un puñetazo al aire, en señal de indignación.

—¡Malditos chupasangres! —exclamó—. ¡Se quedarán con toda una propiedad por cuatrocientas libras! ¿Y qué os ocurrirá a vos si perdéis vuestras tierras, sir Richard?

—No es eso lo que me preocupa —dijo el caballero—, sino lo que le ocurrirá a mi esposa. Si pierdo mis tierras, tendrá que instalarse en casa de algún familiar y vivir de la caridad, lo cual herirá profundamente su orgullo. En cuanto a mí, cruzaré el mar salado e iré a Palestina, para unirme a mi hijo en la lucha por el santo sepulcro.

Entonces habló Will Escarlata:

—¿Pero no tenéis ningún amigo que os ayude en este momento de necesidad?

—Ni uno —respondió sir Richard—. Cuando era rico y tenía amigos, se les llenaba la boca de alabanzas hacia mí. Pero cuando el roble es derribado, los cerdos que se cobijan a su sombra huyen para que no les caiga encima. Así pues, mis amigos me abandonaron, pues no sólo soy pobre, sino que además tengo poderosos enemigos.

Entonces Robin dijo:

Robin le dice al caballero que se anime

—Decís que no tenéis amigos, sir Richard. No es que quiera jactarme, pero muchos han encontrado en Robin Hood un amigo cuando estaban en apuros. Animaos, sir Richard, que todavía es posible que pueda ayudaros.

El caballero sacudió la cabeza con una débil sonrisa, pero las palabras de Robin Hood habían logrado animarle, pues la esperanza, por pequeña que sea, siempre arroja luz sobre las tinieblas, como hace una mísera vela que no cuesta más que un céntimo.

Robin encuentra invitado sperándole en el bosque

Comenzaba a anochecer cuando llegaron al claro donde se elevaba el árbol de las reuniones. Ya desde lejos, pudieron advertir que el Pequeño John había regresado con algún invitado, pero lo que no se esperaban era que éste fuera el mismísimo obispo de Hereford. Puedo dar fe de que el buen obispo se encontraba en plena crisis. Caminaba de un lado a otro bajo el árbol, como un zorro atrapado en un gallinero. Tras él había tres frailes de hábitos negros que formaban un grupo asustado, como tres corderos

en medio de la tormenta. Atados a las ramas de los árboles cercanos había seis caballos, uno de los cuales era el corcel bereber con arreos grises que servía de montura al obispo, mientras que los demás iban cargados de bultos de diversas formas y tamaños, uno de los cuales hizo brillar los ojos de Robin Hood, pues se trataba de un cofre no muy grande pero muy reforzado con tiras y barras de hierro.

Cuando el obispo vio a Robin y su partida salir de la espesura, hizo ademán de correr hacia él, pero el proscrito que vigilaba al obispo y a los tres frailes le obligó a detenerse, poniendo su bastón a modo de barrera, y su eminencia tuvo que retroceder, con el ceño fruncido y protestando airadamente.

—Aguardad, señor obispo —gritó Robin al ver lo que ocurría—. Enseguida estaré con vos. En toda Inglaterra no existe otro hombre que me alegre más de ver —y diciendo esto, apresuró el paso para llegar donde esperaba el obispo, echando pestes.

El obispo de Hereford se queja del Pequeño John y el fraile Tuck

—¿Y bien? —dijo el obispo en voz alta e indignada cuando Robin llegó hasta él—. ¿Es así como vuestra banda trata a una alta jerarquía de la Iglesia? Estos tres hermanos y yo íbamos paseando tranquilamente por el camino, con nuestras bestias de carga y una docena de guardias para proteger el cargamento, cuando nos abordó un bribón gigantesco, de más de dos metros de altura, con otros ochenta rufianes a sus espaldas, y me ordenó detenerme. ¡A mí, el obispo de Hereford! Ante lo cual, mis guardias armados (Dios los confunda, por cobardes) huyeron a todo correr. Pero hay más: aquel bellaco no sólo me detuvo, sino que se atrevió a amenazarme, diciendo que Robin Hood me dejaría más pelado que un seto en invierno. Y por si esto fuera poco, me llamó cosas horribles, como «cura gordo», «obispo vampiro», «usurero avariento» y otras cosas aún peores, como si yo fuera un mendigo vagabundo o un hojalatero. Y para colmo, al llegar aquí, me encuentro con un gordo asqueroso, un falso sacerdote, que me saludaba con una palmadita en el hombro, como si yo, Dios me asista, fuera un compañero de taberna.

—¡Cuidado con lo que decís! —exclamó el fraile Tuck, adelantándose de un salto y plantándose ante el obispo—. ¡Mucho cuidado, os advierto! —y al decir esto, chasqueó los dedos ante las narices del obispo, que retrocedió aterrado como si el chasquido hubiera sido un trueno—. ¡Falso sacerdote! ¡Me habéis llamado «falso sacerdote»! ¡Pues mirad, señor obispo, os apuesto a que soy tan santo como vos, e incluso podría haber llegado a obispo de no

haber nacido en una cuneta! ¡Y también soy tan culto y tan leído como vos, aunque nunca pude dominar el maldito latín, ya que mi lengua está hecha tan sólo para el noble idioma inglés! Aun así, os aseguro que puedo recitar mis *Paternosters* y mis *Aves* sin equivocarme más que vos, ¡so gordinflón!

El obispo miró al fraile como un gato rabioso, mientras todos los demás, incluido sir Richard, se echaban a reír. Sólo Robin permanecía serio.

—Atrás, Tuck —dijo—. No está bien irritar a Su Eminencia de este modo. ¡Ah, señoría! ¡Lamento muchísimo que mi banda os haya maltratado de tal manera! Os aseguro de corazón que sentimos un profundo respeto por los hábitos. ¡Pequeño John, ven aquí inmediatamente!

Al escuchar la llamada, el Pequeño John se adelantó, contorsionando su rostro en una extraña mueca que parecía querer decir: «Ten piedad de mí, jefe». Entonces Robin se dirigió al obispo de Hereford y preguntó:

—¿Es éste el hombre que os habló con tanta insolencia?

—El mismo, ciertamente —respondió el obispo—. Un tipo despreciable, a fe mía.

Robin Hood finge reprender al Pequeño John

—¿Es cierto, Pequeño John —interrogó Robin—, que le llamaste «cura gordo» a Su Eminencia?

—Sí, jefe —respondió apesadumbrado.

—¿Y «obispo vampiro»?

—También —respondió el Pequeño John, en tono aún más afligido.

—¿Y «usurero avariento»?

—También —dijo el Pequeño John con una voz tan triste que al propio dragón de Wentley se le habrían saltado las lágrimas al oírlo.

—¡Es verdaderamente extraño! —dijo Robin Hood, volviéndose hacia el obispo—. Jamás habría creído que el Pequeño John dijera la verdad.

Al oír estas palabras, todos estallaron en carcajadas, mientras el obispo se sonrojaba hasta ponerse rojo desde la barba a la coronilla. Pero se tragó sus palabras sin decir nada, aunque casi se ahoga del esfuerzo.

—No, señor obispo —dijo entonces Robin—. Somos rudos, pero no tan malos como pensáis, creo yo. No hay aquí ni un solo hombre que se atreva a tocar un pelo de la cabeza de vuestra eminencia. Ya sé que os chocan nuestras bromas, pero aquí en el bosque todos somos iguales; entre nosotros no hay obispos, duques ni barones, sino tan sólo hombres. Así pues, mientras permanezcáis con nosotros tendréis que amoldaros a nuestras costumbres. Venga, muchachos, moveos y disponedlo todo para el banquete. Mientras tanto, ofreceremos a nuestros invitados una exhibición deportiva.

Y mientras unos se encargaban de encender el fuego para asar carne, otros corrieron a empuñar sus bastones y arcos. Entonces Robin presentó a sir Richard de Lea.

—Querido señor obispo —dijo—. Aquí os presento a otro invitado a la fiesta de esta noche. Espero que hagáis buenas migas. Todos mis hombres y yo nos esforzaremos por honraros a ambos esta noche.

El obispo de Hereford le hace reproches a sir Richard de Lea

—Sir Richard —dijo el obispo—, me temo que vos y yo somos compañeros de sufrimientos en esta cueva de… —estuvo a punto de decir «ladrones», pero se interrumpió, mirando alarmado a Robin Hood.

—Hablad con libertad, señor obispo —dijo Robin, riendo—. Aquí en Sherwood no nos asustan las palabras. Ibais a decir «cueva de ladrones».

—Tal vez fuera a decirlo —respondió el obispo—, pero ahora diré, sir Richard, que he visto cómo os reíais de las lamentables bromas de estos felones. Pienso que habría sido más digno de vos mantener una actitud grave, en lugar de incitarlos con vuestras risas.

—No os deseo ningún mal —aseguró sir Richard—, pero una buena broma es una buena broma, y puedo deciros sinceramente que igual me habría reído si la broma hubiera ido contra mí.

Los proscritos hacen una exhibición de tiro ante el obispo de Hereford y sir Richard de Lea

Llamó entonces Robin a algunos de sus hombres, que amontonaron musgo blando sobre el suelo y extendieron encima pieles de ciervo. A continuación, Robin rogó a sus invitados que se sentasen, y se sentaron también algunos de los proscritos más notables, como el Pequeño John, Will Escarlata, Allan de Dale y otros, acomodándose como mejor pudieron. Luego se colgó una guirnalda en un extremo del claro y comenzó la competición de tiro con arco, en la que los arqueros demostraron tal puntería que saltaba el corazón de gozo el verlo. Y mientras tanto, Robin conversaba tan desenfadadamente con el obispo y el caballero que, olvidando el uno sus vejaciones y el otro sus problemas, ambos se echaron a reír de buena gana en más de una ocasión.

Diez arqueros dispararon tres flechas cada uno, y aunque la guirnalda sólo medía tres palmos de anchura y se encontraba situada a ciento cuarenta metros de distancia, sólo dos flechas fallaron el blanco.

Robin Hood tira ante el obispo y el caballero

—¡Por la Virgen, amigo mío! —exclamó el obispo—. Jamás he visto disparar así en toda mi vida Pero he oído hablar

muchas veces de vuestra puntería. ¿No podríais ofrecernos una muestra?

—Bueno… —dijo Robin—. Empieza a oscurecer y no se ve muy bien, pero haré lo que pueda.

Y diciendo esto, se levantó de su asiento y, sacando su cuchillo, cortó una vara de avellano, aproximadamente del grosor de un pulgar, y tras pelar la corteza, caminó contando los pasos hasta medir una distancia de ochenta metros. Allí clavó la vara en el suelo y regresó con los demás. Allan de Dale le ofreció su arco de tejo y Robin tendió la cuerda. Luego, vaciando la aljaba sobre el suelo, escogió cuidadosamente una flecha de su agrado. A continuación montó la flecha y se colocó en posición, mientras se hacía un silencio tan absoluto que se habría podido oír la caída de una hoja. Tensó rápidamente la cuerda, extendió el brazo izquierdo, y sin dar tiempo ni a respirar dejó partir la flecha.

Robin Hood acierta en la vara

El proyectil voló tan rápido que la vista era incapaz de seguirla, pero todos estallaron en aclamaciones cuando Will Scathelock regresó corriendo, trayendo la vara de avellano con la flecha clavada en ella. Los gritos eran tan fuertes que hasta los proscritos que atendían el fuego acudieron corriendo, pues todos se sentían orgullosos de la puntería de su jefe, que ninguno soñaba con igualar.

Mientras tanto, Robin se había vuelto a sentar entre sus invitados; sin darles tiempo a pronunciar una palabra de elogio, llamó a los miembros de la banda más diestros con el bastón, y continuaron las competiciones hasta que cayó la noche y no hubo luz suficiente para golpear ni parar golpes.

Allan de Dale canta para los invitados

Entonces se adelantó Allan de Dale, afinó su arpa y de nuevo se hizo el silencio mientras Allan de Dale cantaba con su prodigiosa voz viejas canciones de amor y de guerra, de gloria y de tragedia, que todos escuchaban sin hacer ni un movimiento ni un ruido. Y Allan cantó hasta que la luna, redonda y plateada, se alzó con su blanco resplandor sobre las copas de los árboles.

Robin Hood ofrece una cena al obispo de Hereford y a sir Richard de Lea

Por fin dos hombres vinieron a avisar de que el banquete estaba servido y Robin, guiando a sus invitados de la mano, los condujo hasta donde se encontraban preparados unos grandes platos humeantes que despedían aromas deliciosos, dispuestos sobre manteles blancos extendidos en la hierba. Se habían instalado antorchas que lo iluminaban todo con la luz

rojiza. Y sin más ceremonias, todos se sentaron a comer con gran alboroto, mezclándose el ruido de los platos y cubiertos con los sonidos de las risas y conversaciones. Mucho tiempo duró la cena, pero al fin concluyó, aunque seguían circulando el vino y la cerveza. Entonces Robin Hood pidió silencio y todos callaron mientras él hablaba.

Robin Hood cuenta la historia de sir Richard de Lea

—Tengo que contaros una historia, así que escuchad todos lo que voy a deciros —dijo.

Y a continuación les explicó la situación de sir Richard, y cómo éste se encontraba en peligro de perder sus tierras. Pero mientras hablaba, el rostro del obispo, que estaba sonriente y radiante de gozo, se fue poniendo serio; al poco rato, el obispo dejó a un lado el cuerno de vino que sostenía en la mano, pues conocía muy bien la historia de sir Richard y empezaba a sentir una terrible aprensión. Tal como se temía, al terminar su relato, Robin se dirigió a él:

—Y Su Eminencia el obispo de Hereford, ¿no opina que esto es indigno de un cristiano, y mucho más de un siervo de la Iglesia, que debería vivir practicando la humildad y la caridad?

El obispo no respondió una palabra y mantuvo la mirada fija en el suelo. Robin siguió diciendo:

Robin Hood pide al obispo que ayude al caballero

—Tengo entendido que Su Eminencia es el obispo más rico de Inglaterra. ¿Acaso no podría ayudar a un hermano en la necesidad?

El obispo seguía sin responder. Entonces Robin se dirigió al Pequeño John y le dijo:

—Ve con Will Stutely a por esos cinco caballos de carga y tráelos aquí.

Robin Hood ordena que le traigan las bestias de carga del obispo

Los comensales hicieron sitio para los caballos en el lugar más iluminado del claro y al momento regresaron el Pequeño John y Will Stutely con las cinco bestias de carga.

—¿Quién tiene la lista de las mercancías? —preguntó Robin Hood, mirando a los frailes.

—Yo —respondió el fraile más pequeño, un anciano de rostro arrugado y voz temblorosa—. Pero os ruego que no me hagáis daño.

Robin divide el cargamento como mejor puede

—No temáis —dijo Robin—. No tengo por costumbre hacer daño a gente indefensa. Dadme la lista, reverendo padre.

El anciano hizo lo que le pedían y le entregó a Robin una tablilla en la que venía anotado el cargamento de cada uno de

los caballos. Robin, a su vez, se la entregó a Will Escarlata, pidiéndole que la leyera en voz alta. Y Will, levantando la voz para que todos le oyeran, empezó a recitar:

—Tres balas de seda para Quintín, el mercader de Ancaster.

—Eso no lo tocaremos —dijo Robin—. Ese Quintín es un hombre honrado que ha medrado gracias a su propio esfuerzo —y las balas de seda se colocaron aparte, sin abrir el paquete.

—Una bala de terciopelo de seda para la abadía de Beaumont.

—¿Para qué quieren los frailes terciopelo de seda? —preguntó Robin—. No obstante, aunque no lo necesiten, no se lo quitaré todo. Divididlo en tres partes: una que se venderá para hacer obras de caridad, otra para nosotros y otra para la abadía —y tal como Robin ordenaba, así se hizo.

—Cuarenta cirios de cera para la capilla de Santo Tomás…

—Eso pertenece con todo derecho a la capilla —dijo Robin—. Ponedlo a un lado y Dios nos libre de quitarle a Santo Tomás lo que es suyo.

Así pues, también las velas se colocaron aparte, junto con las balas de seda del honrado Quintín. Will continuó leyendo la lista, y Robin fue adjudicando los cargamentos según lo que le parecía más indicado. Algunas cosas se dejaban a un lado sin tocarlas, y otras muchas se dividieron en tres partes iguales, una para obras de caridad, otra para los proscritos y la tercera para sus destinatarios originales. El suelo iluminado por las antorchas estaba ya cubierto de sedas y terciopelos, telas doradas y barriles de vinos generosos, cuando por fin llegaron al último artículo del inventario:

—Un cofre perteneciente a Su Eminencia el obispo de Hereford…

Al escuchar estas palabras, el obispo se estremeció como si hubiera sufrido un escalofrío, mientras el cofre era depositado en el suelo.

—Señor obispo, ¿tenéis la llave de este cofre? —preguntó Robin.

El obispo sacudió la cabeza.

Will Escarlata abre la caja fuerte del obispo

—Vamos, Will Escarlata —dijo entonces Robin—. Eres el más fuerte de todos nosotros. Trae una espada y mira si puedes abrir este cofre.

Will Escarlata se levantó y regresó a los pocos momentos trayendo un pesado mandoble. Tres veces golpeó el cofre con refuerzos de hierro, que al tercer golpe se abrió, dejando escapar un montón de relucientes monedas de oro, que cayeron rodando bajo el resplandor de las antorchas. Semejante visión levantó un murmullo de admiración en toda la banda, como el sonido del viento en los árboles, pero nadie se adelantó para tocar el dinero.

—Tú, Will Escarlata, y tú, Allan de Dale, y tú, Pequeño John, contad ese dinero —ordenó Robin.

Se tardó bastante en contar todo el dinero y, cuando todo se hubo sumado, Will Escarlata anunció que el total ascendía a mil quinientas libras de oro. Pero entre el oro encontraron también un papel que Will Escarlata leyó en voz alta, revelando que el dinero correspondía a las rentas y beneficios de ciertas propiedades pertenecientes al obispado de Hereford.

Robin Hood reparte el dinero

—Señor obispo —dijo entonces Robin Hood—. No pienso dejaros tan pelado como un seto en invierno, tal como os amenazó el Pequeño John, pues os permitiré conservar una tercera parte de vuestro dinero. Bien podéis prescindir de otro tercio, como pago de las atenciones que os hemos dispensado a vos y a vuestro séquito, puesto que sois hombre rico; y más vale que dediquéis el otro tercio a obras de caridad, pues he oído, señor obispo, que sois hombre duro con vuestros siervos y os gusta acaparar riquezas que podríais, con más mérito y provecho para vuestra alma, destinar a obras caritativas en vez de gastarlas en beneficio propio.

El obispo levantó la mirada, pero seguía incapaz de pronunciar palabra; no obstante, estaba agradecido por poder conservar una parte de su dinero.

Robin Hood se ofrece a ayudar a sir Richard de Lea

Entonces Robin se dirigió a sir Richard de Lea y le dijo:

—Y ahora, sir Richard, puesto que la Iglesia amenaza con despojaros de lo vuestro, parece apropiado que se invierta parte del excedente de los beneficios de la Iglesia en ayudaros. Vais a tomar esas quinientas libras apartadas para personas más necesitadas que el obispo, y con ellas pagaréis vuestra deuda al priorato de Emmet.

Sir Richard miraba a Robin y sus ojos se llenaron de algo que hizo borrosa la visión de las luces y las caras. Por fin pudo decir:

—Os agradezco de corazón lo que hacéis por mí, amigo mío; os ruego que no penséis mal si digo que no puedo aceptar sin más vuestro generoso donativo. Esto es lo que haré: cogeré el dinero y pagaré mi deuda; y de aquí a un año y un día, os lo devolveré, a vos o al señor obispo de Hereford. Os doy mi más solemne palabra de caballero. Creo que puedo aceptar el préstamo, porque no conozco hombre más indicado para ayudarme que una jerarquía de la misma Iglesia que en tan duro aprieto me ha metido.

—La verdad, señor caballero —dijo Robin—, no entiendo todos esos escrúpulos que abruman a las gentes de vuestra calidad; no obstante, será

como vos deseáis. Pero habréis de traerme el dinero a mí al cumplirse el plazo, pues considero que podré hacer de él mejor uso que el obispo.

Dirigiéndose a sus hombres, Robin dio una orden y al momento se contaron quinientas monedas de oro, que se pusieron en una bolsa de cuero y se entregaron a sir Richard. El resto del dinero se dividió por la mitad, pasando una parte a engrosar el tesoro de la banda y colocándose el resto con las demás cosas adjudicadas al obispo.

Entonces sir Richard se puso en pie.

—Temo que no puedo quedarme más tiempo, amigos —dijo—. Mi dama se alarmará si no regreso a casa; os pido venia para partir.

Robin y sus hombres se incorporaron igualmente, y Robin dijo:

—No podemos dejaros marchar sin escolta, sir Richard.

Entonces intervino el Pequeño John:

El Pequeño John se ofrece para escoltar a sir Richard de Lea

—Permitid, jefe, que escoja una veintena de hombres, para armarlos como es debido y escoltar a sir Richard hasta que encuentre mejor compañía.

—Bien dicho, Pequeño John. Así se hará —respondió Robin.

A continuación habló Will Escarlata:

Will Escarlata propone regalarle al caballero una cadena y unas espuelas de oro

—Propongo que le demos una cadena de oro para colgar del cuello, como corresponde a una persona de sangre noble, y también espuelas de oro para adornar sus talones.

—Bien dicho, Will Escarlata. Así se hará —respondió Robin.

Por último habló Will Stutely:

—Démosle también esta bala de terciopelo y un rollo de tela dorada, para que se los lleve a su dama como regalo de Robin Hood y todos sus hombres.

Al oír esto, todos aplaudieron, y Robin Hood dijo:

—Bien dicho, Will Stutely. Así se hará.

Will Stutely propone regalar ciertas cosas a la señora de Lea

Entonces sir Richard de Lea miró en torno suyo e intentó hablar, pero a duras penas podía, pues la emoción le embargaba; por fin consiguió decir con voz trémula y quebrada:

—Os aseguro a todos, queridos amigos, que sir Richard de Lea recordará siempre vuestra amabilidad en este día. Y si alguno de vosotros llegara a encontrarse en apuros o necesidad, que acuda a mí y a mi dama, pues antes se hundirán las murallas de mi castillo que yo

consienta que le suceda algún daño. Yo… —e incapaz de decir más, dio media vuelta y se alejó.

Se presentaron entonces el Pequeño John y diecinueve hombres más, armados y listos para el viaje. Cada uno de ellos llevaba una cota de malla y un yelmo de acero, además de una espada al cinto, y presentaban una magnífica estampa, alineados como para pasar revista.

Sir Richard se va de Sherwood

Robin se adelantó y colgó una cadena de oro al cuello de sir Richard, y Will Escarlata se arrodilló para calzar sus talones con las espuelas de oro; tras lo cual, el Pequeño John trajo el caballo de sir Richard y el caballero montó, miro a Robin por última vez y, con un impulso repentino, se inclinó para besar su mejilla. En todo el bosque resonaron los ecos de la ovación que despidió al caballero cuando emprendió el camino a través de la espesura a la cabeza de su escolta de forajidos, entre el resplandor de las antorchas y los reflejos del acero.

Entonces el obispo de Hereford habló con voz lastimera:

—También yo debo partir, amigos míos, pues la noche está ya muy avanzada.

Pero Robin puso su mano sobre el brazo del obispo y le hizo detenerse.

Robin Hood obliga al obispo de Hereford a quedarse con él en el bosque

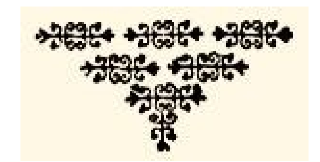
—No tengáis tanta prisa, señor obispo —dijo—. De aquí a tres días, sir Richard debe pagar su deuda con Emmet; hasta entonces, Eminencia, tendréis que resignaros a permanecer aquí, no vaya a ser que le ocasionéis algún trastorno al caballero. Os prometo que no os aburriréis, pues ya tengo noticia de vuestra afición a la caza del ciervo. Despojaos de ese manto de melancolía y esforzaos por vivir la alegre vida de un campesino durante tres días. Os garantizo que, cuando llegue el momento, lamentaréis marcharos.

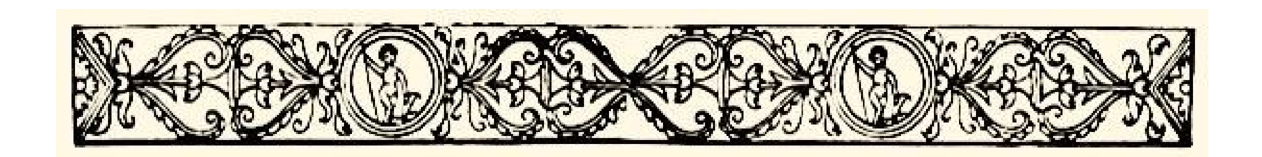
De manera que el obispo y su séquito tuvieron que quedarse tres días con Robin, durante los cuales Su Eminencia se lo pasó tan bien que, tal como Robin había dicho, al llegar el momento de partir lo hizo con pena. Al cabo de los tres días, Robin los dejó libres, haciéndolos acompañar por una escolta de proscritos para evitar que ningún salteador les arrebatara lo que quedaba de su equipaje.

Pero tan pronto como se alejó, el obispo se juró que algún día le haría pagar a Robin Hood el haberle tenido secuestrado en Sherwood.

Pero veamos ahora lo que le acaeció a sir Richard; escuchad y os enteraréis de cómo pagó su deuda al priorato de Emmet, y cómo, a su debido

tiempo, saldó también la contraída con Robin Hood.





II

Cómo pagó sir Richard de Lea su deuda

EL camino real se extendía en línea recta, gris y polvoriento y quemado por el sol. A ambos lados del mismo había zanjas llenas de agua, en cuyas márgenes crecían juncos, y en la distancia se alzaban las torres del priorato de Emmet, rodeadas de altos álamos.

Sir Richard de Lea llega al priorato de Emmet

Por el camino cabalgaba un caballero seguido de una veintena de hombres de armas. El caballero vestía una sencilla túnica de sarga gris, ceñida en la cintura con un ancho cinturón de cuero, del que pendían una recia espada y un largo puñal. Pero aunque vestía de manera tan sencilla, el caballo que montaba era un bereber de pura sangre y sus jaeces iban engalanados con sedas y campanillas de plata.

La partida siguió el camino flanqueado por zanjas hasta llegar al portalón del priorato de Emmet. Allí el caballero indicó a uno de sus hombres que llamara a la garita del portero, golpeando con el pomo de su espada.

El portero se encontraba amodorrado en su camastro, pero al oír la llamada se despejó al instante, abrió el postigo, salió al exterior y saludó al caballero, mientras un estornino encerrado en su jaula de mimbre que colgaba del techo de la portería rompía a gritar: «*¡In caelo quies! ¡In caelo quies!*»[5], tal como le había enseñado a hacer el pobre y lisiado portero.

—¿Dónde está el prior? —preguntó el caballero.

—Está comiendo, señor caballero, y aguarda vuestra visita —respondió el viejo portero—, pues, si no me equivoco, vuestra señoría es sir Richard de Lea.

—Soy sir Richard de Lea —confirmó éste—, y quiero verle ahora mismo.

—¿Debo llevar vuestro caballo al establo? —preguntó el portero—. Vive Dios que es un noble corcel, y con los más regios jaeces que he visto en mi vida —y al decir esto acarició el costado del caballo.

—No —respondió sir Richard—. Los establos de este lugar no son para nosotros. Os ruego que me dejéis paso.

Y con estas palabras se puso en marcha y, encontrando las puertas abiertas, penetró en el patio empedrado del priorato, seguido por sus hombres. Las pisadas de los cascos de los caballos, unidas al chocar de las armas y armaduras, hicieron levantar el vuelo a una bandada de palomas, que volaron con estruendoso aleteo hasta los elevados aleros de las torres.

Mientras el caballero se dirigía a Emmet, en el comedor del priorato tenía lugar un espléndido festín. El sol de la tarde penetraba a través de las ventanas ojivales, cayendo en forma de parches de luz sobre el suelo de piedra y sobre la mesa, cubierta con un mantel blanco como la nieve y dispuesta para un banquete principesco.

El prior Vincent departe con el sheriff de Nottingham y el abogado

A la cabecera de la mesa se sentaba el prior Vincent de Emmet, con holgadas vestiduras de paño y seda. Se tocaba la cabeza con un bonete de terciopelo negro con adornos de oro, y de su cuello pendía una gruesa cadena de oro con un gran medallón. Junto a él, posado en el brazo de su sillón, tenía a su halcón favorito, pues el prior era un gran aficionado al noble arte de la cetrería. A su derecha se sentaba el sheriff de Nottingham, ataviado de púrpura con rebordes de piel, y a su izquierda un famoso doctor en leyes, sobriamente vestido de oscuro. Los asientos de menor importancia estaban ocupados por el bodeguero jefe de Emmet y otros destacados miembros de la comunidad.

De un extremo a otro de la mesa circulaban las risas y las bromas, y el ambiente era tan festivo como se puede desear. El rostro, habitualmente severo, del hombre de leyes aparecía alterado por una amplia sonrisa, pues en su bolsa llevaba ochenta monedas de oro que el prior le había pagado como comisión por llevar el asunto de sir Richard de Lea. El sabio doctor había insistido en cobrar por adelantado, pues no tenía demasiada confianza en el reverendo Vincent de Emmet.

El sheriff de Nottingham estaba diciendo:

—¿Estáis seguro, reverendo padre prior, de que ya podéis contar con esas tierras?

—Ya lo creo —respondió el prior, chasqueando los labios después de haber bebido un largo trago de vino—. Lo he tenido sometido a vigilancia, aunque él no se ha dado cuenta, y me consta que no tiene dinero para pagarme.

—Muy cierto —confirmó el hombre de leyes con voz seca y cascada—. Si no se presenta a pagar, puede dar por perdidas sus tierras. Pero recordad, señor prior, que tenéis que lograr que os firme la cesión, pues de lo contrario os resultará difícil conservar las tierras sin problemas.

—Ya sé —dijo el prior—. Me lo habéis dicho antes. Pero este caballero es tan pobre que de buena gana firmará la cesión de sus tierras por doscientas libras en dinero contante.

Entonces tomó la palabra el jefe de las bodegas:

—A mí me parece vergonzoso arruinar de este modo a un desdichado caballero. Y me parece una lástima que tenga que perder sus magníficas posesiones de Derbyshire por quinientas miserables libras. Y me parece…

—¿Qué es todo este parloteo en mis propias barbas? —interrumpió el prior con voz airada, los ojos centelleantes y las mejillas rojas de indignación —. ¡Por san Huberto, más os valdría reservar el aliento para enfriar vuestra sopa, si no queréis que os escalde la lengua!

—Lo malo —dijo suavemente el hombre de leyes— es que me atrevería a asegurar que nuestro caballero no vendrá a saldar su deuda, prefiriendo mostrarse esquivo. Pero de cualquier modo encontraremos la manera de quedarnos con sus tierras, así que no temáis.

Apenas había terminado el doctor de pronunciar estas palabras cuando se oyó ruido de cascos de caballos y cotas de malla en el patio. El prior ordenó a uno de los hermanos que se sentaba en los lugares de menor respeto que se asomara a la ventana y viera quién estaba abajo, aunque sabía muy bien que no podía ser otro sino sir Richard.

El hermano se levantó, miró por la ventana y dijo:

—Veo una veintena de hombres de armas y un caballero que en este preciso instante desmonta de su caballo. Viste una túnica gris, bastante humilde a mi entender. Pero el caballo que le sirve de montura es el corcel más espléndido y mejor enjaezado que jamás he visto. El caballero, tras desmontar, se dirige hacia aquí; ahora entra en el gran vestíbulo.

—Ya lo veis —dijo el prior Vincent—. He ahí un caballero cuya bolsa no le alcanza ni para comprar un mendrugo de pan, y sin embargo mantiene guardias armados y engalana su caballo mientras él va con el trasero al aire. ¿Acaso no es justo que hombres así se vean rebajados?

—¿Estáis seguro —preguntó el leguleyo con voz temblorosa— de que este caballero no nos hará ningún daño? Los hombres de su clase son terribles cuando se sienten engañados, y trae consigo una banda de hombres violentos. Quizá fuera mejor concederle un aplazamiento del pago de su deuda.

Resultaba evidente que el doctor tenía miedo de lo que pudiera hacer sir Richard.

—No temáis —dijo el prior, mirando de arriba a abajo al hombrecillo—. Este caballero es más bien pacífico y no se le pasaría por la imaginación hacer daño a un anciano como vos.

Sir Richard de Lea apela a la caridad del prior de Emmet

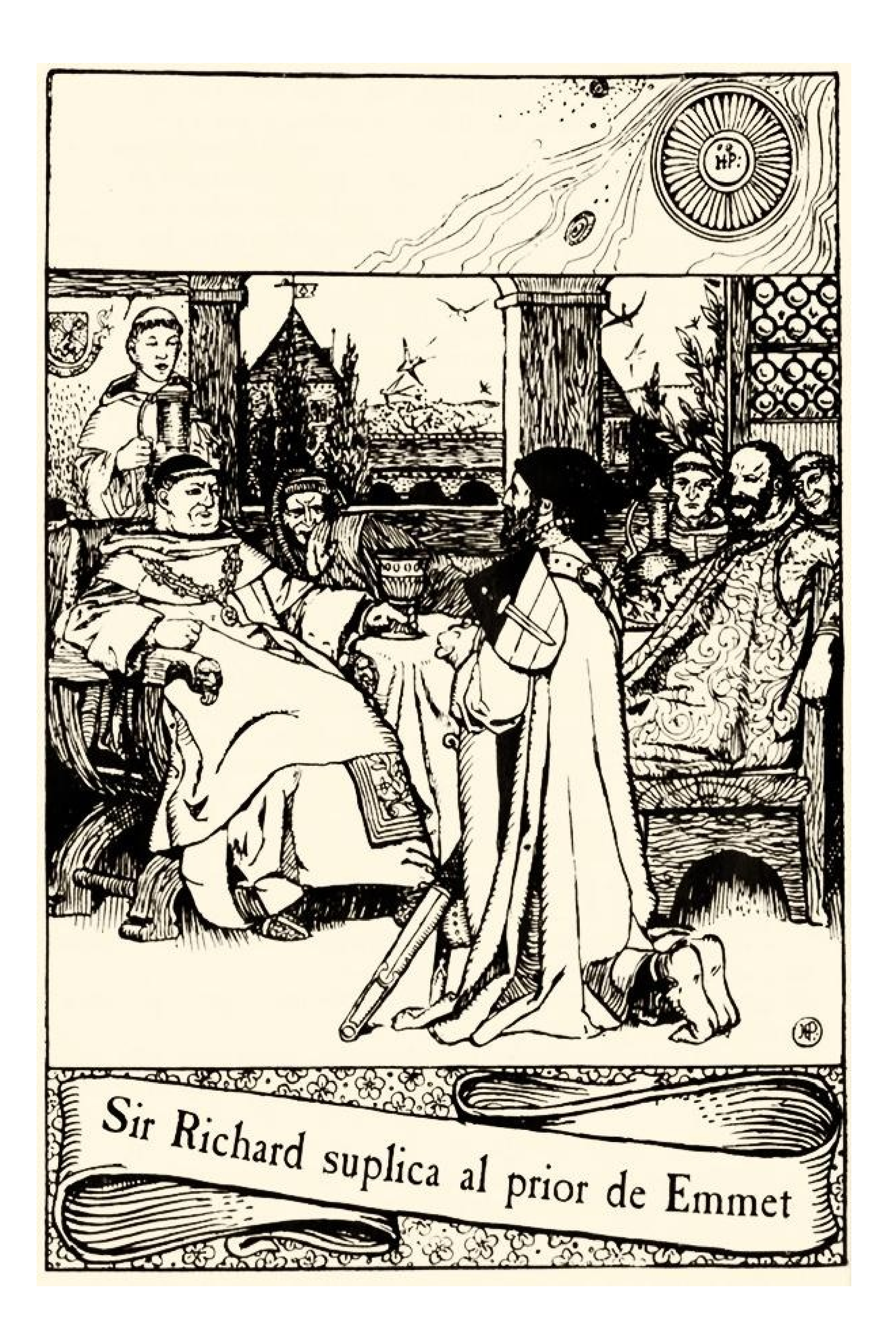
No había acabado de hablar el prior cuando se abrió una puerta al extremo del comedor y por ella entró sir Richard, con las manos juntas y la cabeza inclinada sobre el pecho. En esta humilde postura avanzó despacio por el salón, mientras sus hombres aguardaban junto a la puerta. Cuando llegó ante el asiento del prior, hincó una rodilla en el suelo.

—Dios os guarde, señor prior —dijo—. He venido a cumplir mi compromiso.

—¿Habéis traído el dinero? —preguntó el prior sin más rodeos.

—¡Ay! No traigo encima ni un penique —respondió el caballero, mientras al prior le brillaban los ojos.

—A fe mía que sois un mal deudor —dijo el prior—. Señor sheriff, bebo a vuestra salud.


Sir Richard suplica al prior de Emmet

Pero el señor seguía arrodillado sobre las duras piedras, de modo que el prior se dirigió de nuevo a él, hablándole en tono brusco:

—¿Qué más queréis?

Al oír estas palabras, un leve rubor tiñó las mejillas del caballero; pero continuó arrodillado.

—Apelo a vuestra misericordia —dijo—. Tal como vos esperáis la misericordia divina, mostraos compasivo conmigo. No me despojéis de mis tierras, reduciendo a la pobreza a un digno caballero.

—Vuestro plazo está cumplido y vuestras tierras perdidas —dijo el hombre de leyes, envalentonado por el tono humilde del caballero.

—Vos, señor doctor en leyes —dijo sir Richard—, ¿no me apoyaréis en este momento de necesidad?

—No —respondió el otro—. Me mantendré al lado de este santo prior, que me ha pagado mis honorarios en oro contante y sonante, lo que me deja ligado a él.

—¿Y vos, sheriff, tampoco me apoyaréis? —preguntó sir Richard.

—Líbreme Dios —dijo el sheriff de Nottingham—. Este asunto no me atañe, pero haré lo que pueda —y al decir esto le dio al prior con la rodilla, por debajo del mantel—. ¿No podéis aliviar parte de la deuda, reverendo prior?

El prior sonrió aviesamente.

—Pagadme trescientas libras, sir Richard —dijo—, y os eximiré de vuestra deuda.

—Sabéis muy bien, señor prior, que tan fácil me resulta pagar trescientas como cuatrocientas —dijo sir Richard—. ¿Pero no podríais concederme otros doce meses de plazo para saldar mi deuda?

—Ni un solo día —respondió el prior tajantemente.

—¿Eso es todo lo que haréis por mí? —preguntó el caballero.

—¡Fuera de aquí, falso caballero! —exclamó el prior, estallando en cólera—. ¡O me pagáis la deuda como os he dicho o me cedéis vuestras tierras! ¡Y ahora, fuera de mi salón!

Entonces sir Richard se puso en pie.

—¡Vos sí que sois un falso sacerdote, y un mentiroso además! —dijo con voz tan autoritaria que el hombre de leyes se encogió asustado—. ¡Falso caballero yo, cuando sabéis muy bien que siempre he mantenido muy alto mi pabellón en las pruebas y torneos! ¿Tan poca cortesía tenéis que permitís que un auténtico caballero permanezca de rodillas todo este tiempo, y verle entrar en vuestro salón sin ofrecerle de comer ni de beber?

El hombre de leyes intervino con voz trémula:

—Éste no es en absoluto el modo adecuado de tratar asuntos de negocios; procuraremos hablar con más mesura Veamos, señor prior, ¿cuánto estaríais dispuesto a pagarle a este caballero por la cesión de sus tierras?

—Pensaba ofrecerle doscientas libras —respondió el prior—. Pero después de haberme hablado con tanta insolencia, no le daré ni un penique más de cien libras.

—Aunque me hubierais ofrecido mil libras, falso prior —dijo el caballero —, no os quedaríais ni con una pulgada de mis tierras.

Y entonces, volviéndose a sus hombres, que aguardaban junto a la puerta, les dijo:

—Venid aquí —y acompañó la orden con una señal hecha con el dedo.

Sir Richard de Lea paga su deuda, con gran sorpresa del prior

El más alto de los hombres de armas se adelantó y le entregó una abultada bolsa de cuero. Sir Richard tomó la bolsa e hizo saltar de ella una cascada de monedas de oro, que cayeron tintineando sobre la mesa.

—Recordad, señor prior —dijo—: Me habéis prometido saldar la deuda por trescientas libras. Y no recibiréis ni un penique más.

Y tras decir esto, contó trescientas libras y empujó el montón hacia el prior.

El prior dejó caer los brazos e inclinó la cabeza en signo de abatimiento, pues no sólo había perdido toda esperanza de apoderarse de la tierra, sino que había perdido doscientas libras, además de las ochenta monedas pagadas en vano al doctor en leyes. De pronto se dirigió a éste.

—Devolvedme el dinero que os entregué.

—¡De eso nada! —chilló el otro—. Son mis legítimos honorarios y lo que se da no se quita —y al decir esto se arropó con su gabán.

—Y ahora, señor prior —dijo sir Richard—, he cumplido mi compromiso y pagado mis deudas; como no queda nada pendiente entre nosotros, abandonaré de inmediato este inmundo lugar —y girando sobre sus talones, salió de la estancia.

El sheriff de Nottingham se encuentra con un viejo amigo y le reconoce

Durante todo este tiempo, el sheriff había estado mirando, con los ojos como platos y la boca bien abierta, al corpulento hombre de armas que permanecía tan inmóvil como una estatua de piedra. Por fin consiguió articular:

—¡Reynold Hojaverde!

Al oír este nombre, el corpulento guerrero, que no era otro que el Pequeño John, se volvió sonriente hacia el sheriff.

—Buen día tengáis, honorable charlatán —dijo—. Puedo aseguraros, señor sheriff, que he escuchado todo lo que aquí se ha dicho y no dejaré de comunicárselo a Robin Hood. Adiós de momento, hasta que volvamos a encontrarnos en el bosque de Sherwood —y también él se retiró, siguiendo los pasos de sir Richard y dejando al sheriff pálido, descompuesto y encogido en su asiento.

A sir Richard le aguardaba una alegre fiesta, pero dejó tras de sí un grupo desolado, que había perdido por completo el apetito por los principescos manjares servidos a la mesa. Sólo el sabio doctor estaba contento, pues conservaba sus honorarios.

Pasaron doce meses y un día desde el banquete del prior Vincent de Emmet y llegó el otoño de un nuevo año. Pero puedo aseguraros que en aquel año se produjeron grandes cambios en las tierras de sir Richard de Lea; los prados donde antes sólo crecían malas hierbas se veían ahora cubiertos de dorados rastrojos, testimonio de una cosecha abundante. Y también podían observarse grandes cambios en el castillo, pues donde antes sólo había polvo y abandono ahora todo estaba en orden y bien cuidado.

Sir Richard de Lea acude a pagar su deuda con Robin Hood, al cabo de un año y un día

Brillaba el sol sobre almenas y torreones, y una bandada de ruidosas cornejas surcaba los aires, revoloteando en torno a las doradas veletas de los chapiteles. En la radiante mañana, el puente levadizo se abatió sobre el foso, con gran ruido de cadenas, se abrieron lentamente las puertas del castillo, y una vistosa comitiva de hombres armados, a cuyo frente cabalgaba un caballero completamente cubierto de cota de malla tan blanca como la escarcha que cubre las plantas en invierno, salió al trote del patio del castillo. El caballero empuñaba una larga lanza, en cuya punta ondeaba un gallardete rojo como la sangre y tan ancho como la palma de la mano. Salió, pues, la tropa del castillo, llevando en medio tres bestias cargadas con bultos de diversas clases y formas.

Así partió aquella hermosa mañana el buen sir Richard de Lea, para saldar su deuda con Robin Hood. La comitiva recorrió el camino real con paso acompasado y rumor de armas y arreos. Viajaron hasta llegar a las proximidades de Denby, donde, desde lo alto de un otero, vieron, más allá de

la ciudad, numerosas banderas y banderolas ondeando al viento. Entonces sir Richard se dirigió al guerrero que tenía más cerca:

—¿Qué sucede hoy al otro lado de Denby?

—Con la venia de vuestra señoría —respondió el hombre de armas—, se celebra hoy una feria, con un gran torneo de lucha al que acudirá mucha gente, pues se ha ofrecido como premio un tonel de vino tinto, un anillo de oro y un par de guantes, todo lo cual pasará a manos del mejor luchador.

Sir Richard hace una parada en la feria de Denby

—A fe mía que no debe ser mal espectáculo —dijo sir Richard, muy aficionado a los deportes viriles—. Se me ocurre que quizá tengamos tiempo de detenernos un poco para contemplar tan noble espectáculo.

Y guió su caballo en dirección a Denby y a la feria, donde llegó seguido de sus hombres.

Allí todo era alboroto y diversión. Por todas partes ondeaban cintas y banderolas, había saltimbanquis haciendo piruetas sobre la hierba, se oía música de gaitas y jóvenes parejas danzaban al son de la música. Pero donde mayor multitud se congregaba era en torno a un cuadrilátero donde se celebraban los combates de lucha, y allí dirigieron sus pasos sir Richard y sus hombres.

Cuando los jueces del torneo vieron que se aproximaba sir Richard, sabiendo quién era, el principal de todos ellos descendió de su estrado, se acercó al caballero, le tomó de la mano y le rogó que se sentara con ellos para actuar de árbitro. Sir Richard desmontó de su caballo y acudió a sentarse con los demás jueces en un estrado levantado junto al cuadrilátero.

La competición estaba muy animada. Cierto campesino llamado Egbert, natural de Stoke, en el condado de Staffordshire, había arrojado del cuadrilátero sin esfuerzo a todos sus contrincantes; pero un hombre de Denby, conocido en toda la región como William Caracortada, había estado aguardando su oportunidad, y cuando Egbert se hubo deshecho de todos los demás, William saltó al cuadrilátero.

William Caracortada derriba a Egbert de Stoke

El combate fue durísimo, pero por fin William logró derribar a Egbert, lo cual fue recibido con grandes aclamaciones y mucho estrechar de manos, pues todos los habitantes de Denby se sentían orgullosos de su paisano.

Cuando llegó sir Richard vio que William, enardecido por las aclamaciones de sus vecinos, caminaba de un lado a otro del cuadrilátero, desafiando a quien quisiera enfrentarse con él.

—¡Venid, venid todos! —gritaba—. ¡Aquí estoy yo, William Caracortada, y me atrevo con cualquiera! Si no hay ninguno de Derbyshire que se atreva, que vengan los de Nottingham, los de Stafford o los de York, y si no les refroto a todos el hocico contra el suelo, como cerdos en el bosque, dejaré de llamarme William el luchador.

Todos se echaron a reír, pero por encima de las risas se oyó una fuerte voz:

El desafío de William es aceptado

—Puesto que tanto presumes, aquí viene uno de Nottingham dispuesto a intentarlo, amigo.

Y al instante, un joven de elevada estatura que empuñaba un robusto bastón se abrió paso entre la muchedumbre y al fin llegó a la palestra, saltando ágilmente por encima de las cuerdas. No era tan corpulento como William Caracortada, pero sí más alto y ancho de hombros, y de articulaciones flexibles. Sir Richard le examinó con atención y después se dirigió a uno de los jueces:

—¿Sabéis quién es este joven? Me parece haberle visto antes.

—No —respondió el juez—. Me resulta completamente desconocido.

Mientras tanto, sin decir palabra, el joven dejó a un lado su bastón y comenzó a despojarse de su jubón y demás ropas superiores, hasta quedar con el torso y los brazos desnudos; y era una fiesta para la vista contemplarle en tal estado, pues sus músculos eran robustos y bien marcados, tan fuertes como las aguas rápidas.

Ambos contrincantes se escupieron en las manos, las pusieron sobre las rodillas y se agacharon, vigilando atentamente al otro para procurar conseguir ventaja en la presa. Luego, con la velocidad del relámpago, saltaron uno contra el otro y la multitud estalló en gritos, pues William había conseguido hacer mejor la presa. Durante breves instantes forcejearon, tiraron y se retorcieron, y de pronto William aplicó una astuta zancadilla para derribar al forastero, pero éste respondió con mayor destreza aún, anulando la zancadilla. Entonces, con un brusco giro y una llave, el forastero se soltó y Caracortada se encontró apresado por un abrazo que amenazaba con quebrarle las costillas. Durante un rato permanecieron así, respirando ruidosamente, forcejeando, con los cuerpos relucientes de sudor, que también caía en grandes goterones por sus rostros. Pero la presa del forastero era tan fuerte que al fin los robustos músculos de William se aflojaron bajo el abrazo y emitió un gemido.

William con la horma de su zapato y el

Entonces el joven, recurriendo a todas sus fuerzas, aplicó una brusca zancadilla con el talón y un rápido empujón con la

desconocido le derrota

cadera derecha, y William cayó sobre las tablas con un golpe terrible, y allí quedó como si jamás fuera a ser capaz de moverse de nuevo.

Pero no se oyeron gritos aclamando al forastero, sino un airado murmullo que recorría la multitud, asombrada de lo fácilmente que había vencido. Entonces uno de los jueces, que estaba emparentado con William Caracortada, se levantó con los labios temblorosos y mirada siniestra.

—Dejadme que os diga, amigo —dijo—, que si habéis matado a ese hombre lo pasaréis mal.

Pero el forastero respondió con osadía:

—Él corrió el riesgo conmigo como yo lo corrí con él. Ninguna ley puede condenarme, aunque le haya matado, puesto que lo hice luchando limpiamente en el cuadrilátero.

—Eso lo veremos —dijo el juez, mirando de mal modo al joven, mientras entre la multitud se seguía oyendo un murmullo indignado, pues, como ya he dicho, las gentes de Denby se sentían orgullosas de la fortaleza de William Caracortada.

Entonces sir Richard habló en tono apaciguador:

—No —dijo—. El muchacho tiene razón. Si el otro muere, habrá muerto en buena lid, aceptando el riesgo y en pelea limpia.

Pero mientras tanto, tres hombres se habían adelantado a recoger a William, comprobando que no estaba muerto, aunque sí muy maltrecho por la caída. Entonces el juez principal se levantó y dijo:

—Joven, el premio es vuestro y con justicia. Aquí tenéis el anillo de oro rojo, y aquí los guantes, y ahí está el tonel de vino, para que hagáis con él lo que queráis.

Al oír esto, el joven, que se había vuelto a poner sus ropas y había empuñado de nuevo su bastón, se inclinó sin decir palabra; luego, recogió los guantes y el anillo, se metió los unos bajo la faja y se deslizó el otro en el pulgar, dio la vuelta y, saltando ágilmente sobre las cuerdas una vez más, se abrió paso entre la multitud y desapareció.

—Me pregunto quién podrá ser ese joven —dijo el juez, dirigiéndose a sir Richard—. Parecía un auténtico sajón, por sus mejillas coloreadas y su pelo rubio. Este William nuestro es duro de verdad y jamás le había visto derribado, aunque bien es cierto que nunca se ha enfrentado a grandes luchadores como Thomas de Cornualles, Diccon de York o el joven David de Doncaster. ¿No pensáis que se maneja bien en el cuadrilátero, sir William?

—Muy cierto; y sin embargo, ese mozo le derribó limpiamente, y con una facilidad pasmosa. Yo también me pregunto quién podrá ser —respondió sir Richard en tono pensativo.

Durante un rato, el caballero siguió conversando con las personas que le rodeaban, pero por fin se incorporó y se dispuso a partir. Llamó a sus hombres, apretó las correas de la silla y montó en su caballo de nuevo.

Mientras tanto, el joven desconocido se había abierto camino entre la multitud, pero a su paso iba oyendo murmullos y comentarios del tipo de: «¡Mirad el gallito!», «¡Fijaos cómo se pavonea!», «Apostaría a que jugó sucio con William», «Sí, ¿no has visto que lleva liga para pájaros en las manos?», «No estaría mal cortarle la cresta a ese gallo».

Los hombres de Denby siguen al forastero con malas intenciones

El forastero no prestaba atención a todo esto, y caminaba con empaque, como si no hubiera oído nada. Así atravesó el prado hasta llegar al recinto donde se bailaba, y se asomó a la puerta para echar un vistazo. Mientras miraba distraído, una piedra le pegó de pronto en el brazo con un golpe doloroso, y al volverse vio que un grupo de hombres furiosos le había seguido desde el cuadrilátero. Cuando ellos le vieron volverse, empezaron a dar tales gritos y alaridos que la gente salió del recinto de baile a ver lo que ocurría. Por fin, un herrero alto, de hombros anchos y miembros robustos, salió de entre la multitud y se adelantó con un grueso garrote en las manos.

El herrero de Denby ataca al forastero y se encuentra con lo que no esperaba

—¿Qué es eso de venir a nuestra honrada ciudad de Denby, so pasmarote, para derrotar con malas mañas de tramposo a un muchacho honesto? —gruñó con voz ronca como el mugido de un toro enfurecido—. ¡Pues a ver qué te parece esto!

Y le lanzó al joven un golpe capaz de derribar a un buey. Pero el otro desvió el golpe con gran habilidad y le devolvió otro, tan terrible que el hombre de Denby cayó con un gemido, como herido por un rayo. Al ver caído a su cabecilla, la multitud volvió a gritar indignada; pero el forastero apoyó la espalda en la tienda, enarbolando su temible bastón, y tan demoledor había sido el golpe que recibió el herrero, que ningún otro se animaba a ponerse al alcance del cayado, sino que todos se echaron hacia atrás, como una jauría de perros ante un oso.

La multitud ataca al joven forastero

Sin embargo, algún cobarde lanzó desde atrás una piedra que acertó al forastero en la frente, haciéndole tambalearse mientras la sangre brotaba de la brecha, cayendo sobre su rostro y su jubón. Y entonces, viéndole aturdido por el

traicionero golpe, la multitud se lanzó sobre él, hasta conseguir derribarlo a sus pies.

Sir Richard de Lea acude al rescate del forastero y descubre que se trata de un viejo conocido

Mal lo hubiera pasado entonces el joven, pudiendo haber llegado a perder allí su joven vida, de no haber acudido sir Richard en su ayuda; de pronto se oyeron gritos y brillaron los aceros, se recibieron cintarazos, y sir Richard de Lea se abrió camino entre la muchedumbre, espoleando a su caballo blanco. La chusma, viendo al caballero acorazado y a los guerreros que le acompañaban, se disolvió como nieve en una chimenea, dejando al joven en el suelo, ensangrentado y cubierto de polvo.

Al notarse libre, el joven se incorporó y, limpiándose la sangre del rostro, levantó la mirada.

—Ah, sir Richard de Lea —dijo—. Es muy posible que hoy me hayáis salvado la vida.

—¿Quién eres tú que tan bien conoces a sir Richard de Lea? —preguntó el caballero—. Ya me parece haber visto antes tu cara, jovenzuelo.

—Sí que la habéis visto —dijo el joven—. No soy otro que David de Doncaster.

—¡Ja! —exclamó sir Richard—. No me explico cómo no te reconocí, David; pero tu barba ha crecido y pareces haberte hecho más hombre en estos doce meses. Entra en esta tienda, David, y lávate la sangre de la cara. Y tú, Ralph, tráeme ahora mismo un jubón limpio. Lamento lo que te ha ocurrido, pero no obstante me alegro de haber tenido la oportunidad de pagar parte de mi deuda con tu buen jefe, Robin Hood, pues a fe mía que lo habrías pasado mal de no llegar yo, jovencito.

Y así diciendo, el caballero ayudó a David a entrar en la tienda, donde el joven se limpió la sangre del rostro y se puso un jubón limpio.

Mientras tanto, había empezado a difundirse el rumor de que el joven desconocido no era otro que el gran David de Doncaster, el mejor luchador de Inglaterra central, el que la pasada primavera había tumbado al formidable Adam de Lincoln en la feria de Selby, Yorkshire, y ahora ostentaba el cinturón de campeón de toda Inglaterra central. Y así ocurrió que cuando el joven David salió de la tienda acompañado por sir Richard, con el rostro limpio de sangre y su manchado jubón cambiado por otro limpio, no se oyó ni un grito airado, sino que todos se empujaban para contemplarle, orgullosos de que uno de los más grandes luchadores de Inglaterra hubiera subido a la palestra en la feria de Denby. Así de volubles son las multitudes.

Entonces sir Richard proclamó en voz alta:

—Amigos, éste es David de Doncaster; no penséis, pues, que ha habido vergüenza en que vuestro campeón de Denby haya sido vencido por semejante luchador. Él no os guarda mala voluntad por lo que ha sucedido, pero que esto os sirva de advertencia en vuestros futuros tratos con los forasteros. De haberlo matado, éste habría sido un día funesto para todos vosotros, pues Robin Hood habría arrasado vuestro pueblo como el cernícalo arrasa el palomar. Acabo de comprarle el barril de vino y es mi deseo regalároslo para que bebáis a vuestro placer. Pero nunca más volváis a acosar a un hombre sólo por ser esforzado.

Al oír esto, todos estallaron en aclamaciones; pero, a decir verdad, pensaban más en el vino que en las palabras del caballero. Entonces sir Richard, con David a su lado y sus hombres de armas a su alrededor, dio la vuelta y abandonó la feria.

Pero en tiempos posteriores, cuando los grandes luchadores ya habían sido vencidos por la edad, cada vez que alguien hablaba de un combate apasionante, la gente sacudía la cabeza y decía: «Ya, ya; pero tendríais que haber visto al gran David de Doncaster cuando tumbó a William Caracortada en la feria de Denby».

Sir Richard llega para pagar su deuda

Robin Hood estaba sentado al pie del árbol de las reuniones, con el Pequeño John y la mayor parte de su banda rodeándole, aguardando la llegada de sir Richard. Por fin vieron brillar el acero entre la hojarasca del bosque, y sir Richard salió de la espesura, cabalgando a la cabeza de sus hombres. Se dirigió directamente a Robin Hood y, tras desmontar de su caballo, estrechó al proscrito en sus brazos.

—Vaya, vaya —dijo al cabo de un rato, separándose un poco de sir Richard y mirándole de pies a cabeza—. Vuestra señoría parece un pájaro más alegre que la última vez que le vi.

—Así es, gracias a ti, Robin —dijo el caballero, poniendo la mano sobre el hombro del proscrito—. De no ser por ti, ahora estaría vagando en la miseria por un país lejano. Pero he cumplido mi palabra, Robin, y te he traído el dinero que me prestaste, que en este tiempo he doblado cuatro veces, de manera que soy otra vez rico. Y con el dinero os he traído un pequeño regalo para ti y para tus valientes, de parte mía y de mi señora.

Y volviéndose hacia sus hombres, les gritó:

—Acercad los caballos de carga.

Pero Robin los detuvo.

—No, sir Richard —dijo—. No me juzguéis atrevido por oponerme a vuestros deseos, pero aquí en Sherwood jamás hablamos de negocios hasta después de haber comido y bebido.

Con lo cual, tomando a sir Richard de la mano, lo condujo al asiento principal bajo el árbol de las reuniones, mientras los principales miembros de la banda se sentaban a su alrededor. Entonces Robin dijo:

—¿Cómo es que he visto llegar al joven David de Doncaster con vuestra señoría, señor caballero?

El caballero contó entonces todo lo sucedido en Denby durante la feria, y cómo el joven David estuvo a punto de pasarlo muy mal; concluido su relato añadió:

—Y esto, amigo Robin, es lo que me ha retrasado tanto; de otro modo, habría estado aquí hace una hora.

Cuando el caballero acabó de hablar, Robin extendió su mano y asió la de sir Richard, diciendo con voz temblorosa:

—Ahora he contraído con vuestra señoría una deuda que nunca podré pagar, sir Richard, pues dejad que os diga que antes preferiría perder mi mano derecha a enterarme de que al joven David de Doncaster le ha sucedido una desgracia como la que parece que estuvo a punto de ocurrirle en Denby.

Robin Hood invita a cenar a sir Richard en el bosque

Así siguieron conversando hasta que al cabo de un rato uno de los hombres se acercó a anunciar que la cena estaba servida, al oír lo cual todos se levantaron y se unieron al banquete. Cuando éste hubo terminado, el caballero ordenó a sus hombres que trajeran las bestias de carga, lo cual se hizo como había ordenado. Luego, uno de los hombres de armas trajo un pesado cofre, que sir Richard abrió, sacando de su interior una bolsa que contenía quinientas libras, la suma de dinero que Robin le había prestado.

—Sir Richard —dijo Robin—. Nos daría un gran placer si os quedarais con esa bolsa como regalo de los hombres de Sherwood. ¿No es así, muchachos?

Todos respondieron a grandes voces:

—¡Sí!

—Os lo agradezco de corazón —dijo el caballero muy serio—, pero no me juzguéis mal si me niego a aceptarlo. De buena gana lo tomé prestado, pero no es posible que lo acepte como regalo.

Robin Hood no dijo nada y le entregó el dinero al Pequeño John para que lo ingresara en el tesoro, pues tenía suficiente conocimiento como para saber

que nada engendra tantos resentimientos y mala voluntad como los regalos impuestos, que uno no puede negarse a aceptar.

Sir Richard de Lea les hace un espléndido regalo a Robin y su banda

Entonces sir Richard hizo extender sobre el suelo los paquetes y los abrió, ante lo cual se levantó un griterío que hizo retemblar el bosque, pues allí había doscientos arcos del mejor tejo español, todos bruñidos hasta el punto de relucir, y cada arco incrustado con vistosos adornos de plata, pero sin que las incrustaciones llegaran a afectar a su solidez y precisión. Y junto a ellos, doscientas aljabas de cuero con bordados en oro, y en cada aljaba una veintena de flechas con plumas de pavo real y remates de plata.

Sir Richard entregó a cada proscrito un arco y una aljaba con flechas, pero a Robin le dio un arco con las más elaboradas incrustaciones de oro, así como una aljaba con flechas rematadas en oro.

Una vez más, todos estallaron en aclamaciones de agradecimiento por el regalo y juraron que, de ser necesario, morirían por sir Richard y su dama.

Por fin llegó el momento en que sir Richard tuvo que partir, y Robin Hood convocó a toda su banda y cada hombre tomó una antorcha en las manos para iluminar el camino a través del bosque. Así llegaron al lindero de Sherwood, donde el caballero besó a Robin en las mejillas, siguió su camino y se perdió de vista.

Así fue como Robin Hood ayudó a un noble caballero a salir de un mal paso, que de no ser por él habría arruinado la felicidad de su vida.

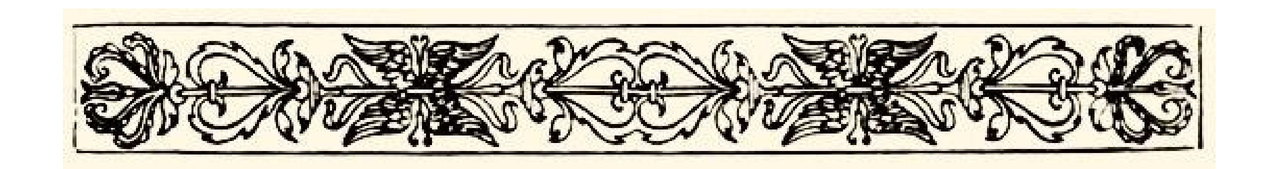
Y ahora escuchad, y os enteraréis de ciertas curiosas aventuras que acontecieron a Robin Hood y al Pequeño John, y de cómo el uno se convirtió en mendigo y el otro en fraile descalzo; asimismo, sabréis lo que cada uno consiguió con ello.





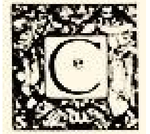
Sexta parte

Donde se cuenta cómo Robin Hood y el Pequeño John se convirtieron respectivamente en mendigo y en fraile vagabundo y partieron en busca de aventuras, explicándose asimismo cómo el Pequeño John rezó con cierta intención y cómo Robin Hood venció a cuatro mendigos y engañó a un mayorista de grano.



I

El pequeño John se hace fraile descalzo

ONCLUYÓ el frío invierno y dio comienzo la primavera. Aún no se habían cubierto de verde los bosques, pero las yemas de las nuevas hojas colgaban como una neblina entre los árboles. En campo abierto, los prados lucían un verde brillante y los trigales un tono oscuro y aterciopelado, debido al desarrollo de las tiernas espigas. Los labradores cantaban al sol y los pájaros descendían en bandadas sobre los surcos recién abiertos en busca de sabrosas lombrices. Toda la tierra fértil y húmeda sonreía a la cálida luz, y las verdes colinas parecían aplaudir de alegría.

Robin Hood tomaba el sol como un zorro viejo, sobre una piel de gamo extendida al pie del árbol de las reuniones. Con la espalda apoyada en el árbol y las manos alrededor de las rodillas, observaba distraídamente cómo el Pequeño John trenzaba una cuerda de arco con largas hebras de fibra de cáñamo, mojándose de vez en cuando las palmas de las manos y haciendo rodar la cuerda sobre el muslo. Cerca de él se sentaba Allan de Dale cambiando una cuerda de su arpa.

Por fin, Robin se animó a hablar:

—Por mi vida, que prefiero pasear por este bosque en primavera que ser rey de toda Inglaterra. ¿Hay palacio en el mundo tan acogedor como este maravilloso bosque en esta época del año? ¿Qué son los huevos de chorlito y los filetes de lamprea que comen los reyes, en comparación con un buen plato de venado y una cerveza espumosa? ¡Qué razón tenía el viejo Swanthold cuando decía: «Más vale pan con amor que gallina con dolor»!

—Sí —dijo el Pequeño John mientras untaba su cuerda nueva con cera de abeja—. Ésta es para mí la buena vida Hablas de la primavera, pero para mí hasta el invierno tiene sus encantos. Tú y yo, querido jefe, hemos pasado más de un buen día este invierno en el Jabalí Azul. ¿No recuerdas aquella noche

que pasamos en la posada tú y yo, Will Stutely y el fraile Tuck con aquellos dos mendigos y el fraile vagabundo?

—Sí —respondió Robin sonriendo—. La noche en que Will Stutely se empeñó en robarle un beso a la posadera y le vaciaron encima una jarra de cerveza para apagarle los ardores.

—Esa misma —dijo el Pequeño John echándose también a reír—. Por cierto que aquel fraile cantó una canción preciosa Padre Tuck, vos que tenéis oído para la música, ¿no recordáis cómo era?

El fraile Tuck canta una alegre canción

—En el momento me la aprendí —respondió Tuck—. Vamos a ver…

Se llevó el dedo índice a la frente, en señal de reflexión, empezó a tararear para sí mismo, deteniéndose de vez en cuando para encajar lo que encontraba en la mente con lo que iba buscando, y por fin, tras aclararse la garganta, rompió a cantar con voz alegre:

En el seto florido
el petirrojo canta
celebrando la luz
del sol alegre salta,
retoza de alegría
agitando las alas;
su corazón exulta
por la belleza clara
del mayo florecido,
de la estación lozana,
pues no hay preocupaciones
y la comida basta.

Cuando las flores mueran,
él volará muy lejos;
para no pasar frío
irá a algún desván viejo,
donde no le hagan daño
ni la nieve ni el viento.

Del fraile vagabundo
así es también la vida,
pues nunca le ha faltado
comida ni bebida.
Las señoras le ofrecen,
si arrecia la ventisca,
asiento junto al fuego,
alivio a sus fatigas,
y a sus guiños sonríen
las muchachas bonitas.
Después, cuando se marcha

prosiguiendo su vía,
entona mientras viaja
alegres cancioncillas
por el descanso eterno
de sus almas sencillas.

Y cuando cae la nieve
y el viento helado sopla,
siempre halla el reverendo
un lugar que le acoja,
un sitio junto al fuego
y un bocado en la olla,
que el corazón le alegre
y le llene la andorga.

Así cantaba el fraile Tuck, con voz fuerte y melodiosa, balanceando la cabeza de lado a lado siguiendo el compás, y cuando terminó todos aplaudieron y le vitorearon, pues la canción le venía a la medida.

—A fe mía que es buena la canción —dijo el Pequeño John—, y si yo no fuera un proscrito del bosque de Sherwood, preferiría ser fraile vagabundo antes que ninguna otra cosa en el mundo.

—En efecto, es una buena canción —concedió Robin—, pero a mi parecer aquellos robustos mendigos eran los que contaban historias más graciosas y llevaban mejor vida. ¿No te acuerdas de lo que contaba aquel de la barba negra, de cuando fue a mendigar en la feria de York?

—Sí —dijo John—, pero ¿y lo que contó el fraile sobre la fiesta de la cosecha en Kentshire? Te digo que se lo pasaba mucho mejor que los otros dos.

—A decir verdad, y en honor de los hábitos —intervino el fraile Tuck—, me inclino a coincidir con el amigo John.

—Pues yo me aferro a mi opinión —dijo Robin—. Ahora bien, ¿qué me dices, Pequeño John, de una buena aventura para hoy? Saca unos hábitos de fraile del baúl de los disfraces raros, y te los pones; yo pararé al primer mendigo que encuentre y le cambiaré sus ropas por las mías. Y luego nos iremos a vagar por la región a ver qué nos sucede a cada uno.

—Me parece buena idea —dijo el Pequeño John—. Por mí, adelante.

El Pequeño John se pone unos hábitos de fraile y él y Robin Hood parten en busca de aventuras

Así pues, el Pequeño John y el fraile Tuck se dirigieron al almacén de la banda y allí escogieron unos hábitos grises para el proscrito. Cuando volvieron a salir los recibió una tremenda carcajada, pues no era sólo que jamás hubieran visto al Pequeño John con semejante traza, sino que además el hábito le venía corto en más de

un palmo. Pero el Pequeño John llevaba las manos metidas en las amplias mangas de su hábito, la mirada clavada en el suelo y de su faja colgaba un largo y pesado rosario.

—¡Tch, tch! —dijo el fraile Tuck clavándole el codo en un costado—. No mires al suelo de ese modo; levanta la mirada con osadía, o todos se darán cuenta de que eres un impostor, y no habrá en toda la región doncella que te dirija una sonrisa ni señora que te dé un mendrugo.

Al oír esto, todos se echaron a reír de nuevo, jurando que jamás hubo en toda Inglaterra un fraile tan bien plantado como el Pequeño John.

Entonces el Pequeño John empuñó un recio bastón, de cuyo extremo colgaba una abultada bota de cuero, como las que llevan los peregrinos al extremo de sus cayados, pero que contenía, puedo asegurarlo, algo más parecido al buen vino de malvasía que al agua fresca de manantial que suelen llevar los virtuosos peregrinos. Entonces Robin Hood se puso en pie, empuñando su propio bastón, y se metió en el bolsillo diez monedas de oro, pues en los almacenes de la banda no había ningún traje de mendigo y se proponía encontrar a uno y comprarle sus ropas.

Robin Hood y el Pequeño John se separan en una bifurcación de caminos

Terminados los preparativos, los dos proscritos se pusieron en camino, marchando animadamente en la brumosa mañana Anduvieron por el sendero del bosque hasta llegar al camino real, y siguieron por éste hasta que se bifurcó en dos, una rama en dirección a Blyth y la otra a Gainsborough. Allí los dos proscritos se detuvieron, y el bueno de Robin dijo:

—Toma tú el camino de Gainsborough y yo tomaré el de Blyth. Que os vaya bien, reverendo padre, y que no tengáis ocasión de contar con angustia las cuentas de vuestro rosario hasta que volvamos a encontrarnos.

—Id con Dios, buen aspirante a mendigo —dijo el Pequeño John—, y que no tengáis que pedir clemencia hasta que nos volvamos a ver.

Y así, cada uno marchó decididamente por su camino, hasta que una verde colina se interpuso entre ellos y ambos quedaron ocultos de la vista del otro.

El Pequeño John se encuentra con tres bellas muchachas

El Pequeño John recorrió un largo trecho, silbando, sin encontrar a nadie por el camino. Los pájaros piaban alegremente entre los setos en flor y a cada lado del camino se alzaban verdes colinas que apuntaban al cielo, donde grandes nubes blancas de primavera pasaban lentamente sobre sus cimas en un vuelo perezoso. Colina arriba y valle abajo caminó el Pequeño John, mientras el viento le daba en la cara y hacía ondear

sus hábitos, hasta que por fin llegó a un cruce de caminos que conducía a Tuxford. Allí encontró a tres atractivas muchachas que llevaban cestos de huevos al mercado.

—¿Adónde vais, hermosas doncellas? —dijo, interponiéndose en su camino, con las piernas separadas y el bastón adelantado en ademán de detenerlas.

Las tres muchachas cuchichearon entre sí y se dieron codazos una a otra, hasta que por fin una dijo:

—Vamos al mercado de Tuxford, reverendo fraile, a vender nuestros huevos.

—¡Lo que hay que ver! —dijo el Pequeño John, mirándolas con la cabeza ladeada—. Sin lugar a dudas, es una vergüenza que mozas tan bonitas se vean obligadas a llevar huevos al mercado. Permitid que os diga que, si yo pudiera hacer y deshacer en este mundo, vosotras tres iríais vestidas de ricas sedas y montadas en caballos blancos como la leche, con pajes a vuestro servicio, y no comeríais otra cosa que fresas con crema batida; ésa es la vida que correspondería a vuestra belleza.



OXFORD
El Pequeño John,
disfrazado de fraile,
interpela a tres doncellas

Al oír este discurso, las tres muchachas bajaron la vista, ruborizándose y sonriendo tontamente. Una de ellas dijo: «¡Ah!»; la otra: «Se burla de nosotras», y la tercera: «¡Escuchad lo que dice el reverendo!», pero al mismo tiempo las tres miraban al Pequeño John con el rabillo del ojo.

—¡Pardiez! —dijo el Pequeño John en tono definitivo—. Reverendo o no, sé distinguir una muchacha bonita cuando la veo, y si hay por aquí un hombre que diga que no sois las tres mozas más hermosas de todo Nottinghamshire, le haré tragar sus mentirosos dientes con ayuda de este bastón. ¡He dicho!

Las tres muchachas volvieron a exclamar: «¡Ah!».

—Bien, veamos —siguió diciendo John—. No puedo permitir que unas damiselas tan encantadoras vayan acarreando cestos por el camino real. Dejad que los lleve yo, y una de vosotras, si os parece, puede llevar mi bastón.

El Pequeño John pone a prueba su ingenio para llevar tres cestas de huevos a la vez

—No —dijo una de las muchachas—. No podréis llevar los tres cestos a la vez.

—¡Pues claro que puedo! —dijo el Pequeño John—. Y os lo demostraré ahora mismo. Demos gracias al bendito san Wilfredo, que me dio una mente ágil. Fijaos bien: cojo este cesto grande, así; ato mi rosario alrededor del asa, así; y ahora, me paso el rosario por la cabeza y me cuelgo el cesto a la espalda, así.

Y así lo hizo el Pequeño John, colgándose el cesto a la espalda como si fuera el hato de un buhonero; luego, entregando su bastón a una de las mozas, se colgó un cesto de cada brazo, volvió el rostro hacia Tuxford y echó a andar alegremente, con una risueña muchacha a cada lado y la otra caminando delante con el bastón. Así marchaban, y todo el que se cruzaba con ellos se detenía y se quedaba mirándolos, pues jamás se había visto una estampa semejante a la que ofrecía aquel alto y corpulento fraile, con hábitos demasiado cortos, cargado de huevos y recorriendo los caminos con tres bellas muchachas. Al Pequeño John todo aquello le tenía sin cuidado, y cuando alguien le dirigía un comentario jocoso, él respondía en el mismo tono, devolviendo broma por broma.

Así recorrieron el camino a Tuxford, charlando y riendo, hasta llegar a las proximidades de la ciudad. Allí el Pequeño John se detuvo y dejó los cestos, pues no se atrevía a entrar en la ciudad, donde existía la posibilidad de toparse con los hombres del sheriff.

—Lo siento, preciosas —dijo—. Aquí debo abandonaros. No tenía intención de venir por este camino, pero me alegro de haberlo hecho. Y ahora, antes de separarnos, bebamos por nuestra amistad.

El Pequeño John se separa de las muchachas cerca de Tuxford

Y así diciendo, descolgó la bota de cuero del extremo de su cayado, le quitó el tapón y se la ofreció a la muchacha que había llevado el bastón, no sin antes limpiar la boca del recipiente con la manga. Cada muchacha bebió un buen trago del contenido de la bota, y cuando todas se hubieron servido, el Pequeño John acabó con lo que quedaba, no dejando ni una gota. Luego, besando cariñosamente a las tres jóvenes, se despidió de ellas y siguió su camino. Pero ellas se le quedaron mirando mientras él se alejaba silbando.

—¡Qué lástima —dijo una de ellas— que un hombre tan simpático y tan buen mozo tenga votos religiosos!

—¡Pardiez! —decía por su parte el Pequeño John—. Esto no ha estado mal; ojalá san Dunstano me envíe más de lo mismo.

Tras recorrer un buen trecho, empezó a sentir sed de nuevo a causa del calor. Agitó la bota de vino junto a la oreja, pero de su interior no salió ni un sonido. Se la llevó a los labios y la volcó del todo, pero no obtuvo ni una gota.

—¡Ay, Pequeño John, Pequeño John! —se dijo con tristeza, sacudiendo la cabeza al mismo tiempo—. ¡Las mujeres serán tu ruina si no aprendes a cuidarte mejor!

Pero por fin llegó a la cima de una colina y desde allí vio una atractiva posada con techo de paja, estratégicamente instalada en el vallecito que se extendía a sus pies, y hacia donde descendía directamente el camino. Ante semejante visión, una voz gritó en su interior: «Alégrate, amigo, pues ahí te aguardan las delicias más queridas, a saber: un buen descanso y una jarra de cerveza parda». Así pues, apresuró el paso colina abajo y pronto llegó a la posada, en cuya entrada colgaba un letrero con una cabeza de ciervo pintada. Delante de la puerta, una gallina clueca escarbaba la tierra rodeada por un tropel de polluelos, las golondrinas hablaban de sus asuntos domésticos bajo los aleros, y todo parecía tan tranquilo y acogedor que el corazón del Pequeño John rió de gozo dentro del pecho.

El Pequeño John llega a una posada y encuentra allí alegre compañía

Junto a la entrada había dos magníficos corceles de sillas acolchadas, aparejados para un viaje cómodo y anunciando la presencia en el local de clientes ricos. Sentados al sol en un banco y trasegando cerveza, había tres alegres camaradas, un hojalatero, un buhonero y un mendigo.

—Buenos días tengáis, amigos —dijo el Pequeño John dirigiéndose hacia ellos.

—Buenos días tengáis vos, reverendo padre —respondió el mendigo, sonriendo—. Pero ¡qué veo!, vuestro hábito os viene corto. Lo mejor que

podríais hacer sería cortar un trozo de arriba y coserlo abajo, para que quede como es debido. Pero venid a sentaros con nosotros y probad esta cerveza, si vuestros votos no os lo prohíben.

—Nada de eso —respondió el Pequeño John, sonriendo igualmente—. El bendito san Dunstano me ha concedido dispensa ilimitada para todo tipo de indulgencias en ese sentido —y diciendo esto, echó mano a la bolsa para pagar una ronda.

—Verdaderamente —dijo el hojalatero—, a juzgar por vuestro aspecto, el bendito san Dunstano anduvo muy acertado, pues de no contar con tal dispensa su fiel siervo tendría que cumplir una dura penitencia Saque vuestra reverencia la mano de la bolsa, pues este trago no tendrá que pagarlo. ¡Posadero, una jarra de cerveza!

Trajeron la cerveza para el Pequeño John, y éste, tras soplar la espuma para dejar sitio a los labios, levantó el recipiente y lo volcó cada vez más, hasta que el fondo quedó apuntando al cielo y tuvo que cerrar los ojos para protegerlos del resplandor del sol. Cuando por fin bajó la jarra, porque no quedaba nada en ella, emitió un profundo suspiro y miró a los otros con los ojos húmedos y meneando solemnemente la cabeza.

—¡Eh, posadero! —gritó el buhonero—. Traedle a este hermano otra jarra de cerveza, para demostrar que nos sentimos honrados de tener entre nosotros a alguien capaz de vaciar una jarra con tanta gana.

Todos empezaron a charlar animadamente hasta que al cabo de un rato el Pequeño John preguntó:

—¿Quién monta esos caballos de ahí?

El mendigo informa al Pequeño John acerca de los frailes de la abadía de la Fuente

—Dos santos varones como vos, hermano —respondió el mendigo—. Ahora deben estar dándose un buen banquete, pues desde aquí huelo el aroma de un cocido de gallina. La posadera ha dicho que vienen de la abadía de la Fuente, en Yorkshire, y que se dirigen a Lincoln por asuntos de negocios.

—Hacen una buena pareja —añadió el hojalatero—, pues uno es tan flaco como el huso de una anciana, y el otro tan gordo como un pastel de sebo.

—Hablando de gorduras —dijo el buhonero—, vos no parecéis precisamente mal alimentado, reverendo fraile.

—No, a fe mía —dijo el Pequeño John—. En mí podéis ver un ejemplo de lo que el bendito san Dunstano es capaz de hacer por aquellos que le sirven, con sólo un puñado de guisantes resecos y un cántaro de agua fresca.

Una fuerte carcajada acogió sus palabras.

—¡Verdaderamente, es maravilloso! —dijo el mendigo—. Habría podido jurar, viendo cuán magistralmente habéis dado cuenta de esa jarra de cerveza, que no habíais probado el agua fresca en una buena tira de meses. ¿Por ventura ese mismo bendito san Dunstano no os habrá enseñado una o dos buenas canciones?

El Pequeño John canta una alegre canción

—Bueno, en cuanto a eso… —dijo el Pequeño John, sonriendo—. Es posible que me haya ayudado a aprender alguna que otra tonadilla.

—Entonces, os lo ruego, oigamos lo que os ha enseñado —dijo el hojalatero.

El Pequeño John carraspeó para aclararse la garganta, y después de una o dos quejas acerca de cierta ronquera que le molestaba, cantó lo siguiente:

¿Dónde vas, bella niña?
Yo te ruego, te ruego
que esperes a tu amor
y juntos cogeremos
la rosa que se mece
en este rosal tierno
cuando sopla gozoso
el vie-e-e-e-ento.

Ahora bien, tal parece que las canciones del Pequeño John estaban destinadas a no cantarse nunca enteras, pues tan sólo había llegado hasta aquí cuando se abrió la puerta de la posada y salieron por ella los dos religiosos de la abadía de la Fuente, seguidos por el posadero, que, como vulgarmente se dice, se deshacía en atenciones como el jabón en el agua.

Los hermanos de la abadía de la Fuente interrumpen el canto del Pequeño John

Pero cuando los hermanos de la abadía de la Fuente vieron quién era el que cantaba, y le vieron vestido con hábitos grises de fraile, se detuvieron de pronto, el fraile gordo juntando las cejas en un gesto de indignación y el fraile flaco haciendo muecas como quien ha bebido un trago de cerveza rancia. Y cuando el Pequeño John tomaba aire para una nueva estrofa, el fraile gordo empezó a rugir, con una voz que parecía un trueno surgido de una nube pequeña.

—¿Cómo es esto? —gritó—. ¿Pensáis, pecador, que es éste un sitio adecuado para que una persona que viste hábitos se dedique a beber y cantar canciones profanas?

—Pardiez —respondió el Pequeño John—. Puesto que no puedo beber y cantar como vuestra reverencia, en un sitio tan lujoso como la abadía de la

Fuente, tendré que beber y cantar donde buenamente pueda.

—¡Qué vergüenza! —exclamó el fraile alto y delgado con voz severa—. ¿No os da vergüenza deshonrar así los hábitos, con este modo de hablar y comportarse?

—¡Venga ya! —dijo el Pequeño John—. ¿Deshonrar, decís? Más deshonra me parece que la gente de iglesia quite de las manos a los pobres campesinos los peniques tan duramente ganados. ¿No creéis, hermano?

Al oír esto, el hojalatero, el buhonero y el mendigo se dieron de codazos, sonriendo, y los frailes miraron al Pequeño John con mirada sombría; pero no se les ocurrió nada que replicar y sin más comentarios se dirigieron a sus caballos. Entonces el Pequeño John se levantó de un salto del banco y corrió hacia los frailes de la abadía de la Fuente, que ya se disponían a montar.

El Pequeño John insiste en acompañar a los dos frailes

—Permitid que sujete las bridas de vuestros caballos —dijo—. Os aseguro que vuestras palabras han calado en mi pecador corazón y que no permaneceré ni un minuto más en este antro del mal. Iré con vosotros y estoy seguro de que en tan santa compañía no podré caer en ninguna indigna tentación.

—No, hermano —respondió el fraile flaco con dureza, viendo que el Pequeño John se burlaba de ellos—. No deseamos compañía como la vuestra, así que alejaos.

—¡Ay! —exclamó el Pequeño John—. Me aflige profundamente que no os guste mi compañía, pero en cuanto a dejaros, eso no puede ser, pues mi corazón está tan conmovido que, aunque de mala gana, tengo que ir con vosotros para disfrutar de vuestra compañía.

Ante esta conversación, todos los ocupantes del banco sonrieron hasta sacar a relucir toda la dentadura, y el propio posadero no pudo contener una sonrisa. En cuanto a los frailes, se miraban uno a otro, con aire de desconcierto, sin saber qué hacer. Eran tan soberbios que los ponía enfermos la mera idea de cabalgar por el camino real con un fraile vagabundo, con el hábito demasiado corto, corriendo junto a ellos; pero no podían hacer que el Pequeño John se quedara contra su voluntad, pues se daban cuenta de que, si se lo proponía, John podía romperles los huesos a los dos en un abrir y cerrar de ojos. De modo que el fraile gordo habló en un tono más suave que el que había empleado antes.

—No, buen hermano —dijo—. Vamos deprisa y os mataréis si tratáis de seguir nuestro paso.

—En verdad os agradezco que penséis en mi bienestar —dijo el Pequeño John—, pero no temáis, hermano; mis piernas son fuertes y puedo correr como una liebre desde aquí hasta Gainsborough.

Al oír estas palabras, se oyó una carcajada procedente del banco, ante lo cual el fraile flaco estalló de indignación, como el agua que al hervir rebosa y cae al fuego con gran ruido y estrépito.

—¡Vil bellaco pecador! —gritó—. ¿No os da vergüenza deshonrar de ese modo nuestros hábitos? Quedaos aquí, borracho, con estos puercos. No sois digno de acompañarnos.

—¡Muy bien dicho! —exclamó el Pequeño John—. Ya lo habéis oído, posadero; no sois compañía digna de estos santos varones; volved a vuestra cervecería. Os juro que si estos reverendísimos hermanos míos me autorizan a ello os voy a sacudir la cabeza con este robusto bastón hasta dejarla tan blanda como un huevo batido.

Estas palabras fueron recibidas con una estentórea carcajada por parte de los que estaban en el banco, mientras el posadero se ponía rojo como una cereza de tanto contener la risa en el estómago; pero se aguantó las ganas de reír, porque no quería atraerse las iras de los hermanos de la abadía de la Fuente con una risa inoportuna. En cuanto a los dos hermanos, no pudiendo hacer nada más y habiendo montado ya en sus caballos, tomaron la dirección de Lincoln y se alejaron de la posada.

El Pequeño John y los dos frailes de la abadía de la Fuente se marchan de la posada

—No puedo quedarme más, amigos míos —dijo el Pequeño John, situándose entre los dos corceles—. Así pues, quedad con Dios. ¡Allá vamos nosotros tres!

Y diciendo esto, se colocó el bastón sobre los hombros y echó a correr, acomodando su paso al de las dos monturas.

Los dos frailes miraron hoscamente al Pequeño John cuando éste se introdujo entre ellos, y a continuación se separaron de él todo lo que pudieron, de manera que el proscrito trotaba por el centro del camino, mientras ellos cabalgaban por los senderos de los lados. Y mientras se alejaban, el hojalatero, el buhonero y el mendigo llegaron saltando hasta el camino, cada uno con una jarra en la mano, y los miraron marchar sin dejar de reír.

Mientras se mantuvieron a la vista de los de la posada, los dos frailes guiaron sus caballos con dignidad, no deseando empeorar las cosas por parecer que huían del Pequeño John, pues no podían evitar pensar en lo que opinaría la gente de saber que los hermanos de la abadía de la Fuente escapaban de un fraile vagabundo, como escapó el Maligno cuando el bendito

san Dunstano aflojó las tenazas al rojo con las que le tenía agarrada la nariz; pero en cuanto hubieron remontado la cima de la colina y perdieron de vista la posada, el fraile gordo le dijo al flaco:

—Hermano Ambrosio, ¿no convendría que apretáramos el paso?

—Bien dicho, hermano —dijo el Pequeño John—. A mi entender, haríamos bien en darle más fuego al caldero, pues el día avanza sin remedio. Así pues, si no se os agita demasiado la grasa, yo digo que adelante.

Los dos frailes no dijeron nada, pero volvieron a mirar al Pequeño John con mirada fulminante y luego, sin pronunciar palabra, arrearon a sus monturas y emprendieron un medio galope. Galoparon durante un kilómetro o más, y el Pequeño John corría entre ellos tan veloz como un ciervo, sin tan siquiera inmutarse por la carrera. Por fin, el fraile gordo tiró de las riendas de su caballo dejando escapar un gemido, pues ya no podía aguantar más el ajetreo.

—En fin —dijo el Pequeño John, sin que le temblara ni lo más mínimo el aliento—. Mucho me temo que este ritmo tan brusco os ha hecho polvo vuestra grasienta panza.

El fraile no dijo ni palabra, limitándose a mirar fijamente al frente mientras se mordía el labio inferior. A partir de entonces viajaron más pausadamente, el Pequeño John por el medio del camino, silbando alegremente para sí mismo, y los dos frailes por los senderos laterales, sin pronunciar palabra.

El Pequeño John y los dos frailes se encuentran con tres juglares vagabundos

En cierto momento se encontraron con tres alegres juglares, vestidos de rojo de pies a cabeza, que se quedaron mirando asombrados al ver un fraile con hábitos grises demasiado cortos caminando por el centro del camino y dos hermanos, con las cabezas gachas de vergüenza, cabalgando sobre corceles lujosamente aparejados por los senderos laterales. El Pequeño John levantó su bastón, como hacen los heraldos para despejar el camino.

—¡Abrid paso! —gritaba con voz estentórea—. ¡Abrid paso! ¡Abrid paso! ¡Aquí venimos nosotros tres!

¡Qué miradas le echaron los trovadores, y cómo se rieron! El fraile gordo se estremeció como si tuviera escalofríos, y el fraile flaco agachó aún más la cabeza sobre el cuello de su caballo.

El Pequeño John y los tres frailes se encuentran con un burgués que

Poco después se encontraron con un obeso burgués y su esposa, que viajaban con sus dos hermosas hijas, todos vestidos con sus mejores galas de domingo, de regreso a

viaja con su esposa y sus dos hijas

Tuxford después de haber visitado a sus primos del campo. A éstos, el Pequeño John los saludó con gran seriedad.

—Id con Dios, buena gente —dijo—. Allá vamos nosotros tres.

Las mujeres se le quedaron mirando, pues las mujeres no captan una broma tan aprisa como los hombres; pero el viejo burgués se rió tanto que su gorda barriga temblaba, las mejillas se le pusieron rojas y sus ojos se llenaron de lágrimas.

El Pequeño John y los dos frailes se encuentran con dos nobles caballeros y dos hermosas damas

A continuación, se encontraron con dos nobles caballeros con ricos atuendos y halcones en sus muñecas, acompañados de dos bellas damas vestidas de seda y terciopelo, todos montados sobre corceles de pura sangre. Al aproximarse el Pequeño John y los dos frailes, se hicieron a un lado mirándolos fijamente. A éstos, el Pequeño John los saludó humildemente.

—Buenos días tengan sus señorías y sus damas —dijo—, pero allá vamos nosotros tres.

Todos se echaron a reír y una de las damas preguntó:

—¿A qué tres os referís, amigo mío?

El Pequeño John miró por encima del hombro, pues ya los había sobrepasado y respondió:

—Jack el grande, Jack el flaco y Jack el gordo cebón.

Al oír esto, el fraile gordo emitió un gemido y pareció a punto de caerse del caballo de pura vergüenza; el otro fraile no dijo nada y siguió mirando al frente con mirada sombría y pétrea.

Un poco más adelante, el camino torcía bruscamente en torno a un seto bastante alto, y unos cuarenta pasos después de la curva un nuevo camino se cruzaba con el que ellos recorrían. Cuando llegaron al cruce y estuvieron a prudente distancia de todos los demás viajeros, el fraile flaco tiró bruscamente de las riendas.

—Mirad, amigo —dijo con la voz temblándole de rabia—, ya hemos tenido bastante de vuestra desagradable compañía y no estamos dispuestos a aguantar más burlas. Seguid vuestro camino y dejadnos seguir en paz el nuestro.

El Pequeño John les pide un penique a los dos frailes antes de separarse de ellos

—¿Qué os parece esto? —dijo el Pequeño John—. Y yo que creía que formábamos un grupo estupendo, y ahora os ponéis a echar chispas como manteca en el fuego. Pues, para ser sincero, yo ya he tenido bastante de vosotros por

hoy, aunque no me resigno a perder vuestra compañía. Sé que me echaréis de menos, pero en caso de que deseéis que vuelva, no tenéis más que decírselo al viento y él me traerá vuestras noticias. No obstante, como veis, soy pobre y vosotros ricos. Os ruego que me deis un penique o dos para comprar pan y queso en la próxima posada.

—No tenemos dinero, hermano —dijo secamente el fraile flaco—. Vamos, hermano Tomás, sigamos adelante.

Pero el Pequeño John había agarrado las bridas de los caballos, una con cada mano.

—¿Es verdad que no lleváis nada de dinero encima? —preguntó—. Os lo ruego, hermanos, por caridad, dadme algo para comprar un mendrugo de pan, aunque no sea más que un penique.

—Os he dicho, hermano, que no tenemos dinero —rugió el fraile gordo con voz de trueno.

—¿De verdad de la buena que no tenéis dinero? —insistió el Pequeño John.

—Ni un penique —respondió airado el fraile flaco.

—Ni un cuarto de penique —gritó el fraile gordo.

—No —dijo el Pequeño John—. Esto no puede ser. Dios me libre de permitir que dos santos como vuestras reverencias se separen de mí sin dinero. Desmontad ahora mismo de vuestros caballos y nos arrodillaremos aquí, en medio del cruce, para rogar al bendito san Dunstano que nos envíe algo de dinero con el que sufragar nuestro viaje.

—¿Qué decís, engendro del infierno? —gritó el fraile flaco, con los dientes rechinando de rabia—. ¿Me pedís a mí, el gran bodeguero de la abadía de la Fuente, que desmonte de mi caballo y me arrodille en el polvo del camino para rezarle a un harapiento santo sajón?

—¡Pardiez! —dijo el Pequeño John—. Me están entrando verdaderas ganas de partiros la cabeza por hablar de ese modo del venerable san Dunstano. ¡Desmontad ahora mismo, porque mi paciencia no durará mucho y puedo olvidarme de que profesáis las órdenes sagradas!

Y así diciendo, hizo girar el bastón en el aire hasta que empezó a silbar.

Ante esto, los dos frailes se pusieron pálidos como la harina. El fraile gordo se apresuró a desmontar de su caballo por un lado, y el fraile flaco hizo lo propio por el otro.

El Pequeño John y los dos frailes rezan a San Dunstano pidiendo

—Y ahora, hermanos, arrodillaos y rezad —dijo el Pequeño John, poniendo sus manazas sobre el hombro de

dinero

cada uno y obligándolos a arrodillarse, tras lo cual se arrodilló él también.

Entonces el Pequeño John comenzó a implorar a san Dunstano, pidiéndole dinero a grandes voces. Tras haber rogado de este modo al santo durante un rato, pidió a los frailes que buscaran en sus bolsas y comprobaran si el santo les había enviado algo; muy despacio, los dos frailes echaron mano a las bolsas que llevaban colgadas del costado, pero no sacaron nada de ellas.

—¡Caramba! —exclamó el Pequeño John—. ¿Tan poca virtud tienen vuestras oraciones? Intentémoslo de nuevo.

Una vez más, comenzó a implorar a san Dunstano, más o menos en los términos siguientes:

—¡Oh, glorioso san Dunstano! ¡Enviad ahora mismo algo de dinero a esta pobre gente, si no queréis que el gordo se consuma hasta quedar tan flaco como el flaco, y que el flaco se consuma hasta quedar en nada antes de que puedan llegar a la ciudad de Lincoln! Pero no les enviéis más de diez chelines por cabeza, para evitar que se hinchen de orgullo. Todo lo que queráis enviar por encima de esa cantidad, enviádmelo a mí.

—Y ahora —dijo incorporándose—, veamos lo que tiene cada uno —y metiendo la mano en su bolsa, sacó de ella diez monedas de oro—. ¿Qué tenéis vosotros, hermanos?

Una vez más, los dos frailes metieron muy despacio la mano en sus bolsas y la volvieron a sacar vacía.

—¿No tenéis nada? —dijo el Pequeño John—. No, estoy seguro de que hay algo que se ha metido por las costuras de vuestras bolsas y por eso no lo encontráis. Dejad que mire yo.

San Dunstano responde a las oraciones del Pequeño John con gran generosidad

Se dirigió primero al fraile flaco y, metiendo la mano en su bolsa, sacó de ella una bolsita de cuero de la que extrajo ciento diez libras en monedas de oro.

—Estaba seguro de que en algún rincón de vuestra bolsa tenía que estar el dinero que el bendito santo os ha enviado. Y ahora, veamos si también vos tenéis algo, hermano —y metiendo la mano en la bolsa del fraile gordo, sacó de ella otra bolsita de cuero, cuyo contenido ascendía a setenta libras en monedas de oro—. ¿Lo veis? Ya sabía yo que el bendito santo os habría enviado algún don, que también vos habíais pasado por alto.

A continuación, les entregó una libra para los dos y se embolsó el resto del dinero, diciendo:

El Pequeño John se

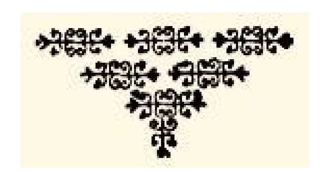
despide de los dos frailes de la abadía de la Fuente

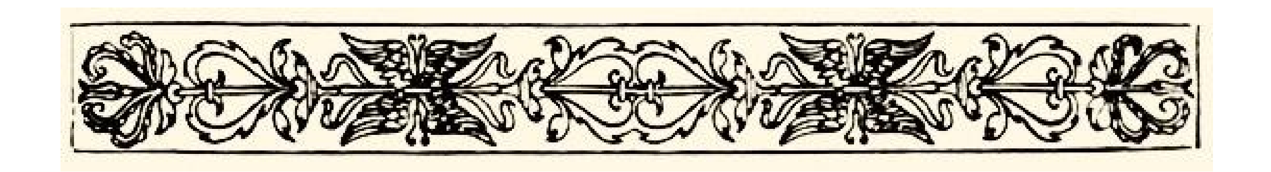
—Me disteis vuestra palabra de que no llevabais dinero. Siendo como sois gente de iglesia, confío en que no daríais vuestra palabra en falso. Me consta que el bendito san Dunstano ha enviado esto en respuesta a mis oraciones; pero como yo sólo le pedí diez chelines para cada uno de vosotros, todo lo que supere esa cifra me corresponde por derecho, y en consecuencia me quedo con ello. Me despido de vosotros, hermanos, y espero que tengáis buen viaje a partir de aquí.

Y con estas palabras se dio la vuelta y se alejó a grandes zancadas. Los frailes se miraron uno a otro con gesto abatido y lentamente montaron de nuevo en sus caballos y prosiguieron su viaje sin decir ni una palabra.

Por su parte, el Pequeño John encaminó sus pasos de regreso al bosque de Sherwood, silbando alegremente por el camino.

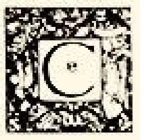
Y ahora veamos qué aventuras le acaecieron a Robin Hood con su disfraz de mendigo.





II

Robin Hood se hace mendigo

UANDO Robin Hood se separó del Pequeño John en la bifurcación del camino, prosiguió alegremente su marcha bajo los suaves rayos del sol. De vez en cuando daba un par de brincos o cantaba un fragmento de canción, de puro contento por lo agradable del día. Pues, a causa de la belleza de la primavera, su corazón estaba tan rebosante de gozo como el de un ternero que sale por primera vez a pastar. A veces caminaba un largo trecho, contemplando distraído las grandes e hinchadas nubes blancas que recorrían lentamente el cielo azul; otras veces se detenía a absorber la plenitud de vida que le rodeaba, pues los setos estaban en flor y la hierba de los prados crecía alta y verde; unas veces se quedaba inmóvil escuchando el melodioso canto de los pajarillos entre los matorrales o el vigoroso canto del gallo que desafiaba al cielo a que lloviera, lo cual hacía reír a Robin, pues se necesitaba poca cosa para alegrarle el corazón. Así marchaba con paso varonil, deteniéndose con frecuencia por una u otra razón y siempre dispuesto a entablar conversación con las alegres muchachas que se encontraba aquí y allá. Y así fue transcurriendo la mañana, sin que encontrara ningún mendigo con quien cambiar de ropas.

«Si mi suerte no cambia pronto —se dijo—, me temo que voy a perder el día; ya ha transcurrido más de la mitad, y aunque he dado un agradable paseo por el campo sigo sin saber nada de la vida del mendigo».

Al cabo de un rato sintió hambre, y su mente se desvió de los temas de la primavera, las flores y los pájaros, para concentrarse en capones asados, vino de malvasía, pan blanco y cosas así, que llegaron a enternecerle.

«Ojalá tuviera la capa de los deseos de Willie Wynkins; bien sé lo que desearía, y sería esto —y fue contando con los dedos las cosas que pediría—: Primero, un buen pastel, dulce y tostado, de alondras tiernas; adviértase que no cocinadas en seco, sino con buena salsa para mojar. Luego, una buena gallina, bien guisada, con huevos de paloma, cortados en rodajas, a modo de

guarnición. Para acompañar todo esto, una barra larga de pan blanco recién cocido; habrá de estar aún caliente del horno, con la corteza dorada y brillante, del mismo color que los cabellos de mi dama Marian, y tan crujiente como el hielo fino que se forma en los surcos por la mañana a principios del invierno. Con esto bastará en el capítulo de sólidos; pero además necesitaré tres botellas bien gordas, una de vino de malvasía, otra de Canarias, y otra bien llena de mi jerez favorito».

Todo esto se decía Robin Hood, mientras se le hacía la boca agua al pensar en los manjares que había conjurado en su mente.

Robin Hood se encuentra con un mendigo sentado en una valla

Y así, hablando consigo mismo, llegó a un punto en el que el camino torcía bruscamente alrededor del seto, rebosante de verdor con la salida de las nuevas hojas, y al cabo de la curva vio un individuo sentado sobre una valla, balanceando plácidamente las piernas. De todas las partes del cuerpo del vagabundo colgaban bolsas y bolsillos de diferentes clases y tamaños, una docena o más en total, con bocas grandes y abiertas como una nidada de cornejas hambrientas. La capa, que tenía recogida alrededor de la cintura, presentaba remiendos de tantos colores como las cintas de un poste de mayo. Se tocaba la cabeza con un gorro alto de cuero, y sobre sus rodillas descansaba un grueso bastón de palo de espino, tan largo y pesado como el de Robin. Era, sin duda, un mendigo tan auténtico como el más auténtico que pudiera recorrer las sendas y caminos de Nottinghamshire, y sus ojos, grises como la pizarra, brillaban, centelleaban y danzaban de regocijo, y su cabello negro y rizado le cubría toda la cabeza con pequeños anillos espirales.

—Buenos días, buen amigo —dijo Robin al acercarse—. ¿Qué estáis haciendo aquí en este hermoso día, mientras brotan las flores y se abren los capullos?

El otro guiñó un ojo y, sin más preámbulo, entonó con alegre voz:

Sentado en la valla espero,
estoy sentado en la valla,
y canto una cancioncilla
mientras espero a mi amada,
y el sol en lo alto brilla,
y en torno las hojas bailan,
y cantan los pajarillos
que ya se acerca mi amada.

—Y eso es lo que hago, valiente mozo, exceptuando que mi amada no vendrá.

—A fe mía que es una buena canción —dijo Robin—, y de encontrarme en el estado mental adecuado para escuchar, no me importaría oír más; pero tengo dos cuestiones muy graves que plantearos, así que os ruego que me escuchéis.

Al oír esto, el jovial mendigo ladeó la cabeza, como una urraca vagabunda, y dijo:

—Soy mal cántaro para echar en él cosas pesadas, amigo mío, y si no me equivoco, pocas palabras graves deben salir de vuestros labios.

—Os equivocáis —dijo alegremente Robin—. Lo que tengo que decir en primer lugar es para mí la más grave de todas las cuestiones, a saber: ¿dónde puedo encontrar algo que comer y que beber?

—¿Eso os parece? —dijo el mendigo—. Pardiez, yo no me planteo esas cuestiones con tanta gravedad. Como cuando puedo, y mastico corteza cuando no puedo conseguir miga; de manera similar, si no hay cerveza me lavo el polvo del gaznate con un trago de agua fresca. Y cuando vos aparecisteis, estaba sentado aquí, planteándome si debo romper mi ayuno. Me gusta dejar crecer el apetito antes de comer, pues de ese modo un mendrugo me sabe tan bien como le sabe al propio rey Harry un pastel de venado con manteca y pasas. Ahora mismo tengo ya bastante apetito, pero creo que en un poco más de tiempo madurará hasta convertirse en verdadera hambre.

—Bien decís —respondió Robin, riendo de buena gana—. Veo que tenéis una lengua ágil entre los dientes. Pero ¿es posible que no tengáis más que un mendrugo seco? Me daba la impresión de que vuestras bolsas y bolsillos se ven demasiado abultados para tan flaco cargamento.

—Bueno, a decir verdad, es posible que haya algo más —dijo el mendigo con aire malicioso.

—¿Y para beber no tenéis nada más que agua fresca? —preguntó Robin.

—Ni una sola gota —respondió el mendigo—. Pero un poco más allá de aquel grupo de árboles hay una pequeña posada, tan acogedora como la mejor en la que hayáis puesto los ojos; sin embargo, yo no la frecuento, porque allí no me miran bien. En cierta ocasión, cuando estaba cenando allí el reverendo prior de Emmet, la posadera preparó una excelente tarta de cangrejos estofados con azúcar de cebada, y la puso a enfriar sobre el alféizar de la ventana. Al verla allí, y temiendo que pudiera perderse, me hice cargo de ella hasta que lograra encontrar a su legítimo dueño. Desde entonces se comportan de manera muy rara conmigo; con todo, la veracidad me obliga a declarar que tiene la mejor cerveza que jamás haya catado mi lengua.

Al oír esto, Robin se echó a reír en voz alta.

—¡Pardiez! —dijo—. ¡Qué mal os agradecieron vuestra amabilidad! Pero decidme sinceramente: ¿qué lleváis en esas bolsas?

—Bueno… —dijo el mendigo atisbando por las aberturas de sus bolsas—. Aquí veo un apreciable fragmentó de pastel de pichón, envuelto en hojas de lechuga para conservar la salsa. Aquí veo un delicioso trozo de cerdo adobado, y aquí un hermoso pedazo de pan blanco. Por aquí veo cuatro pastas de cereal y una punta de jamón cocido. ¡Ajá! Esto es verdaderamente extraño, pero aquí veo seis huevos que deben haber llegado por accidente desde algún gallinero de los alrededores. Están crudos, pero si los asamos sobre las brasas y les ponemos un poco de mantequilla que veo aquí…

Robin Hood ofrece bebida al mendigo a cambio de compartir la comida de éste

—¡Compasión, amigo mío! —exclamó Robin extendiendo la mano—. Hacéis que mi pobre estómago dé saltos de alegría al escuchar vuestras dulces palabras. Si me invitáis a comer, iré ahora mismo a esa pequeña posada de la que hablabais antes y traeré un pellejo de cerveza para que ambos bebamos.

—Amigo mío, no digáis más —respondió el mendigo, descendiendo de la valla—. Nos daremos un banquete con lo mejor de mis existencias y doy gracias a san Cedrio por vuestra compañía. Pero os ruego, camarada, que traigáis por lo menos tres cuartos de cerveza: uno para beber vos y dos para mí, pues os advierto que mi sed es de tal calibre que me considero capaz de beber tanta cerveza como agua salada beben las arenas del río Dee.

Robin se separó entonces del mendigo, que, por su parte, se dirigió a una mata de tilo situada detrás del seto, y allí desplegó sobre la hierba sus provisiones, y asó los huevos en un fuego de leña, con una destreza adquirida gracias a una larga experiencia en el asunto. Al cabo de un rato regresó Robin, acarreando al hombro un voluminoso pellejo de cerveza, que depositó en la hierba. Luego, al contemplar el banquete extendido sobre el suelo —y se trataba de un espectáculo digno de verse—, se frotó lentamente el estómago con la mano, pues a sus ojos hambrientos le pareció la más bella visión que habían contemplado en su vida.

—Amigo —dijo el mendigo—, dejadme tantear el peso de ese pellejo.

—Ciertamente —dijo Robin—; servíos a placer, camarada, y mientras tanto, veamos si ese pastel de pichón está fresco o no.

Robin Hood y el mendigo comen a la sombra de un tilo

Así pues, el uno se dedicó a la cerveza y el otro al pastel de pichón y durante un buen rato no se oyeron más sonidos que el propio de la masticación y el gorgoteo de la cerveza al salir del pellejo.

Cuando hubo transcurrido un largo rato de este modo, Robin apartó la comida y exhaló un gran suspiro de satisfacción, pues se sentía como nuevo.

—Y ahora, amigo mío —dijo, apoyándose en un codo—. Me gustaría hablaros de la otra gravísima cuestión que os mencionaba no hace mucho.

—¡Cómo! —exclamó el mendigo en tono de reproche—. ¡Espero que no pretenderéis hablar de cuestiones de gravedad delante de una cerveza como ésta!

Robin Hood declara que le gusta la vida de mendigo

—No —respondió Robin riendo—. No pretendo obstaculizar vuestra sed, amigo mío; podéis beber mientras yo hablo. Esta es la cuestión: debo haceros saber que me atrae vuestro oficio y me apetece probar personalmente la vida de vagabundo.

—No me sorprende que os guste mi modo de vida, amigo —dijo el mendigo—. Pero «gustar» y «hacer» son dos cosas muy diferentes. Os aseguro, amigo mío, que se necesita un largo aprendizaje para llegar a ser simple pordiosero, y no digamos ya descuidero o palanquín. Mucho me temo, camarada, que sois demasiado viejo para iniciar una profesión que puede llevaros años en coger el tranquillo.

—Eso es muy posible —dijo Robin—, y me trae a la mente lo que decía el viejo Swanthold: zapatero, a tus zapatos. No obstante, estoy decidido a probar la vida de mendigo, y sólo necesito para ello unas ropas adecuadas.

—Os aseguro, amigo —dijo el mendigo—, que aunque os vistierais tan bien como el mismísimo san Andrajo, santo patrón de nuestra profesión, nunca seríais un buen mendigo. Pardiez, el primer vagabundo con quien os toparais os haría papilla por meter las narices en un oficio que no os corresponde.

Robin Hood le propone al mendigo cambiar de ropa

—Aun así —insistió Robin—, me propongo intentarlo. Y creo que cambiaré de ropas con vos, pues vuestro atavío me complace. No sólo os cambiaré las ropas, sino que os daré dos monedas de oro de propina. Traía este sólido bastón por si tuviera que convencer a alguno de vuestros cofrades a base de palos en la cabeza, pero me caéis tan bien a causa del banquete que me habéis ofrecido que no levantaría ni el dedo meñique contra vos, de modo que no debéis tener ni un ápice de miedo.

El mendigo escuchaba con los nudillos apoyados en las caderas, y cuando Robin terminó de hablar ladeó la cabeza y adoptó una expresión burlona.

—¡Pardiez, intentadlo! —dijo al fin—. ¡Levantad un dedo contra mí, vive Dios! ¡Habéis perdido la chaveta, amigo! Me llamo Riccon Hazel y soy de Holywell, Flintshire, a orillas del río Dee. Os digo, bellaco, que les he partido la cabeza a muchos hombres mejores que vos, y ahora mismo os pelaría el cráneo de no ser por la cerveza que me habéis traído. No os llevaréis ni tan siquiera un jirón de mi capa, aunque lo necesitarais para libraros de la horca.

—Vamos, camarada —dijo Robin—. Me sentaría muy mal estropearos esa bonita cabeza vuestra, pero os digo a las claras que de no ser por la comida os iba a dar un repaso que os impediría recorrer los caminos en una buena temporada. Mantened la boca callada, muchacho, o vuestra suerte se os escapará por la boca junto con vuestras bravatas.

—¡Lo siento por vos, buen hombre, pues habéis comido vuestro último almuerzo! —exclamó el mendigo, poniéndose en pie y empuñando su bastón—. Tomad el bastón y defendeos, porque no sólo voy a daros una paliza, sino que además os quitaré el dinero, sin dejaros ni un penique mellado para comprar sebo de ganso con que frotaros los chichones. ¡Defendeos, digo!

Entonces Robin se incorporó y empuñó su bastón, diciendo:

—Quítame el dinero si puedes. Te prometo hasta el último penique que poseo si eres capaz de tocarme —y a la vez hizo girar su bastón entre los dedos hasta que empezó a silbar.

Robin Hood lucha con el mendigo

El mendigo levantó su bastón y dirigió un fuerte golpe contra Robin, que el proscrito desvió. Tres veces golpeó el mendigo, y ni una vez llegó a tocarle un cabello a Robin. Entonces Robin vio llegar su oportunidad y, en menos que canta un gallo, el bastón de Riccon voló por encima del seto y el propio Riccon quedó tendido en la hierba, tan inmóvil como una tripa de chorizo vacía.

Robin Hood vence al mendigo

—¿Y ahora, qué? —dijo Robin, riendo alegremente—. ¿Queréis mi pellejo o mi dinero, camarada?

Pero el otro no respondió palabra. Entonces Robin, comprendiendo que se encontraba aturdido por el golpe, echó a correr sin dejar de reír y trajo el pellejo de cerveza, vertiendo parte de la misma sobre la cabeza del mendigo y parte en su garganta, hasta que el vagabundo abrió los ojos y miró a su alrededor, como preguntándose por qué estaba tendido de espaldas.

Entonces Robin, viendo que el otro recuperaba parte de los sentidos que el golpe le había quitado, dijo:

—Y ahora, amigo mío, ¿querréis cambiar de ropas conmigo, o tendré que zurraros otra vez? He aquí dos monedas de oro si me entregáis de buen grado todos vuestros harapos, bolsas, gorro y demás cosas. Y si no me las dais de grado, mucho me temo que tendré que… —y al decir esto, miró de arriba a abajo su bastón.

Riccon se sentó y se frotó el chichón de la cabeza.

—¡Maldita sea! —exclamó—. Pensé que os zurraría con facilidad, compañero. No sé cómo ha sido, pero creo haber comprado más cerveza de la que puedo beber. Si tengo que daros mis ropas, sea, pero prometedme primero, con la palabra de un honrado campesino, que no me quitaréis más que los vestidos.

El mendigo resulta ser más listo que Robin

—Os doy mi palabra de honrado campesino —dijo Robin, pensando que el mendigo tenía algunos peniques que deseaba poner a salvo.

Entonces el mendigo tomó una navaja que llevaba colgada al costado y rasgó con ella el forro de su capa, extrayendo diez relucientes libras de oro que colocó en el suelo frente a él, con un guiño de astucia.

—Ahora podéis llevaros mis ropas, y que os aprovechen —dijo—. Os las ofrezco a cambio de las vuestras sin que os cueste un penique, y mucho menos dos monedas de oro.

—¡Pardiez! —exclamó Robin—. Sois un tipo astuto, y lo digo de verdad. De haber sabido que llevabais tanto dinero encima, es posible que no lo hubierais conservado, pues tengo la sospecha de que no lo adquiristeis por medios honestos.

Robin cambia sus ropas por las del mendigo

Entonces cada uno se quitó sus ropas y se puso las del otro, y Robin quedó hecho un mendigo tan aparente como el mejor que pueda encontrarse en un día de verano. Por su parte, Riccon de Holywell daba saltos, se contoneaba y bailaba de alegría por el magnífico traje de paño verde que acababa de agenciarse.

—Ahora soy un pájaro de mejor plumaje —dijo—. Apuesto que mi querida Moll Peascod jamás me reconocería vestido así. Podéis quedaros las sobras frías de la comida, amigo, pues me propongo vivir a lo grande y con estilo mientras me dure el dinero y las ropas se vean bien.

Y dando media vuelta, cruzó la empalizada y se perdió de vista, aunque Robin le seguía oyendo cantar al otro lado del seto mientras se alejaba:

Cómo se alegra Polly y se sonríe

cuando llaman mendigos a su puerta,
y Jack y Dick se alegran al abrirlos
y prepara la cena la casera.

Y entonces, ole ay, Willy Waddykin.
Oye, Will Waddykin, digo yo,
que corra, corra, corra, la cerveza,
la vida del mendigo es la mejor.

Robin siguió escuchando hasta que la canción se desvaneció en la distancia, y entonces él también cruzó la valla para salir al camino, aunque encaminó sus pasos en dirección contraria a la que el mendigo había tomado. El camino ascendía por una pequeña colina, y Robin caminó cuesta arriba, con media docena de bolsas, o más, colgándole alrededor de las piernas. Siguió adelante durante un buen rato, pero no encontró ninguna otra aventura. El camino estaba completamente desierto, exceptuando a él, que seguía andando levantando nubecillas de polvo con cada paso, pues era ya pleno mediodía, la hora más apacible del día después de la del crepúsculo.

Robin Hood se pone en camino disfrazado de mendigo

Toda la tierra estaba en silencio, con la tranquilidad propia de la hora de comer; los caballos que tiraban de los arados descansaban junto a los surcos, masticando el pasto contenido en grandes bolsas que colgaban bajo sus hocicos, y el labrador se sentaba junto al seto con su hijo, y también ellos masticaban, sujetando cada uno un gran pedazo de pan en una mano y un gran pedazo de queso en la otra.

Y mientras tanto, Robin, con todo el camino para él solo, seguía adelante alegremente, con las bolsas y los bolsillos bailando sobre sus muslos. Por fin llegó a un punto en el que un pequeño sendero cubierto de hierba se separaba del camino, cruzaba una empalizada y bajaba una cuesta, atravesaba un vallecito y un riachuelo del mismo valle, y subía cuesta arriba por el otro lado hasta conducir a un molino de viento que se alzaba en lo alto de la colina, donde el viento mecía los árboles con pausado movimiento. Robin contempló el lugar y lo encontró de su agrado, y sin más razón que su capricho, tomó el sendero, atravesó el prado cubierto de hierba y bañado por el sol, cruzó la cañada y, casi sin darse cuenta, se encontró con cuatro alegres compañeros sentados en el suelo ante un suculento banquete.

Robin Hood se encuentra con cuatro alegres mendigos en una cañada

Se trataba de cuatro mendigos, cada uno de los cuales llevaba colgada del cuello una tablilla con una inscripción. En una de las tablillas se leía «Pobre ciego»; en otra, «Pobre sordo»; en la tercera, «Pobre mudo»; y en la cuarta, «Apiadaos del inválido». Pero a pesar de las terribles

aflicciones que indicaban los letreros, los cuatro camaradas parecían disfrutar de la comida, tan felices como si la mujer de Caín jamás hubiera abierto el saco que encerraba todos los males del mundo, dejándolos escapar como plagas de moscas para atormentar a los mortales[6].

El primero que oyó a Robin fue el sordo, que al momento dijo:

—Escuchad hermanos: oigo que alguien se aproxima.

Y el primero que lo vio fue el ciego, que respondió:

—Es un hombre honrado, de nuestro mismo oficio.

Entonces, el mudo empezó a dar grandes voces, diciendo:

—¡Bienvenido, hermano! Sentaos con nosotros, que aún nos queda algo de comida y un poco de malvasía en la bota.

Y el inválido, que se había quitado la pata de palo y desatado la pierna verdadera, extendiéndola sobre la hierba para descansar mejor, se hizo a un lado para dejar sitio a Robin.

—Nos alegramos de veros, hermano —dijo, tendiéndole la bota de vino.

Robin Hood bebe con los mendigos

—¡Pardiez! —dijo Robin, echándose a reír y sopesando en las manos la bota antes de beber—. ¡Y no os falta razón para alegraros, puesto que mi sola presencia hace que los ciegos vean, los mudos hablen, los sordos oigan, y a los cojos les salgan tan robustas piernas! Bebo por vuestra felicidad, hermanos, ya que no puedo beber a vuestra salud, viendo lo sanos que estáis de cuerpo y mente.

Todos sonrieron al oír estas palabras, y el mendigo ciego, que era el cabecilla del grupo, además de tener los hombros más anchos y mayor cara de pícaro, palmeó el hombro de Robin, alabando su broma.

—¿De dónde venís, muchacho? —preguntó el mudo.

—Vengo del bosque de Sherwood, donde he dormido la última noche —respondió Robin.

—¿De verdad? —dijo el sordo—. Ni por todo el dinero que llevamos entre los cuatro a Lincoln dormiría yo una sola noche en Sherwood. Si Robin Hood llega a coger a uno de los nuestros en el bosque, es muy probable que le corte las orejas.

—Sí, no me extrañaría —comentó Robin, riendo—. Pero ¿qué dinero es ése del que habláis?

—Nuestro rey, Peter de York —explicó el cojo—, nos ha enviado a Lincoln con este dinero que…

—Callad, hermano Hodge —interrumpió el ciego—. No es que desconfíe de este hermano nuestro, pero tened en cuenta que no le conocemos. ¿Qué

sois, hermano? ¿Descuidero, palanquín, espadista, bajón o cabal?

Al oír esto, Robin miró primero a uno y luego a otro con la boca abierta.

—La verdad —dijo—, creo que soy un hombre cabal, al menos me esfuerzo por serlo; pero no sé lo que quiere decir esa jerga, hermano. A mi entender, lo más apropiado sería que este mudo, que tan buena voz tiene, nos cantara una canción.

Estas palabras fueron acogidas con un silencio general, hasta que al cabo de un rato el ciego habló de nuevo.

—Sin duda estáis bromeando cuando decís que no entendéis lo que digo. Respondedme a esto: ¿alguna vez le habéis mareado los piojos a un julai en la romana para florearle la mosca?[7]

—¡Ya basta! —dijo Robin irritado—. Si os estáis burlando de mí con toda esa jerigonza, os advierto que lo lamentaréis. Me están entrando verdaderas ganas de partiros la cabeza a los cuatro, y bien que lo haría de no ser por el magnífico vino que me habéis ofrecido. Hermano, pasadme la bota, no sea que se enfríe.

Los mendigos descubren que Robin Hood no es un verdadero mendigo

Pero los cuatro mendigos se habían puesto en pie en cuanto Robin terminó de hablar; el ciego empuñó un grueso y nudoso bastón que reposaba en el suelo junto a él, y otro tanto hicieron los demás. Viendo que las cosas se ponían feas, aunque no sabía la razón del alboroto, Robin se incorporó de un salto y, empuñando su fiel bastón, apoyó la espalda en un árbol y se puso en guardia.

—¿Qué es esto? —exclamó haciendo girar el bastón entre los dedos—. ¿Cuatro contra uno? ¡Atrás, bellacos, si no queréis que os machaque el cráneo hasta dejaros con más marcas que la puerta de un retrete! ¿Estáis locos? ¡No os he hecho ningún daño!

El ciego ataca a Robin, pero se lleva la peor parte

—¡Mientes! —gritó el que se fingía ciego, que, siendo el más fuerte, era el cabecilla del grupo—. ¡Mientes! ¡Has venido a nosotros como un vil espía! ¡Pero tus orejas han oído demasiado, más de lo que te convenía, y no saldrás de aquí si no es con los pies por delante, pues aquí vas a morir! ¡Vamos, hermanos! ¡Todos a la vez! ¡A por él!

Y haciendo girar su bastón, se lanzó contra Robin como un toro furioso que embiste contra un trapo rojo. Pero Robin estaba preparado. «¡Crick, crack!», dos golpes propinados en un abrir y cerrar de ojos, y el falso ciego cayó rodando sobre la hierba.

Al ver esto, los otros retrocedieron y se mantuvieron a prudente distancia, mirando con ferocidad a Robin.

—¡Vamos, escoria! —exclamó éste animadamente—. Aquí hay pastas y cerveza para todos. ¿Quién es el siguiente?

Los mendigos no respondieron a sus palabras, pero miraron a Robin como el gigante Blunderbore miró a Jack el matagigantes, como dispuestos a comérselo con huesos y todo; no obstante, no se atrevían a acercarse demasiado a su terrible bastón. Viéndolos vacilar, Robin saltó de improviso sobre ellos, golpeando al mismo tiempo.

Robin Hood derriba al mudo y los otros salen huyendo

El mudo cayó dando tumbos y su bastón salió volando de sus manos. Los otros retrocedieron para evitar otro golpe, y casi de inmediato dieron media vuelta y salieron corriendo, cada uno en una dirección, como si llevaran puestas las botas de siete leguas. Robin los miró marchar y se rió al pensar que nunca había visto a nadie correr tan rápido como corría el cojo; ninguno de los mendigos se detuvo ni miró atrás, pues ambos sentían en los oídos el silbido del bastón de Robin. Entonces Robin se dirigió a los dos rufianes caídos en el suelo y se dijo:

«Estos tipos hablaban de cierto dinero que llevaban a Lincoln; me parece que voy a registrar a este ciego, que goza de tan buena vista como el mejor arquero de Nottingham o Yorkshire. Sería una lástima dejar buenos dineros en los bolsillos de semejantes bellacos y ladrones».

Robin Hood encuentra una bolsa repleta entre las ropas del mendigo ciego

Y así diciendo, se agachó junto al corpulento pícaro y registró sus harapos, hasta que por fin sus dedos palparon una bolsa de cuero que llevaba colgada por debajo de las raídas y remendadas ropas. La sacó, sopesándola en las manos, y comprobó que era bastante pesada.

«Sería estupendo —se dijo— que esta bolsa estuviera llena de oro, y no de peniques de cobre».

Sentándose en la hierba, abrió la bolsa e inspeccionó su interior, encontrando cuatro rollos de monedas envueltos en badana curtida; abrió uno de ellos y se quedó con la boca abierta y los ojos fijos, como si nunca más fueran a cerrarse, pues contenía nada menos que cincuenta libras en relucientes monedas de oro. Abrió los demás paquetes y comprobó que todos contenían lo mismo, cincuenta libras de oro recién acuñadas. Entonces Robin se dijo:

«Había oído decir con frecuencia que el gremio de mendigos era más que rico, pero nunca imaginé que enviaran semejantes sumas a su tesoro. Creo

que me quedaré con ello, pues estará mejor empleado en obras de caridad y en el bienestar de mis hombres, que en el enriquecimiento de rufianes como éstos».

Robin Hood deja a los mendigos y sigue su camino

Y con estas palabras, envolvió de nuevo las monedas en la badana y metió los paquetes en la bolsa, guardándosela a continuación en la pechera Luego, recogiendo la bota de vino la levantó ante los caídos y dijo:

—Amigos míos, bebo a vuestra salud y os agradezco lo que tan amablemente me habéis dado en este día, y con ello me despido —y recogiendo su bastón, se marchó de allí y prosiguió alegremente su camino.

Pero cuando los mendigos apaleados recuperaron los sentidos y se incorporaron, y cuando los otros dos lograron superar su miedo y regresaron, quedaron tan tristes y desconsolados como cuatro ranas en secano, pues dos de ellos tenían la cabeza rota, se habían quedado sin vino y nos les quedaba ni un penique que llevarse a la mano. En cuanto al tesoro del Gremio de Mendigos en la Posada del Bosque de los Mendigos, cerca de la ciudad de Lincoln, ingresó doscientas libras menos de lo que habría ingresado de no haberse encontrado Robin Hood con el ciego, el sordo, el mudo y el cojo junto al camino real que lleva a Blyth.

Cuando Robin salió del vallecillo, siguió su camino animadamente, cantando sobre la marcha; tan gozoso se le veía y, a pesar de ser un mendigo, tan limpio y lozano, que todas las muchachas con que se cruzaba le dirigían una palabra amable y no daban señales de miedo, y los mismos perros, que por lo general aborrecen la mera visión de un mendigo, le olfateaban amistosamente las piernas y meneaban la cola con simpatía; pues los perros conocen a un hombre honrado por el olor, y Robin era, a su manera, un hombre honrado.

Robin Hood se para a descansar en el cruce de Ollerton

Siguió andando hasta que por fin llegó a una desviación cerca de Ollerton y, sintiéndose fatigado, se sentó a descansar sobre la hierba a la vera del camino.

«Se aproxima la hora de regresar a Sherwood —se dijo—. No obstante, no me disgustaría tener otra aventura divertida antes de volver con mi banda».

Miró camino arriba y camino abajo para ver si alguien se acercaba, y por fin divisó una figura que se aproximaba montada a caballo.

Robin ve llegar a un extraño personaje

Cuando el viajero estuvo lo bastante cerca como para verle bien, Robin se echó a reír, pues se trataba de una figura

verdaderamente chocante. Era un hombre flaco, de tez curtida, y al mirarlo resultaba imposible decir si tenía treinta años o sesenta, de tan reseco y reducido a piel y huesos como estaba. En cuanto al jamelgo, era tan escuálido como su jinete, y ambos parecían cocidos en el horno de la Madre Celestina, que seca a la gente y la hace vivir eternamente. El cuello del caballo se torcía hacia abajo, en lugar de hacia arriba, como suelen hacer los cuellos de los caballos, y la crin se veía tan raída como si hubiera vivido en ella una comunidad de ratones; el lomo tenía bordes tan rectos como un surco recién abierto por el arado; y las costillas asomaban bajo la piel como los aros de un barril de cerveza de cinco años. El caballo avanzaba cojeando, y a cada paso el jinete se tambaleaba en la silla, y su cabeza oscilaba sobre el delgado cuello siguiendo el ritmo de los movimientos del rocín. Semejante visión hizo que Robin se echara a reír hasta que se le saltaron las lágrimas, pues, como para aumentar la ridiculez de su imagen, el jinete llevaba en lugar de botas un par de grandes zuecos con suelas de madera de medio palmo de grosor y remachadas con grandes clavos.

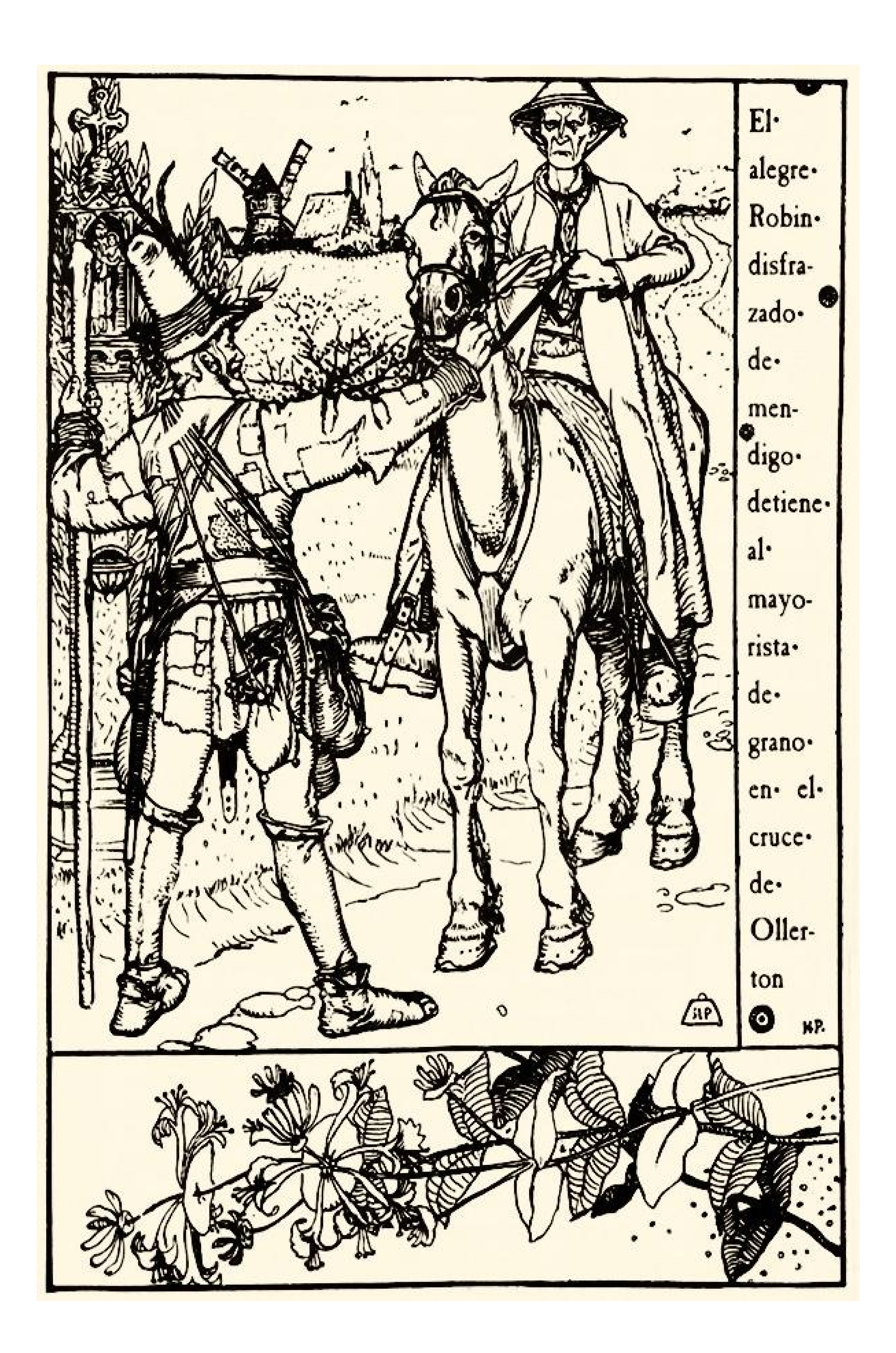
Pero a pesar de reírse, Robin sabía que el viajero era un rico mayorista de grano de Worksop, que más de una vez había comprado todo el grano de la región para acapararlo hasta que alcanzaba precios de crisis, con lo cual había hecho una fortuna a costa de la necesidad de los pobres, y por esta razón era odiado y aborrecido por todos los que conocían su existencia.

Cuando vio quién era el que se aproximaba, Robin se dijo:

«¡Ajá, mi querida urraca ladrona! ¿Eres tú, verdad? ¡Cómo me gustaría desplumarte hasta dejarte completamente pelado! Pero eres tan astuto que dudo que lleves encima una muestra de tus mal adquiridas ganancias, estando tan cerca de Sherwood. No obstante, veremos lo que se puede hacer, pues, como decía el viejo Swanthold, “el que nada intenta, nada consigue”».

Robin detiene al mayordomo de grano y pide limosna

Al cabo de un rato, el mayorista de grano llegó hasta donde Robin se encontraba sentado, y el proscrito se puso en pie de un salto, todo harapos y remiendos, con las bolsas y bolsillos bailando alrededor de su cuerpo, y puso la mano sobre la brida del caballo, ordenando al jinete que se detuviera.


El· alegre· Robin· disfra-zado· de· men-digo· detiene· al· mayo-rista· de· grano· en· el· cruce· de· Oller-ton
SLP
HP.

—¿Quién sois vos, que os atrevéis a detenerme de este modo en pleno camino real? —preguntó el hombre flaco con voz seca y severa.

—Apiadaos del pobre mendigo —dijo Robin—. Dadme un cuarto de penique para comprar un trozo de pan.

—¡Apartad! —rugió el otro—. Los rufianes vagabundos como vos estarían mejor en prisión o bailando en el aire con un collar de cáñamo al cuello, que rondando con tanta libertad por los caminos.

—¡Caramba, qué manera de hablar! —dijo Robin—. Vos y yo somos hermanos, hombre. ¿Acaso no quitamos a los pobres aquello de lo que malamente pueden prescindir? ¿Acaso no nos ganamos la vida sin hacer nada bueno? ¿Acaso no vivimos ambos sin tocar ni de lejos el trabajo honrado? ¿Alguna vez hemos contado peniques ganados honradamente? ¡Venga ya! Somos hermanos, os digo, sólo que yo soy pobre y vos sois rico; en consecuencia, os lo pido de nuevo, dadme un penique.

—¿Cómo te atreves a hablarme así, villano? —exclamó el mayorista enfurecido—. Si te pillo en algún poblado donde la ley pueda echarte mano, voy a hacer que te azoten, y bien. Y en cuanto a darte un penique, te juro que no llevo ni un cuarto en la bolsa. Aunque me asaltara el propio Robin Hood, podría registrarme de pies a cabeza sin encontrar sobre mi persona ni rastro de dinero. Soy demasiado listo como para viajar tan cerca de Sherwood con dinero en la bolsa, estando ese ladrón suelto por los bosques.

Entonces Robin miró a un lado y a otro, como para comprobar que no había nadie en las proximidades, y después, acercándose más al mayorista, se puso de puntillas y le dijo al oído:

Robin le hace extrañas revelaciones al mayorista de grano

—¿Creéis de verdad que soy un mendigo como aparento ser? Miradme bien: ni una mota de suciedad en mis manos, mi rostro o mi cuerpo. ¿Alguna vez habéis visto un mendigo así? Os aseguro que soy un hombre tan honrado como vos. Mirad, amigo —y sacándose de la pechera la bolsa de dinero, la mostró al especulador, que miraba con ojos asombrados, las relucientes monedas de oro—. Amigo, estos harapos sólo sirven para ocultar a un hombre rico y honrado de los ojos de Robin Hood.

—Guardad vuestro dinero, muchacho —exclamó el otro con rapidez—. ¿Estáis tan loco como para creer que esos harapos os protegerán contra Robin Hood? Si os coge os desnudará de cabo a rabo, pues odia tanto a los mendigos prósperos como a los curas gordos o a los de mi clase.

—¿De verdad? —dijo Robin—. De haberlo sabido, es posible que no hubiera venido por aquí de esta guisa. Pero ahora no me queda más remedio

que seguir adelante, pues muchas cosas dependen de mi viaje. ¿Dónde vais vos, amigo?

—Voy a Grantham —dijo el mayorista de grano—, pero pasaré la noche en Newark, si es que consigo llegar tan lejos.

—Caramba, yo también voy camino de Newark —dijo alegremente Robin —. Y teniendo en cuenta que dos hombres honrados son mejor que uno solo cuando ronda por los caminos un tipo como ese Robin Hood, podemos viajar juntos, siempre que no os moleste mi compañía.

—Bueno, puesto que sois un hombre honrado, y además rico —dijo el especulador de grano—, no pongo reparos a vuestra compañía; pero, a decir verdad, no siento mucha simpatía por los mendigos.

Robin Hood y el mayorista de grano viajan juntos

—Entonces, adelante —dijo Robin—, que el día se acaba y será de noche antes de que lleguemos a Newark.

Y allá fueron los dos, el escuálido jamelgo renqueando como antes, y Robin corriendo al lado, aunque por dentro se retorcía de risa de tal modo que le costaba mantener el equilibrio; sin embargo, no se atrevía a reír en voz alta, para que el mayorista de grano no sospechara nada. Continuaron viajando de este modo hasta llegar a una colina justo en el lindero de Sherwood. Allí el enjuto viajero puso el caballo al paso, pues el camino era empinado y deseaba conservar las fuerzas de su montura, quedando aún mucho camino para llegar a Newark. Y luego se giró sobre la silla y le habló a Robin por primera vez desde que partieron del cruce.

—Aquí empieza el mayor peligro, amigo —dijo—. Nos encontramos muy cerca de donde se esconde ese miserable ladrón de Robin Hood. Cuando pasemos este trecho saldremos de nuevo al campo abierto y honrado, y podremos viajar con más seguridad.

—¡Ay! —exclamó Robin Hood—. Me gustaría llevar tan poco dinero como vos, pues estoy temiendo que ese Robin Hood me quite hasta el último cuarto.

Entonces el otro miró a Robin y le hizo un guiño burlón.

—Os revelaré, amigo mío, que llevo encima casi tanto dinero como vos, pero está escondido de tal modo que ni esos rufianes de Sherwood podrían encontrarlo.

—Sin duda, estáis bromeando —dijo Robin—. ¿Cómo puede uno esconder doscientas libras sobre su persona?

—Teniendo en cuenta que sois un hombre honrado, y además mucho más joven que yo, voy a confiaros lo que no le he contado nunca a nadie, y así

aprenderéis a no volver a hacer tonterías como ésta de creer que un disfraz de mendigo os protegería contra Robin Hood. ¿Veis estos zuecos que llevo en los pies?

—¿Cómo no? —dijo Robin riendo—. Son tan grandes que cualquiera los vería, aunque tuviera la vista tan nublada como Pedro Tirado, que nunca podía ver si era hora de ir al trabajo.

El mayorista de grano le revela a Robin Hood un gran secreto

—Tranquilo, amigo —dijo el mayorista de grano—, que éste no es asunto para tomar a broma. Las suelas de estos zuecos no son lo que aparentan, sino que cada uno es una cajita, y girando el segundo clavo a partir de la punta, la parte superior del calzado y parte de la suela se levantan como una tapa, revelando unos huecos que contienen noventa libras de oro en cada zueco, bien envueltas en pelo para que no tintineen y descubran el secreto.

Cuando el mayorista de grano hubo dicho esto, Robin estalló en carcajadas y, apoyando las manos en la brida, detuvo al miserable caballero.

—Parad, amigo —dijo entre explosiones de risa—. Sois en verdad el zorro más astuto que he visto en mi vida. ¡En las suelas de los zapatos, vive Dios! Si vuelvo a fiarme de un hombre con aspecto de pobre, que me afeiten la cabeza y me la pinten de azul. ¡Especulador de grano, campeón de equitación, agente de propiedades y más astuto que una urraca, ya lo creo! —y se echó a reír de nuevo hasta estremecerse dentro de sus zapatos.

Todo este tiempo, el mayorista de grano había estado mirando a Robin con la boca abierta de asombro.

—¿Estáis loco, para hablar de tal modo, tan fuerte y en un sitio como éste? —dijo—. Sigamos adelante y guardaos las risas hasta que estemos sanos y salvos en Newark.

—No —dijo Robin, con lágrimas de risa corriéndole por las mejillas—. Pensándolo bien, no seguiré adelante, pues tengo buenos amigos por estos alrededores. Vos podéis seguir si lo deseáis, querido y excelente amigo, pero tendréis que seguir descalzo, porque me temo que vuestro calzado se quedará aquí. Ya podéis quitároslo, amigo, pues os aseguro que les he cobrado gran afición.

Al oír estas palabras, el mayorista de grano se puso tan pálido como una servilleta de lino.

—¿Quién sois para hablarme así? —dijo.

Entonces Robin se echó a reír de nuevo y dijo:

—La gente de por aquí me llama Robin Hood; de modo, querido amigo, que más os vale hacer lo que os digo y entregarme vuestros zuecos sin demora, pues de lo contrario no llegaréis a la bella Newark hasta mucho después de anochecer.

Al oír el nombre de Robin Hood, el especulador se estremeció de miedo de tal manera que tuvo que agarrarse a la crin de su caballo para no caer de la montura. Luego, sin más dilación ni más palabras, se quitó los zuecos y los dejó caer al camino, sin soltar las riendas, se agachó a recogerlos y dijo:

—Querido amigo: tengo la costumbre de invitar a los que hacen negocios conmigo a cenar en Sherwood. A vos no os diré que vengáis, en atención al agradable viaje que hemos hecho juntos; pues os aseguro que hay algunos en Sherwood que no se mostrarían tan amables con vos como me he mostrado yo. El nombre del mayorista de grano deja mal sabor en la lengua de todos los hombres honrados. Seguid el consejo de un tonto como yo y no os volváis a acercar tanto a Sherwood, pues es posible que un día os encontréis con una flecha de a metro entre las costillas. Y con esto, me despido de vos.

Robin Hood se queda y el mayorista sigue su viaje descalzo

Diciendo lo cual, dio una palmada en las ancas del caballo y allá fueron jamelgo y caballero. Pero el rostro del hombre estaba empapado de sudor, producto del miedo, y puedo aseguraros que nunca más se dejó ver tan cerca de Sherwood como aquel día.

Robin se quedó mirándolo marchar y, cuando se perdió de vista, dio media vuelta, sin dejar de reír y se internó en el bosque llevando los zuecos en la mano.

Robin Hood y el Pequeño John cuentan sus aventuras a sus compañeros de Sherwood

Aquella noche, en Sherwood, las rojas hogueras iluminaron con su luz temblorosa los árboles y matorrales, y a su alrededor se sentaron o reclinaron los aguerridos miembros de la banda para escuchar el relato de las aventuras de Robin Hood y el Pequeño John. Empezó a hablar el Pequeño John, que contó su encuentro con las tres muchachas, entre grandes carcajadas y con lenguaje rebuscado, ofreciendo un atractivo relato de sus andanzas. Luego tomó la palabra Robin Hood, para referir su encuentro con el mendigo y lo ocurrido tras el seto, a la sombra del tilo. A continuación, el Pequeño John narró la alegre reunión en la posada, y Robin contó su aventura con los cuatro mendigos, enseñando el dinero que les había arrebatado. Por último, el Pequeño John explicó cómo había rezado a san Dunstano con los frailes grises y enseñó el oro que el santo le había enviado. A lo cual correspondió Robin con su relato del encuentro con el

mayorista de grano en el cruce de Ollerton, y enseñó los zuecos robados al enjuto traficante. Todos escuchaban con la máxima atención, y de vez en cuando el bosque retemblaba con sus sonoras carcajadas.

Cuando concluyó la narración, el fraile Tuck tomó la palabra.

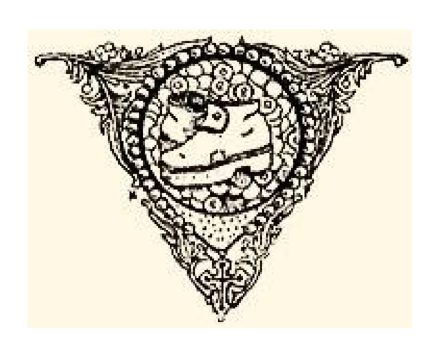
El fraile Tuck y Will Stutely opinan de diferente manera

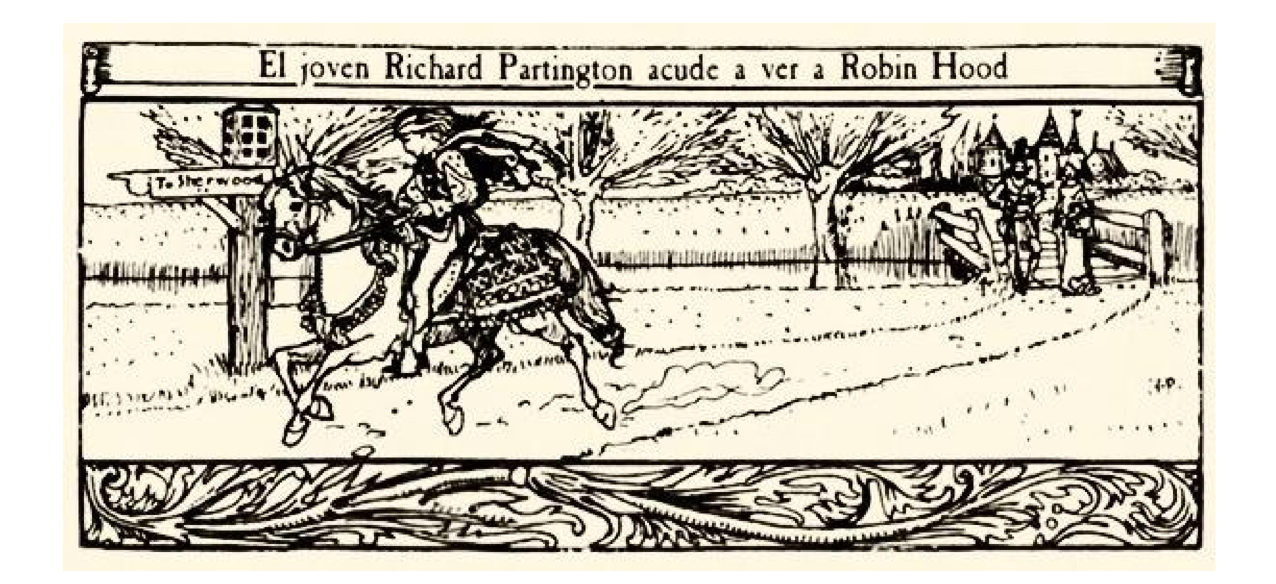
—Querido jefe —dijo—, te lo has pasado muy bien, pero me sigo ateniendo a lo dicho: que la vida de un fraile descalzo es la más divertida de las dos.

—No —dijo Will Stutely—. Yo le doy la razón a nuestro jefe y opino que fue el que mejor se lo pasó, puesto que tuvo dos peleas con bastón en un mismo día.

Y así, algunos de la banda estaban de parte de Robin Hood y otros del Pequeño John. En cuanto a mí, lo que yo pienso es… pero es mejor que deje que cada uno de vosotros saque sus propias conclusiones.

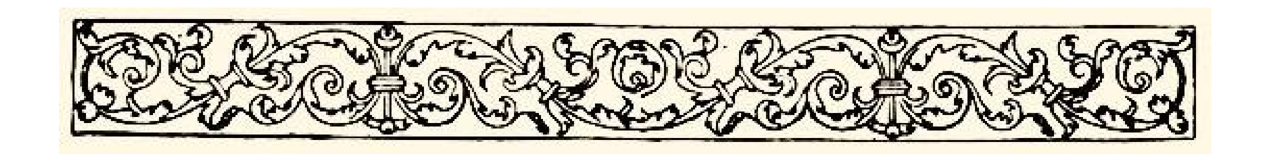
Y cuando hayáis llegado a una decisión, podremos pasar a ver cómo Robin fue a la famosa ciudad de Londres, donde dio una exhibición de tiro ante la propia reina Leonor; y también nos enteraremos de las aventuras que le acontecieron después; de manera que escuchad lo que sigue.





Séptima parte

Donde se cuenta cómo la reina Leonor mandó llamar a Robin Hood a la corte de la famosa ciudad de Londres, y cómo Robin Hood acudió a la llamada; y donde también se cuenta cómo el rey Enrique persiguió a Robin por todo el país, sin lograr atraparlo.



I

Robin y tres de sus hombres tiran ante la reina Leonor en el campo de Finsbury

TODA la extensión del camino se veía blanca y polvorienta bajo el sol de la tarde de verano, y los árboles se erguían inmóviles junto a la carretera. En las tierras de pastos, el aire caliente bailaba en remolinos, y en las cristalinas aguas del arroyo, cruzadas por un puentecito de piedra, los peces flotaban inmóviles sobre la arena amarilla, y las libélulas posadas sobre la afilada punta de los juncos permanecían quietas con las alas brillando al sol.

Richard Partington llega a Sherwood con un mensaje de la reina Leonor

Por el camino venía un joven montado en un caballo de Berbería, y todos los que se cruzaban con él se volvían a mirarle, pues nunca se había visto en todo Nottinghamshire un muchacho tan atractivo y vestido con tanta elegancia. No podía tener más de dieciséis años, y era tan lampiño como una muchacha. Sus cabellos, largos y rubios, ondeaban a su espalda mientras cabalgaba, vestido de seda y terciopelo, con brillo de joyas y una daga tintineando contra el pomo de la silla. Así llegó a Nottinghamshire el joven Richard Partington, paje de la reina, procedente de la famosa ciudad de Londres, para buscar a Robin Hood en el bosque de Sherwood por encargo de Su Majestad.

Richard Partington se detiene en la posada del Jabalí Azul

El camino estaba recalentado y lleno de polvo, y el viaje había sido largo, pues aquel día había recorrido todo el trayecto desde Leicester, a más de treinta kilómetros de distancia. En consecuencia, el joven Partington se alegró de ver ante él una pequeña y acogedora posada situada a la sombra de los árboles, delante de cuya puerta colgaba un letrero con la figura de un jabalí azul. Allí mismo tiró de las riendas y pidió a gritos que le sacaran una frasca de vino del Rin, pues la amarga cerveza campesina era una bebida demasiado fuerte para el joven caballero. Cinco

alegres parroquianos se sentaban en el banco a la sombra de la gran encina que extendía sus ramas frente a la puerta de la posada, bebiendo cerveza, y los cinco se quedaron mirando con admiración al elegante muchacho. Dos de los más robustos estaban vestidos de paño verde, y cada uno de ellos tenía a su lado, apoyado en el árbol, un grueso bastón de roble.

El posadero salió trayendo una frasca de vino y un vaso largo y estrecho sobre una bandeja, que sostuvo ante el paje montado a caballo. El joven Partington vertió el brillante vino amarillo y, levantando el vaso en alto, gritó:

—A la salud y perpetua felicidad de mi real señora, la noble reina Leonor; porque mi viaje encuentre feliz término, según sus deseos, y porque encuentre a cierto campesino al que llaman Robin Hood.

El paje habla con dos hombres vestidos de verde

Al oír estas palabras, todos le miraron fijamente, pero los dos hombres corpulentos vestidos de verde empezaron a cuchichear entre ellos. Entonces, uno de los dos, que a Partington le pareció el hombre más alto y corpulento que había visto en su vida, dijo:

—¿Qué queréis de Robin Hood, señor paje? ¿Y qué desea de él nuestra buena reina Leonor? No os pregunto esto a la ligera, sino por buenas razones, ya que sé algo acerca de ese hombre.

—Si es cierto que lo conocéis, buen hombre —dijo el joven Partington—, le prestaréis un gran servicio a él y le daréis un gran placer a nuestra señora la reina ayudándome a encontrarlo.

Entonces tomó la palabra el otro campesino, que era un tipo bien parecido, con el rostro tostado por el sol y el cabello castaño y rizado:

—Tenéis cara de honrado, señor paje, y nuestra reina es querida y apreciada por todos los campesinos. Es muy posible que mi amigo y yo podamos dirigiros sin problemas hacia Robin Hood, pues sabemos dónde se le puede encontrar. Pero os lo advierto claramente, ni por toda Inglaterra permitiremos que le ocurra ningún mal.

—Tranquilizaos; no me propongo hacerle ningún daño —dijo Richard Partington—. Le traigo un mensaje de nuestra reina; por lo tanto, si sabéis dónde puedo encontrarlo, os ruego que me guiéis hasta allí.

Los dos hombres que al joven Richard Partington al bosque de Sherwood y lo llevan a presencia de Robin Hood

Entonces los dos hombres se miraron uno a otro y el más alto dijo:

—No veo ningún peligro en ello, Will —a lo que el otro asintió. Tras lo cual, los dos se incorporaron y el más alto volvió a hablar:

—Creemos que sois sincero, señor paje, y que no traéis mala intención; así pues, os guiaremos hasta Robin Hood, como es vuestro deseo.

Partington pagó su consumición, los dos campesinos se unieron a él y acto seguido los tres se pusieron en camino.

Bajo el árbol de las reuniones, tendidos a la sombra sobre la verde hierba, entre las luces temblorosas de las hogueras encendidas aquí y allá, Robin Hood y buena parte de su banda escuchaban a Allan de Dale, que cantaba acompañado por los dulces sonidos de su arpa. Todos escuchaban en silencio, pues el canto del joven Allan representaba para ellos una de las mayores alegrías de la vida; pero de pronto se escuchó ruido de cascos de caballo y un momento más tarde el Pequeño John y Will Stutely aparecieron por el sendero del bosque y salieron al claro con el joven Richard Partington cabalgando entre ellos sobre su corcel blanco como la leche.

El paje de la reina le explica a Robin Hood los deseos de su majestad

Los tres se acercaron a donde se sentaba Robin Hood, mientras el resto de la banda los miraba con curiosidad y admiración, pues nunca habían visto una figura tan apuesta como la del joven paje, ni tan ricamente ataviada de sedas y terciopelos con adornos de oro y piedras preciosas. Robin Hood se levantó y acudió a su encuentro, y Partington saltó de su caballo y, quitándose la capa de terciopelo carmesí, recibió el saludo de Robin.

—¡Bienvenido! —exclamó éste—. Bienvenido seáis, apuesto joven; decidme, os lo ruego, ¿qué trae una persona tan principal, y vestida con tan ricos atuendos, a nuestro humilde bosque de Sherwood?

El joven Partington respondió:

—Si no me equivoco, vos sois el famoso Robin Hood, y ésta vuestra temida banda de campesinos proscritos. Os traigo saludos de nuestra graciosa majestad la reina Leonor. Muchas veces ha oído hablar de vosotros y de vuestras fechorías, y es su deseo veros la cara; por eso me envía a deciros que si accedéis a venir a Londres ella hará todo lo que esté en su mano para que no sufráis daño alguno y os devolverá sano y salvo a Sherwood. De aquí a cuatro días, nuestro buen rey Enrique, a quien Dios guarde, presidirá un gran torneo de tiro en los campos de Finsbury, al que acudirán los más famosos arqueros de toda Inglaterra. Nuestra reina desea veros competir con ellos, pues está convencida de que ganaríais el premio sin duda alguna. Así pues, me ha enviado con sus saludos y, como señal de buena voluntad, os envía este anillo de oro, sacado de su propio y real dedo, y que ahora pongo en vuestras manos.

Al oír esto, Robin Hood inclinó la cabeza y, tomando el anillo, lo besó con devoción, tras lo cual se lo puso en el dedo meñique.

—Antes perdería la vida que este anillo —dijo—. Para que lo separen de mí, mi mano tendría que estar muerta y fría, o cortada por la muñeca Honorable señor paje, obedeceré los deseos de nuestra reina e iré con vos a Londres; pero antes de partir, os ofreceré un banquete aquí en el bosque con lo mejor que tengamos.

—No puede ser —contestó el paje—. No tenemos tiempo que perder, de manera que preparaos lo antes posible; y si deseáis llevar con vos a alguno de vuestra banda, nuestra reina me encarga que os advierta que será igualmente bienvenido.

Robin Hood escoge tres de sus hombres para que le acompañen a Londres

—Tenéis razón —dijo Robin—. Tenemos muy poco tiempo, de modo que me prepararé ahora mismo. Escogeré tan sólo a tres de mis hombres para que me acompañen, y serán el Pequeño John, mi mano derecha; mi sobrino Will Escarlata y Allan de Dale, nuestro trovador. Vamos muchachos, preparaos para el viaje, que saldremos tan aprisa como podamos. Tú, Will Stutely, quedarás al mando de la banda mientras yo estoy ausente.

El Pequeño John, Will Escarlata y Allan de Dale salieron corriendo, rebosantes de júbilo, para hacer sus preparativos, mientras Robin hacía los suyos para el viaje. Al cabo de un rato, los cuatro reaparecieron, y puedo aseguraros que ofrecían una magnífica estampa: Robin iba vestido de azul de pies a cabeza, el Pequeño John y Will Escarlata de paño verde, y Allan de Dale vestía de escarlata desde la coronilla a la punta de sus borceguíes.

El paje y los cuatro proscritos salen del bosque de Sherwood

Todos llevaban bajo el gorro un casco de acero bruñido con remaches de oro, y bajo el jubón una cota de malla tan fina como si fuera de lana cardada y aun así tan fuerte que ninguna flecha podía atravesarla. Viendo que todos estaban preparados, el joven Partington montó de nuevo a caballo, los proscritos estrecharon las manos de sus compañeros y los cinco se pusieron en camino.

El paje y los cuatro proscritos viajan hacia Londres, llegando en la mañana del quinto día

Aquella noche la pasaron en la posada de Melton Mowbray, Leicestershire; la siguiente noche se alojaron en Kettering, Northamptonshire; la tercera, en Bedford Town; y la cuarta en St. Albans, Hertfordshire. Salieron de este último lugar poco después de la medianoche y, viajando durante la suave madrugada de verano, mientras el rocío se

deposita en las praderas y la neblina se acumula en los valles, mientras los pájaros entonaban sus más dulces cantos y las telarañas tendidas entre los setos brillan como mallas de plata, llegaron por fin ante las torres y murallas de la famosa ciudad de Londres cuando la mañana aún era joven y todo se veía dorado por el este.

La reina Leonor se encontraba sentada en el cenador real, por cuyos ventanales abiertos penetraban los amarillos rayos del sol, inundándolo todo de luz dorada. A su alrededor, sus damas de compañía charlaban en voz baja, mientras ella permanecía sentada en actitud soñadora, mientras la suave brisa penetraba en el recinto, cargado del aroma de las rosas rojas que crecían en el amplio jardín junto al muro. Alguien se acercó a anunciar que el joven paje Richard Partington había llegado con cuatro campesinos y aguardaba en el patio de abajo. La reina Leonor se incorporó muy alegre y ordenó que los condujesen inmediatamente a su presencia.

Robin Hood y sus tres compañeros son recibidos por la reina Leonor

Y así, Robin Hood, el Pequeño John, Will Escarlata y Allan de Dale comparecieron ante la reina en el cenador real. Robin Hood se arrodilló ante la soberana, con las manos sobre el pecho, y dijo en tono sencillo:

—Aquí está Robin Hood; me ordenasteis venir y obedezco vuestras órdenes. A vos me entrego como fiel servidor y obedeceré todo lo que ordenéis, aunque se trate de derramar la última gota de mi sangre.

Pero la buena reina Leonor sonrió complacida y le ordenó levantarse, tras lo cual hizo que todos se sentaran a descansar de su largo viaje. Se les trajeron ricos manjares y exquisitos vinos, y los propios pajes de la reina se encargaron de atender a los proscritos.

Los proscritos le cuentan a la reina sus aventuras en el bosque de Sherwood

Por fin, cuando hubieron comido hasta no poder más, la reina empezó a preguntarles por sus alegres aventuras. Ellos le relataron todas las famosas hazañas que en este libro se cuentan, entre otras la referente al obispo de Hereford y sir Richard de Lea, explicándole cómo el obispo había pasado tres días en el bosque de Sherwood. Al escuchar esto, la reina y sus damas se echaron a reír una y otra vez, imaginándose al obispo recorriendo los bosques en plan deportivo con Robin y sus hombres.

Allan de Dale canta ante la reina

Luego, cuando hubieron contado todo lo que les vino a la cabeza, la reina pidió a Allan que cantara para ella, pues su fama como trovador había llegado incluso a la corte de Londres. Sin hacerse rogar, Allan tomó su arpa en las manos,

pulsó las cuerdas para comprobar el sonido, y cantó el siguiente romance:

Allan de Dale canta para la buena reina Leonor

Río viejo, río viejo,
que tus cristalinas aguas
llevas hasta donde tiembla
el álamo con el aura,
y hasta donde se cimbrean
los lirios con su flor blanca.
Cantas sobre los guijarros
que en tu lecho azul descansan,
y besas las florecillas
que se inclinan sobre el agua,
y junto a las golondrinas
que beben tu linfa saltas,
y te ondulas cuando sopla
la brisa de la mañana.
Acostado para siempre
en el seno de tus aguas,
me dejaría llevar
sobre tu corriente pálida.
Así, acunado por ti
mientras llevar me dejara,
no me alcanzaría nunca
el dolor ni la nostalgia.

Así te busca, amor mío,
mi doliente corazón,
para encontrar el descanso
y la paz en mi dolor;
pues ha de ser para mí
tu amor una bendición,
y se acabarán mis penas,
mi dolor y mi aflicción.

Así cantó Allan, y mientras cantaba todos los ojos permanecían fijos en él y nadie se atrevía a hacer el más mínimo sonido; e incluso después de terminar el canto, el silencio se prolongó durante un rato. Y así transcurrió el tiempo hasta que llegó la hora del gran concurso de tiro en los campos de Finsbury.

Los famosos campos de Finsbury ofrecían un aspecto deslumbrante en aquella hermosa y soleada mañana de verano. En un extremo de la pradera se alzaban barracas para los diferentes grupos de arqueros, pues los hombres del rey estaban repartidos en compañías de ochenta hombres, cada una con un capitán al mando; así pues, sobre el verde césped se alzaban diez grandes tiendas de lona a rayas, una para cada compañía de arqueros reales, y en lo alto de cada una ondeaba una bandera con los colores del capitán de la

compañía. En la tienda del centro ondeaba la bandera amarilla de Tepus, el famoso portador del arco del rey; a un lado podía verse la bandera azul de Gilbert de la Mano Blanca, y al otro la enseña roja como la sangre del joven Clifton de Buckinghamshire. Los otros siete capitanes de arqueros eran igualmente individuos de gran renombre; entre ellos se encontraban Egbert de Kent y William de Southamton; pero los primeros que hemos citado eran los más famosos de todos. Dentro de las tiendas se oía el ruido de numerosas voces y risas, mientras los asistentes entraban y salían como hormigas en su hormiguero. Algunos llevaban barriles de cerveza, y otros acarreaban montones de arcos o aljabas llenas de flechas. A ambos lados del campo de tiro se habían levantado estrados con filas de asientos que llegaban hasta muy alto, y en el centro del lado norte se alzaba el palco del rey y la reina, con un toldo de lona de alegres colores y engalanado con multitud de cintas y colgantes de seda azules y rojos, verdes y blancos. El rey y la reina todavía no se habían presentado, pero todos los demás bancos estaban llenos de gente, fila tras fila de cabezas que llegaban tan alto que daba mareos mirarlas. A ciento sesenta metros de la marca desde donde dispararían los arqueros se habían instalado diez blancos, cada uno marcado por una bandera con los colores de la compañía que debía tirar contra él. Todo esto estaba preparado y todos aguardaban la llegada del rey y la reina.

Por fin se oyó un gran estruendo de trompetas, y entraron en el campo seis trompeteros a caballo, tocando trompetas de plata con pesadas colgaduras de terciopelo recamado en oro y plata.

El rey Enrique llega al famoso campo de Finsbury

Tras ellos venían el buen rey Enrique, montando un semental pinto, y su esposa la reina, sobre un palafrén blanco como la leche. A sus lados desfilaban los soldados de la guardia real, empuñando grandes alabardas cuyas hojas de acero pulido brillaban bajo los rayos del sol. Y detrás venía toda la corte, una gran multitud que llenó la pradera de alegres colores, sedas y terciopelos, plumas ondeantes y oro reluciente, con mucho brillo de joyas y espadas; un magnífico espectáculo para un hermoso día de verano.

Todos los espectadores se pusieron en pie y estallaron en aclamaciones, con un vocerío que sonaba como la tormenta en la costa de Cornualles, cuando las olas oscuras corren y saltan y se rompen, estallando entre las rocas; y así, entre las rugientes ovaciones de la masa y el flamear de pañuelos, el rey y la reina llegaron a su tribuna, desmontaron de sus caballos, subieron

la escalinata que llevaba al palco y allí tomaron asiento en dos tronos tapizados de seda púrpura y telas de plata y oro.

Los arqueros del rey desfilan ante sus reales majestades

Cuando todos callaron, sonó de nuevo una trompeta y los arqueros salieron desfilando ordenadamente de sus tiendas. Eran en total ochocientos hombres, y formaban la tropa más aguerrida que pudiera encontrarse en todo el ancho mundo. En perfecta formación, llegaron ante el palco donde se sentaban los reyes y allí se detuvieron. El rey Enrique miró con orgullo las filas de arriba abajo, conmovido en su interior por la visión de tan gallardo conjunto. Luego hizo una seña y su heraldo, sir Hugh de Mowbray, se adelantó para anunciar las reglas del juego.

Sir Hugh de Mowbray anuncia las reglas de la competición y los premios en disputa

Sir Hugh avanzó hasta el borde del estrado y habló con voz fuerte y clara, para que todos pudieran oírle, incluso desde el otro extremo de la pradera, y dijo lo siguiente: Que cada arquero dispararía siete flechas contra el blanco correspondiente a su compañía, y que de los ochenta hombres de cada compañía serían seleccionados los tres que hicieran mejores tiros. Estos tres dispararían tres flechas cada uno y se seleccionaría al que obtuviera mejor marca. Y cada uno de los seleccionados volvería a disparar tres flechas, obteniendo el mejor el primer premio, el siguiente el segundo premio y el tercero mejor el tercer premio. Cada uno de los demás seleccionados obtendría una gratificación de ochenta peniques de plata. El primer premio consistiría en cincuenta libras de oro, una corneta de plata con incrustaciones de oro y una aljaba de diez flechas blancas con punta de oro y plumas de ala de cisne blanco. El segundo premio, en el permiso de cazar, cuando el ganador quisiera, cien de los gamos más gordos que corren por el valle de Bailen. Y el tercer premio serían dos barriles de excelente vino del Rin.

Así habló sir Hugh y, cuando terminó, todos los arqueros levantaron en alto sus arcos y le aclamaron. A continuación, las compañías dieron media vuelta y desfilaron ordenadamente hacia sus posiciones.

Los ochocientos arqueros disparan sus flechas

Y dio comienzo el concurso, tirando en primer lugar los capitanes, que tras lanzar sus flechas dejaron sitio a sus hombres, que fueron tirando por turno después de ellos. Cinco mil seiscientas flechas se dispararon en total, y de manera tan certera que, al acabar, cada uno de los blancos parecía el lomo de un erizo cuando el perro de la granja le olfatea. Esta fase de la competición duró bastante rato y, al concluir, los jueces se adelantaron,

examinaron atentamente los blancos y anunciaron a grandes voces los nombres de los tres clasificados de cada compañía. El anuncio fue acogido con un gran vocerío, pues cada miembro de la multitud aclamaba a gritos a su arquero favorito. Se instalaron diez nuevos blancos y se hizo el silencio cuando los arqueros ocuparon de nuevo sus posiciones.

Los treinta arqueros clasificados disparan por segunda vez

Esta vez tardaron menos en tirar, ya que sólo se dispararon nueve flechas por cada compañía. Ni una sola de las flechas falló el blanco, pero en el de Gilbert de la Mano Blanca había cinco flechas en el pequeño círculo blanco que señalaba la diana central; de estas cinco flechas, tres habían sido disparadas por Gilbert. Entonces los jueces se adelantaron de nuevo y, tras examinar los blancos, anunciaron los nombres de los arqueros seleccionados como los mejores de cada compañía. El primero de ellos era Gilbert de la Mano Blanca, pues seis de sus diez flechas se habían clavado en el centro; pero el recio Tepus y el joven Clifton le seguían muy de cerca; aun así, los demás conservaban sus aspiraciones al segundo o tercer puesto.

Y entonces, entre los rugidos de la multitud, los diez arqueros que quedaban regresaron a sus tiendas para descansar un rato y cambiar las cuerdas de sus arcos, pues nada debía fallar en la siguiente ronda: ni el pulso debía temblar ni la vista nublarse a causa del cansancio.

La reina le hace extrañas preguntas al rey acerca de sus arqueros

Y entonces, mientras el fuerte murmullo de las conversaciones resonaba como el ruido del viento entre el follaje del bosque, la reina Leonor se dirigió al rey y le dijo:

—¿Creéis que estos hombres que han sido seleccionados son verdaderamente los mejores arqueros de toda Inglaterra?

—Sin duda —respondió el rey, sonriendo, pues se sentía muy complacido con la exhibición presenciada—. Y os digo que no sólo son los mejores arqueros de toda Inglaterra, sino también de todo el ancho mundo.

—¿Y qué diríais —siguió la reina Leonor— si yo encontrara tres arqueros comparables a los tres mejores de vuestra guardia?

—Diría que habéis logrado lo que yo no he podido lograr —dijo el rey, echándose a reír—, pues os aseguro que no existen en todo el mundo tres arqueros comparables a Tepus y Gilbert y Clifton de Buckinghamshire.

—Muy bien —dijo la reina—. Conozco a tres campesinos, y debo decir que no hace mucho que los vi, que me atrevería a enfrentar contra cualesquiera otros tres que vos eligierais entre vuestros ochocientos arqueros. Y lo que es más, voy a hacer que se enfrenten hoy mismo. Pero sólo permitiré

que compitan con vuestros arqueros si prometéis de antemano el perdón a todos los que compitan en mi nombre.

Al oír esto, el rey se echó a reír larga y ruidosamente.

El rey le hace una promesa a la reina

—A fe mía que os metéis en asuntos muy extraños para una reina —dijo—. Si me presentáis a esos tres tipos de los que habláis, os prometo de buena fe concederles licencia durante cuarenta días para ir o venir adonde les plazca, sin que se les toque en ese tiempo ni un pelo de sus cabezas.

El rey le propone a la reina una apuesta

»Y además, si esos tres arqueros vuestros tiran mejor que mis guardias, hombre a hombre, recibirán los premios ofrecidos, según sus méritos. Pero, puesto que de pronto os mostráis tan interesada en este tipo de deportes, ¿qué os parecería una apuesta?

—Bien, a decir verdad —dijo la reina Leonor, riendo—, no sé nada de estas cuestiones, pero si es vuestro deseo hacer algo por el estilo, me esforzaré en complaceros. ¿Qué apostaríais por vuestros hombres?

Entonces el rey se echó a reír de buena gana, pues le encantaban las apuestas, y dijo entre carcajadas:

La reina acepta la apuesta del rey

—Apuesto diez barriles de vino del Rin, otros diez barriles de la cerveza más fuerte, y doscientos arcos españoles de tejo curado, con aljabas y flechas a juego.

Todos los que los rodeaban sonrieron al oír esto, pues no parecía una apuesta muy adecuada para proponerle a una reina; pero la reina Leonor inclinó la cabeza tranquilamente.

—Acepto la apuesta —dijo—. Sé muy bien qué destino dar a esas cosas que habéis mencionado. Y ahora, ¿quién está de mi lado en este juego?

Y miró a los nobles que los rodeaban, pero ninguno de ellos se atrevió a hablar, y mucho menos a apostar a favor de la reina y en contra de arqueros como Tepus, Gilbert y Clifton. Entonces la reina habló de nuevo:

El obispo de Hereford se niega a respaldar la apuesta de la reina

—¿Cómo? ¿Nadie me respalda en esta apuesta? ¿Qué me decís vos, señor obispo de Hereford?

—No —se apresuró a responder el obispo—. No sería digno de una persona que viste hábitos enfrascarse en estas cuestiones. Y además, no existen en el mundo arqueros como los de su majestad; por lo tanto, perdería mi dinero.

—Me parece que el pensamiento del oro pesa más que el respeto a los hábitos —dijo la reina sonriendo, lo cual provocó una carcajada general, pues todos sabían lo aficionado que el obispo era al dinero.

Entonces la reina se dirigió a un caballero que se sentaba cerca de ella y cuyo nombre era sir Robert Lee.

—¿Me respaldaréis vos? —dijo—. Sin duda, sois lo bastante rico como para arriesgar esa minucia en honor de una dama.

—Lo haré para complacer a mi reina —dijo sir Robert Lee—, pero si se tratara de cualquier otra persona en el mundo, no apostaría ni un cuarto de penique, pues no hay hombre que pueda competir con Tepus, Gilbert y Clifton.

La reina no acepta que si Robert Lee respalde su apuesta

Entonces, volviéndose hacia el rey, la reina Leonor dijo:

—No quiero una ayuda como la que sir Robert me ofrece; pero contra vuestro vino, vuestra cerveza y vuestros arcos, apuesto este ceñidor repleto de joyas que llevo a la cintura; sin duda, esto vale más que lo vuestro.

—Acepto la apuesta —dijo el rey—. Haced llamar cuando queráis a vuestros arqueros. Pero aquí vienen los otros; dejémoslos tirar, y luego enfrentaremos al que gane con el mundo entero, si es preciso.

—Así sea —dijo la reina.

Y dirigiéndose al joven Richard Partington, le susurró algo al oído y el paje, tras hacer una reverencia, abandonó la tribuna, cruzó la pradera y se perdió entre la multitud. Todos los ocupantes del palco empezaron a cuchichear, preguntándose qué significaría todo aquello y quiénes serían los tres hombres que la reina se proponía enfrentar con los famosos arqueros de la guardia del rey.

Los diez arqueros finalistas disparan de nuevo

En aquel momento, los diez arqueros de la guardia ocuparon de nuevo sus posiciones y en la muchedumbre se hizo un silencio de muerte. Lenta y cuidadosamente, cada arquero disparó sus flechas, y tan absoluto era el silencio que se pudo oír perfectamente el sonido de cada flecha al clavarse en el blanco. Y cuando se disparó la última flecha, un rugido surgió de la multitud y puedo aseguraros que los tiros merecían tal acogida. Una vez más, Gilbert había introducido tres flechas en el círculo blanco; Tepus, segundo clasificado, había clavado dos en la diana y una más en el círculo negro que la rodeaba; sin embargo, Clifton había quedado por debajo de lo esperado y Hubert de Suffolk se alzaba con el tercer puesto, pues también había colocado dos flechas en la diana, mientras que Clifton había perdido una en el cuarto anillo; así pues, Hubert quedaba tercero.

Todos los arqueros de la tienda de Gilbert gritaron de alegría hasta lastimarse la garganta, arrojando sus gorros y estrechándose las manos unos a

otros.

En medio de todo este ruido y alboroto, cinco hombres llegaron caminando a través del césped hacia el pabellón real. El primero era Richard Partington, a quien todos conocían, pero los otros cuatro eran desconocidos para todo el mundo. Junto al joven Partington caminaba un campesino vestido de azul, y tras ellos venían otros tres, dos vestidos de paño verde y el otro de rojo escarlata. Este último llevaba tres recios arcos de tejo, dos de ellos con bellas incrustaciones de plata y el tercero con incrustaciones de oro. Mientras estos cinco hombres cruzaban la pradera, un mensajero llegó corriendo desde el palco real y rogó a Gilbert, Tepus y Hubert que le acompañaran. Y de pronto cesó el griterío, pues todos se dieron cuenta de que se avecinaba un imprevisto, y la multitud puesta en pie se inclinaba hacia delante para ver lo que ocurría.

El paje de la reina atraviesa el campo con cuatro extraños personajes

Cuando Partington y sus acompañantes llegaron ante el rey y la reina, los cuatro campesinos hincaron las rodillas en tierra y se despojaron de sus gorros. El rey Enrique se inclinó para mirarlos de cerca, pero el obispo de Hereford, en cuanto vio sus caras, saltó como si le hubiera picado una avispa. Abrió la boca como si fuera a hablar, pero al levantar los ojos vio que la reina le miraba con una sonrisa en los labios, y no dijo nada, limitándose a morderse el labio inferior, mientras su rostro se ponía rojo como una cereza.

El obispo de Hereford reconoce a sus viejos amigos

Entonces la reina se inclinó hacia adelante y habló con voz clara:

—Locksley —dijo—. He apostado con el rey a que vos y dos de vuestros hombres sois capaces de superar a cualesquiera tres arqueros que él presente. ¿Haréis todo lo que podáis por mí?

—Sí, señora —respondió Robin Hood, que era el interpelado—. Haré lo mejor de lo que soy capaz por vos, y si fracaso juro no volver a tensar un arco.

En cuanto al Pequeño John, aunque se había sentido algo cohibido en el cenador de la reina, ahora se sentía de nuevo el hombre decidido que era cuando las suelas de sus zapatos pisaban hierba verde, y dijo en tono atrevido:

—¡Dios bendiga vuestro dulce rostro, digo yo, y si acaso existiera un hombre que no estuviera dispuesto a darlo todo por vos…, no digo nada más sino que sería un placer romperle su cabeza de bellaco!

—¡Tranquilo, Pequeño John! —se apresuró a decir Robin en voz baja; pero la buena reina Leonor se echó a reír en voz alta, y una oleada de risitas

recorrió todo el estrado.

El obispo de Bishop no se rió, ni tampoco el rey, que se volvió a la reina y le preguntó:

—¿Quiénes son esos hombres que habéis traído ante nos?

El obispo de Hereford le dice a la reina quiénes son los cuatro desconocidos

Entonces el obispo habló por fin, incapaz de seguir callado:

—Majestad —dijo—, ese bribón de azul es un famoso ladrón y proscrito del interior, llamado Robin Hood; ese villano alto y corpulento es conocido como el Pequeño John; el otro de verde es un caballero descarriado que ahora se hace llamar Will Escarlata; y el hombre de rojo es un juglar vagabundo del norte, llamado Allan de Dale.

Al oír esto, el rey frunció las cejas en gesto siniestro y se volvió a la reina:

El rey se indigna con la reina

—¿Es eso cierto? —preguntó en tono severo.

—Sí —respondió la reina sonriendo—. El obispo ha dicho la verdad; y tiene motivos para estar enterado, pues él y dos de sus frailes pasaron tres días de asueto con Robin Hood en el bosque de Sherwood. No creí que el buen obispo traicionaría de ese modo a sus amigos. Pero acordaos de que habéis prometido garantizar la seguridad de estos buenos vasallos durante cuarenta días.

—Mantendré mi promesa —dijo el rey con voz ronca, reveladora de la ira que crecía en su pecho—. Pero cuando hayan pasado esos cuarenta días, que se cuide este bandido, porque es muy posible que las cosas no le vayan tan bien como él quisiera.

Entonces se dirigió a sus arqueros, que aguardaban junto a los hombres de Sherwood, escuchando con asombro todo lo que se hablaba, y les dijo:

—Gilbert, y tú, Tepus, y tú, Hubert: he apostado a que disparáis mejor que estos tres hombres. Si derrotáis a estos villanos, os llenaré los gorros de monedas de plata; si perdéis, os quedaréis sin los premios que tan justamente habéis ganado y que irán a parar a sus manos; competiréis uno contra uno. Haced lo que podáis, muchachos, y si ganáis esta competición tendréis motivos para celebrarlo hasta el fin de vuestros días. Id ahora a ocupar vuestras posiciones.

Los arqueros del rey dieron media vuelta y regresaron a sus tiendas, mientras Robin y sus hombres se acercaban a ocupar las posiciones de tiro y allí les pusieron cuerda a los arcos, revisaron las aljabas de flechas y eligieron las más perfectas y mejor emplumadas.

La noticia de la presencia

Pero cuando los arqueros del rey llegaron a las tiendas, les contaron a sus compañeros lo que había sucedido, y que aquellos cuatro hombres eran Robin Hood y tres miembros de su banda, a saber: el Pequeño John, Will Escarlata y Allan de Dale. La noticia se difundió rápidamente por las tiendas de los arqueros, pues no había uno solo entre ellos que no hubiera oído hablar de los famosos proscritos del interior. Y de los arqueros, la noticia se trasmitió a la muchedumbre que contemplaba el torneo, hasta que todo el mundo se puso en pie, estirando el cuello para ver mejor a los famosos bandoleros.

de Robin Hood se extiende por todo el campo

Se instalaron seis nuevos blancos, uno para cada tirador, y a los pocos instantes Gilbert, Tepus y Hubert salieron de sus tiendas. Entonces Robin Hood y Gilbert de la Mano Blanca arrojaron un penique al aire para decidir quién empezaba primero, y la suerte designó al equipo de Gilbert, el cual indicó a Hubert de Suffolk que tirara en primer lugar.

Hubert de Suffolk inicia la competición

Hubert ocupó su puesto, plantó con firmeza los pies en el suelo y montó una flecha en su arco; se echó aliento en las puntas de los dedos y tiró lenta y cuidadosamente de la cuerda. La flecha partió silbando y se clavó en el círculo blanco; volvió a tirar, y de nuevo hizo diana; pero la tercera flecha se desvió del centro y se clavó en el círculo negro, aunque a menos de un dedo de lo blanco. La multitud rompió en vítores, pues era la mejor marca lograda por Hubert aquel día.

Robin se echó a reír y dijo:

—Vas a tener problemas para superar esto, Will, pues te toca tirar ahora a ti. Animo, muchacho, y no avergüences a Sherwood.

Will Escarlata ocupó su posición, pero a causa de un exceso de precauciones falló el blanco con la primera flecha, que se clavó en el anillo siguiente al negro, el segundo desde el centro. Robin se mordió los labios.

—Muchacho, muchacho —dijo—. No sujetes tanto la cuerda. ¿Cuántas veces te he repetido lo que decía el viejo Swanthold: «Por exceso de cuidado se derrama la leche»?

Will Escarlata siguió el consejo y su siguiente flecha se clavó limpiamente en el centro; lo mismo hizo la tercera. Pero, en conjunto, Hubert había obtenido mejor puntuación y quedaba ganador. Todos los espectadores aplaudieron, muy contentos de que Hubert hubiera vencido al forastero.

Will Escarlata tira a continuación, pero falla con la primera flecha

El rey, muy serio, le dijo a la reina:

—Si vuestros arqueros no son mejores que ése, vais a perder la apuesta, señora.

Tira Tepus, el portador del arco del rey

Pero la reina Leonor sonrió, pues esperaba mejores cosas de Robin Hood y el Pequeño John.

A continuación, Tepus se dispuso a tirar. También él se sentía abrumado por la responsabilidad y cayó en el mismo error que Will Escarlata. Clavó la primera flecha en el centro, pero la segunda se desvió, alojándose en el círculo negro. Sin embargo, su último tiro fue el de la suerte, pues la flecha se clavó en el mismo centro de la diana, sobre el punto negro que lo indicaba.

El Pequeño John supera a Tepus

—Éste es el mejor tiro que se ha visto hoy —dijo Robin Hood—. Pero no obstante, amigo Tepus, veremos quién ríe el último. Te toca a ti, Pequeño John.

El Pequeño John ocupó su posición tal como se le indicaba y disparó sus tres flechas a toda velocidad, sin bajar ni una sola vez el brazo que sostenía el arco, y montando las flechas con el arco levantado. Y a pesar de ello, las tres flechas se clavaron en la diana, a bastante distancia del borde. No se oyó ni un grito ni un sonido, pues a pesar de ser el mejor tiro realizado en todo el día, a la gente de Londres no le hizo gracia ver a su admirado Tepus vencido por un campesino, aunque se tratara de alguien tan famoso como el Pequeño John.

Gilbert de la Mano Blanca repite un tiro perfecto

Y entonces, Gilbert de la Mano Blanca ocupó su puesto y disparó con gran cuidado; y de nuevo, por tercera vez en el día, clavó las tres flechas en la diana.

—¡Bien hecho, Gilbert! —dijo Robin Hood, dándole una palmada en el hombro—. A fe mía que sois uno de los mejores arqueros que han contemplado mis ojos. Deberíais ser un hombre de los bosques como nosotros, pues me parecéis más hecho para la alegre vida del bosque que para los empedrados y muros grises de Londres.

Y así diciendo, ocupó su lugar y extrajo de su aljaba una flecha recta y bien torneada, que hizo girar entre las manos antes de montarla en el arco.

Entonces el rey empezó a murmurar para el cuello de su camisa:

El rey Enrique eleva una plegaria a San Huberto

—¡Oh, bendito san Huberto! Si tan sólo os dignarais empujar el codo de ese bellaco para que su flecha diera en el segundo anillo, donaría ciento sesenta cirios de cera, de tres dedos de grosor, para vuestra capilla de Matching.

Pero lo más probable es que san Huberto tuviera los oídos taponados con estopa aquel día, porque no pareció escuchar

las oraciones del rey.

Tras haber elegido tres flechas de su agrado, Robin revisó atentamente la cuerda de su arco antes de disparar.

—Sí —seguía diciéndole a Gilbert, que se había quedado junto a él para verle tirar—, deberíais hacernos una visita allí en Sherwood —aquí tiró de la cuerda hasta que la mano quedó junto a la oreja—. En Londres —aquí disparó la flecha— no podéis disparar más que contra grajos y cornejas, pero allí podríais picotear las costillas a los mejores venados de toda Inglaterra.

Y aunque no dejó de hablar mientras tiraba, la flecha se clavó en la diana, a menos de media pulgada del punto central.

—¡Por mi alma! —exclamó Gilbert—. ¿Sois acaso el diablo vestido de azul, para tirar de ese modo?

Robin Hood dispara sus tres flechas y causa sensación

—No —respondió Robin riendo—, no soy tan malo como eso, confío.

Y diciendo esto, tomó otra flecha y la montó en la cuerda. De nuevo disparó, y de nuevo insertó la flecha a un dedo del centro; tensó el arco por tercera vez, y la flecha se clavó entre las otras dos, en el mismísimo centro de la diana, de modo que las plumas de las tres flechas quedaron entremezcladas, y a cierta distancia parecían una sola flecha.

Gilbert se reconoce vencido

Y entonces se fue extendiendo un murmullo entre la muchedumbre, pues jamás se había visto en Londres semejante puntería; y jamás se volvería a ver después de los tiempos de Robin Hood. Todos comprendieron que los arqueros del rey habían sido vencidos limpiamente, y el honesto Gilbert le estrechó la mano a Robin, reconociendo que jamás llegaría a tirar como Robin Hood o el Pequeño John. Pero el rey, completamente encolerizado, no estaba dispuesto a aceptarlo, aunque en el fondo sabía que sus hombres no podían competir con aquellos bribones.

—¡No! —exclamó, aferrando los brazos de su asiento—. ¡Gilbert aún no está vencido! ¿Acaso no acertó las tres veces en la diana? Aunque yo haya perdido mi apuesta, él todavía no ha perdido el primer premio. Volverán a tirar otra vez, y otra más, y las que sean necesarias hasta que quede claro si el mejor es él o ese rufián de Robin Hood. Vamos, sir Hugh, decidles que tiren otra ronda, y otra, hasta que uno de los dos sea derrotado.

Sir Hugh, viendo lo furioso que estaba el rey, no respondió una palabra y se apresuró a seguir sus órdenes; se acercó hasta donde se encontraban Robin y el otro, y les explicó lo que había dicho el rey.

Gilbert dispara una flecha más, pero falla el tiro

—De todo corazón —dijo alegremente Robin—. Seguiré tirando hasta mañana, con tal de complacer a nuestro gracioso rey y señor. A vuestro puesto, Gilbert, y disparad.

Así pues, Gilbert ocupó su posición una vez más, pero esta vez falló, pues un vientecillo que se levantó de repente desvió su flecha, que falló la diana central, aunque tan sólo por la anchura de un grano de centeno.

Robin clava otra flecha en el centro de la diana

—Se os cayó la cesta de huevos, Gilbert —comentó Robin riendo; y acto seguido disparó una flecha, que una vez más se clavó en el círculo blanco de la diana.

Entonces el rey se levantó de su asiento y, sin decir palabra, miró torvamente a todos los que le rodeaban, y mal le habría ido al que se hubiera permitido una sonrisa o un gesto de satisfacción.

El rey abandona furioso el campo de tiro

A continuación, el rey, la reina y toda la corte abandonaron el lugar, pero el corazón del rey hervía de rabia.

Cuando el rey se hubo marchado, todos los arqueros de la guardia acudieron en masa y rodearon a Robin, el Pequeño John, Will y Allan, deseosos de echar un vistazo a los famosos personajes del interior; y con ellos acudieron muchos de los espectadores del espectáculo, con la misma intención. Y llegó un momento en que los cuatro proscritos, que seguían hablando con Gilbert, se vieron rodeados por una multitud de personas que se arremolinaban a su alrededor.

—¡Pardiez! —le dijo el Pequeño John a Will Escarlata—. Tal parece que esta pobre gente no haya visto en su vida a un hombre del bosque, o que seamos un espectáculo curioso, como el Gigante de Cumberland o el Enano de Gales, que vimos el mes pasado en la feria de Norwich.

Al cabo de un rato, los tres jueces encargados de entregar los premios se acercaron a ellos y el presidente de los tres le dijo a Robin:

—En cumplimiento de lo acordado, os corresponde en buena justicia el primer premio; aquí os hago entrega de la corneta de plata, aquí está la aljaba con flechas de oro, y aquí una bolsa con cincuenta libras de oro —y con estas palabras entregó los premios a Robin, y se volvió hacia el Pequeño John.

—A vos —dijo—, os corresponde el segundo premio, consistente en cien de los mejores gamos que corren por el valle de Dallen, y que tenéis licencia para cazar a vuestra voluntad.

Y por último se dirigió a Hubert.

—Vos habéis vencido limpiamente al campesino con el que os enfrentasteis y vuestro es el tercer premio, consistente en dos toneles de buen vino del Rin, que os entregarán cuándo y cómo deseéis.

A continuación, convocó a los otros siete arqueros del rey clasificados para la ronda final y les entregó ochenta peniques de plata a cada uno.

Entonces Robin tomó la palabra y dijo:

Robin Hood y el Pequeño John reparten sus premios entre los arqueros de la guardia real

—Me quedaré con esta corneta de plata en recuerdo de este torneo; pero vos, Gilbert, sois el mejor arquero de toda la guardia del rey, y os cedo de buena gana esta bolsa de oro. Quedáosla, amigo, y ojalá fuera diez veces mayor, pues sois en verdad un hombre honesto y cabal. Además, a cada uno de los diez finalistas les daré una de estas flechas de oro. Guardadlas siempre, para poder contar a vuestros nietos, si es que el cielo os bendice con ellos, que fuisteis los mejores arqueros de todo el ancho mundo.

Los arqueros ovacionaron este discurso, encantados de que Robin hablara así de ellos.

Entonces habló el Pequeño John.

—Amigo Tepus —dijo—, yo no quiero esos ciervos del valle de Dallen que dice el señor juez, pues a decir verdad tenemos suficientes, y más que suficientes, en nuestro propio condado. Os cedo cincuenta a vos, para que disfrutéis cazándolos, y cinco a cada compañía, para que se diviertan.

Esto fue recibido con otra gran ovación, y muchos arrojaron sus gorros al aire, jurando que nunca se había visto en aquel campo mejor gente que Robin Hood y sus compañeros.

Mientras todos gritaban a más y mejor, un hombre alto y fornido de la guardia del rey se acercó a Robin y le tiró de la manga.

—Señor mío —dijo—, tengo algo que deciros al oído. Vive Dios que parece una tontería para que un hombre se la diga a otro; pero un joven paje con aires de pavo real, un tal Richard Partington, os estaba buscando en vano entre la multitud y, al no poder encontraros, me encargó que os transmitiera un mensaje de parte de cierta dama que vos adivinaréis. Dicho mensaje tenía que ser comunicado en privado, palabra por palabra, y dice así. Vamos a ver… espero no haberlo olvidado… sí eso era: «El león ruge. Cuidad de vuestra cabeza».

Robin es advertido de la cólera del rey

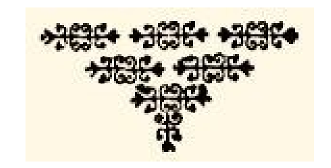
—¿De veras? —dijo Robin sorprendido, pues sabía muy bien que el mensaje había sido enviado por la reina, para advertirle de la cólera del rey—. Os doy las gracias, amigo

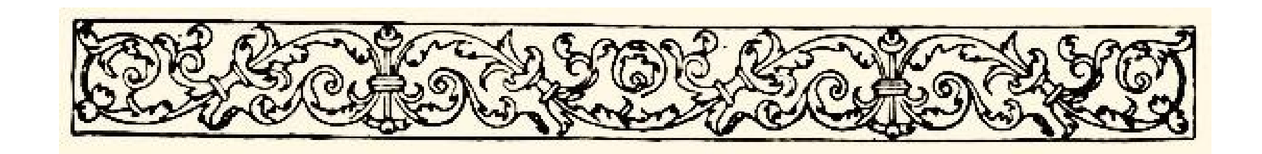
mío, pues me habéis hecho un servicio mayor de lo que suponéis.

Robin Hood y sus tres compañeros salen de Londres

Entonces llamó aparte a sus tres hombres y les dijo que más valía que se pusieran en marcha, pues las cosas podían ponerse feas para ellos si se quedaban tan cerca de Londres. Así pues, sin perder más tiempo, se abrieron paso entre la multitud hasta salir de la aglomeración. Y sin detenerse ni un momento, salieron de Londres y emprendieron el camino hacia el norte.

Así terminó el famoso concurso de tiro ante la reina Leonor. Y ahora veremos lo mal que mantuvo el rey Enrique su palabra dada a la reina, al prometerle no hacer ningún daño a Robin en cuarenta días, durante los cuales podría ir y venir como quisiera.





II

La persecución de Robin Hood

ROBIN Hood y sus compañeros abandonaron el campo de tiro de Finsbury y, sin perder tiempo, tomaron el camino del norte para regresar a su tierra. Y bien hicieron, pues no se habían alejado más que seis kilómetros por el camino cuando seis guardias del rey se introdujeron apresuradamente entre la multitud que aún permanecía en la escena del concurso, buscando a Robin y sus hombres para prenderlos y hacerlos prisioneros.

El rey rompe su promesa de no perseguir a Robin Hood

Hemos de reconocer que no fue digno por parte del rey romper su promesa, pero todo sucedió por culpa del obispo de Hereford, y ocurrió de este modo:

El obispo de Hereford incita al rey en contra de Robin Hood

Cuando el rey se marchó del campo de tiro, se dirigió sin perder tiempo a su gabinete, y con él fueron el obispo de Hereford y sir Robert Lee; pero el rey no les dijo una sola palabra y se sentó mordiéndose el labio inferior, pues se sentía afrentado por lo sucedido. Por fin, el obispo de Hereford se decidió a hablar, en voz baja y lastimera:

—Es una verdadera pena, majestad —dijo—, que a ese bellaco forajido se le permita escapar de este modo; si se le deja regresar a Sherwood sano y salvo, se seguirá burlando del rey y sus servidores.

Al oír estas palabras, el rey levantó la mirada y la fijó torvamente en el obispo.

—¿Eso os parece? —dijo—. A su debido tiempo os demostraré lo equivocado que estáis; en cuanto hayan transcurrido estos cuarenta días, prenderé a ese bandolero ladrón, aunque tenga que hacer pedazos el bosque de Sherwood para encontrarle. ¿Creéis que un pobre rufián sin amigos ni dinero puede burlarse de las leyes del rey de Inglaterra?

Entonces el obispo habló de nuevo, con voz suave y humilde:

—Perdonad mi atrevimiento, majestad, y creed como cierto que no me impulsa más que el amor a Inglaterra y el respeto a los deseos de vuestra majestad. Pero ¿de qué serviría que mi noble soberano arrancara hasta el último árbol de Sherwood? ¿Acaso no existen otros lugares donde Robin Hood pueda ocultarse? Cannock Chase no está muy lejos de Sherwood, y el gran bosque de Arden no se encuentra muy alejado de Cannock Chase. Y existen otros muchos bosques en Nottingham y Derby, en Lincoln y en York, en los cuales tan probable es que vuestra majestad logre atrapar a Robin Hood como echarle mano a una rata entre todos los trastos y cachivaches de una buhardilla. No, mi gracioso soberano, si llega a poner el pie en un bosque, la ley le habrá perdido para siempre.

Al oír estas palabras, el rey tamborileó indignado con los dedos en la mesa que tenía a su lado.

—¿Qué queréis que haga, señor obispo? —dijo—. ¿Acaso no oísteis la promesa que le hice a la reina? Vuestra charla es tan estéril como el aire del fuelle sobre el carbón apagado.

—Lejos de mi intención —dijo el astuto obispo— indicar lo que se debe hacer a persona tan clarividente como vuestra majestad. Pero si yo fuera el rey de Inglaterra, vería el asunto de este modo: digamos que he prometido a mi reina que durante cuarenta días el más astuto bandido de Inglaterra tendrá libertad para ir y venir; pero he aquí que me encuentro al forajido al alcance de mis manos. ¿Debería aferrarme insensatamente a una promesa hecha tan sin pensar? Supongamos que he prometido hacer lo que su majestad la reina desee, y ella me pide que me dé muerte. ¿Debo cerrar los ojos y arrojarme ciegamente sobre mi espada? Así sería mi razonamiento.

El rey escucha los malos consejos del obispo de Hereford y le da una orden a sir Robert Lee

Por otra parte, me seguiría diciendo, una mujer no sabe nada de los grandes asuntos referentes al gobierno de los estados; y además, me consta que las mujeres siempre se dejan llevar por los caprichos: ahora cogen una margarita al borde del camino y al poco rato la tiran, cuando ha perdido el aroma; por lo tanto, aunque ahora se haya encaprichado con ese bandido, pronto se le pasará y lo olvidará. Mientras que yo tengo en mis manos al mayor villano de Inglaterra. ¿Debo abrir la mano y dejar que se escape entre mis dedos? Eso, majestad, es lo que yo me diría si fuera rey de Inglaterra.

Así habló el obispo; el rey escuchó sus malos consejos y al cabo de un rato, se volvió a sir Robert Lee y le ordenó que mandara seis hombres de la guardia para prender a Robin Hood y a sus tres compañeros.

Ahora bien, sir Robert era un caballero noble y cabal, y le dolía en lo más profundo ver al rey romper su promesa; aun así, no dijo nada, pues se daba cuenta de lo enfurecido que estaba el rey contra Robin Hood; pero no envió a la guardia inmediatamente, sino que primero fue a ver a la reina y le contó todo lo sucedido, rogándole que advirtiera a Robin del peligro. No hizo esto pensando en el bienestar de Robin Hood, sino para salvar, si era posible, el honor de su soberano. Y de este modo, cuando los guardias llegaron por fin al campo de tiro, no pudieron encontrar a Robin y sus hombres, y se marcharon de la feria sin comer pasteles.

Sir Robert advierte a la reina del peligro que corre Robin

La tarde estaba ya muy avanzada cuando Robin Hood, el Pequeño John, Will y Allan emprendieron el camino de regreso, marchando animadamente a la luz amarillenta del atardecer, que pronto se convirtió en roja cuando el sol se hundió tras el horizonte. Las sombras se alargaron y acabaron fundiéndose con la uniformidad gris del crepúsculo. El polvoriento camino se veía blanco entre los oscuros setos, y por él avanzaban los cuatro camaradas como cuatro sombras; el ruido de sus pisadas resonaba con fuerza y sus voces, al conversar, rompían el silencio del aire. La luna, grande y redonda, flotaba inerte en la zona oriental del cielo cuando divisaron frente a ellos las luces parpadeantes del poblado de Barnet, a quince o veinte kilómetros de Londres. Recorrieron sus calles empedradas, pasando junto a atractivas casitas con fachadas voladizas, a cuyas puertas se sentaban burgueses y artesanos a la luz de la luna, rodeados por sus familias, y por fin, al otro lado del villorrio, encontraron una pequeña posada, de muros decorados con rosales y madreselvas. Robin se detuvo ante la posada, pues encontró el lugar de su agrado, y dijo:

Robin Hood y sus compañeros se alojan en una posada de Barnet

—Aquí descansaremos y pasaremos la noche, pues ya nos encontramos bastante lejos de Londres y de la ira del rey. Y además, si no me equivoco, aquí encontraremos buena comida. ¿Qué decís, muchachos?

—A decir verdad, jefe —respondió el Pequeño John—, tus deseos y mis actos siempre coinciden, como la cerveza y las pastas. Entremos, digo yo también.

Entonces habló Will Escarlata:

—Siempre estoy dispuesto a hacer lo que tú digas, tío, pero quisiera haber llegado más lejos antes de detenernos a pasar la noche. No obstante, si tú crees que está bien, yo también digo que pasemos la noche aquí.

Entraron, pues, y pidieron lo mejor que hubiera en la casa. Pronto tuvieron delante un banquete completo, con dos buenas botellas de jerez viejo para regarlo. Las viandas les fueron servidas por la moza más gorda y rolliza que se pudiera encontrar en la tierra, y el Pequeño John, siempre dispuesto a admirar a una muchacha atractiva, aun en presencia de comida y bebida, puso los brazos en jarras y clavó sus ojos en ella, guiñándolos sugestivamente cada vez que ella miraba en su dirección. Y tendríais que haber visto cómo se estremecía de risa la moza, y cómo miraba al Pequeño John con el rabillo del ojo, formándosele un hoyuelo en cada mejilla; a John siempre se le habían dado bien las mujeres.

—Vamos, vamos, Pequeño John —dijo Robin—. Deja a la chica en paz y concéntrate en la comida, o te quedarás con el estómago vacío. Come primero y corteja después, que no encontrarás proverbio más sabio al que prestar oídos.

—No —dijo el Pequeño John en tono jactancioso—. Para mí es un mal proverbio. ¿Quién podría concentrarse en la comida y la bebida y dejar pasar a una moza tan hermosa, sin prestar atención a los prodigiosos dones que los benditos santos le han otorgado? Ven aquí, deliciosa patita, y sírveme un poco de vino para que pueda brindar a tu salud y rogarle al venerable san Suspenso que te envíe lo que mereces: un marido que sea por lo menos conde o duque. ¡Por mi alma, que antes bebería agua que tú me sirvieras que el mejor moscatel servido por otra mujer cualquiera de Inglaterra!

Al oír este discurso, los demás proscritos rugieron de risa, y la muchacha bajó la mirada, sonrojándose y pensando que el Pequeño John era el joven más agradable que había conocido en su vida.

Así de animada trascurrió la cena, y nunca se habían visto en aquella posada comensales tan entusiastas como los cuatro alegres camaradas, pero por fin terminaron de comer, aunque parecía que nunca iban a terminar, y se quedaron sentados a disfrutar del jerez. En ésas estaban cuando de pronto entró el posadero y dijo que en la puerta había cierto caballero llamado Richard Partington, de la casa de la reina, que deseaba ver al joven de azul y hablar con él sin pérdida de tiempo. Robin se levantó inmediatamente y, tras advertir al posadero que no le siguiera, dejó a los demás mirándose unos a otros y preguntándose qué iría a suceder.

Al salir de la posada, Robin se encontró al joven Richard Partington que esperaba su llegada a la luz de la luna, montado en su caballo.

—¿Qué noticias traéis, señor paje? —preguntó Robin—. Espero que no sean del género malo.

El joven Richard Partington avisa a Robin del peligro que corre

—Pues tal como están las cosas, ya están bastante mal —respondió el joven Partington—. El rey está muy furioso con vos, incitado por ese ruin obispo de Hereford. Ordenó que os prendieran en el campo de tiro de Finsbury, pero al no encontraros allí ha reunido a toda su guardia, más de mil hombres, enviándola a toda marcha por este mismo camino hacia Sherwood, con el fin de alcanzaros por el camino o impedir que lleguéis de vuelta a los bosques. Ha puesto al obispo de Hereford al mando de estos hombres, y vos sabéis lo que podéis esperar del obispo de Hereford: una confesión corta y una cuerda larga. Dos compañías de caballería están ya en camino, no mucho detrás de mí, de modo que más vale que salgáis de aquí inmediatamente, pues si os demoráis acabaréis la noche durmiendo en un frío calabozo. Esto es lo que la reina me ha ordenado que os diga.

—Señor Richard Partington —dijo Robin—, ésta es la segunda vez que me salváis la vida, y si se presenta una ocasión adecuada os demostraré que Robin Hood jamás olvida estas cosas. En cuanto al obispo de Hereford, si vuelvo a cogerlo cerca de Sherwood, le va a ir muy mal conmigo. Podéis decirle a nuestra señora la reina que saldré de este lugar sin dilación, y le haré creer al posadero que nos dirigimos a San Albans; pero cuando salgamos de nuevo al camino, yo iré por un lado y mis hombres por otro, de manera que, si alguno de nosotros cae en manos del rey, los demás puedan escapar. Viajaremos por senderos apartados y así espero que podamos llegar a Sherwood sanos y salvos. Y ahora, señor paje, quedad con Dios.

—Adiós, valiente —dijo el joven Partington—, y quiera Dios que lleguéis a salvo a vuestro escondite.

Y con esto, los dos se estrecharon las manos y el joven caballero dio la vuelta a su caballo y partió de regreso a Londres, mientras Robin volvía a entrar en la posada.

Allí encontró a sus compañeros sentados en silencio, aguardando su regreso. También estaba allí el posadero, que se moría de curiosidad por saber lo que el joven Partington le habría dicho a aquel viajero de azul.

—¡En pie, camaradas! —dijo Robin—. ¡Éste no es sitio para nosotros, pues vienen tras nosotros y tenemos pocas posibilidades de no caer en sus manos! Nos pondremos en marcha otra vez, y no nos detendremos hasta haber llegado a San Albans.

Robin Hood y sus hombres se marchan de la posada

Y sacando la bolsa, pagaron al posadero lo consumido y salieron de la posada.

de Barnet

Cuando llegaron al camino real, ya fuera de la población, Robin se detuvo y les contó a los demás lo que le había dicho el joven Partington, y que los hombres del rey les pisaban los talones. Luego les dijo que debían separarse; ellos tres irían hacia el este y él hacia el oeste, evitando las carreteras principales y utilizando caminos secundarios para llegar a Sherwood.

Robin Hood se separa de sus hombres

—Actuad con astucia —les dijo Robin Hood—, y manteneos apartados de los caminos hacia el norte, hasta que estéis bien al este. Y tú Will Escarlata, irás al mando, ya que tienes una mente ágil e ingeniosa.

Entonces Robin besó a los tres en las mejillas, ellos le besaron a él, y el grupo se dividió.

Los hombres del rey llegan en busca de Robin, pero no lo encuentran

Poco después de esto, una veintena o más de jinetes del rey llegó al galope a la posada de Barnet. Allí saltaron de sus monturas y rápidamente rodearon el edificio, tras lo cual el jefe de la partida y otros cuatro hombres penetraron en la sala donde habían estado los proscritos. Pero se encontraron con que los pájaros habían volado y el rey había sido burlado por segunda vez.

—Ya me dio la impresión de que no eran de fiar —dijo el posadero al enterarse de a quién perseguían los soldados—. Pero le oí decir a aquel rufián de azul que irían directamente a San Albans, así que si os apresuráis, aún tenéis posibilidades de alcanzarlos en el camino real, entre aquí y allí.

El jefe de la partida le dio efusivamente las gracias por esta información y, reuniendo de nuevo a sus hombres, los hizo montar de nuevo y todos partieron al galope hacia San Albans, reanudando la cacería.

El Pequeño John, Will Escarlata y Allan de Dale llegan sanos y salvos a Sherwood

Después de dejar el camino real cerca de Barnet, el Pequeño John, Will Escarlata y Allan de Dale se dirigieron hacia el este, sin detenerse mientras sus piernas pudieran sostenerlos, hasta que llegaron a Chelmsford, en el condado de Essex. Allí torcieron hacia el norte, pasando por Cambridge y Lincolnshire, hasta llegar a la bella población de Gainsborough. Doblaron al oeste, y luego al sur, y por fin llegaron al lindero norte del bosque de Sherwood, sin haber visto en todo el trayecto ni un solo grupo de hombres del rey. Ocho días duró su viaje, al cabo de los cuales alcanzaron el bosque sanos y salvos; pero cuando llegaron al claro del árbol de las reuniones descubrieron que Robin no había regresado aún.

Pues Robin no había tenido un regreso tan afortunado como el de sus hombres, como sabréis a continuación.

Robin Hood se desvía hacia el este pero no tiene tanta suerte en su regreso al bosque

Tras haber abandonado la carretera del norte, puso rumbo al oeste y, pasando por Aylesbury, llegó a la hermosa Woodstock, en Oxfordshire. Allí desvió sus pasos hacia el norte, recorriendo una gran distancia y pasando por la ciudad de Warwick, hasta llegar a Dudley, en Staffordshire. Siete días tardó en llegar hasta allí, y entonces consideró que ya había llegado bastante al norte, de modo que torció hacia el este, evitando las rutas principales y escogiendo caminos secundarios y veredas cubiertas de hierba, y dirigiéndose a través de Litchfield y Ashby de la Zouch hacia Sherwood, hasta que llegó a un lugar llamado Stanton. Y aquí el corazón de Robin empezó a regocijarse, pues creyó que había pasado el peligro y que su nariz pronto olería una vez más el aroma picante de los bosques. Pero del dicho al hecho hay mucho trecho, como Robin iba a tener ocasión de comprobar. Esto es lo que sucedió:

Cuando los hombres del rey se vieron burlados en San Albans y se convencieron de que no sería fácil encontrar a Robin y sus hombres, no supieron qué hacer. Poco después llegó otra partida de jinetes, y luego otra, hasta que todas las calles iluminadas por la luna estuvieron llenas de hombres armados.

El obispo de Hereford llega a San Albans, pero al no encontrar a Robin Hood sigue hacia Nottingham

Entre la medianoche y el alba, otra partida llegó a la ciudad, y con ella venía el obispo de Hereford. Cuando se enteró de que Robin Hood había escapado una vez más de la red, no perdió un minuto y, reuniendo a todas las partidas, las dirigió hacia el norte a toda velocidad, dejando órdenes de que todas las tropas que llegaran a San Albans las siguieran sin pérdida de tiempo. Al atardecer del cuarto día llegó a la ciudad de Nottingham y allí dividió a sus tropas en patrullas de seis o siete hombres y los repartió por todo el campo, bloqueando todos los caminos y senderos al este, al sur y al oeste de Sherwood.

El sheriff de Nottingham une sus fuerzas a las del obispo de Hereford y bloquea todos los caminos que llevan a Sherwood

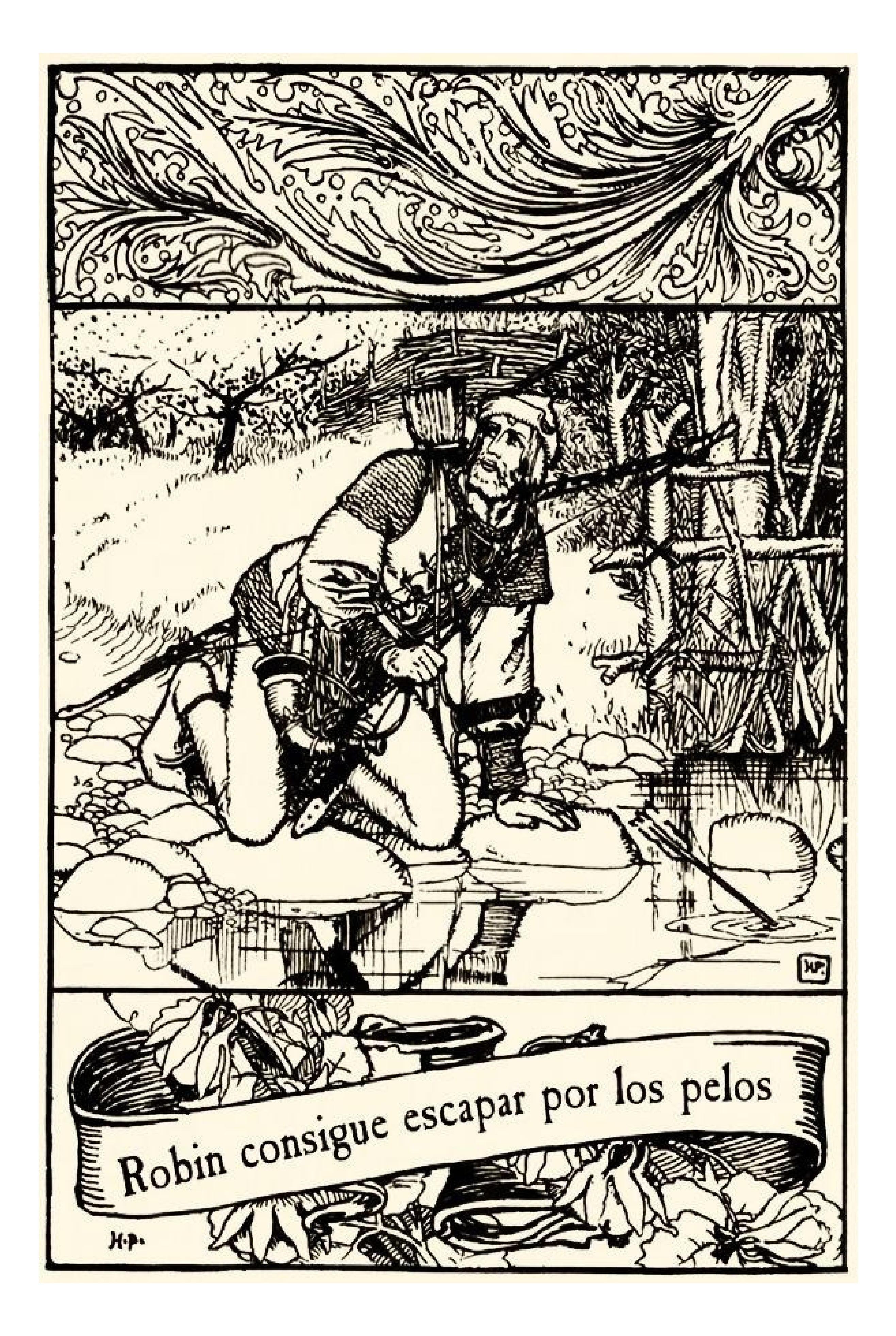
El sheriff de Nottingham, por su parte, reunió también a todos sus hombres y unió fuerzas con el obispo, comprendiendo que ésta era la mejor oportunidad que jamás había tenido de ajustar cuentas con Robin Hood. Will Escarlata, el Pequeño John y Allan de Dale habían eludido por muy poco a los hombres del rey, pues tan sólo un día después de que ellos llegaran a

Sherwood los caminos por los que habían llegado estaban ya bloqueados, y de haberse entretenido en su viaje habrían caído sin duda alguna en manos del obispo.

Pero Robin no sabía nada de todo esto y silbaba alegremente por el camino de Stanton, tan libre de preocupaciones como una yema de huevo lo está de telarañas. Al fin llegó a un lugar donde un arroyuelo cruzaba el camino formando una charca poco profunda, que brillaba y tintineaba al deslizarse el agua sobre el lecho de grava dorada. Robin, que estaba sediento, se arrodilló junto al agua, formó una copa con las manos y comenzó a beber. Al otro lado del camino se extendían espesos matorrales y arbolillos jóvenes hasta una larga distancia, y a Robin se le alegró el corazón al oír a los pajarillos que cantaban entre el follaje, pues ello le hizo pensar en Sherwood y le pareció que hacía toda una vida que no aspiraba el aire de los bosques.

Robin escapa por los pelos de perder la vida

Pero de pronto, mientras estaba agachado bebiendo, algo pasó silbando junto a su oreja y cayó delante de él, salpicándole de agua y grava. En un abrir y cerrar de ojos, Robin se puso en pie y de un salto cruzó arroyo y camino, lanzándose de cabeza entre los matorrales, sin mirar a su alrededor, pues sabía muy bien que lo que había silbado tan peligrosamente en su oído era una flecha emplumada, y que un instante de vacilación significaba la muerte. En el mismo momento de introducirse en los matorrales, otras seis flechas silbaron tras él entre las ramas, una de las cuales perforó su jubón, y se le habría clavado en el costado de no ser por la espesa cota de malla que llevaba puesta. Por el camino llegaron al galope varios hombres del rey, que saltaron de sus caballos y se metieron sin perder un momento entre los matorrales, en persecución de Robin.


H.P.
Robin consigue escapar por los pelos
H.P.

Robin Hood escapa de los hombres del rey metiéndose entre los matorrales

Pero Robin conocía el terreno mejor que ellos y, arrastrándose unas veces, agachándose otras, y corriendo a campo abierto de vez en cuando, pronto les sacó una buena delantera, llegando por fin a otro camino situado a unos ochocientos pasos del que acababa de abandonar. Allí se detuvo un momento, escuchando los gritos lejanos de los siete hombres que peinaban los matorrales como perros que han perdido el rastro de su presa. Entonces, ajustándose el cinturón a la cintura, corrió a toda velocidad camino abajo, en dirección al este y a Sherwood.

Robin Hood encuentra el camino bloqueado por los hombres del rey

Pero no había recorrido más de seiscientos metros en aquella dirección cuando llegó de pronto a la cresta de una colina y vio al pie de la misma otra patrulla de hombres del rey, sentados a la sombra junto al camino. Se detuvo un momento, pero, dándose cuenta de que no le habían visto, dio media vuelta y echó a correr por donde había venido, sabiendo que era mejor correr el albur de escapar a los hombres que aún se encontraban entre las matas, que lanzarse a los brazos de los que aguardaban en el valle. Así que corrió tan aprisa como pudo y ya había pasado los matorrales cuando los siete hombres salieron al camino.

Robin Hood escapa del peligro por el momento

Al verlo, dieron un gran grito, como el que da el cazador cuando el ciervo sale al descubierto, pero Robin ya les llevaba un buen cuarto de milla de ventaja y cubría terreno como un galgo. Sin aminorar el paso en ningún momento, corrió kilómetros hasta llegar a Mackworth, al otro lado del río Derwent, cerca de la ciudad de Derby. Allí, viendo que por el momento había escapado del peligro, aflojó su carrera y por fin se sentó al pie de un seto, donde la hierba era más alta y la sombra más fresca, para descansar y cobrar aliento.

Robin se detiene a descansar junto a un seto

—¡Por mi alma! —se dijo—. Ha sido la escapada más apurada de toda mi vida. Declaro solemnemente que la pluma de aquella flecha me hizo cosquillas en la oreja al pasar. Y esta maldita carrera me ha despertado un terrible apetito de comida y bebida. Tendré que rezar a san Dunstano para que me envíe a toda prisa algo de carne y cerveza.

Y tal parece que san Dunstano se dignó escuchar sus súplicas, porque al poco rato llegó por el camino cierto zapatero remendón, llamado Quince de Derby, que había ido a llevar un par de zapatos a un granjero que vivía cerca de Kirk Langly y ahora regresaba a su casa, con un hermoso capón hervido en

el bolso y una bota de cerveza colgada al costado, que el granjero le había dado como gratificación por tan excelente par de zapatos. El buen Quince era un tipo honrado, pero su inteligencia era más bien espesa, como la masa de pan sin cocer, y lo único que tenía en la cabeza era: «Tres chelines y seis peniques y medio por tus zapatos, amigo Quince… tres chelines y seis peniques y medio por tus zapatos…», y le iba dando vueltas y más vueltas a la idea, sin que ningún otro pensamiento penetrara en su sesera, como un guisante solitario dando vueltas en un cuenco vacío.

Robin Hood se encuentra con Quince, el zapatero de Derby

—¡Hola, amigo! —dijo Robin desde debajo del seto, cuando el otro se hubo acercado suficiente—. ¿Dónde vais tan alegre en este hermoso día?

Al oír que le llamaban, el zapatero se detuvo y, viendo un forastero bien vestido de azul, le respondió con gran cortesía:

—Dios os guarde, buen señor. Os diré que vengo de Kirk Langly, donde he vendido unos zapatos por los que me han dado tres chelines y seis peniques y medio en dinero contante y sonante como el que más, y ganado honradamente por añadidura, debo haceros saber. Pero, si me perdonáis el atrevimiento, ¿qué estáis haciendo bajo ese seto?

Robin le cuenta a Quince una extraña historia

—¡Pardiez, pues está claro! —dijo Robin—. Me he metido debajo del seto para echar sal en la cola a los pájaros de oro. Pero la verdad es que vos sois el primer pájaro de algún valor que he visto en todo el bendito día.

Al oír estas palabras, los ojos del zapatero se abrieron de par en par y su boca se puso tan redonda como el agujero de un nudo en la tabla de una valla.

—¡Válgame Dios! —exclamó—. ¿Qué maravilla es ésa? Nunca he visto esos pájaros de oro. ¿Y decís que se los puede encontrar en estos setos, buen hombre? Decidme, os lo suplico: ¿hay muchos de ellos por aquí? Me gustaría encontrar algunos.

—Ya lo creo —dijo Robin—. Por aquí son tan abundantes como los arenques en Cannock Chase.

—¿Quién lo iba a decir? —dijo el zapatero, mareado de asombro—. ¿Y vos los atrapáis echándoles sal en las colitas?

—Sí —respondió Robin—. Pero permitid que os advierta que esta sal es de un tipo especial, y sólo se puede conseguir hirviendo un cuarto de rayos de luna en una olla de madera, y aun con eso no se obtiene más que una pizca. Pero decidme, sagaz amigo, ¿qué lleváis en esa bolsa y en esa bota que os cuelgan del costado?

Al oír estas palabras, el zapatero miró los objetos que Robin mencionaba, pues el pensar en los pájaros de oro los había borrado de su mente, y necesitó algún tiempo para conjurar de nuevo su recuerdo.

—¡Ah, sí! —dijo por fin—. En una hay buena cerveza de marzo, y en la otra un capón cebado. Puedo aseguraros que Quince, el zapatero, se dará un buen banquete hoy, y de esto no cabe duda.

—Pero decidme, buen Quince —dijo Robin—. ¿Habéis pensado en venderme esas cosas? Sólo oír mencionarlas es música para mis oídos. Estoy dispuesto a daros estas magníficas ropas azules que llevo puestas, y además diez chelines, a cambio de vuestras ropas, vuestro delantal de cuero, vuestra cerveza y vuestro capón. ¿Qué me decís, camarada?

—Os burláis de mí —dijo el zapatero—. Mis ropas son bastas y remendadas, mientras que las vuestras son de buen paño y muy elegantes.

—Yo jamás bromeo —dijo Robin—. Quitaos la chaqueta y os lo demostraré; os aseguro que me gustan vuestras ropas. Y además, con gentileza para con vos, os propongo que demos cuenta ahora mismo de las ricas provisiones que lleváis, y os invito a la comida.

Robin Hood cambia sus ropas por las de Quince, el zapatero de Derby

Mientras decía esto, empezó a despojarse de su jubón y el zapatero, viendo que la cosa iba en serio, comenzó igualmente a quitarse sus ropas, pues la vestimenta de Robin Hood le había llamado la atención. Así pues, cada uno se puso las ropas del otro, y Robin Hood le entregó al honrado zapatero diez chelines nuevos y relucientes. Entonces Robin dijo:

Robin Hood y Quince se dan un banquete juntos

—He sido muchas cosas en mi vida, pero jamás había sido un zapatero. Venid, amigo, sentémonos a comer, pues hay algo en mi interior que está llamando a gritos a ese espléndido capón.

Y los dos se sentaron y se pusieron a comer con tan buen apetito que cuando terminaron los huesos del capón estaban más pelados y desnudos que la caridad.

Entonces Robin estiró las piernas con una agradable sensación de bienestar, y dijo:

—Por el timbre de vuestra voz, amigo Quince, deduzco que tenéis una o dos canciones sueltas por la cabeza, como terneros en un prado. Os ruego que saquéis una para mí.

Quince canta una alegre canción

—Una o dos canciones tengo —respondió el zapatero—. Poca cosa, poca cosa; pero con lo que hay os tendréis que

conformar.

Y tras humedecerse la garganta con un trago de cerveza, empezó a cantar lo siguiente:

De todos los placeres, el que más me deleita,
mi coqueta Nan, canta,
y el que más entre todos mi corazón conmueve
es indudablemente hacer ruido con latas.

Podría renunciar a todos los placeres,
mi coqueta Nan, canta,
pero éste…

Los hombres del rey caen sobre Quince, el zapatero

El buen zapatero no pudo llegar más lejos en su canción, porque de pronto seis jinetes se lanzaron sobre ellos y atraparon de mala manera al honesto artesano, arrastrándolo por los pies y casi arrancándole las ropas al hacerlo.

—¡Ajá! —rugió el jefe de la partida con un alarido de triunfo—. ¡Al fin te hemos cogido, bellaco vestido de azul! ¡Bendito sea el nombre de san Huberto, gracias al cual somos ahora ochenta libras más ricos que hace un minuto, pues ésa es la cantidad que el buen obispo de Hereford ha ofrecido a la patrulla que te lleve ante él! ¡Mirad qué truhan tan astuto! ¡Con lo inocente que parece, a fe mía! Te conocemos, viejo zorro. Vas a venir con nosotros para que te corten la calabaza.

Al oír estas palabras, el pobre zapatero miró a su alrededor con sus grandes ojos azules tan redondos como los de un pescado muerto y boqueando como si se hubiera tragado todas las palabras y hubiera perdido el habla.

Robin también abría la boca y miraba con gesto de asombro, como habría hecho el zapatero en su lugar.

—¡Ay de mí! —exclamó—. No sé si estoy aquí o en la tierra de nadie. ¿Qué significa todo este alboroto, señores caballeros? Estoy seguro de que este sujeto es un tipo honrado.

—¿Un tipo honrado decís, payaso? —replicó uno de los hombres—. Pues os comunico que no es otro sino ese bandido al que llaman Robin Hood.

Al oír esto, el zapatero abrió la boca y los ojos más que nunca, pues por su torpe entendimiento discurría tal carrera de pensamientos que sentía la mente nublada con tanto polvo y tanta paja. Por añadidura, al mirar a Robin Hood y encontrarlo tan parecido a la imagen que él tenía de sí mismo, empezó a dudar y a preguntarse si no sería él verdaderamente el famoso bandolero. Y así, comenzó a decir en voz lenta y pensativa:

—¿Soy en verdad ese tipo? Ahora bien, yo pensaba… pero no, Quince, tienes que estar equivocado… no obstante… ¿Lo soy?… ¡Pardiez, es posible que yo sea Robin Hood! La verdad, nunca pensé que pasaría de ser un honesto artesano a convertirme en un personaje tan famoso.

—¡Ay! —exclamó Robin Hood—. ¡Mirad lo que habéis hecho! ¿No veis cómo vuestros malos tratos han nublado los sentidos de este pobre hombre, trastocándosele todo? ¡Yo, yo soy Quince, el zapatero de Derby!

Los hombres del rey llevan a Quince ante el obispo de Hereford en Tutbury

—¿De verdad? —dijo Quince—. Entonces, sin duda, debo ser algún otro, y ese otro no puede ser sino Robin Hood. Llevadme, pues. Pero permitid que os advierta que habéis prendido al hombre más noble que jamás recorrió los bosques.

—Ahora te haces el loco, ¿no? —dijo el jefe de la patrulla —. Tú, Giles, trae una cuerda y átale las manos a la espalda a este bribón. Os garantizo que le haremos recobrar el juicio en cuanto le llevemos a presencia del obispo en Tutbury.

Así pues, le ataron las manos a la espalda y se llevaron al pobre zapatero al extremo de una cuerda, como el granjero lleva un ternero adquirido en la feria. Robin se los quedó mirando y cuando se hubieron ido se echó a reír hasta que le corrieron lágrimas por las mejillas. Sabía muy bien que al honrado zapatero no le ocurriría nada, y se imaginó la cara del obispo cuando le presentaran al bueno de Quince asegurando que se trataba de Robin Hood. A continuación, dirigiendo de nuevo sus pasos hacia el este, inició con el pie derecho el camino de regreso a Nottinghamshire y el bosque de Sherwood.

Pero Robin Hood había pasado más apuros que los que había esperado. El viaje desde Londres había sido largo y penoso, y en una semana había recorrido más de doscientos kilómetros. Ahora se proponía viajar sin detenerse hasta llegar a Sherwood, pero antes de haber cubierto quince kilómetros sintió que le fallaban las fuerzas, como ceden las orillas de un río socavadas por las aguas. Se sentó a descansar, pero sabiendo en el fondo que aquel día no podría llegar más lejos, pues su cansancio era tal que los pies le pesaban como bloques de plomo. Aun así se incorporó y trató de seguir adelante, pero tras recorrer un par de kilómetros se vio obligado a rendirse y, viendo cerca una posada, entró en ella, llamó al posadero y le pidió que le guiara a una habitación, a pesar de que el sol apenas empezaba a ponerse por occidente.

Robin Hood fatigado, pasa la noche en una posada

La posada sólo disponía de tres habitaciones, y el posadero llevó a Robin a la peor, pero poco le importaba a éste el aspecto del lugar: aquella noche habría dormido sobre

una cama de cantos partidos. Así pues, quitándose las ropas sin más dilación, se metió en la cama y se quedó dormido casi antes de que su cabeza tocara la almohada.

Cuatro burgueses de Nottingham llegan a la misma posada

Poco después de que Robin Hood se retirara a descansar, una gran nube negra se fue elevando sobre las colinas por el oeste. Subió más y más alto, hasta cernirse en la noche como una montaña de tinieblas. De vez en cuando, estallaban en ella relámpagos rojizos, y pronto se oyó el sordo rumor del trueno. En aquel momento llegaron a la posada cuatro prósperos burgueses de Nottingham; no deseaban verse cogidos en la tormenta que se les echaba encima y aquélla era la única posada en ocho kilómetros a la redonda. Dejando sus caballos en el establo, entraron en la sala principal de la posada, que hasta disponía de esteras de juncos verdes en el suelo, y pidieron la mejor comida que hubiera en la casa. Tras haber comido hasta hartarse, pidieron al posadero que los guiara a sus habitaciones, pues estaban fatigados después de haber cabalgado desde Dronfield. Refunfuñaron un poco al enterarse de que tendrían que dormir dos en cada cama, pero sus problemas en este aspecto, así como en otros, se esfumaron pronto en la quietud del sueño.

La tormenta trae a la posada a un fraile de Emmet

Llegó entonces la primera ráfaga de viento, que pasó a toda velocidad haciendo golpear puertas y ventanas, trayendo consigo el olor de la lluvia inminente, envuelto en una nube de polvo y hojas. Como si el viento lo hubiera traído en sus alas, se abrió la puerta y entró en la posada un fraile del priorato de Emmet, y de elevada categoría, como demostraban la suavidad y brillo de sus ropas y la opulencia de su rosario. Llamó al posadero y le pidió que, ante todo, diera de comer a su mula y la alojara en el establo, y que después le sirviera a él lo mejor que hubiera en la casa. Pronto tuvo delante un sabroso guiso de callos con cebolla, con bolas de pasta rellenas de carne, acompañado de una buena frasca de vino de malvasía, sobre todo lo cual se lanzó el reverendo fraile con gran valor y entusiasmo, de manera que al poco rato no quedaba de todo ello nada más que un poco de salsa en el centro del plato, que no hubiera bastado ni para mantener con vida a un ratón hambriento.

Mientras tanto, se había desencadenado la tormenta Llegó otra ráfaga de viento y con ella las primeras gruesas gotas de lluvia, que pronto cayó a raudales, tamborileando contra las ventanas como los dedos de cien manos.

Al fraile no le hace gracia

dormir con Robin, a quien toma por un zapatero

Brillantes relámpagos iluminaban cada gota de lluvia, y tras ellos llegaba el estallido del trueno, que se alejaba rugiendo y retumbando como si allá, en las alturas, san Sucinto estuviera haciendo rodar grandes toneles de agua sobre un suelo accidentado. Las mujeres chillaban, y los juerguistas de la taberna les rodearon el talle con sus brazos para tranquilizarlas.

Por fin, el reverendo fraile le rogó al posadero que le indicara su habitación, pero cuando se enteró de que tendría que compartir la cama con un zapatero remendón, se sintió tan molesto como el que más de toda Inglaterra; sin embargo, la cosa no tenía remedio y tendría que dormir allí o no dormir; de modo que tomó una vela y se levantó refunfuñando como los truenos en la distancia. Al llegar a la habitación donde tendría que dormir, sostuvo la luz sobre Robin y le miró de pies a cabeza; entonces se sintió más tranquilo, pues en lugar de un patán de barba sucia se encontró con un tipo tan pulcro y aseado como el mejor que se pueda encontrar en una semana de siete domingos; así pues, despojándose de sus ropas, se introdujo en la cama, donde Robin, gruñendo y murmurando en sueños, le hizo un sitio. Puedo asegurar que Robin estaba más dormido que nunca, pues de lo contrario no habría permanecido tan tranquilo con una persona como el fraile tan cerca de él. En cuanto al fraile, de haber sabido quién era Robin Hood, podéis creer que antes habría dormido con una víbora que con el hombre que compartía su cama.

Robin Hood descubre con sorpresa a su compañero de cama

Así transcurrió la noche, con aceptable comodidad, pero a las primeras luces del día Robin abrió los ojos y giró la cabeza sobre la almohada. ¡Cuál no sería su sorpresa al ver junto a él un hombre perfectamente afeitado y tonsurado, claro indicio de su pertenencia a las órdenes sagradas! Se pellizcó para comprobar que estaba despierto y se sentó en la cama, mientras el otro dormía tan apaciblemente como si se encontrara sano y salvo en el priorato de Emmet.

—¡Vaya! —se dijo Robin Hood—. Me pregunto cómo habrá caído esto en mi cama durante la noche.

Y así diciendo se levantó con precaución, para no despertar al otro y, tras inspeccionar la habitación, encontró las ropas del fraile sobre un banco junto a la pared. Miró primero los hábitos y luego al fraile, con la cabeza ladeada, y por fin guiñó un ojo.

Robin Hood toma prestados los

—Querido hermano, como os llaméis —dijo—. Puesto que tan libremente tomáis prestada mi cama, yo a cambio tomaré

hábitos del fraile de Emmet

prestadas vuestras ropas.

Y sin más dilación, se puso las vestiduras del clérigo, dejando amablemente en su lugar las ropas del zapatero. Luego salió al aire fresco de la mañana, y el mozo de cuadra, que ya estaba levantado y atendiendo los establos, abrió los ojos como si hubiera visto un ratón verde, pues las personas como el fraile de Emmet no solían ser precisamente madrugadoras; pero el mozo se guardó sus pensamientos, y se limitó a preguntarle a Robin si deseaba que sacara su mula del establo.

—Sí, hijo mío —respondió Robin, aunque no sabía nada de la mula—. Y te ruego que te des prisa, pues voy retrasado y me urge ponerme en camino.

El mozo de cuadra trajo la mula y Robin montó en ella y se alejó tan contento.

En cuanto al reverendo fraile, al despertar se encontró tan chasqueado como el que más en el mundo, pues sus ricas y suaves ropas habían desaparecido, y con ellas una bolsa con diez libras de oro, y en su lugar no quedaban más que andrajos remendados y un delantal de cuero.

El fraile de Emmet se pone las ropas de zapatero y sigue su camino

Montó en cólera y soltó palabrotas impropias de su condición, pero todos sus juramentos no le sirvieron de nada y el posadero no podía ayudarle. Por añadidura, tenía que llegar sin falta al priorato de Emmet aquella misma mañana, por asuntos de negocios, de manera que tendría que elegir entre ponerse las ropas del zapatero o hacer el viaje desnudo.

El fraile de Emmet cae en manos de los hombres del rey

Así pues, se puso las ropas y, jurando venganza contra todos los zapateros de Derbyshire, emprendió el camino a pie. Pero sus apuros aún no habían terminado, pues no llevaba mucho andado cuando cayó en manos de los hombres del rey, que le llevaron por la fuerza a Tutbury, ante la presencia del obispo de Hereford. De nada le valió jurar que era fraile y mostrar su coronilla afeitada; la patrulla se lo llevó, completamente convencida de que se trataba del mismísimo Robin Hood.

Mientras tanto, Robin Hood cabalgaba satisfecho, pasando sin problemas ante dos patrullas de hombres del rey, hasta que el corazón empezó a bailarle en el pecho por la alegría de acercarse a Sherwood. Siguió viajando hacia el este hasta que, de repente, en una vereda sombreada, se encontró con un noble caballero. Entonces Robin hizo parar a la mula y saltó rápidamente de su lomo.

Robin Hood se encuentra con sir Richard de

—¡Bien hallado seáis, sir Richard de Lea! —exclamó—. ¡Más me alegra hoy ver vuestro noble rostro que el de

Lea y le cuenta sus aventuras

cualquier otro hombre de Inglaterra!

Entonces le contó a sir Richard todo lo que le había sucedido, añadiendo que por fin se sentía seguro al encontrarse tan cerca de Sherwood. Pero cuando Robin terminó de hablar, sir Richard meneó la cabeza con aire triste.

Sir Richard le explica a Robin el grave peligro que corre y le dice lo que debe hacer

—Ahora mismo, Robin, corréis más peligro que nunca —dijo—. Tenéis delante patrullas del sheriff que cierran todos los caminos y no dejan que pase nadie sin examinarlo de cabo a rabo. Lo sé muy bien, pues acabo de encontrarme con una de ellas. Así pues, por delante tenéis a los hombres del sheriff y por detrás a los del rey, y no podéis pasar ni en una ni en otra dirección, pues a estas horas ya deben de conocer vuestro disfraz y estarán aguardando para atraparos. Mi castillo y todo lo que contiene están a vuestra disposición, pero así no ganaríamos nada, pues me sería imposible defenderlo contra una fuerza como la que hay ahora mismo en Nottingham, entre hombres del rey y del sheriff.

Habiendo dicho esto, sir Richard inclinó la cabeza en gesto pensativo y Robin sintió que se le caía el alma a los pies, como al zorro que oye a sus espaldas los ladridos de la jauría y encuentra su madriguera taponada con tierra, comprendiendo que no tiene escapatoria. Pero entonces sir Richard habló de nuevo y dijo:

—Hay una cosa que podéis hacer, Robin, y sólo una. Volved a Londres y poneos a merced de nuestra buena reina Leonor. Venid ahora mismo conmigo a mi castillo. Quitaos esas ropas y poneos las de uno de mis siervos. Entonces yo partiré hacia Londres con mi séquito, y vos formaréis parte de él. De este modo tendréis ocasión de ver a la reina y hablar con ella. Vuestra única esperanza es regresar a Sherwood, donde nadie puede alcanzaros, y no podréis llegar a Sherwood más que de este modo.

Y así, Robin fue con sir Richard de Lea e hizo lo que éste le decía, pues comprendió que el consejo del caballero era acertado y que aquélla era su única esperanza de salvación.

Robin Hood se pone a merced de la reina

La reina Leonor paseaba por los jardines reales, entre los rosales en flor, y con ella paseaban seis de sus damas de compañía, charlando animadamente. De pronto, un hombre apareció en lo alto del muro, se descolgó con rapidez y cayó ágilmente sobre la hierba del jardín. Todas las damas

chillaron ante la brusca irrupción, pero el hombre corrió hacia la reina y se arrodilló a sus pies, y la reina vio que se trataba de Robin Hood.

—¡Caramba, Robin! —exclamó—. ¿Cómo os atrevéis a meteros en las mismas fauces del león enfurecido? ¡Ay, pobre amigo! Si el rey os encuentra aquí, estáis perdido. ¿No sabéis que os está buscando por todo el país?

—Sí, señora —respondió Robin—. Sé muy bien que el rey me busca, y por eso he venido; pues no dudo de que nada malo podrá ocurrirme cuando él empeñe su real palabra ante vuestra majestad y por ello pongo mi vida en sus graciosas manos.

—Sé lo que queréis decir, Robin —dijo la reina—, y no os faltan razones para hacerme reproches, pues ya sé que no he hecho por vos cuanto debía haber hecho. No cabe duda de que vuestra situación debía ser muy apurada para que hayáis saltado a un peligro para escapar de otro. Una vez más, os prometo mi ayuda, y haré cuanto pueda para que podáis regresar sano y salvo a Sherwood. Esperad aquí hasta que yo vuelva —y con estas palabras dejó a Robin en el jardín de rosas y se ausentó durante mucho tiempo.

Cuando regresó, sir Robert Lee venía con ella, y la reina traía las mejillas encendidas y los ojos brillantes, como si hubiera mantenido una airada discusión. Entonces sir Robert Lee se dirigió directamente a donde aguardaba Robin y le habló con voz fría y severa.

Sir Robert Lee reprende a Robin Hood

—Nuestro gracioso soberano, el rey —dijo—, ha mitigado su cólera hacia vos, buen hombre, y una vez más ha prometido que se os permitirá partir en paz y seguridad. No sólo ha prometido esto, sino que de aquí a tres días designará a uno de sus pajes para que os acompañe y se asegure de que nadie os detenga en el viaje de regreso. Podéis dar las gracias a vuestro santo patrón por tener tan buena amiga en nuestra señora la reina, pues sin su persuasión y argumentos seríais hombre muerto, puedo aseguraros. Que este peligro que habéis corrido os enseñe dos lecciones. En primer lugar, a ser más honrado; y en segundo, a no ser tan atrevido en vuestras idas y venidas. Un hombre que se mueve en la oscuridad como vos puede escapar durante algún tiempo, pero al final es inevitable que caiga al pozo. Habéis metido la cabeza en la boca del león y, sin embargo, os habéis salvado de milagro. No lo volváis a intentar —y con estas palabras dejó a Robin, dio media vuelta y se marchó.

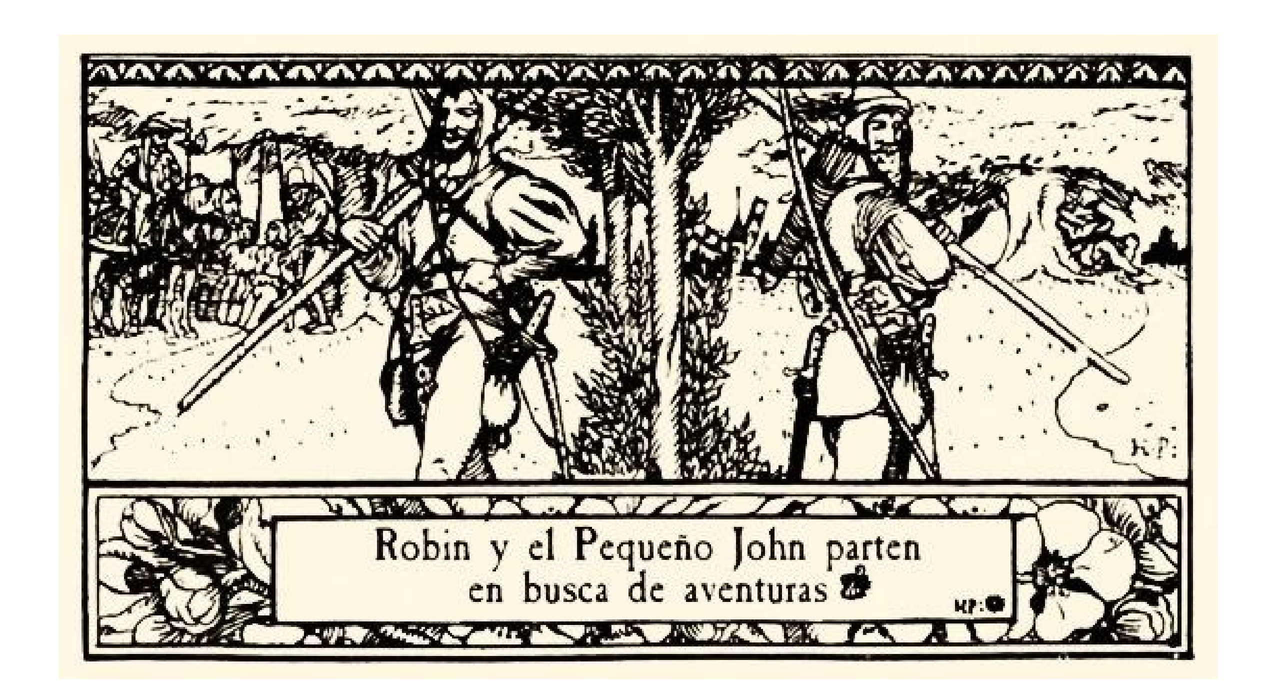
Tres días permaneció Robin en Londres como invitado de la reina, al cabo de los cuales se presentó el primer paje del rey, Edward Cunningham, que se llevó a Robin hacia el norte, camino de Sherwood. De vez en cuando se

cruzaban con patrullas de hombres del rey que regresaban a Londres, pero ninguna les puso obstáculos y por fin llegaron a los bellos y frondosos bosques.

Robin regresa sano y salvo a Sherwood

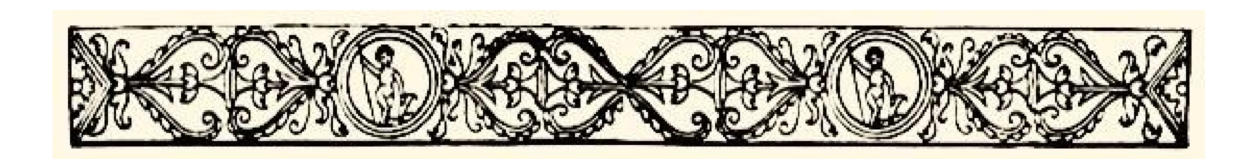
Así terminan las alegres aventuras que le acontecieron a Robin cuando acudió al famoso concurso de tiro de Londres. Y ahora veremos cómo el obispo de Hereford y el sheriff de Nottingham intentaron una vez más acabar con él, utilizando un nuevo método. Y también veremos cómo el glorioso rey Ricardo Corazón de León visitó a Robin Hood en la espesura del bosque de Sherwood.





Octava parte

Donde se relata el encuentro de Robin Hood con Guy de Gisbourne en el bosque de Sherwood y el famoso combate entre ambos. También se cuenta cómo el Pequeño John cayó en manos del sheriff por salvar la vida a tres hombres. Y asimismo se refiere la llegada a Nottinghamshire del buen rey Ricardo Corazón de León, para visitar a Robin Hood en el bosque de Sherwood.



I

Robin Hood y Guy de Gisbourne

TRANSCURRIÓ mucho tiempo desde el gran concurso de tiro, y durante ese tiempo Robin siguió parte del consejo de sir Robert Lee; en concreto, la parte referente a ser menos atrevido en sus idas y venidas; pues aunque es posible que no fuera más honrado (en el sentido en que suele entenderse la honradez), puso mucho cuidado en no alejarse demasiado de Sherwood, para poder siempre regresar rápidamente y sin dificultades.

El rey Ricardo asciende al trono de Inglaterra

Durante este tiempo se produjeron grandes cambios: el rey Enrique murió y el rey Ricardo accedió a la corona que tan dignamente llevó en tantas y tantas gestas y aventuras, tan emocionantes como las del propio Robin Hood. Pero estos grandes cambios no parecieron llegar a la espesura de Sherwood, donde Robin y sus hombres seguían viviendo tan regaladamente como siempre, cazando, comiendo, cantando y practicando viriles deportes del campo; poco les afectaban a ellos las conmociones del mundo exterior.

Así amaneció un fresco y luminoso día de verano, entre alegres y ruidosos cantos de pájaros. Tan fuerte cantaban que despertaron a Robin Hood, el cual se desperezó, dio un par de vueltas y se levantó. De igual manera se fueron levantando el Pequeño John y el resto de los hombres; y después de haber desayunado, se pusieron en movimiento para dedicarse a las actividades del día.

Robin Hood y el Pequeño John pasean por el bosque

Robin Hood y el Pequeño John iban caminando por un sendero del bosque, mientras a su alrededor las hojas bailaban y lanzaban destellos al ser movidas por la brisa y reflejar los rayos del sol. Entonces Robin dijo:

—Te aseguro, Pequeño John, que la sangre me hace cosquillas en las venas, al correr por ellas en esta alegre

mañana. ¿Qué te parece si salimos en busca de aventuras, cada uno por su lado?

—De todo corazón —respondió el Pequeño John—. Más de una vez nos lo hemos pasado muy bien de esa manera, querido jefe. He aquí dos caminos: toma tú el de la derecha y yo tomaré el de la izquierda, y que cada uno siga su camino hasta encontrarse con una situación interesante.

—Me gusta tu plan —dijo Robin—. Nos separaremos aquí. Pero ten cuidado, Pequeño John, y no te metas en ningún mal paso, que por nada en el mundo querría que te ocurriera nada malo.

—¡Vamos, hombre! —dijo el Pequeño John—. ¡Quién fue a hablar! Yo diría que tú tienes más posibilidades que yo de meterte en un buen lío.

Al oír esto, Robin se echó a reír.

Robin Hood y el Pequeño John toman diferentes caminos en busca de aventuras

—A decir verdad, Pequeño John —dijo—, tú tienes una especie de cabezonería cerril que parece sacarte entero de todos tus aprietos; pero ya veremos a quién le va mejor en este día —y así diciendo, le dio la mano al Pequeño John y cada uno se fue por su camino, quedando pronto ocultos de la vista del otro.

Robin Hood siguió adelante hasta llegar a un amplio sendero forestal que se extendía ante él. Sobre su cabeza, las ramas de los árboles se entrelazaban en espeso follaje, que adquiría reflejos dorados cuando el sol lograba penetrar a su través. Bajo sus pies, el suelo estaba blando y húmedo a causa de la sombra protectora. Y en aquel lugar tan agradable le ocurrió a Robin Hood la aventura más terrible de su vida.

Mientras recorría el sendero, sin pensar en otra cosa más que en el canto de los pájaros, se encontró de pronto con un hombre sentado sobre las raíces cubiertas de musgo de una encina de ancha copa.

Robin Hood se encuentra con un hombre de extraño aspecto

Dándose cuenta de que el desconocido aún no le había visto, Robin se detuvo y se quedó inmóvil, examinando al otro durante un buen rato antes de acercársele. Y puedo aseguraros de que el desconocido era digno de verse. Iba vestido de pies a cabeza de piel de caballo, con el pelo y la crin por fuera, y en la cabeza llevaba una capucha que le ocultaba el rostro, hecha también de piel de caballo, con las orejas levantadas como las de un conejo. Se cubría el torso con una chaquetilla y las piernas con unos calzones, todo ello de la misma piel peluda. Al costado llevaba una gran espada de hoja ancha y una daga de doble filo. Una aljaba llena de flechas le colgaba a la espalda, y su recio arco de tejo estaba apoyado en el árbol junto a él.

—Buenos días, amigo —dijo Robin, acercándose por fin—. ¿Quién sois vos, y qué es eso que lleváis puesto encima? Por mi fe que nunca en mi vida he visto nada semejante. Si yo hubiera cometido una maldad o me atormentara la conciencia, me daríais miedo, pues pensaría que venís de allá abajo, trayéndome la orden de presentarme inmediatamente ante el señor Pedro Botero.

El desconocido no respondió una sola palabra, pero se echó hacia atrás la capucha y descubrió un entrecejo poblado, una nariz ganchuda y un par de ojos negros, inquietos y feroces, que a Robin, al mirarle a la cara, le hicieron pensar en un halcón. Pero existía algo más en las facciones del desconocido, en su boca fina y cruel y en el brillo duro de sus ojos, que provocaba estremecimientos al mirarlo.

—¿Quién eres tú, bellaco? —dijo por fin en voz alta y tono duro.

—Tch, tch —dijo alegremente Robin—. No habléis tan airadamente, hermano. ¿Acaso habéis desayunado ortigas con vinagre para hablar de modo tan punzante?

—Si no te gustan mis palabras —dijo el otro con ferocidad—, más vale que eches a correr, pues te advierto claramente que mis hechos no les van a la zaga.

—No, si me gustan mucho vuestras palabras, preciosidad —respondió Robin, agachándose sobre la hierba frente al otro—. Es más, os aseguro que vuestra conversación es la más ingeniosa y entretenida que he escuchado en la vida.

El otro no dijo nada, pero miró a Robin con mirada tétrica y maligna, como mira un perro de presa antes de saltarte a la garganta. Robin respondió a la mirada con otra de absoluta inocencia, sin un asomo de burla en sus ojos ni de sonrisa en las comisuras de sus labios. Durante largo rato se miraron uno a otro, hasta que de pronto el desconocido rompió el silencio.

—¿Cómo te llamas, buen hombre? —dijo.

—¡Vaya! —exclamó Robin Hood—. Cómo me alegro de oíros hablar; empezaba a creer que la impresión de verme os había dejado mudo. En cuanto a mi nombre, puede que me llame de un modo y puede que me llame de otro, pero me parece que sería más indicado que vos me dijerais el vuestro, puesto que sois el más desconocido por estos andurriales. Por favor, querido, decidme por qué lleváis tan delicado atuendo sobre vuestro bonito cuerpo.

Al oír estas palabras, el otro dejó escapar una breve y brutal risotada.

Guy de Gisbourne le cuenta su

—¡Por los huesos del demonio Odín! —exclamó—. Eres el hombre más deslenguado que he conocido en mi vida. No sé

por qué no te mato aquí mismo, teniendo en cuenta que hace tan sólo dos días traspasé a un hombre en Nottingham por decirme menos de la mitad de lo que tú has dicho. Llevo estas ropas, so idiota, para mantenerme caliente, y además son casi tan eficaces ante una espada como una cota de acero. En cuanto a mi nombre, no me importa que lo sepas: es Guy de Gisbourne, y puede que lo hayas oído nombrar. Vengo de los bosques de Herefordshire, en las tierras del obispo de allí. Soy forajido y me gano la vida a salto de mata, por medios que ahora no vienen al caso. No hace mucho, el obispo me hizo llamar y dijo que si hacía cierto trabajo para el sheriff de Nottingham me conseguiría un indulto y me daría doscientas libras de propina. Así que me vine derecho a Nottingham y fui a ver al querido sheriff. ¿Y qué crees que quería de mí? Pues que viniera aquí a Sherwood a buscar a un tal Robin Hood, otro forajido, y llevárselo vivo o muerto. Tal parece que no hay nadie por aquí que se atreva a enfrentarse con ese fulano, y por eso tuvieron que ir hasta Herefordshire para buscarme, pues ya conoces el viejo dicho: «Nadie mejor que un ladrón para atrapar a un ladrón». En cuanto a matar a ese tipo, no me altera lo más mínimo; por la mitad de esas doscientas libras estaría dispuesto a derramar la sangre de mi propio hermano.

Robin escuchaba todo esto con creciente repugnancia. Bien conocía el nombre de aquel Guy de Gisbourne, y todas las sangrientas y criminales fechorías cometidas por él en Herefordshire, que eran famosas en todo el país. Pero aunque la mera presencia de aquel hombre le resultaba odiosa, se mantuvo tranquilo, porque había tomado una decisión.

—Ciertamente —dijo—, he oído hablar de vuestras delicadas hazañas, y me parece que no existe en todo el ancho mundo un hombre a quien Robin Hood tenga más deseos de conocer.

Al oír esto, Guy de Gisbourne dejó escapar otra risotada.

—¡Caray! —dijo—. Tiene gracia eso de que un célebre forajido como Robin Hood se encuentre con otro célebre forajido como Guy de Gisbourne. Sólo que en este caso será un encuentro desafortunado para Robin Hood, pues el día que se encuentre con Guy de Gisbourne será el día de su muerte.

—Pero, mi querido y caritativo personaje —dijo Robin—, ¿no se os ha ocurrido pensar que quizá ese Robin Hood sea mejor que vos? Yo le conozco bastante bien, y son muchos los que piensan que es uno de los tipos más duros de por aquí.

—Puede que sea el más duro de por aquí —dijo Guy de Gisbourne—, pero te aseguro, amigo, que esta pocilga vuestra no es todo el ancho mundo.

Apuesto la vida a que soy el mejor de los dos. ¡Valiente forajido! ¡Si he oído decir que no ha derramado sangre en su vida, exceptuando cuando vino por primera vez al bosque! También hay quien dice que es un gran arquero. ¡Pardiez, pues no me asustaría enfrentarme con él cualquier día del año con un arco en las manos!

—Sé que dicen que es un gran arquero —dijo Robin Hood—, pero es que los de Nottinghamshire somos célebres con el arco. Yo mismo, que no soy más que un principiante, me atrevería a competir con vos.

Al oír estas palabras, Guy de Gisbourne miró a Robin Hood con ojos asombrados y soltó otra risotada que hizo retemblar los bosques.

—¡Caramba! —dijo—. Eres muy atrevido al hablarme así. Me gusta tu carácter, pues hay muy pocos que se atreven a hablarme de este modo. Pon una guirnalda, muchacho, y veremos quién tira mejor.

Robin Hood pone un blanco para que Guy de Gisbourne tire

—¡Bah! —dijo Robin—. Por aquí sólo los niños tiran sobre guirnaldas. Voy a prepararos un buen blanco de Nottingham.

Y diciendo y haciendo, se levantó y, acercándose a una mata de avellano, cortó una vara aproximadamente el doble de gruesa que el pulgar de un hombre. Le quitó la corteza, afiló la punta y la clavó en el suelo delante de una gruesa encina. Luego midió ochenta pasos, que le llevaron ante el árbol donde el otro estaba sentado.

—He aquí —dijo— el tipo de blanco contra el que tiramos aquí en Nottingham. Y ahora, si de verdad sois un arquero, veamos cómo rajáis esa varita por la mitad.

Entonces Guy de Gisbourne se puso en pie.

—¡Qué te has creído! —exclamó—. ¡Ni el mismo diablo podría acertar en un blanco así!

—Puede que sí y puede que no —respondió Robin—, pero eso no lo sabremos hasta que hayáis tirado.

Guy de Gisbourne falla sus tiros

Al oír esto, Guy de Gisbourne miró a Robin con el ceño fruncido, pero como el proscrito seguía manteniendo una expresión inocente y carente de malicia, se tragó sus palabras y tensó la cuerda de su arco. Dos veces disparó, pero ninguna dio en el blanco, fallando una vez por un palmo y la segunda por la anchura de una mano. Robin se echó a reír de buena gana.

—Ahora ya sé que el mismo diablo es incapaz de acertar —dijo—. Buen hombre, si no sois mejor con la espada que con el arco y la flecha, jamás

venceréis a Robin Hood.

Al oír estas palabras, Guy de Gisbourne miró a Robin con más ferocidad que nunca, y dijo:

—Tienes la lengua muy suelta, villano; pero procura no mostrarte tan liberal con ella si no quieres que te la corte de un tajo.

Robin Hood tensó su arco y ocupó la posición sin decir palabra, aunque su corazón temblaba de cólera y repugnancia. Dos veces disparó, la primera acertando a menos de una pulgada de la vara, y la segunda partiéndola limpiamente por la mitad. Y acto seguido, sin dar tiempo a que el otro hablara, arrojó su arco al suelo.

Robin Hood demuestra a Guy de Gisbourne cómo se tira

—¡Ahí tienes, maldito villano! —exclamó con furia—. ¡Eso te enseñará lo poco que sabes de muchos deportes! ¡Y ahora puedes mirar por última vez la luz del día, pues ya has mancillado demasiado tiempo esta buena tierra, bestia inmunda! ¡Hoy vas a morir, si Nuestra Señora lo permite, porque yo soy Robin Hood! —y así diciendo, desenvainó su espada que brilló a la luz del sol.

Por un momento, Guy de Gisbourne se quedó mirando a Robin como si tuviera nublado el entendimiento, pero al instante su asombro se convirtió en furia salvaje.

—¿Eres en verdad Robin Hood? —gritó—. ¡Pues me alegro de conocerte, pobre desgraciado! ¡Reza mientras puedas, que no tendrás tiempo de rezar cuando acabe contigo! —y con estas palabras, desenfundó también su espada.

Robin Hood lucha a espada contra Guy de Gisbourne

Y a continuación tuvo lugar la lucha más encarnizada que jamás se vio en Sherwood. Ambos combatientes sabían que uno de los dos tenía que morir, y que la lucha sería sin cuartel. Pelearon de un lado a otro, hasta que toda la hierba verde quedó aplastada y pisoteada bajo sus talones. Más de una vez, la punta de la espada de Robin Hood cató la blandura de la carne, y poco a poco la tierra empezó a salpicarse de brillantes gotas rojas, aunque ninguna de ellas procedía de las venas de Robin. Por fin, Guy de Gisbourne lanzó una feroz y mortífera estocada, que Robin Hood evitó saltando hacia atrás, pero al hacerlo se le enredó el pie en una raíz y cayó pesadamente de espaldas.

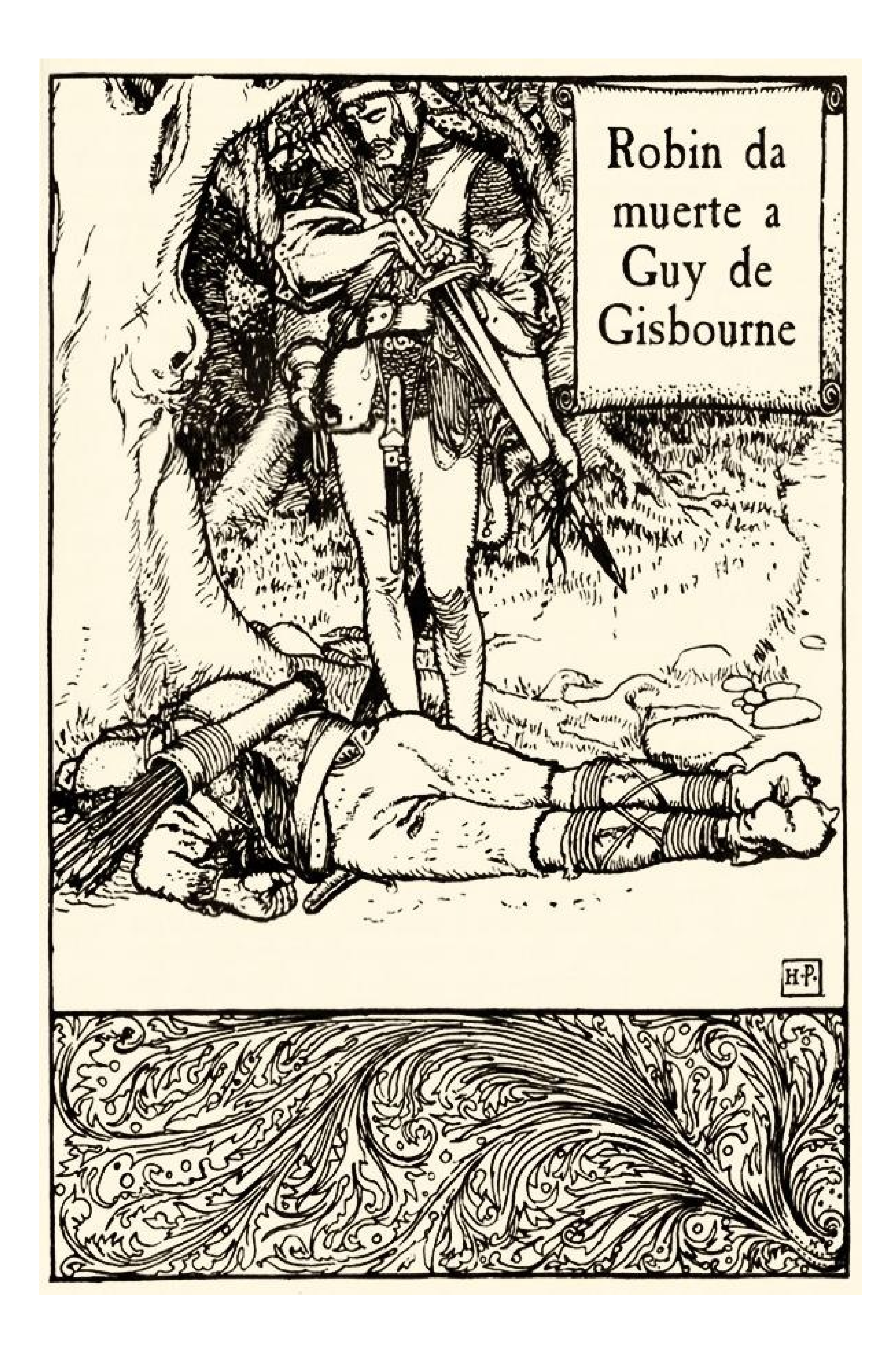
—¡Que la Virgen me ayude! —murmuró mientras el otro saltaba sobre él con una sonrisa de rabia en la cara.

Ciego de furia, Guy de Gisbourne trató de traspasar a su enemigo con la espada, pero Robin agarró la hoja con la mano desnuda y, aunque le cortó la

palma, consiguió desviar la punta, que se clavó profundamente en el suelo junto a él. Y entonces, sin dar tiempo a que el otro golpeara de nuevo, Robin se puso en pie con su espada en la mano. La desesperación cayó como una nube negra sobre el corazón de Guy de Gisbourne, que miró frenéticamente a su alrededor, como un halcón herido. Viendo que sus fuerzas le abandonaban, Robin saltó hacia delante, rápido como un relámpago, y golpeó de revés por debajo del brazo armado de su enemigo.

Robin Hood da muerte a Guy de Gisbourne

La espada de Guy de Gisbourne cayó de su mano, el bandido retrocedió por efecto del golpe y, antes de que pudiera recuperarse, la espada de Robin atravesó su cuerpo de parte a parte. Giró sobre sus talones, levantó las manos mientras emitía un alarido salvaje y penetrante y cayó de bruces sobre la hierba verde.


Robin da
muerte a
Guy de
Gisbourne
H·P·

Robin Hood limpió su espada y la envainó, se acercó adonde yacía Guy de Gisbourne y lo contempló con los brazos cruzados, mientras hablaba consigo mismo.

—Es el primer hombre que he matado desde que di muerte a aquel guardabosques del rey en los ardientes días de mi juventud. Aun ahora, muchas veces pienso con remordimiento en aquella vida arrebatada, pero de ésta me alegro tanto como si hubiera matado a un jabalí rabioso que hubiera devastado los campos. Puesto que el sheriff de Nottingham envía esta clase de gente contra mí, me voy a poner sus ropas y veré si puedo encontrar a su señoría y, con un poco de suerte, pagarle parte de la deuda contraída en este día.

Robin Hood se pone las ropas de Guy de Gisbourne

Y así diciendo, Robin despojó al muerto de sus peludas prendas y se las puso, ensangrentadas como estaban, en lugar de las suyas. A continuación, colgándose al costado la espada y la daga del otro y llevando en las manos la suya y los dos arcos de tejo, se echó la capucha sobre el rostro, para que nadie pudiera reconocerle, y salió del bosque dirigiendo sus pasos hacia el este y la ciudad de Nottingham. A lo largo del camino, hombres, mujeres y niños se ocultaban a su paso, pues la terrible fama de Guy de Gisbourne y sus fechorías se habían extendido por toda la región.

Y ahora, veamos lo que le ocurrió al Pequeño John mientras sucedían estas cosas.

El Pequeño John siguió caminando por las pistas forestales hasta llegar a los límites del bosque, donde los campos de trigo, centeno y los verdes prados sonreían al sol. Llegó al camino real, y por él hasta un lugar donde se alzaba una casita con tejado de paja, con flores delante y un grupo de manzanos silvestres detrás. Allí se detuvo de repente, porque le pareció oír que alguien se quejaba.

El Pequeño John escucha lamentos

Escuchó con atención y descubrió que el sonido procedía de la casita; así pues, dirigió sus pasos hacia ella, abrió el portillo y entró, encontrando en su interior a una mujer de cabellos grises sentada junto a un hogar apagado, meciéndose hacia atrás y hacia delante y llorando amargamente.

Hay que decir que el Pequeño John tenía un corazón muy blando ante los sufrimientos del prójimo, de modo que se acercó a la anciana y, palmeándole amablemente el hombro, le dirigió palabras de consuelo, rogándole que se animara y le explicara sus cuitas, puesto que quizá él pudiera hacer algo por aliviarlas.

La viuda le cuenta su historia al Pequeño John

La pobre mujer sacudió la cabeza, pero de algún modo las amables palabras de John habían logrado reconfortarla y al cabo de un rato le contó lo que la atormentaba. Hasta aquella misma mañana había tenido junto a ella tres hijos, tan altos y guapos como los que más en todo Nottingham, pero ahora se los habían arrebatado y los iban a ahorcar de un momento a otro; impulsado por la necesidad, su hijo mayor había ido al bosque la noche anterior, y había matado un ciervo a la luz de la luna; siguiendo el rastro de la sangre, los guardabosques del rey habían llegado hasta la casa, descubriendo en la despensa la carne del ciervo. Como ninguno de los hijos menores había querido delatar a su hermano, los guardabosques se habían llevado a los tres, a pesar de que el mayor insistía en que al ciervo lo había matado él solo. Y al marcharse, había oído decir a los guardabosques que el sheriff había jurado poner fin a la caza furtiva, que últimamente iba en aumento, ahorcando del árbol más próximo al primer infractor cogido con las manos en la masa; también había oído que se llevaban a los jóvenes a la posada de La Cabeza del Rey, cerca de la ciudad de Nottingham, donde se alojaba aquel día el sheriff, aguardando el regreso de cierto individuo que había enviado a Sherwood en busca de Robin Hood.

El Pequeño John escuchó todo el relato, meneando la cabeza de vez en cuando con gesto de tristeza.

—¡Vaya! —dijo cuando la buena mujer hubo terminado de hablar—. Sí que está fea la cosa. ¿Y quién será ese individuo que ha ido a Sherwood en busca de Robin? Aunque de momento eso no importa; sólo que me gustaría tener aquí a Robin para aconsejarnos. No obstante, ahora no podemos perder tiempo buscándolo, si es que queremos salvar las vidas de vuestros tres hijos. Decidme, ¿tenéis por aquí alguna ropa que pueda ponerme en lugar de este traje de paño verde? Pardiez, señora, permitid que os diga que si nuestro querido sheriff me pilla sin disfraz, lo más probable es que me ahorquen antes que a vuestros hijos.

El Pequeño John se disfraza de viejo pastor

La mujer le dijo entonces que tenía en casa algunas ropas de su difunto marido, fallecido tan sólo hacía dos años, y se las trajo al Pequeño John, que se las puso en lugar de su traje de paño verde. Después se hizo una peluca y una barba postiza de lana sin cardar, con las que cubrió su pelo y su barba castaños, y poniéndose un amplio sombrero de copa alta que había pertenecido al viejo campesino, partió a toda velocidad hacia la posada donde se había instalado el sheriff.

A poco más de kilómetro y medio de Nottingham, no lejos del borde sur del bosque de Sherwood, se alzaba una acogedora posada que ostentaba el título de La Cabeza del Rey. Aquella mañana, la posada era toda actividad y agitación, pues el sheriff y veinte de sus hombres se habían instalado allí para aguardar el regreso de Guy de Gisbourne.

El sheriff de Nottingham lo pasa bien en la posada de la Cabeza del Rey

Había un gran ajetreo de cocineros en la cocina y mucho abrir y destapar pellejos de vino y barriles de cerveza en la bodega. El sheriff se sentaba en el salón, degustando alegremente lo mejor que había en la casa, y sus hombres bebían cerveza sentados en el banco de la puerta o tendidos a la sombra de las encinas, entre charlas, bromas y risas. Los caballos de la cuadrilla estaban por todas partes, con gran ruido de cascos y ondear de colas. A esta posada llegaron los guardabosques del rey, empujando ante ellos a los tres hijos de la viuda. Los tres muchachos llevaban las manos atadas a la espalda, y una cuerda al cuello que iba de uno a otro.

Los tres hijos de la viuda comparecen ante el sheriff de Nottingham

De tal guisa fueron conducidos a la sala donde estaba comiendo el sheriff, que los miró con severidad mientras ellos temblaban ante su presencia.

—¿Conque cazando furtivamente los ciervos del rey, eh? —dijo con voz potente y airada—. No perderé mucho tiempo con vosotros; os voy a ahorcar a los tres como ahorcaría un granjero a tres cuervos para ahuyentar del campo a los demás. Nuestro amado condado de Nottingham lleva demasiado tiempo sirviendo de vivero para bellacos ladrones como vosotros. He aguantado muchos años, pero ahora voy a exterminarlos de una vez por todas, y empezaré por vosotros.

Uno de los desdichados muchachos abrió la boca con intención de hablar, pero el sheriff le ordenó con un rugido que se callara e indicó a los guardabosques que se los llevaran hasta que él terminara de comer y pudiera ocuparse del asunto. Así pues, sacaron afuera a los tres muchachos, que se quedaron con la cabeza gacha y el corazón sin esperanzas hasta que, al cabo de un rato, salió el sheriff, reunió en torno suyo a sus hombres y dijo:

—Estos tres villanos deben ser ahorcados inmediatamente, pero no aquí, para que no caiga la mala suerte sobre esta estupenda posada. Los llevaremos hasta aquella franja de árboles de allí, porque quiero ahorcarlos en los mismísimos árboles de Sherwood, para que esos inmundos forajidos del bosque sepan lo que les espera si tengo la suerte de ponerles la mano encima.

Así diciendo, montó en su caballo y lo mismo hicieron sus soldados, dirigiéndose a la franja de árboles mencionada, con los pobres muchachos en

el centro del grupo, vigilados por los guardabosques. Llegaron por fin al lugar y allí colocaron cuerdas en torno al cuello de los tres, pasándolas sobre una rama de una gran encina que se alzaba en aquel punto. Los tres muchachos cayeron de rodillas y pidieron clemencia a grandes voces, pero el sheriff de Nottingham se echó a reír con desprecio.

—Me gustaría que hubiera aquí un sacerdote para confesaros —dijo—. Pero como no hay ninguno por aquí, tendréis que hacer el trayecto con la carga de todos vuestros pecados a la espalda, y confiar en que san Pedro os abra las puertas del cielo, como hacen los buhoneros cuando van a la ciudad.

El sheriff habla con el anciano de la barba rizada

Mientras todo esto sucedía, un anciano se había acercado al lugar y contemplaba la escena apoyado en su bastón. Tenía el cabello y la barba blancos y rizados, y a la espalda llevaba un arco de tejo que parecía demasiado fuerte para que él pudiera manejarlo. Cuando el sheriff miraba a su alrededor, dispuesto a ordenar a sus hombres que colgaran a los tres muchachos de la encina, sus ojos se posaron en aquel extraño anciano. Entonces su señoría se dirigió a él, diciendo:

—Venid aquí, abuelo, tengo algo que deciros.

Y el Pequeño John, pues no era otro el anciano, se acercó y el sheriff le miró pensando que había algo extrañamente familiar en aquel rostro que tenía delante.

—Vaya, vaya —dijo—. Me parece haberos visto antes. ¿Cómo os llamáis, abuelo?

—Con la venia de su señoría —respondió el Pequeño John con voz cascada como la de un anciano—, mi nombre es Giles Hobble, para servir a su señoría.

—Giles Hobble, Giles Hobble —murmuró el sheriff para sí mismo, repasando los nombres que tenía en su mente y tratando de encontrar uno que casara con éste—. No recuerdo ese nombre —dijo por fin—, pero no importa. ¿Tendríais inconveniente en ganaros seis peniques en esta hermosa mañana?

—Ya lo creo —respondió el Pequeño John—. No me sobra el dinero como para dejar escapar seis peniques si puedo ganarlos de un modo honrado. ¿Qué desea su señoría que haga?

—Tan sólo esto —dijo el sheriff—. He ahí tres hombres que necesitan desesperadamente ser ahorcados. Si os encargáis de colgarlos os pagaré dos peniques por cabeza. No me gusta que mis soldados tengan que hacer de verdugos. ¿Os animáis a intentarlo?

El Pequeño John se ofrece

—A decir verdad —dijo el Pequeño John, sin dejar de imitar la voz de un viejo—, nunca he hecho una cosa así, pero si pueden ganarse seis peniques de un modo tan sencillo, supongo que podría hacerlo tan bien como cualquiera Pero dígame su señoría: ¿se han confesado estos bribones?

a ahorcar a los tres hijos de la viuda por seis peniques

—No —respondió el sheriff riendo—. Ni una pizca. Pero si tanto os preocupa, también podéis encargaros de eso. Sólo os ruego que os deis prisa, pues quiero regresar a tiempo a la posada.

Así pues, el Pequeño John se acercó a los tres temblorosos muchachos y acercando su rostro al primero, como si estuviera escuchando su confesión, le musitó al oído:

—No te muevas, hermano, cuando sientas cortar tu cuerda; pero cuando me veas tirar la peluca y la barba de lana, quítate el lazo del cuello y echa a correr hacia el bosque.

El Pequeño John corta las ligaduras de los tres jóvenes

A continuación cortó disimuladamente la cuerda que ataba las manos del muchacho y se dirigió al segundo hermano, hablándole en los mismos términos y cortando también sus ligaduras. Hizo lo mismo con el tercer hermano, y todo con tal disimulo que el sheriff, que seguía riendo montado en su caballo, no se dio cuenta de nada, ni sus hombres tampoco.

Entonces el Pequeño John se volvió al sheriff.

—Con el permiso de su señoría —dijo—, ¿podría tensar mi arco? Me gustaría ayudar al tránsito de estos muchachos con una flecha entre las costillas mientras se balancean.

—De mil amores —respondió el sheriff—. Tan sólo os ruego una vez más que os deis prisa.

El sheriff autoriza al Pequeño John a tender su arco

El Pequeño John apoyó un extremo del arco en el empeine del pie y tensó la cuerda con tal destreza que todos se maravillaron al ver tanta fuerza en un anciano. A continuación extrajo una flecha bien cortada de la aljaba y la montó en la cuerda; luego, mirando a su alrededor para ver si el camino estaba despejado a sus espaldas, se desprendió bruscamente de la lana que le cubría el cráneo y la cara y gritó con voz potente:

—¡Corred!

El Pequeño John y los tres hijos de la viuda se escapan

Con la rapidez del rayo, los tres muchachos se quitaron los lazos del cuello y echaron a correr a campo abierto hacia el bosque, como flechas disparadas del arco. También el Pequeño John corrió como un galgo hacia la espesura, mientras el sheriff

y sus hombres le miraban, sorprendidos por la rapidez con que había sucedido todo. Pero antes de que los campesinos hubiesen llegado muy lejos, el sheriff logró recuperarse.

—¡Tras él! —rugió con voz de trueno, pues ya sabía con quién había estado hablando y se maravillaba de no haberle reconocido antes.

El Pequeño John oyó las palabras del sheriff, comprendiendo que no podría llegar al bosque antes de que le alcanzaran, se detuvo bruscamente y dio media vuelta, levantando el arco como si fuera a disparar.

—¡Atrás! —gritó con ferocidad—. ¡El primero que dé un paso adelante o ponga un dedo sobre el arco es hombre muerto!

Al oír estas palabras, los hombres del sheriff se quedaron tan inmóviles como troncos, pues sabían perfectamente que el Pequeño John cumpliría su palabra y que desobedecerle significaba la muerte. En vano les rugió el sheriff, llamándoles cobardes y ordenándoles atacar en masa; no estaban dispuestos a avanzar ni una pulgada y se quedaron quietos, mirando cómo el Pequeño John retrocedía lentamente hacia el bosque sin quitarles los ojos de encima Pero cuando el sheriff vio que su enemigo se le escapaba entre los dedos se volvió loco de rabia, le hirvió la cabeza y dejó de saber lo que hacía. De pronto, hizo girar su caballo, le hundió las espuelas en los costados, lanzó un tremendo alarido y, poniéndose en pie sobre los estribos, cargó contra el Pequeño John con la rapidez del viento. Entonces el Pequeño John levantó su mortífero arco y tiró de la cuerda hasta que las plumas de la flecha le rozaron las mejillas. Pero para su desgracia, antes de poder disparar la flecha, el arco que tan larga y fielmente le había servido se le partió en las manos y la flecha cayó, inofensiva, a sus pies. Al ver lo sucedido, los hombres del sheriff lanzaron un grito y, siguiendo a su jefe, se arrojaron sobre el Pequeño John. Pero el sheriff les llevaba la delantera y alcanzó al proscrito antes de que éste llegara al amparo del bosque, e inclinándose hacia adelante le dirigió un terrible golpe con la espada.

El sheriff derriba al Pequeño John de un cintarazo

El Pequeño John se agachó y la espada giró en la mano del sheriff, pero el plano le asestó un cintarazo a John de lleno en la cabeza, derribándole aturdido y sin conocimiento.

—¡Vive Dios —dijo el sheriff cuando llegaron sus hombres y comprobaron que el Pequeño John no estaba muerto— que me alegro de no haber matado a este hombre en mi precipitación! Antes perdería quinientas libras que dejarle morir así en vez de ahorcarlo, como corresponde a un miserable ladrón como él. Vamos, William, traed un poco de agua de ese manantial y echádsela por la cabeza.

El hombre aludido hizo lo que le ordenaban, y al cabo de unos instantes el Pequeño John abría los ojos y miraba a su alrededor, desconcertado y aturdido por la fuerza del golpe. Entonces le ataron las manos a la espalda, le levantaron y le subieron a lomos de uno de los caballos, con la cara hacia la grupa y los pies atados por debajo del vientre del animal. Así lo llevaron hasta la posada de La Cabeza del Rey, riendo y bromeando por el camino. Pero mientras tanto, los tres hijos de la viuda habían logrado escapar y ocultarse en el bosque.

Una vez más, el sheriff de Nottingham se sentó en el comedor de la posada de La Cabeza del Rey. Su corazón rebosaba de alegría, pues al fin había conseguido lo que llevaba años intentando: coger prisionero al Pequeño John.

«Mañana a estas horas —se decía a sí mismo—, este villano colgará del árbol de la horca, frente a la gran puerta de Nottingham y habré saldado mi antigua cuenta con él».

Y así diciendo, tomó un largo trago de vino de Canarias. Pero, como si con el vino se hubiera tragado una idea, de pronto sacudió la cabeza y se apresuró a dejar la copa.

El sheriff de Nottingham teme que Robin Hood intente rescatar al Pequeño John

«Ahora bien —siguió diciéndose—, ni por mil libras querría yo que este bellaco se me escapara de las manos; sin embargo, si su jefe logra escapar de ese horrible Guy de Gisbourne, no hay quien pueda decir lo que es capaz de hacer, pues no existe en todo el mundo un bandido más astuto que ese maldito Robin Hood. Me parece que sería mejor no esperar a mañana para ahorcar a este bribón».

Y con estas palabras, echó rápidamente hacia atrás la silla, salió de la posada y convocó a sus hombres.

—No esperaré más para ahorcar a este bandido —dijo—. Lo haremos ahora mismo, en el mismo árbol donde salvó a los tres jóvenes villanos, interponiéndose tan osadamente entre ellos y la ley. Preparaos inmediatamente.

El sheriff y sus hombres se disponen a ahorcar al Pequeño John sin pérdida de tiempo

Una vez más, sentaron al Pequeño John sobre el caballo, de cara a la grupa, y con uno de ellos guiando el caballo y los demás cabalgando a su alrededor, se dirigieron de nuevo al árbol de cuyas ramas habían intentado colgar a los cazadores furtivos. Cabalgaron a lo largo del sendero con gran ruido de cascos y aparejos, hasta llegar al árbol, y allí uno de los hombres le dijo de pronto al sheriff:

—¡Señoría! ¿No es aquel hombre que viene hacia nosotros el mismo Guy de Gisbourne a quien su señoría envió al bosque en busca del bandido Robin Hood?

Al oír estas palabras, el sheriff hizo visera con la mano sobre los ojos y miró atentamente.

Robin Hood se presenta ante el sheriff de Nottingham vestido con las ropas de Guy de Gisbourne

—Ciertamente, es el mismo —dijo—. ¡Quiera el cielo que haya matado al jefe de los ladrones, como nosotros vamos a matar ahora a su lugarteniente!

Cuando el Pequeño John oyó estas palabras, alzó la mirada y el corazón se le hizo pedazos, pues no sólo el recién llegado traía las ropas cubiertas de sangre, sino que además traía el cuerno de Robin, y su arco y su espada en las manos.

—¿Cómo es esto? —exclamó el sheriff cuando Robin Hood, vestido con las ropas de Guy de Gisbourne, llegó lo bastante cerca—. ¿Qué os ha ocurrido en el bosque? ¡Pero, hombre, traéis las ropas cubiertas de sangre!

—Si no os gustan mis ropas —dijo Robin con voz áspera como la de Guy de Gisbourne—, podéis cerrar los ojos. Pardiez, esta sangre que me cubre es la del bandido más ruin que jamás holló los bosques, al que he dado muerte en este día, no sin resultar yo mismo herido.

Entonces el Pequeño John habló por primera vez desde que había caído en manos del sheriff:

—¡Maldito engendro despreciable! ¿Quién no ha oído hablar de ti y quién no te maldice por tus viles y sangrientas rapiñas? ¿Es posible que semejante mano haya parado el más noble corazón que jamás latió? En verdad que eres un instrumento digno de este cobarde sheriff de Nottingham. Ahora moriré de buena gana y no me importa cómo pueda morir, pues la vida no significa ya nada para mí.

Así habló el Pequeño John, mientras las lágrimas saladas corrían por sus curtidas mejillas. Pero el sheriff de Nottingham empezó a palmotear de alegría.

—¡Caramba, Guy de Gisbourne! —dijo—. Si lo que decís es cierto, éste será para vos el día más provechoso de toda vuestra vida.

—Lo que he dicho es cierto, y no miento —dijo Robin Hood, todavía con la voz de Guy de Gisbourne—. Mirad, ¿no es ésta la espada de Robin Hood, y no es éste su famoso arco de tejo, y no es éste su cuerno de caza? ¿Pensáis que se los daría a Guy de Gisbourne por propia iniciativa?

Entonces el sheriff estalló en carcajadas de júbilo.

—¡Qué gran día! —exclamó—. El gran bandido muerto y su mano derecha en mi poder. Pedidme lo que queráis, Guy de Gisbourne, y es vuestro.

—Entonces, esto os pido —dijo Robin—. Puesto que ya he matado al jefe, quiero matar ahora a su hombre. Dejad en mis manos la vida de este sujeto, señor sheriff.

El sheriff pone al Pequeño John en manos de Robin Hood

—¡Sois un tonto! —exclamó el sheriff—. ¡Podríais haber pedido dinero suficiente para el rescate de un rey y lo habríais obtenido! No me hace gracia desprenderme de este hombre, pero puesto que lo he prometido, vuestro es.

—Os doy las gracias de todo corazón por vuestro regalo —dijo Robin—. ¡Bajad a ese bellaco del caballo y apoyadlo en aquel árbol, que os voy a enseñar cómo ensartamos a un puerco allí de donde yo vengo!

Al oír estas palabras, algunos hombres del sheriff sacudieron la cabeza, pues aunque no les importaba un bledo si el Pequeño John era ahorcado o no, les repugnaba verle asesinado a sangre fría. Pero el sheriff les ordenó a grandes voces que hicieran bajar al proscrito del caballo y le pusieron de espaldas al árbol, como el otro solicitaba.

Mientras estaban ocupados con esto, Robin Hood encordó su arco y el de Guy de Gisbourne, sin que nadie se diera cuenta. Acto seguido, cuando el Pequeño John estuvo apoyado en el árbol, desenfundó la afilada daga de doble filo de Guy de Gisbourne.

—¡Atrás! ¡Atrás! —gritó—. ¿Queréis privarme de mi placer amontonándoos así, bellacos sin modales? ¡Atrás, digo! —y los hombres fueron retrocediendo como él ordenaba, muchos de ellos volviendo el rostro hacia un lado para no ver lo que estaba a punto de suceder.

—¡Vamos! —gritó el Pequeño John—. ¡Aquí está mi pecho! ¡Resulta apropiado que la misma mano que mató a mi querido jefe acabe también conmigo! ¡Te conozco, Guy de Gisbourne!

Robin Hood libera al Pequeño John

—¡Tranquilo, Pequeño John! —dijo Robin en voz baja—. Ya son dos las veces que has dicho que me conoces, y sin embargo no me conoces en absoluto. ¿Es que no me reconociste bajo esta piel de bestia salvaje? Aquí, delante de ti, están mi arco y mis flechas, así como mi espada. Cógelos cuando corte la cuerda. ¡Ahora! ¡Cógelo, rápido!

Y así diciendo, cortó las ligaduras del Pequeño John, el cual, en un abrir y cerrar de ojos, saltó hacia delante y recogió el arco, las flechas y la espada. Al mismo tiempo, Robin Hood se echó hacia atrás la capucha de piel de caballo

que le cubría la cara y tensó el arco de Guy de Gisbourne, con una flecha bien puntiaguda montada en la cuerda.

—¡Atrás! —gritó con voz autoritaria—. ¡El primero que toque la cuerda de un arco con un dedo es hombre muerto! ¡He matado a vuestro hombre, sheriff! ¡Procurad no ser vos el próximo! —y viendo que el Pequeño John ya estaba armado, se llevó el cuerno a los labios y tocó tres notas fuertes y penetrantes.

Cuando el sheriff de Nottingham vio qué rostro se ocultaba bajo la capucha de Guy de Gisbourne, y oyó resonar los toques de corneta en sus oídos, creyó llegada su hora.

—¡Robin Hood! —exclamó.

Y sin decir otra palabra, dirigió su caballo al camino y partió al galope entre una nube de polvo. Los hombres del sheriff, viendo que su jefe huía para salvar la vida, consideraron que no valía la pena entretenerse más por allí, espolearon sus caballos y partieron al galope detrás de él. Pero aunque el sheriff de Nottingham iba muy rápido, no podía ganarle en velocidad a una flecha.

El sheriff escapa, pero no ileso

El Pequeño John soltó la cuerda de su arco con un grito y, cuando el sheriff atravesaba a toda velocidad las puertas de la ciudad de Nottingham, una flecha de plumas grises se le clavó detrás, haciéndole parecer como un gorrión en plena muda, con un sola pluma en la cola. Durante más de un mes, el pobre sheriff no pudo sentarse más que en los cojines más blandos que pudo conseguir.

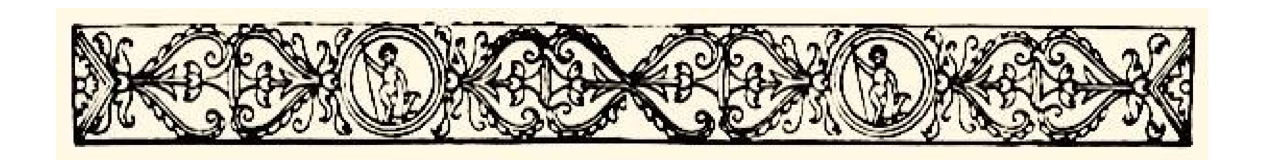
Y así fue como el sheriff de Nottingham y una veintena de hombres huyeron de Robin Hood y el Pequeño John; y cuando Will Stutely y una docena o más de proscritos llegaron corriendo de la espesura, no vieron a ninguno de los enemigos de su jefe, pues el sheriff y sus hombres se perdían en la distancia, ocultos en una nube de polvo, como una pequeña tormenta.

Los tres hijos de la viuda se unen a la banda de Robin Hood

Entonces todos regresaron al bosque, donde encontraron a los tres hijos de la viuda, que corrieron hacia el Pequeño John y le besaron las manos. Sin embargo, ya no podrían recorrer libremente los bosques y prometieron que, aquella misma noche, en cuanto hubieran informado a su madre de su escapatoria, acudirían al árbol de las reuniones y se convertirían en miembros de la banda.

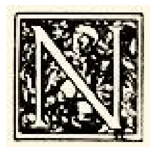
Y así termina la aventura más peligrosa que jamás corrieron Robin Hood y el Pequeño John. A continuación, oiremos cómo el noble rey Ricardo

Corazón de León visitó a Robin en el bosque de Sherwood.



II

El rey Ricardo acude al bosque de Sherwood

O habían transcurrido más de dos meses desde que Robin Hood y el Pequeño John corrieron las emocionantes aventuras que acabamos de relatar, cuando todo Nottinghamshire se conmocionó de arriba abajo, pues el rey Ricardo Corazón de León estaba realizando un recorrido real por la alegre Inglaterra, y todos esperaban que su viaje le llevara hasta la ciudad de Nottingham.

El rey Ricardo Corazón de León hace un recorrido por toda Inglaterra

Los mensajeros iban y venían del sheriff al rey, y viceversa, y por fin se fijó una fecha para la visita del rey a Nottingham, como huésped de su señoría.

Y entonces la agitación aumentó aún más; grandes carreras de acá para allá, golpeteos de martillos y rumores de voces por todas partes, mientras se construían grandes arcos en las calles por las que habría de pasar el rey y se engalanaban dichos arcos con banderas y cintas de seda de muchos colores. También reinaba el ajetreo en la casa consistorial de la ciudad, pues allí se iba a ofrecer un gran banquete al rey y a los nobles de su comitiva, y los mejores maestros carpinteros se afanaban en la construcción de un trono en el que se sentarían a la mesa el rey y el sheriff, uno junto a otro.

La gente de Nottingham se prepara para la visita del rey

A mucha buena gente del lugar le parecía que jamás llegaría el día en que el rey visitaría la ciudad, pero acabó llegando a su debido tiempo, y el sol brillaba sobre las calles de piedra, animadas por un mar de gente en continuo movimiento. A cada lado de la calle, ciudadanos y campesinos se apiñaban, tan apretados como arenques secos en su caja, y los hombres del sheriff, armados con alabardas, apenas podían lograr que dejaran espacio para el paso de la comitiva del sheriff.

Cierto fraile gordo recrimina

—¡Fijaos a quién empujáis! —les gritaba un corpulento fraile a los soldados—. ¿Os atrevéis a darme codazos a mí,

a un guardia del sheriff por empujarle

villano? ¡Por Nuestra Señora de la Fuente, que si no me tratáis con más respeto os voy a partir esa cabeza de bellaco, por muy guardia del poderoso sheriff que seáis!

Estas palabras fueron acogidas con una fuerte carcajada por muchos campesinos de elevada estatura y vestidos de verde que se encontraban repartidos entre la multitud; pero uno de ellos, que parecía poseer más autoridad que los demás, le dio un codazo al religioso.

—Tranquilo, Tuck —dijo—. ¿No me prometisteis, antes de venir aquí, que os pondríais un candado en la lengua?

—Sí, pardiez —refunfuñó el otro—, pero no pensé que un patán de pies torpes me pisotearía mis pobres dedos como si fueran simples bellotas en el bosque.

Pero de pronto, todo este parloteo se interrumpió, pues el sonido de muchas cornetas llegó claro y potente calle abajo. Entonces todo el mundo estiró el cuello y miró en la dirección de donde provenía el sonido, y el apiñamiento, los empujones y los movimientos de masas se hicieron mayores que nunca. Y de pronto, apareció la cabecera del vistoso desfile y los vítores se extendieron por la multitud como el fuego por los pastos.

Llegan cabalgando los veintiocho heraldos

Venían primero veintiocho heraldos a caballo, vestidos de terciopelo y tela de oro. Sobre sus cabezas ondeaba un penacho de plumas blancas como la nieve, y cada uno de los heraldos llevaba en las manos una larga trompeta plateada, que tocaba melodiosamente. De cada trompeta colgaba una pesada bandera de terciopelo y tela de oro con el escudo de la casa real de Inglaterra.

Cien caballeros con sus pajes desfilan detrás de los heraldos

Tras los heraldos cabalgaban cien nobles caballeros en fila de a dos, todos completamente armados pero con la cabeza descubierta Llevaban en las manos largas lanzas, en cuyas puntas flameaban pendones de muchos colores y diseños. Junto a cada caballero desfilaba un paje a pie, y cada paje llevaba en las manos el yelmo de su señor, rematado por largos y ondulantes penachos de plumas. Jamás se había visto en Nottingham un espectáculo tan vistoso como el que ofrecían aquellos cien caballeros, cuyas armaduras resplandecían al sol con destellos cegadores mientras desfilaban montados en sus grandes caballos de guerra, con entrechocar de armas y tintineo de cadenas.

Los barones y nobles del interior desfilan

Detrás de los caballeros venían los barones y nobles del interior, vestidos de seda y tela de oro, con cadenas de oro

detrás de los caballeros

en sus cuellos y joyas en sus ceñidores. Tras ellos venía un gran despliegue de soldados, con lanzas y alabardas en las manos; y en medio de este grupo, dos jinetes que cabalgaban juntos.

El sheriff y el rey llegan rodeados de hombres de armas

Uno de ellos era el sheriff de Nottingham, con su atuendo oficial. El otro, que le sacaba una cabeza al sheriff, vestía ropas caras pero sencillas y llevaba una gruesa y pesada cadena de oro al cuello. Su cabello y su barba eran como hebras de oro, y sus ojos tan azules como el cielo de verano. Al pasar, saludaba con la cabeza a derecha e izquierda y un fuerte vocerío le seguía a su paso, pues se trataba del rey Ricardo.

Entonces, por encima del tumulto y el griterío, se oyó el rugido de una poderosa voz:

—¡Que el cielo y todos sus santos os bendigan, señor rey Ricardo! ¡Y que también os bendiga Nuestra Señora de la Fuente!

Entonces el rey Ricardo, mirando hacia el lugar de donde procedían las voces, vio a un fraile enormemente alto y corpulento, plantado delante de toda la multitud con las piernas bien separadas para resistir el empuje de los de detrás.

—¡Por mi alma, sheriff! —dijo el rey, echándose a reír—. Tenéis aquí en Nottinghamshire los curas más altos que he visto en mi vida. Aunque el cielo se quedara sordo y dejara de responder a las plegarias, creo que llegarían estas bendiciones, pues ese hombre es capaz de hacer que la gran estatua de piedra de san Pedro se frote los oídos y le escuche. Ya me gustaría tener un ejército de hombres como él.

El sheriff ve a Robin Hood y su banda entre la multitud

El sheriff no respondió ni una palabra, pero la sangre huyó de sus mejillas y tuvo que agarrarse al pomo de la silla para no caer, pues también había visto al hombre que gritaba y sabía que se trataba del fraile Tuck; y lo que es más, detrás del fraile Tuck había visto los rostros de Robin Hood, el Pequeño John, Will Escarlata, Will Stutely, Allan de Dale y otros miembros, de la banda.

—¿Cómo? —dijo el sheriff, inquieto.

—¿Estáis enfermo, sheriff? Os habéis puesto blanco.

—No, majestad —respondió el sheriff—. No es nada, un simple dolor repentino que pronto se me pasará —y dijo esto porque le daba vergüenza que el rey supiera que Robin Hood le tenía tan poco miedo que se atrevía a llegar hasta las mismas puertas de Nottingham.

Así entró el rey en la ciudad de Nottingham aquella brillante tarde de principios de otoño; y nadie se alegró tanto como Robin y sus hombres de verle llegar con tanta majestad.

Cayó la tarde; el gran banquete en la casa consistorial de Nottingham había terminado, y el vino circulaba sin restricciones. Mil velas encendidas lucían en la mesa, ante la cual se sentaba un amplio despliegue de señores y caballeros, nobles e hidalgos. A la cabecera de la mesa, sobre un trono con colgaduras doradas, se sentaba el rey Ricardo, con el sheriff de Nottingham a su lado.

El rey le dijo al sheriff, entre risas:

El rey le pregunta al sheriff por Robin Hood

—He oído hablar mucho sobre las andanzas de ciertos habitantes de por aquí, un tal Robin Hood y su banda de proscritos, que viven en el bosque de Sherwood. ¿Podéis decirme algo de ellos, señor sheriff? Tengo entendido que habéis tenido tratos con ellos en más de una ocasión.

Al oír estas palabras, el sheriff de Nottingham bajó la mirada con aire sombrío, y el obispo de Hereford, que también se encontraba presente, se mordió el labio inferior. Entonces el sheriff dijo:

—Poco puedo contarle a vuestra majestad acerca de las andanzas de esos bandidos, excepto que se trata de los delincuentes más osados del mundo entero.

Entonces habló el joven sir Henry de Lea, uno de los favoritos del rey, a cuyas órdenes había combatido en Palestina:

—Con la venia de vuestra majestad —dijo—. Cuando estaba en Palestina tuve frecuentes noticias de mi padre, y en muchas ocasiones se mencionaba a este mismo Robin Hood. Si a vuestra majestad le place, puedo contar una aventura de este famoso forajido.

Sir Harry de Lea cuenta la historia de su padre

El rey, de buena gana, le autorizó a narrar la historia, y el joven caballero contó cómo Robin había ayudado a sir Richard de Lea con dinero que tomó prestado del obispo de Hereford. El rey y los demás comensales interrumpieron el relato con frecuentes risas y carcajadas, mientras el pobre obispo se ponía rojo como una cereza de vergüenza, pues el asunto le humillaba profundamente. Cuando sir Henry de Lea concluyó su relato, otros comensales, viendo cómo había disfrutado el rey con el mismo, contaron otras historias acerca de Robin y sus alegres camaradas.

—¡Por el pomo de mi espada! —exclamó el noble rey Ricardo—. ¡Éste es el ladrón más osado y divertido del que he oído hablar en la vida! Vive Dios que tengo que tomar cartas en el asunto y hacer lo que vos, sheriff, no conseguisteis; es decir, librar al bosque de ese sujeto y su banda.

Aquella noche, el rey se sentaba en los alojamientos que le habían preparado para su estancia en la ciudad de Nottingham. Con él se encontraban el joven sir Henry de Lea y otros caballeros, además de tres barones de Nottinghamshire; pero el rey seguía pensando en Robin Hood.

—¡Pardiez! —dijo—. Daría de buena gana cien libras por conocer a ese bandido de Robin Hood y ser testigo de alguna de sus andanzas por el bosque de Sherwood.

Entonces habló sir Hubert de Bingham, riendo al mismo tiempo:

—Si tal es el deseo de vuestra majestad, no será muy difícil complacerlo. Si vuestra majestad está dispuesto a perder cien libras, yo me comprometo no sólo a presentaros a ese sujeto, sino también a conseguir que cenéis con él en Sherwood.

—Pardiez, sir Hubert —dijo el rey—. Me alegra lo que decís. Pero ¿cómo conseguiréis encontrar a Robin Hood?

Sir Hubert de Bingham le dice al rey cómo puede trabar conocimiento con Robin Hood

—De este modo —dijo sir Hubert—. Vuestra majestad y los aquí presentes nos pondremos los hábitos de siete frailes de la orden negra[8] y vuestra majestad llevará bajo el suyo una bolsa con cien coronas; mañana saldremos de aquí hacia Mansfield y, si no me equivoco, antes de que termine el día nos habremos encontrado con Robin Hood y cenaremos con él.

—Me gusta vuestro plan, sir Hubert —dijo el rey animado—. Mañana pondremos a prueba su virtud.

Y así, cuando a primeras horas de la mañana siguiente el sheriff acudió a los alojamientos del soberano para presentarle sus respetos, el rey le explicó lo que habían decidido la noche antes y la emocionante aventura que se disponían a emprender aquella mañana. Pero cuando el sheriff lo oyó se dio un puñetazo en la frente.

—¡Ay, señor! —exclamó—. ¡Qué mal consejo os han dado! ¡Oh, mi noble rey y señor, no sabéis lo que hacéis! Ese villano al que vais a buscar no respeta ni al rey ni sus leyes.

—¿Acaso no entendí bien cuando oí decir que ese Robin Hood jamás ha derramado sangre desde que es un proscrito, exceptuando la de aquel vil Guy

de Gisbourne, por cuya muerte todos los hombres de bien deben estarle agradecidos?

—Sí, majestad —dijo el sheriff—. Vuestra majestad oyó bien. Pero no obstante…

—Entonces —dijo al sheriff, interrumpiéndole—, ¿qué puedo temer de él, si no le he hecho ningún daño? En verdad que no hay peligro en esto. Puede que os apetezca venir con nosotros, señor sheriff.

—¡No! —se apresuró a decir el sheriff—. ¡No lo permita el cielo!

El rey y sus acompañantes se dirigen al bosque de Sherwood en busca de Robin Hood

Trajeron entonces siete hábitos negros como los de los monjes benedictinos, y el rey y sus acompañantes se los pusieron. Su majestad se metió entre los hábitos una bolsa con cien libras de oro, y todos salieron al exterior y montaron en las mulas que les habían preparado a la puerta. Entonces el rey ordenó al sheriff que guardara silencio con respecto al asunto, y todos emprendieron el camino.

Siguieron adelante, entre risas y bromas, hasta salir a campo abierto; pasaron entre campos de trigo ya desnudos por haberse recogido la cosecha, y junto a pequeñas arboledas que fueron haciéndose más densas cuanto más avanzaban, hasta que llegaron a las densas sombras del bosque mismo. Se internaron en el bosque y recorrieron varios kilómetros sin encontrar a nadie de los que buscaban, hasta que por fin llegaron a la parte del camino más próxima a la abadía de Newstead.

—¡Por el bendito san Martín! —exclamó el rey—. ¡Qué mala cabeza tengo para las cosas más necesarias! Henos aquí en pleno viaje y sin traer una sola gota de bebida. Ahora mismo daría cien libras por algo con que aplacar la sed.

Un hombre alto sale al paso del rey y sus acompañantes cerca de la abadía de Nwestead

No había pronunciado el rey estas palabras, cuando de los matorrales que flanqueaban el sendero salió un hombre con barba y cabellos rubios y un par de alegres ojos azules.

—A fe mía, reverendo hermano —dijo echando mano a las riendas del caballo del rey—, que sería de malos cristianos no responder adecuadamente a semejante oferta. Aquí cerca tenemos una posada donde podréis disfrutar del banquete más espléndido que haya pasado por vuestra garganta.

Y tras decir esto, se llevó los dedos a la boca y emitió un penetrante silbido. Inmediatamente, las ramas de los arbustos del otro lado del camino se

agitaron y crujieron, y unos sesenta fornidos individuos vestidos de paño verde salieron al descubierto.

—¿Qué es esto, amigo? —dijo el rey—. ¿Quién sois vos, miserable ladrón? ¿No tenéis respeto por los santos varones como nosotros?

—Ni una pizca —respondió Robin Hood, pues de él se trataba—. En verdad os digo que toda la santidad de los frailes ricos como vosotros cabría en un dedal, y aún la costurera no lo sentiría con la punta del dedo. En cuanto a quién soy, me llamo Robin Hood, y puede que hayáis oído hablar de mi nombre.

—¡Confundido seáis! —dijo el rey Ricardo—. Sois un hombre insolente y malvado, y sin respeto a la ley, según me han dicho más de una vez. Ahora os ruego que me permitáis a mí y a estos hermanos míos proseguir nuestro viaje en paz y tranquilidad.

—Eso no puede ser —dijo Robin Hood—. Estaría muy mal por nuestra parte dejar que tan santos varones sigan su viaje con el estómago vacío. Y no dudo de que lleváis una bolsa abultada para pagar la cuenta, puesto que tan a la ligera ofrecisteis tanto dinero por un simple trago de vino. Mostradme la bolsa, reverendo hermano, si no queréis que os despoje de vuestros hábitos y la busque yo mismo.

—No es preciso recurrir a la fuerza —dijo severamente el rey—. Aquí tenéis mi bolsa, pero no pongáis vuestras impías manos sobre nuestra persona.

El rey le entrega su bolsa a Robin Hood

—Vaya, vaya —se burló Robin—. ¿Qué palabras altisonantes son ésas? ¿Sois acaso el rey de Inglaterra para hablarme de ese modo? Tú, Will, coge la bolsa y mira lo que contiene.

Will Escarlata tomó la bolsa y contó el dinero. Entonces Robin dijo que se guardara cincuenta libras para la banda y volvió a meter las otras cincuenta en la bolsa, que devolvió al rey.

—Aquí tenéis, hermano —dijo—. Tomad esta mitad de vuestro dinero y dad gracias a san Martín, a quien antes invocabais, por haber caído en manos de unos ladrones tan amables que no os dejan desnudos como podrían hacer. Pero ¿os importaría echaros atrás vuestra capucha? Me gustaría ver vuestra cara.

—No —dijo el rey, echándose atrás—. No puedo echar atrás mi capucha, pues los siete hemos hecho promesa de no descubrir el rostro en veinticuatro horas.

—Entonces mantenedla tapada en buena hora —dijo Robin—. Lejos de mi intención hacer que quebrantéis vuestras promesas.

Robin Hood lleva a los siete falsos frailes ante el árbol de las reuniones

A continuación, llamó a siete de sus hombres y les ordenó coger cada uno una mula por las bridas; y luego, dirigiendo sus pasos hacia la espesura del bosque, echaron a andar hasta llegar al claro donde se alzaba el árbol de las reuniones.

El Pequeño John, con otros sesenta hombres, había salido también aquella mañana para acechar en los caminos y llevar algún rico invitado al claro de Sherwood si tenía la suerte de encontrarlo, pues aquellos días recorrían los caminos muchas bolsas abultadas, a causa de los grandes sucesos de Nottinghamshire; pero aunque el Pequeño John y otros muchos se encontraran ausentes, el fraile Tuck y por lo menos cuarenta hombres más se habían quedado sentados o tumbados en torno al gran árbol, y se levantaron para recibir a Robin y, los que le acompañaban.

—¡Por mi alma! —exclamó el rey Ricardo cuando desmontó de su mula y miró a su alrededor—. Verdaderamente tenéis aquí una espléndida partida de hombres, Robin. El propio rey Ricardo se sentiría orgulloso de semejante guardia personal.

—Éstos no son todos mis hombres —dijo Robin con orgullo—. Otros sesenta han salido a trabajar, bajo la dirección de mi mano derecha, el Pequeño John. Pero en cuanto al rey Ricardo, permitid que os diga, hermano, que no hay ni uno solo entre nosotros que no derramaría su sangre por él, como si de agua se tratara Vosotros los eclesiásticos no podéis entender a nuestro rey; pero nosotros los campesinos le amamos y le guardamos lealtad por sus valerosas hazañas, tan semejantes a las nuestras.

En aquel momento irrumpió el fraile Tuck.

—Buenos días tengáis, hermanos —dijo—. ¡Cómo me alegra dar la bienvenida a este antro de pecadores a mis hermanos de hábitos! Os digo de verdad que estos picaros proscritos lo llevarían muy mal si no contaran con las oraciones del reverendo Tuck, que tan duramente trabaja por su bienestar —aquí guiñó un ojo con malicia y adoptó un gesto de ironía.

—¿Quién sois vos, cura loco? —dijo el rey con voz muy seria, pero sonriendo bajo su capucha.

Al oír esto, el fraile Tuck miró lentamente a su alrededor.

—Fijaos bien —dijo—. Que no vuelva a oíros decir que no soy hombre paciente. Aquí hay un fraile bellaco que me acaba de llamar cura loco, y todavía no le he sacudido. Mi nombre es fraile Tuck, amigo. Reverendo fraile Tuck.

—Vamos, Tuck —dijo Robin—. Ya habéis hablado bastante. Por favor, dejad de hablar y traed algo de vino. Estos reverendos padres tienen sed, y

puesto que han pagado generosamente se les debe dar lo mejor.

El fraile Tuck se engalló un poco al ver interrumpido su discurso, pero accedió sin protestar a la petición de Robin. Al poco rato se trajo una gran tinaja y se escanció vino para todos los invitados y para Robin Hood. Entonces Robin levantó su copa.

—¡Quietos todos! —gritó—. Que nadie beba hasta que yo pronuncie un brindis. A la salud del buen rey Ricardo, de grande fama, y que Dios confunda a todos sus enemigos.

Todos brindaron a la salud del rey, incluso el propio rey, que dijo:

Robin Hood bebe a la salud del rey

—Me parece, amigo mío, que habéis brindado por vuestra propia confusión.

—Nada de eso —respondió Robin—. Os aseguro que aquí en Sherwood somos más leales a nuestro señor el rey que los de vuestra orden. Nosotros daríamos nuestras vidas por él, mientras que vosotros os contentáis con quedaros cómodamente en vuestras abadías y prioratos, sin que os importe quién reina.

Al oír esto, el rey se echó a reír, y dijo:

—Es muy posible, amigo mío, que el bienestar del rey Ricardo me importe más de lo que creéis. Pero dejemos ese tema. Hemos pagado generosamente nuestra estancia, así que, ¿no podríais ofrecernos un poco de diversión? He oído decir muchas veces que sois portentosos arqueros. ¿No querríais darnos una muestra de vuestra habilidad?

—De muy buena gana —dijo Robin—. Siempre nos agrada ofrecer a nuestros invitados una buena exhibición deportiva. Como decía el viejo Swanthold «Hace falta mala entraña para no darle de lo mejor al estornino enjaulado»; y eso es lo que sois ahora: estorninos enjaulados. ¡Eh, muchachos! Colocad una guirnalda al extremo del claro.

Entonces, mientras los proscritos corrían a cumplir la orden de su jefe, el fraile Tuck se dirigió a uno de los falsos frailes.

—¿Habéis oído a nuestro jefe? —dijo con un guiño malicioso—. Cada vez que saca a colación alguna pequeña manifestación de ingenio, la carga sobre los hombros de ese viejo Swanthold, quienquiera que sea, y el pobre hombre debe ir por el mundo llevando a cuestas todos los dichos y redichos, citas y sentencias que nuestro jefe le ha cargado a las espaldas —así habló el fraile Tuck, pero en voz baja para que Robin no le oyera, pues aún se sentía picado por la interrupción de Robin.

Mientras tanto, se instaló el blanco contra el que iban a disparar, a ciento veinte pasos de distancia. Se trataba de una guirnalda de hojas y flores, de dos

palmos de anchura, colgada de una estaca delante del tronco de un árbol.

—Ése es un buen blanco, compañeros —dijo Robin—. Cada uno tirará tres flechas, y el que falle una sola flecha recibirá un bofetón de manos de Will Escarlata.

—¡Escuchad lo que dice! —exclamó el fraile Tuck—. Caramba, jefe, ofreces bofetones de tu robusto sobrino como quien ofrece caricias de amor de una moza rolliza. Bien se nota que tú estás seguro de acertarle a la guirnalda; de lo contrario no te mostrarías tan pródigo con sus puños.

La banda dispara para entretener al rey Ricardo

Disparó en primer lugar David de Doncaster, clavando sus tres flechas en la guirnalda.

—¡Bien hecho, David! —exclamó Robin—. ¡Te has salvado de que te calienten las orejas!

A continuación disparó Mosquito el Molinero, y también clavó sus flechas en la guirnalda. El siguiente fue Wat el hojalatero, pero para su desgracia una de sus flechas falló el blanco por dos dedos.

—¡Ven aquí, amigo! —dijo Will Escarlata con su suave voz y amable—. Te debo algo que quiero pagar de inmediato.

Entonces Wat el hojalatero se acercó a Will Escarlata y quedó parado frente a él, retorciendo la cara y cerrando los ojos frenéticamente, como si ya sintiera zumbar los oídos por el bofetón.

El hojalatero se gana una bofetada

Will Escarlata se arremangó el brazo y, poniéndose de puntillas para tener más amplitud de movimiento, le golpeó con todas sus fuerzas. ¡Paf!, hizo la mano de Will sobre la cabeza del hojalatero, y el robusto Wat rodó sobre la hierba patas arriba, como caen los muñecos de madera de las ferias cuando un jugador hábil las derriba con la pelota. Y mientras el calderero se quedaba sentado en la hierba, frotándose la oreja y haciendo guiños y parpadeos a las brillantes estrellas que danzaban frente a sus ojos, los proscritos rugieron de alborozo hasta hacer retemblar el bosque. En cuanto al rey Ricardo, se rió hasta que por sus mejillas corrieron las lágrimas. Y así fue disparando toda la banda, uno por uno, algunos salvando la prueba y otros ganándose un bofetón que invariablemente los enviaba rodando por la hierba. Y por fin, cuando todos hubieron tirado, Robin ocupó su posición y se hizo el silencio mientras él disparaba. La primera flecha arrancó una astilla de la estaca de donde colgaba la guirnalda; la segunda se clavó a una pulgada de la primera.

«¡Por las reliquias de mis antepasados! —se dijo el rey Ricardo—. Daría mil libras por tener a este hombre en mi guardia».

Robin Hood falla el tiro

Y entonces Robin disparó por tercera vez; pero ¡oh sorpresa!, la flecha estaba mal emplumada y, desviándose hacia un lado, se clavó a una pulgada por fuera de la guirnalda.

Ante esto se produjo un terrible griterío, mientras los proscritos que se sentaban en la hierba se retorcían de risa, pues era la primera vez que veían a su jefe fallar un tiro. Humillado, Robin tiró el arco al suelo.

—¡Que el diablo se la lleve! —exclamó—. ¡Esa flecha tenía una pluma mal puesta, lo noté cuando me rozó el dedo al salir! Dadme una flecha buena y me comprometo a rajar la estaca con ella.

Al oír esto, los proscritos se rieron aún más fuerte.

—¡Nada de eso, tío! —dijo Will Escarlata con su voz suave y amable—. Habéis tenido vuestra oportunidad y habéis fallado el tiro descaradamente. Doy fe de que la flecha era tan buena como cualquiera de las que se han disparado hoy. Venid aquí; os debo algo y quiero pagar en el acto.

—¡Vamos, jefe! —rugió el fraile Tuck—. Podéis contar con mis bendiciones. Os habéis mostrado muy generoso con las caricias de Will Escarlata, y no sería justo que no recibierais vuestra parte.

Robin Hood acepta que le pegue el rey

—Eso no puede ser —dijo Robin—. Aquí soy el rey y ningún súbdito puede levantar su mano contra el rey. Pero incluso nuestro gran rey Ricardo se humilla ante el santo papa sin avergonzarse de ello, pudiendo llegar a recibir un cachete de sus manos a modo de penitencia; de la misma manera, yo me humillo ante este reverendo padre, que parece ser persona de autoridad, y aceptaré el castigo de sus manos —y así diciendo, se dirigió al rey—. Os lo ruego, hermano, ¿aceptaríais impartir el castigo con vuestras santas manos?

—De muy buena gana —respondió alegremente el rey Ricardo, levantándose de su asiento—. Tengo una deuda con vos por haberme aliviado del terrible peso de cincuenta libras. Haced sitio en la hierba, muchachos.

—Si sois capaz de derribarme —dijo Robin—, os devolveré de buena gana vuestras cincuenta libras; pero os advierto, hermano, que si no me hacéis tocar la hierba con la espalda, os quitaré hasta el último penique que llevéis, por hablar de modo tan insolente.

—Que así sea —dijo el rey—. Estoy dispuesto a correr el riesgo.

El rey le pega un terrible

bofetón a Robin

A continuación, se arremangó los hábitos y dejó al descubierto un brazo que dejó admirados a los proscritos. Pero Robin, con los pies bien separados y plantados en el suelo, aguardaba sonriendo. Entonces el rey echó atrás el brazo, se equilibró un momento, y le sacudió a Robin una bofetada que resonó como un trueno. Robin cayó de cabeza sobre la hierba, pues el golpe habría podido derribar un muro de piedra. Había que ver cómo gritaban y reían los proscritos, hasta que les dolieron los costados de tanto reír, pues no habían visto en toda su vida una bofetada semejante. En cuanto a Robin, se sentó en el suelo y miró a su alrededor, como si acabara de caer de una nube y hubiera aterrizado en un lugar desconocido. Al cabo de un rato, sin dejar de mirar a los proscritos que le rodeaban riendo a carcajadas, se llevó las puntas de los dedos a la oreja y la palpó con suavidad.


Robin sale malparado de un trato
HP:
H.P.

—Will Escarlata —dijo—, devuélvele a este tipo sus cincuenta libras. No quiero saber nada más de su dinero ni de él. ¡Mala peste se lo lleve a él y a sus bofetadas! Habría preferido que me aplicaras tú el castigo; estoy convencido de que me he quedado sordo para siempre jamás.

Y mientras aún se oían carcajadas entre la banda, Will Escarlata contó las cincuenta libras y el rey las metió en su bolsa.

—Os doy las gracias, amigo —dijo—. Y si alguna vez tenéis ganas de otro bofetón en la oreja como el que acabáis de recibir, no tenéis más que acudir a mí y os atenderé gratuitamente.

El Pequeño John llega al Árbol de las Reuniones con Sir Richard de Lea, que viene a advertir a Robin de un peligro

Así habló el rey; pero apenas había terminado de hablar cuando se oyó el rumor de muchas voces, y de la espesura salieron el Pequeño John y sesenta hombres, con sir Richard de Lea en el centro del grupo. Llegaron corriendo a través del claro, y sir Richard le gritó a Robin:

—Apresuraos, amigo, reunid a vuestra banda y venid conmigo. El rey Ricardo salió de Nottingham esta mañana y viene a los bosques en vuestra busca. No sé cómo llegará, porque se trata de un rumor, pero estoy seguro de que es cierto. Así que daos prisa todos y venid al castillo de Lea, donde podréis permanecer ocultos hasta que haya pasado el peligro. ¿Quiénes son estos desconocidos que están con vosotros?

—Bueno —dijo Robin, levantándose del suelo—, son unos agradables invitados que han venido con nosotros desde el camino real junto a la abadía de Newstead. No conozco sus nombres, pero he llegado a trabar íntimo conocimiento con la palma de este robusto rufián. ¡Pardiez, el placer de dicho conocimiento me ha costado una sordera permanente y cincuenta libras de propina!

Sir Richard de Lea reconoce al rey

Sir Richard miró con atención al corpulento fraile, que, irguiéndose en toda su estatura, le devolvió la mirada al caballero. Y de pronto, las mejillas de sir Richard se pusieron pálidas, pues reconoció al hombre que estaba mirando. Al instante, saltó del lomo de su caballo y se arrojó de rodillas ante los pies del otro. El rey, viendo que sir Richard le había reconocido, se echó hacia atrás la capucha y todos los proscritos vieron su rostro y lo reconocieron también, pues todos ellos, sin excepción, habían estado entre la multitud en la ciudad de Nottingham y le habían visto cabalgar junto al sheriff. Todos cayeron de rodillas, incapaces de decir una palabra.

Entonces el rey miró solemnemente en torno suyo, hasta que por fin sus ojos volvieron a posarse en sir Richard de Lea.

—¿Qué es esto, sir Richard? —dijo en tono severo—. ¿Cómo os atrevéis a interponeros entre mí y estos villanos? ¿Y cómo os atrevéis a ofrecerles refugio en el noble castillo de Lea? ¿Pensáis convertirlo en escondite para los proscritos más buscados de Inglaterra?

Entonces sir Richard de Lea levantó sus ojos hacia el rey.

—Nada más lejos de mi intención —dijo— que hacer algo que pudiera atraerme las iras de vuestra majestad. Sin embargo, antes me enfrentaría a la cólera de vuestra majestad que permitir, pudiéndolo impedir, que le ocurra ningún mal a Robin Hood y su banda, pues a estos hombres les debo la vida, el honor, todo. ¿Acaso he de abandonarle en los momentos de necesidad?

Antes de que el caballero terminara de hablar, uno de los falsos frailes que acompañaban al rey se adelantó y se arrodilló junto a sir Richard; y echando hacia atrás su capucha, descubrió el rostro del joven sir Henry de Lea. Entonces sir Henry tomó la mano de su padre y dijo:

—Ante vos se arrodilla uno que os ha servido bien, rey Ricardo, y que, como bien sabe vuestra majestad, se interpuso entre la muerte y vuestra persona en Palestina. Y aun así, me adhiero a mi querido padre y aquí declaro yo también que si, pudiera ofrecer refugio a este noble proscrito, Robin Hood, lo haría aun a costa de atraerme las iras de vuestra majestad, pues el honor de mi padre y su bienestar me importan más que los míos propios.

El rey perdona a sir Richard de Lea en atención a su hijo

El rey Ricardo miró, ora uno, ora a otro de los dos caballeros arrodillados, y por fin su expresión ceñuda desapareció y una sonrisa asomó en las esquinas de su boca.

—¡Pardiez, sir Richard! —dijo—. Habláis con mucho atrevimiento, pero vuestra libertad de lenguaje no me ofende demasiado. Y este hijo vuestro sigue los pasos de su padre, y tan atrevido es en las palabras como en los hechos, pues, como él mismo ha dicho, en cierta ocasión se interpuso entre la muerte y yo; sólo por él os perdonaría aunque hubierais hecho más de lo que habéis hecho. Levantaos todos, que ningún daño os vendrá de mí en este día, pues sería una pena que una jornada tan alegre se estropease con un mal final.

Todos se incorporaron entonces, y el rey le indicó a Robin que se acercara.

—¿Qué tal tu oreja? —le dijo—. ¿Sigues demasiado sordo como para oírme?

—No sordos, sino muertos, tendrían que estar mis oídos para no escuchar las palabras de vuestra majestad —dijo Robin—. En cuanto al golpe que vuestra majestad me dio, debo decir que por muy grandes que sean mis pecados, creo haberlos pagado plenamente.

El rey perdona a Robin Hood y a toda su banda

—¿Eso crees? —dijo el rey con voz algo más dura—. Te diré que de no ser por tres cosas, a saber, mi magnanimidad, mi simpatía por la gente de los bosques y la lealtad que me habéis profesado, es muy posible que tus oídos estuvieran ahora mucho más cerrados de lo que podría cerrarlos mi bofetada. No hables tan a la ligera de tus pecados, amigo Robin. Pero, ea, anímate. El peligro ha pasado, pues aquí y ahora os concedo el perdón a ti y a toda tu banda. Pero, la verdad, no puedo permitir que sigáis rondando por los bosques como habéis hecho en el pasado. Por lo tanto, te tomo la palabra, puesto que dijiste que estabais a mi servicio, y vendrás conmigo a Londres. Nos llevaremos también a ese osado rufián del Pequeño John, y a tu sobrino Will Escarlata, y a tu trovador Allan de Dale. En cuanto al resto de tu banda, tomaremos nota de sus nombres y los inscribiremos como guardabosques reales; me parece más juicioso convertirlos en honrados cuidadores de los ciervos de Sherwood que dejarlos sueltos para que los maten fuera de la ley. Y ahora, preparad la cena, que quiero ver cómo vivís aquí en los bosques frondosos.

Robin ordenó a sus hombres que preparasen un espléndido banquete, y al momento se encendieron grandes hogueras, en cuyas llamas se asaron deliciosos manjares. Mientras se hacían los preparativos, el rey le pidió a Robin que llamara a Allan de Dale, pues tenía deseos de oírle cantar. Se hizo llamar a Allan, y éste se presentó trayendo su arpa.

Allan de Dale canta ante el rey Ricardo

—¡Pardiez! —dijo el rey Ricardo—. Si tu canto está a la altura de tu figura, ya debe ser bueno. Te ruego que cantes una melodía y nos ofrezcas una muestra de tus habilidades.

Entonces Allan de Dale pulsó ligeramente su arpa y todas las voces callaron mientras él cantaba lo siguiente:

¿Dónde has estado, hija mía?

¿Dónde has estado este día?
Hija mía, hija mía.

En la orilla del río me entretuve,
donde se extienden grises las aguas sobre el vado
y el cielo gris se cierne sobre la gris corriente
y silba cuando sopla el viento helado.

¿Y qué has visto allí, hija mía?
¿Qué has visto allí en este día?
Hija mía, hija mía.

He visto que una barca se acercaba
allí donde murmuran los juncos tiritando,
y el agua gorgotea con sombrías burbujas
y silba cuando sopla el viento helado.

¿Quién iba en ella, hija mía?
¿Quién bogaba en este día?
Hija mía, hija mía.

Un hombre todo blanco iba en la barca;
una pálida luz nimbó su rostro blanco,
y sus ojos brillaban como estrellas de noche
y silbaba al soplar el viento helado.

¿Y qué dijo él, hija mía?
¿Qué te dijo en este día?
Hija mía, hija mía.

Nada dijo, pero hizo lo siguiente:
por tres veces un beso depositó en mis labios.
Mi pobre corazón se estremeció de gozo
y silbaba al soplar el viento helado.

¿Por qué estás fría, hija mía?
¿Por qué estás tan blanca y fría?
Hija mía, hija mía.

Pero la hija ya no respondía.
Allí quedó sentada con el rostro inclinado,
el corazón parado y la cabeza muerta,
y silbaba al soplar el viento helado.

Todos escuchaban en silencio; y cuando Allan de Dale terminó de cantar, el rey Ricardo dejó escapar un suspiro.

—¡Por el aliento de mi pecho, Allan! —dijo—. Tienes una voz tan dulce y maravillosa que conmueve de manera extraña el corazón. Pero ¿qué lúgubre cancioncilla es ésa para los labios de un recio campesino? Preferiría escucharte cantar una canción de amor y batallas, en lugar de una cosa tan triste. Y lo que es más, no la he entendido. ¿Qué quieren decir esas palabras?

—No lo sé, majestad —dijo Allan meneando la cabeza—. A menudo, ni yo mismo entiendo claramente lo que canto.

—Bien, bien —dijo el rey—. Dejémoslo pasar; tan sólo te digo esto, Allan: deberías centrar tus canciones en los temas que te he dicho, el amor y

la guerra; pues la verdad es que tienes mejor voz que Blondell[9], y él era el mejor trovador que había oído hasta ahora.

El rey Ricardo cena en el Bosque

Pero en aquel momento, se acercó un hombre a decir que el banquete estaba preparado, y Robin Hood condujo al rey y a sus acompañantes hasta donde se había servido la comida, sobre blancos manteles de lino extendidos encima de la verde hierba. El rey Ricardo se sentó a comer y beber, y al terminar juró solemnemente que jamás había saboreado un banquete tan delicioso en toda su vida.

El rey Ricardo pasa la noche en el bosque

Aquella noche, el rey durmió en Sherwood sobre un lecho de blandas hojas verdes, y a primera hora de la mañana siguiente salió del bosque en dirección a Nottingham, acompañado por Robin Hood y toda su banda. Podéis imaginaros el alboroto que se armó en la noble ciudad cuando todos aquellos famosos proscritos entraron desfilando por sus calles. En cuanto al sheriff, no sabía qué decir ni a dónde mirar cuando vio a Robin Hood tan favorecido por el rey, y su corazón se llenó de resentimiento por la humillación que sentía.

Robin Hood, el Pequeño John, Will Escarlata y Allan de Dale se despiden de la banda

Al día siguiente, el rey salió de la ciudad de Nottingham; Robin Hood, el Pequeño John, Will Escarlata y Allan de Dale estrecharon las manos al resto de la banda, besaron en las mejillas a cada uno de los hombres y prometieron volver con frecuencia a Sherwood para visitarlos. Luego, cada uno montó en su caballo y se alejaron con la comitiva del rey.



Aquí terminan las alegres aventuras de Robin Hood; pues, a pesar de su promesa, transcurrieron muchos años antes de que volviera a ver Sherwood. Después de un año o dos en la corte, el Pequeño John regresó a Nottinghamshire, donde llevó una vida respetable, sin perder nunca de vista Sherwood, y donde alcanzó gran fama como campeón de Inglaterra de lucha con bastón. Al cabo de algún tiempo, también Will Escarlata regresó a su hogar, de donde había tenido que huir a causa de la desdichada muerte del mayordomo de su padre. El resto de la banda cumplió fielmente los deberes de guardabosques del rey. Pero Robin Hood y Allan de Dale tardaron mucho en regresar a Sherwood, pues esto es lo que sucedió:

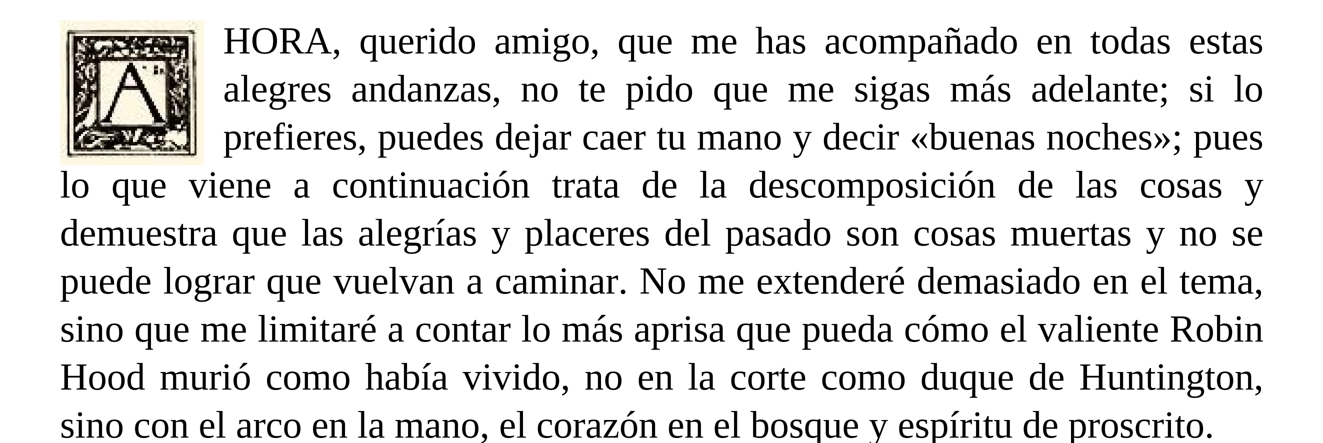
Robin, debido a su gran fama como arquero, se convirtió en uno de los favoritos del rey, y fue ascendiendo rápidamente hasta llegar a jefe de la guardia. Por fin, el rey, en recompensa a su lealtad, lo nombró duque de Huntington, y como tal Robin siguió a su rey en las guerras que éste emprendió, y estuvo tan ocupado que no le fue posible regresar a Sherwood ni siquiera por un día. En cuanto a Allan de Dale y su esposa, la bella Ellen, siguieron a Robin Hood a todas partes, compartiendo todos los altibajos de su vida.

Así pues, todas las cosas tienen su fin, aunque no siempre el final es tan feliz como el que tuvieron Robin Hood y su banda de alegres proscritos en el famoso bosque de Sherwood.



Epílogo

Donde se cuenta cómo Robin Hood regresó al bosque de Sherwood y cómo sir William Dale fue enviado tras él para prenderle. Y donde también se cuenta cómo murió Robin Hood a causa de la traición de su prima, la superiora del convento de Kirklees.



AHORA, querido amigo, que me has acompañado en todas estas alegres andanzas, no te pido que me sigas más adelante; si lo prefieres, puedes dejar caer tu mano y decir «buenas noches»; pues lo que viene a continuación trata de la descomposición de las cosas y demuestra que las alegrías y placeres del pasado son cosas muertas y no se puede lograr que vuelvan a caminar. No me extenderé demasiado en el tema, sino que me limitaré a contar lo más aprisa que pueda cómo el valiente Robin Hood murió como había vivido, no en la corte como duque de Huntington, sino con el arco en la mano, el corazón en el bosque y espíritu de proscrito.

El rey Ricardo murió en el campo de batalla, de la manera que corresponde a un rey con corazón de león, como sin duda sabéis; y al cabo de algún tiempo, el duque de Huntington —o Robin Hood, si preferís llamarlo como en los viejos tiempos—, no teniendo nada que hacer en tierras

extranjeras, regresó a la alegre Inglaterra, y con él volvieron Allan de Dale y su esposa, la bella Ellen, que habían acompañado a Robin desde que salieron del bosque de Sherwood y ocupaban un puesto principal en su casa.

Era primavera cuando desembarcaron de nuevo en las costas de Inglaterra. Las hojas estaban verdes y los pájaros cantaban animadamente, como solían hacer en el hermoso Sherwood, cuando Robin Hood recorría los bosques con corazón libre y pies ligeros. La belleza de la época y la alegría de todo el ambiente le hizo recordar a Robin su vida en el bosque, y se apoderó de él un invencible deseo de contemplar una vez más los bosques. Se dirigió directamente al rey Juan y le pidió autorización para realizar una breve visita a Nottingham. El rey le autorizó a ir y venir, pero advirtiéndole que no se quedara más de tres días en Sherwood. Así pues, Robin Hood y Allan de Dale partieron sin más demora hacia Nottinghamshire y el bosque de Sherwood.

La primera noche se hospedaron en la ciudad de Nottingham, pero no acudieron a presentar sus respetos al sheriff, pues su señoría aún guardaba un amargo resentimiento contra Robin Hood, resentimiento que no se había atenuado precisamente con el ascenso de posición de Robin. Al día siguiente, muy temprano, montaron en sus caballos y se dirigieron a los bosques. Mientras recorrían el camino, a Robin le parecía reconocer cada palo y cada piedra en que se posaran sus ojos. Allí estaba el sendero por el que solía pasear por las tardes, con el Pequeño John a su lado; y allí, ahora cubierta de zarzas, la vereda que él y un pequeño grupo de los suyos habían tomado cuando fueron en busca de cierto fraile.

—¡Mira, Allan! —exclamó Robin—. ¿Ves la cicatriz en el tronco de esa haya? Ahí es donde una de tus flechas arrancó un trozo de corteza el día que tan lamentablemente fallaste el disparo contra aquel noble corazón. Fue el mismo día que nos cogió la tormenta y tuvimos que pasar la noche en casa de aquel viejo granjero… el que tenía tres hijas guapísimas.

Y así siguieron cabalgando despacio, charlando acerca de todas aquellas cosas viejas y familiares; viejas y, a pesar de todo, nuevas, pues ahora veían en ellas mucho más de lo que habían visto antes. Y así llegaron por fin al claro donde extendía sus ramas el gran árbol de las reuniones, y que había sido su hogar durante tantos años. Ninguno de los dos habló cuando se pararon ante aquel árbol. Robin paseó la mirada por todos los objetos tan familiares, tan semejantes a lo que eran antes y, sin embargo, tan diferentes; pues donde antes se oía el alboroto de muchos hombres vigorosos, ahora sólo existía la quietud de la soledad; y mientras miraba, los bosques, la hierba y el cielo se nublaron por efecto de las lágrimas saladas, pues una profunda

nostalgia se apoderó de él al mirar aquellas cosas, que le resultaban tan conocidas como los dedos de su mano derecha, y no pudo evitar que se le llenaran de lágrimas los ojos.

Aquella mañana se había colgado del hombro su viejo y fiel cuerno de caza, y ahora, con la nostalgia, le sobrevino un fuerte deseo de tocar el cuerno una vez más. Se lo llevó a los labios y sopló con fuerza. «Tirilá, lirilá», resonaron las claras notas por todos los senderos del bosque, regresando desde le espesura más profunda y distante en forma de débiles ecos, «tirilá, lirilá, tirilá, lirilá», hasta extinguirse por completo.

Quiso la casualidad que aquella misma mañana el Pequeño John pasara por una esquina del bosque para atender ciertos asuntos, y mientras caminaba sumido en la meditación llegaron a sus oídos las notas débiles, pero claras, de un cuerno lejano. Como el ciervo que salta cuando siente clavarse en su corazón la flecha del cazador, así saltó el Pequeño John cuando sus orejas captaron aquel distante sonido. Toda la sangre de su cuerpo le hervía en las mejillas cuando torció la cabeza para escuchar mejor. De nuevo llegaron las notas del cuerno, débiles y claras, y todavía se oyeron una tercera vez. Entonces el Pequeño John lanzó un potente y salvaje grito de nostalgia, de alegría y aun de pena, y agachando la cabeza, se metió como una flecha entre la maleza. Avanzó a través de la espesura, partiendo y arrancando, como el jabalí furioso cuando carga a través de los matorrales. Poco le importaban los espinos y las zarzas que arañaban su piel y desgarraban sus ropas. Su único pensamiento era llegar por el camino más corto hasta el claro del árbol de las reuniones, de donde él sabía que procedía el sonido del cuerno. Por fin salió de la espesura en medio de una nube de ramitas rotas y, sin detenerse ni un instante, siguió corriendo hasta arrojarse a los pies de Robin. Rodeó con sus brazos las rodillas de su jefe y todo su cuerpo se estremecía con fuertes sollozos; ni Robin ni Allan de Dale pudieron hablar, y se quedaron inmóviles mirando al Pequeño John, con las lágrimas corriendo a raudales por sus mejillas.

Y mientras permanecían así, siete guardabosques reales irrumpieron en el claro y dejaron escapar un tremendo grito de alegría al ver a Robin; al frente de la partida iba Will Stutely. Y al cabo de un rato, aparecieron cuatro más, jadeando a causa de la carrera, y dos de los cuatro eran Will Scathelock y Mosquito, el Molinero; todos ellos habían oído sonar el cuerno de Robin. Todos corrieron hacia Robin y le besaron las manos y la ropa, llorando ruidosamente.

Al cabo de un rato, Robin miró en torno suyo, con ojos nublados por el llanto, y declaró con voz ronca:

—Juro que nunca más abandonaré estos queridos bosques. Demasiado tiempo he vivido alejado de ellos y de todos vosotros. Desde ahora renuncio al nombre de Robert, duque de Huntington, y adopto de nuevo el más noble título de Robin Hood, el Proscrito.

Una ovación clamorosa acogió estas palabras, y todos se estrecharon las manos, locos de alegría.

La noticia de que Robin Hood había regresado a vivir en Sherwood, como en los viejos tiempos, se extendió como el fuego por toda la región, de manera que en menos de una semana casi todos los antiguos proscritos se habían vuelto a reunir en torno a su jefe. Pero cuando estas noticias llegaron a oídos del rey Juan, éste prorrumpió en maldiciones y juró solemnemente no descansar hasta tener en sus manos a Robin Hood, vivo o muerto. Ahora bien, había en la corte cierto caballero, sir William Dale, un guerrero tan gallardo como el mejor que jamás vistió armadura. Sir William Dale conocía bien el bosque de Sherwood, porque tenía a su cargo la parte del mismo más próxima a la ciudad de Mansfield; de modo que el rey se dirigió a él y le ordenó reunir un ejército y marchar inmediatamente en busca de Robin Hood. Además, el rey le entregó a sir William su sortija de sello, para que se la enseñara al sheriff y éste uniera todas sus tropas a la partida para dar caza a Robin. Así pues, sir William y el sheriff se pusieron en acción para cumplir las órdenes del rey, y durante siete días buscaron a Robin por todas partes, aunque sin encontrarlo.

Ahora bien, si Robin hubiera seguido siendo tan pacífico como en los viejos tiempos, todo el asunto se habría quedado en humo de pajas, como siempre había ocurrido con este tipo de iniciativas; pero había pasado años combatiendo a las órdenes del rey Ricardo, y su carácter había cambiado. Su orgullo no le permitía huir de los que le perseguían, como huye de los perros un zorro acosado. Y así, por fin, Robin Hood y sus proscritos se enfrentaron con las tropas de sir William y el sheriff en el bosque, y dio comienzo una sangrienta batalla. El primero en morir en aquel combate fue el sheriff de Nottingham, que cayó de su caballo con una flecha atravesándole el cerebro antes de que se hubiera disparado una docena de proyectiles. Muchos hombres mejores que el sheriff mordieron el polvo aquel día, pero por fin sir William Dale, herido y con la mayoría de sus hombres muertos, se retiró derrotado y salió del bosque. Pero tras él quedaron docenas de buenos hombres, tendidos e inmóviles bajo las matas verdes.

Pero aunque Robin Hood había derrotado a sus enemigos en buena lid, se sentía apesadumbrado y siguió dándole vueltas al asunto en la cabeza hasta que contrajo una fiebre. Permaneció postrado durante tres días, y aunque luchó con todas sus fuerzas al final tuvo que rendirse a la enfermedad. Y así, en la mañana del cuarto día, hizo venir a su lado al Pequeño John y le dijo que no podía librarse de la fiebre y que se proponía acudir a su prima, la superiora del convento de monjas de Kirklees, Yorkshire, que era una experta sangradora, para que le abriera una vena del brazo y le sacara un poco de sangre, lo cual mejoraría su salud. Ordenó al Pequeño John que se preparara también para el viaje, pues era posible que necesitara su ayuda por el camino. Así pues, Robin y el Pequeño John se despidieron de los demás, dejando a Will Stutely al frente de la banda hasta que ellos regresaran. Y así, viajando despacio y en cómodas etapas, llegaron por fin al convento de monjas de Kirklees.

Hay que decir que Robin había ayudado mucho a esta prima suya; pues gracias al aprecio que el rey Ricardo sentía por él había sido nombrada superiora del convento. Pero no hay cosa en el mundo que se olvide con más rapidez que la gratitud, y cuando la superiora de Kirklees se enteró de que su primo, el duque de Huntington, había renunciado a su ducado y regresado a Sherwood, se sintió ofendida en lo más íntimo y temió que su parentesco con él le atrajera las iras del rey. Y así sucedió que, en cuanto Robin acudió a ella solicitando sus servicios como sangradora, ella empezó a conspirar contra él, pensando que haciéndole daño lograría los favores de sus enemigos. No obstante, se guardó para sí misma estas maquinaciones y recibió a Robin Hood con fingida amabilidad. Le condujo por una escalera de caracol hasta una habitación situada justo bajo los aleros de una alta y redonda torre, pero no permitió que el Pequeño John le acompañara.

Así pues, el pobre proscrito se apartó de las puertas del convento, dejando a su jefe en manos de las mujeres. Pero aunque no pudo entrar, tampoco se alejó mucho, quedándose en una arboleda cercana, desde donde podía vigilar el lugar donde se encontraba Robin, como un perro grande y leal rechazado de la puerta por donde ha entrado su amo.

Cuando las monjas llevaron a Robin a la habitación bajo los aleros, la superiora hizo salir a todas las demás y luego, cogiendo un cordel, lo ató con fuerza al brazo de Robin, como si fuera a sangrarle. Y efectivamente le sangró, pero la vena que abrió no fue una de las azules que corren justo bajo la piel; su corte fue mucho más profundo, y abrió una de esas venas por las que corre la sangre roja que brota del corazón. Robin no se daba cuenta de

nada de esto, pues aunque veía correr la sangre, ésta no brotaba con la suficiente rapidez como para hacerle pensar que algo andaba mal.

Tras cometer tan vil acción, la superiora se marchó, dejando solo a su primo y cerrando la puerta tras ella. Durante todo aquel largo día, la sangre siguió manando del brazo de Robin, sin que éste pudiera contenerla, aunque lo intentó de todas las formas posibles. Una y otra vez llamó pidiendo ayuda, pero nadie acudía, pues su prima le había traicionado y el Pequeño John se encontraba demasiado lejos para oír su voz. Y así, continuó sangrando hasta que sintió que sus fuerzas le abandonaban. Entonces se levantó, tambaleándose y apoyando las palmas de las manos en la pared, hasta conseguir alcanzar su cuerno de caza. Tres veces lo hizo sonar, aunque muy débilmente, porque le faltaba el aliento a causa de la enfermedad y la pérdida de fuerzas; no obstante, el Pequeño John lo oyó desde la arboleda y, con el corazón oprimido por el miedo, llegó corriendo y saltando hasta el convento. Golpeó ruidosamente la puerta, gritando a grandes voces que le dejaran entrar, pero la puerta era de grueso roble, con refuerzos y pinchos de hierro, y las de dentro se sintieron seguras y le ordenaron al Pequeño John que se marchara.

Entonces el Pequeño John se volvió loco de dolor y miedo por la vida de su jefe. Miró frenéticamente a su alrededor, y sus ojos se posaron en un pesado mortero de piedra, que tres hombres de nuestra época no serían capaces de levantar. El Pequeño John dio tres pasos adelante, dobló la espalda y levantó el mortero de piedra, que estaba profundamente encajado en el suelo. Tambaleándose bajo su peso, se acercó a la puerta y lo arrojó contra ella. La puerta saltó en pedazos y las asustadas monjas huyeron gritando al verle entrar. Sin decir una palabra, el Pequeño John subió a la carrera la escalera de piedra hasta llegar a la habitación donde se encontraba encerrado su jefe. También aquella puerta estaba cerrada, pero el Pequeño John dio un empujón con el hombro y los cerrojos saltaron como si estuvieran hechos de hielo quebradizo.

Y entonces vio a su querido jefe apoyado contra el muro gris, con el rostro completamente blanco y hundido, y la cabeza oscilando de un lado a otro sin poderse sostener. Lanzando un poderoso grito de amor, pena y compasión, el Pequeño John dio un salto hacia delante y recogió en sus brazos a Robin, levantándolo como una madre levanta a su hijo y llevándolo hasta la cama, donde lo tendió con gran cuidado.

En aquel momento llegó corriendo la superiora, asustada por lo que había hecho y temiendo la venganza del Pequeño John y el resto de la banda.

Mediante hábiles vendajes consiguió contener la sangre, que por fin dejó de brotar. El Pequeño John la vigilaba con aire sombrío, y cuando hubo terminado le ordenó rudamente que se marchara, y ella obedeció, pálida y temblorosa. Cuando la monja salió de la habitación, el Pequeño John se puso a hablar en tono animador, riéndose a carcajadas y comentando que no había sido más que un susto y que ningún recio campesino podía morir por haber perdido unas pocas gotas de sangre.

—Bueno —dijo—, te doy una semana de plazo, y al cabo de ella estarás rondando por los bosques, tan animado como siempre.

Pero Robin sacudió la cabeza y sonrió débilmente desde la cama.

—Querido Pequeño John —susurró—, que el cielo bendiga tu valiente y noble corazón. Pero, querido amigo, ya nunca más volveremos a rondar juntos por los bosques.

—¡Claro que lo haremos! —vociferó el Pequeño John—. Te lo repito. ¡Maldita sea! ¿Quién se atreve a decir que te va a pasar algo malo? ¿No estoy yo aquí? A ver quién se atreve a tocarte…

Aquí se interrumpió, pues las palabras le ahogaban. Por fin dijo, con voz ronca y profunda:

—Ahora bien, si te ocurre algún mal por lo que aquí se ha hecho hoy, juro por san Jorge que el gallo cantará sobre los tejados de esta casa y que las llamas lamerán hasta las últimas grietas y rincones. Y en cuanto a esas mujeres… —en este punto rechinó los dientes—, ¡lo van a pasar muy mal!

Pero Robin Hood cogió entre sus pálidas manos el puño recio y moreno del Pequeño John y le reprendió suavemente, en voz baja y débil, preguntándole desde cuándo el Pequeño John se dedicaba a hacer daño a las mujeres, aunque fuera por venganza. Y siguió hablando en estos términos hasta que por fin el otro prometió, con voz entrecortada, que no tomaría represalias contra el convento, ocurriera lo que ocurriera. Luego los dos quedaron en silencio y el Pequeño John permaneció sentado, con la mano de Robin en la suya, mirando a través de la ventana abierta y tragándose de vez en cuando un nudo que se le formaba en la garganta. Mientras tanto, el sol fue descendiendo lentamente hacia el oeste, hasta que todo el cielo quedó encendido en un rojo esplendor. Entonces Robin Hood, con voz trémula y frágil, le pidió al Pequeño John que le ayudara a incorporarse para poder contemplar una vez más los campos; el valiente proscrito le levantó en brazos y Robin Hood apoyó la cabeza en los hombros de su amigo. Miró durante un largo rato, con mirada lenta y contemplativa, mientras el otro permanecía sentado con la cabeza caída y derramando lágrimas, que caían sobre su

regazo, pues sentía que se acercaba la hora de la despedida definitiva. Entonces Robin Hood le pidió que tendiera por él su arco y escogiera una buena flecha de su aljaba. El Pequeño John lo hizo sin levantarse de donde estaba para no molestar a su jefe. Robin cerró con cariño los dedos alrededor de su fiel arco y sonrió débilmente al sentirlo en su mano; luego montó la flecha en aquella parte de la cuerda que sus dedos conocían tan bien.

—Pequeño John —dijo—. Querido amigo, a quien quiero más que a nadie en el mundo, te ruego que marques el lugar donde caiga esta flecha y allí hagas cavar mi tumba. Enterradme con el rostro hacia el este, Pequeño John, y procurad que mi lugar de reposo se mantenga verde y que mis cansados huesos no sean molestados.

Cuando terminó de hablar, se incorporó de pronto y quedó sentado y erguido. Por un momento pareció que sus antiguas fuerzas volvían a él y, tirando de la cuerda hasta la oreja, disparó la flecha a través de la ventana abierta. Y mientras la flecha volaba, la mano que sostenía el arco cayó lentamente hasta apoyarse en las rodillas, y todo el cuerpo se desplomó del mismo modo en los leales brazos del Pequeño John; algo había salido de aquel cuerpo, en el mismo instante en que la flecha salía disparada del arco.



Robin dispara su última flecha

Durante varios minutos, el Pequeño John permaneció inmóvil, pero por fin acostó con cuidado el cuerpo de su amigo, cruzándole las manos sobre el pecho y cubriéndole el rostro, y luego dio media vuelta y salió de la habitación sin decir una palabra ni hacer sonido alguno.

En lo alto de la escalera se encontró a la superiora con algunas de las monjas principales, y les dijo con voz ronca y temblorosa:

—Si os acercáis a menos de veinte pasos de esa habitación, derrumbaré este nido de cuervos sobre vuestras cabezas hasta que no quede de él piedra sobre piedra. Fijaos bien en lo que digo, porque hablo en serio.

Y así diciendo, se alejó de las monjas, que a los pocos momentos le vieron corriendo a través del campo, a la luz del crepúsculo, hasta que el bosque se lo tragó.

Los primeros tonos grises del alba empezaban a clarear la negrura del cielo por el este cuando el Pequeño John y seis miembros más de la banda llegaron corriendo campo a través hacia el convento. No vieron a nadie al llegar, pues las monjas se habían escondido, asustadas por las palabras del Pequeño John. Corrieron escaleras arriba y al momento se oyeron ruidosos sollozos. Al cabo de un rato, los llantos cesaron y entonces se oyó el arrastrar de pies de varios hombres que acarreaban un gran peso escaleras abajo. Así salieron del convento y, en el momento en que cruzaban sus puertas se oyó un fuerte y triste lamento procedente de la todavía oscura arboleda, como si muchos hombres ocultos entre las sombras hubieran lanzado al unísono un grito de dolor.

Así murió Robin Hood en el convento de Kirklees, en la bella Yorkshire, perdonando a los que le habían causado la muerte, pues siempre, en todos los días de su vida, se mostró misericordioso con sus enemigos y piadoso con los débiles.

Después de aquello, sus proscritos se dispersaron, pero no sufrieron muchos apuros, pues al sheriff muerto le sucedió otro más benévolo y que no los conocía tan bien, y al encontrarse dispersos aquí y allá por toda la región consiguieron vivir en paz y tranquilidad, y muchos de ellos vivieron lo suficiente para trasmitir estas historias a sus hijos y a los hijos de sus hijos.

Hay quien dice que en una piedra de Kirklees hay una antigua inscripción, cuyo texto, escrito en inglés arcaico, dice lo siguiente:

Bajo esta losa fría yace Robert,
duque de Huntington.
Nunca existió un arquero como él.

La gente le llamaba Robin Hood.
Bandidos como él y sus secuaces
no volverán a verse en Inglaterra.

obiit 24 • Kal • Decembris • 1247

Y ahora, querido amigo, también nosotros debemos separarnos, pues nuestro alegre viaje ha terminado y aquí, ante la tumba de Robin Hood, nos despedimos y que cada uno siga su camino.



Apéndice

El hombre y la época

La Nueva América en marcha

La historia es bien conocida. El cierre de la frontera del Oeste, la concentración de capitales con la consistente formación de grandes trusts comerciales y financieros, dirigidos por poderosos magnates surgidos de la nada: Morgan, Pullman, Westinghouse, Hearst. La apoteosis del capitalismo industrial, y el darwinismo social como reforzamiento de la creencia calvinista en la riqueza como signo de elección divina. La ley del más fuerte, que deja fuera del sistema a grandes masas de subproletarios, y la aparición de movimientos sindicales de defensa de los mismos. Un presidente —Theodore Roosevelt— que afirma que «lo que este país necesita es una guerra». La Nueva América en marcha.

Una nueva generación de escritores abandona el idealismo y el trascendentalismo en favor de una descripción realista de los acontecimientos. Ha llegado la hora de W. D. Howells, Mark Twain, Henry James, Stephen Crane, Jack London…

Los ojos en Europa

Pero mientras la sociedad norteamericana de finales del siglo experimentaba los rápidos y profundos cambios que iban a llevarle a una posición de preponderancia mundial, y mientras sus escritores abandonaban los ideales del romanticismo en favor de diferentes modalidades del realismo o naturalismo, sus artistas seguían con la mirada fija en Europa, de donde recibían modelos e influencias.

El Movimiento de Artes y Oficios

La preocupación por la baja calidad del diseño en todas las artes decorativas había inspirado el Movimiento de Artes y Oficios, una especie de reacción ideológica a los efectos de la industrialización, que abogaba por la recuperación de los métodos tradicionales de ejecución, favoreciendo las formas simples y la funcionalidad. Un movimiento que buscó

inspiración en las artes y artesanías medievales, en la heráldica y la caligrafía, obsesionado con el redescubrimiento de viejas técnicas que permitieran al artista o artesano sentirse orgulloso de su oficio, y que culminó con la formación de gremios y sociedades profesionales que funcionaban a manera de empresas colectivas.

Siguiendo el ejemplo europeo, los artistas y artesanos norteamericanos fundaron asociaciones destinadas a producir y comercializar nuevas formas: Así surgieron el Gremio de Trabajadores de Arte Americano (fundado en 1885), las Sociedades de Artes y Oficios de Boston (1885), Chicago (1897) y Minneápolis, la Liga de Arte Industrial, la Asociación de Rose Valley en Filadelfia…

El libro para Pyle

Sería vano el intento de encuadrar a Howard Pyle en las corrientes literarias de su época. Lo que le interesaba era el libro como objeto artístico o artesanal, y cuando escribió sus libros juveniles buscó temas extraídos de la tradición legendaria europea —Robin Hood, el Rey Arturo—, historias que se adaptaban como un guante a su estilo exquisito de ilustración. Así pues, sus libros no deben contemplarse como meros relatos de aventuras, sino como diseños completos, objetos hechos con amor y controlados por el autor desde la primera letra capitular hasta el último florón.

El Art Nouveau

A diferencia de otros autores de esta colección, Howard Pyle no debe su fama —al menos, no la debe toda— a sus escritos, sino principalmente a sus trabajos de ilustración, encuadrados dentro del estilo modernista o *Art Nouveau*, que floreció durante el cambio de siglo. Pero muchas de estas ilustraciones forman parte integral de libros de aventuras juveniles escritos por el propio Pyle, que a su vez se convirtieron en auténticos clásicos. La obra de Pyle es la obra de un artista perfeccionista, siempre en busca de nuevos campos en los que desarrollar su talento.

Breve retrato biográfico

Nacido el 5 de marzo de 1853 en Wilmington, Delaware, (EE. UU.), Pyle estudió en la Liga de Estudiantes de Arte de Nueva York, y pronto alcanzó notoriedad por sus dibujos de línea, en un estilo que recuerda en muchos aspectos al de Durero. Tras publicar numerosas ilustraciones en libros y revistas, empezó a escribir sus propios textos, orientándose decididamente hacia un público juvenil: no sólo refundió antiguos cuentos y leyendas —*Robin Hood* (1883), *Otto el de la Mano de Plata* (1888), *Jack Ballister* (1895)— sino que escribió historias originales como *Pepper & Salt* (1886), *El*

reloj maravilloso (1888) y *El jardín de la Luna* (1895). Con el inestimable refuerzo de sus dibujos, perfectamente ambientados con gran rigor histórico y atención al detalle, sus libros obtuvieron un gran éxito.

Una escuela de arte gratuita

Dicho éxito le permitió a Pyle establecer en su casa de Wilmington una escuela de arte gratuita, donde se formaron muchos ilustradores norteamericanos. Pero la literatura, la ilustración y la enseñanza del dibujo no acababan de satisfacer sus aspiraciones, y en un cierto momento Pyle orientó su carrera hacia la pintura mural, lo cual parece un tremendo atrevimiento para un artista especializado en el pequeño formato, en la tinta y en la plumilla. Su prestigio le sirvió para conseguir importantes encargos, y realizó obras como «La batalla de Nashville» (1906) para el capitolio de St. Paul, Minnesota. No obstante, el cambio de escala resultaba demasiado extremado y Pyle no se sintió satisfecho con los resultados obtenidos en este nuevo campo. Decidido a perfeccionar su estilo pictórico, se trasladó a Italia con intención de ampliar allí sus estudios, pero apenas le dio tiempo para ello: falleció en Florencia el 9 de noviembre de 1911.

Inglaterra en los tiempos de Robin Hood

En octubre de 1066, el normando Guillermo el Conquistador es coronado rey de Inglaterra en Westminster y pasa a gobernar un país habitado hasta entonces por anglosajones.

Los «tres estados»

Los reyes de Inglaterra regían sobre un pueblo dividido en «tres estados»: trabajadores (en su mayoría, campesinos), guerreros (la nobleza), y religiosos. El que nacía señor, señor moría. El que nacía campesino, seguía siendo campesino toda su vida. Sin embargo, bajo esta rígida estructura social, empezaban a incubarse cambios importantes: florecía el arte en múltiples manifestaciones: arquitectura, pintura, escultura, cristalería, orfebrería, literatura… Se fundaron las primeras universidades independientes de la Iglesia (Oxford y Cambridge en el siglo XIII), y los estudiosos (monjes en su mayoría) exploraban nuevos campos de conocimiento. Por toda Inglaterra crecían ciudades cuyos habitantes exigían más participación en las decisiones políticas. En 1215, el rey Juan se vio obligado a firmar la Carta Magna.

La fuente de toda riqueza era la tierra, de la que se ocupaban los campesinos. El resto de la sociedad estaba organizado para la guerra,

mediante la cual los poderosos trataban de arrebatarse tierras unos a otros.

La base del sistema feudal

El rey concedía tierras a los caballeros para que pudieran mantener sus caballos y armas. A cambio, los caballeros prometían ser sus vasallos y luchar por él. Este acuerdo recíproco de servicio a cambio de tierras y protección constituía la base del sistema feudal. La caballería era privilegio de una casta guerrera y aristocrática, con un elevado código ético que valoraba mucho la lealtad y el valor. A pesar de lo cual, la guerra medieval incluía frecuentes incendios de aldeas y matanzas de campesinos, con el fin de destruir la fuente de ingresos del enemigo.

La base económica del sistema feudal era la hacienda solariega (*manor*), que en su forma más simple constaba de una aldea con un señor (aunque el señor podía poseer varias haciendas).

Los «yeomen»

Parte de la propiedad estaba reservada para el señor. El resto lo cultivaban familias de campesinos libres (*yeomen*), que pagaban rentas por su tierra, y siervos de la gleba, campesinos no libres que no podían abandonar la hacienda. Si ésta se vendía o traspasaba, pasaban a ser propiedad del nuevo dueño. A cambio del derecho a cultivar la tierra, tenían que trabajar dos o tres días por semana en la heredad del señor (y más días en época de cosecha), además de entregar a su señor huevos, gallinas, cerdos y otros productos.

A lo largo de la calle de cada aldea se extendían las casitas de los campesinos, de una sola habitación y con un terreno cada una. Esta era la única tierra que los campesinos podían cultivar como quisieran.

El resto de la tierra se repartía entre los campos comunes de la hacienda. Cada año, los campesinos elegían un supervisor para controlar el cultivo de los campos comunales. Este sistema se originó en tiempos de los sajones, y los normandos no hicieron nada por modificarlo.

Los campos se dividían en franjas, y cada campesino se encargaba de labrar y cultivar una franja. La cooperación resultaba esencial; todos tenían que sembrar al mismo tiempo, para poder cosechar al mismo tiempo.

Cazar en invierno

En invierno, la alimentación podía representar un problema para los más humildes, a pesar de los animales de granja. Gran parte del campo estaba cubierto de bosques, pero éstos eran propiedad del rey y la caza estaba prohibida, reservándose para el placer del soberano. Esta restricción provocaba mucho descontento, no sólo entre los campesinos, sino también en otros estratos sociales.

La religión y la Iglesia

El poder de la religión sobre la gente de la Edad Media resulta casi inimaginable en nuestros tiempos. Incluso el rey rendía homenaje a su señor el papa de Roma.

Los arzobispos de Canterbury y York eran las cabezas de la Iglesia en Inglaterra, dividida en 17 diócesis con su obispo al frente. Existían dos tipos de clérigos: los curas párrocos, que se ocupaban de la vida espiritual de la población, y las órdenes religiosas, dedicadas exclusivamente al culto, formadas por hombres y mujeres que vivían en monasterios y conventos, alrededor de los cuales se organizaban comunidades agrícolas que llegaron a acumular grandes riquezas.

A comienzos del siglo XIII apareció en Inglaterra un tercer tipo de religiosos; los frailes itinerantes, que recorrían el país pidiendo limosna, y que se mostraban contrarios a la opulencia y privilegios de la Iglesia tradicional.

Las Cruzadas

En 1095, el papa Urbano IV hizo un llamamiento a los cristianos para rescatar Jerusalén de manos de los turcos, que habían conquistado Palestina e impedían las peregrinaciones cristianas a Tierra Santa. En 1099, tras cuarenta días de asedio, los cruzados conquistaron Jerusalén.

Pero la codicia, el ansia de tierras y de botín, y la rivalidad entre los jefes socavaron el espíritu de las cruzadas. Venecia, que obtenía grandes beneficios con el transporte marítimo de cruzados, exigía una participación en las conquistas. En la cuarta cruzada, con el fin de congraciarse con Venecia, los cruzados atacaron a otros cristianos y saquearon Constantinopla. En 1291, toda la tierra conquistada estaba de nuevo en manos musulmanas.

Mercados y comercios

Ninguna ciudad podía tener mercados sin permiso del rey, que a veces concedía este derecho a un señor feudal a cambio de una alta suma. Dados los beneficios que se obtenían alquilando puestos y tiendas, y con los impuestos sobre las mercancías que traían los forasteros, las ciudades pagaban de buena gana el derecho a tener un mercado. Si el rey necesitaba dinero, esta concesión representaba una fuente de ingresos rápida y segura.

El mercado estaba controlado por el gremio de comerciantes, compuesto en principio por todos los comerciantes locales que pagaban una cuota de entrada y prestaban juramento de fidelidad. Ellos elegían a los cargos del gremio, que muchas veces formaban también parte del ayuntamiento.

Los gremios profesionales decidían los criterios de calidad, los períodos de aprendizaje y las condiciones de admisión al grado de maestro. Se

castigaba con severidad a los miembros que infringieran las reglas, y nadie podía practicar su oficio sin ser miembro del gremio.

Fiestas y ferias

Las fiestas abundaban en la Edad Media. Todas ellas, excepto las del Primero de Mayo y las de Año Nuevo, eran festividades religiosas. El número de días festivos llegó a ser de unos cincuenta por año, además de los domingos. Se trataba de fiestas sin paga, por lo que quizás no fueran muy celebradas por los más pobres. En esos días, se interrumpían todos los trabajos, se asistía a la iglesia para presenciar la procesión religiosa, y después se disponía de todo el día para divertirse. Se cantaba, se bailaba, se bebía cerveza y se contemplaban espectáculos ambulantes que llegaban al pueblo: juglares, acróbatas y funámbulos, osos y monos bailarines, luchadores… A veces se representaban en las calles piezas teatrales, por lo general de tema religioso. Al principio de la Edad Media también se hacían representaciones en las iglesias.

Cada pueblo o ciudad tenía, además, su fiesta propia, el día del santo patrón, que a veces coincidía con una feria anual. En estas ocasiones, algunas ciudades celebraban actos y competiciones especiales: carreras de caballos, juegos de pelota, concursos de arquería. La Iglesia prohibía los juegos de azar, pero poca gente hacía caso de ellos; el juego más popular eran los dados.

La leyenda del héroe bandido

El *Diccionario de Biografías Nacionales* de Sidney Lee incluye un artículo dedicado en su totalidad a demostrar la inexistencia de Robin Hood. Pocos héroes literarios han merecido tal honor. Ni que decir tiene que Lee fracasó en su intento de borrar a Robin de la historia. Una vez más, el atrevido proscrito, con la ayuda de un público inquebrantablemente fiel, se burló de las autoridades que pretendían destruirle.

La leyenda de Robin Hood, héroe de numerosas batallas, libros, poemas y obras escénicas, se inició hace más de setecientos años. El personaje, si es que existió, debió vivir antes, aunque es posible que la leyenda se originase durante su propia vida. Y más probable aún es que no fuera uno, sino varios los bandidos que dieron origen a la leyenda.

Evolución del personaje

Con el paso del tiempo, el personaje central ha ido sufriendo numerosas modificaciones. En un principio, Robin era un campesino. Más adelante, se le convirtió en un noble despojado injustamente de su herencia; pasó después a ser un patriota inglés que defendía a sus paisanos contra la

dominación normanda. Por último, se transformó en un rebelde social que protege a los pobres campesinos contra la codicia de la nobleza y el clero.

El bandido generoso

Pero la modificación más fundamental ha afectado a su carácter: tanto en la imaginación popular como en el lenguaje, Robin Hood se ha convertido en un estereotipo del bandido generoso que roba al rico para dar al pobre. Éste es, sin duda, el aspecto de su reputación que más ha calado en la época moderna. Y sin embargo, las primeras historias no hacen ninguna referencia a tan generoso comportamiento. La mayoría de ellas son relatos de aventuras, con abundantes peleas, torneos, disfraces y estratagemas, donde en ningún momento se observa que Robin y sus hombres despojen a los ricos *para* repartir lo robado entre los pobres. Todo lo más, *se abstienen* de robar a los pobres (cosa bastante lógica, pues a los pobres no vale la pena robarles) y se define quiénes han de ser las principales presas: obispos, arzobispos y el sheriff de Nottingham (introducción a la *Gesta de Robyn Hode*).

Aunque las fuentes originales se han perdido, se conservan todavía algunos poemas y fragmentos medievales, a los que con el tiempo se han ido añadiendo nuevas historias, episodios y personajes. La leyenda es actualmente muy diferente de lo que era en sus orígenes, y ni siquiera los fragmentos conservados permiten descubrir su forma original, pues corresponden a una fecha muy posterior.

La versión de Pyle

La versión que ofrece Pyle de las aventuras de Robin Hood pretende ser una recopilación de las principales historias narradas en los poemas medievales supervivientes, más los relatos incorporados posteriormente e integrados ya en la tradición, procurando reconciliar y unificar todas las fuentes utilizadas, para lo cual se han reformado historias y personajes, acomodado fechas, y suprimido pasajes contradictorios. Así, por ejemplo, las contradicciones existentes acerca del monarca que reinaba durante las correrías de Robin se han resuelto haciendo que éstas se prolonguen a lo largo de tres reinados[10]. Otra contradicción, la del origen plebeyo o noble de Robín, se resuelve manteniendo su condición original de campesino durante casi todo el libro, para después hacerle ennoblecer por Ricardo Corazón de León, que le nombra conde de Huntington.

De igual manera, se han suprimido las diversas muertes del sheriff de Nottingham que se relatan en los antiguos poemas, reservando el

acontecimiento para el epílogo, donde por fin Pyle acumula todas las muertes y actos violentos que ha ido escamoteando a lo largo de la obra.

La violencia en los poemas originales

Quizás convenga decir que los poemas originales eran extraordinariamente violentos. Por el contrario, Pyle nos ofrece una imagen idílica del bandido, despojando los relatos de toda violencia innecesaria e incluso de gran parte de la violencia que parece imprescindible en la vida de un proscrito de tan larga carrera.

Recordemos que la leyenda de Robín Hood se desarrolló en una sociedad donde la frontera entre la violencia legitima y la ilegal era muy tenue; donde un error político se pagaba con la cabeza; donde el hambre empujaba a familias enteras al robo, mientras bandidos de sangre noble practicaban toda clase de extorsiones, secuestros y homicidios, sin perder la esperanza de acabar obteniendo el perdón del rey (como les ocurre a Robin y su banda), donde las ejecuciones eran públicas y siempre atraían a multitudes. En los poemas, Robín y sus hombres matan a docenas de personajes sin vacilar, aunque esto se presenta como un acto valeroso y honorable, dada la siniestra catadura de las víctimas (que incluyen al pequeño paje de un monje, decapitado sin contemplaciones por el hijo del molinero para que no se vaya de la lengua, en *Robin Hood y el monje*).

La suavidad de Pyle

Todo esto ha desaparecido en la versión de Pyle. Lo que queda son peleas con bastón, un par de duelos a espada (que suelen acabar en términos amistosos) y unas escaramuzas poco sangrientas, que se resuelven con algunos chichones y magulladuras de poca importancia. No se produce, por ejemplo, ni una sola muerte durante el tumultuoso rescate de Will Stutely. En toda su carrera de forajido, Robin sólo da muerte a dos hombres: uno, el guardabosques por cuya causa se convierte en proscrito; y otro, ya al final de la historia, el despreciable Guy de Gisbourne, en un caso claro de legítima defensa. En este episodio, Pyle escamotea la decapitación del muerto, cuya cabeza clava Robin en su arco, tras desfigurarle la cara a cuchilladas para hacerla pasar por la suya. En el relato, la flecha que originalmente atravesaba el corazón del sheriff se clava ahora en su trasero, añadiendo un toque jocoso a la aligerada historia.

Curiosamente, la muerte del guardabosques parece una inclusión del propio Pyle, deseoso de dar una explicación de la condición de proscrito del protagonista. Porque en ninguna de las antiguas versiones se nos explica el porqué. Pyle refunde en esta introducción el tema recurrente de la caza

furtiva, el del concurso de tiro, e incluso añade una alusión a la doncella Manan, personaje que no aparece en toda la obra.

Las fuentes

Todo parece indicar que desde la mitad del siglo XIII existieron poemas y baladas acerca de Robin Hood. Sin embargo, los fragmentos de la leyenda más antiguos que han llegado hasta nosotros son cinco poemas o baladas y un fragmento dramático de finales del siglo XV.

Robin Hood y el Monje

1. *Robin Hood y el Monje*. Forma parte de una colección de manuscritos escrita hacia 1450. Se trata de un poema incompleto, del que se conservan noventa estrofas, y cuenta una violenta aventura en la que Robin es capturado a causa de la traición de un monje. Mediante diversas estratagemas, el Pequeño John y el hijo del molinero logran rescatarle, no sin dar muerte al monje traidor y a algún que otro esbirro.

Robin Hood y el Alfarero

2. *Robin Hood y el Alfarero*. Incluido en una colección de romances y poemas moralizantes, escritos probablemente poco después de 1503. Robin sale al paso de un alfarero, lucha con él, es derrotado, recibe un sermón sobre buenos modales, acaba haciendo amistad con el alfarero y cambia de ropas con él. Lo que sigue coincide con bastante exactitud con lo que Pyle nos cuenta en la aventura de Robin y el carnicero: Robin vende en Nottingham los cacharros del alfarero a precio de saldo, es invitado a cenar con el sheriff y lo atrae con engaños a Sherwood, donde le quita el caballo y le hace regresar a pie.

La gesta de Robyn Hode

3. *La gesta de Robyn Hode*. Entre finales del siglo XV y mediados del XVI aparecieron por lo menos cinco ediciones impresas de este largo poema de autor desconocido, probablemente compuesto a principios del siglo XV, poco después de 1400. La *Gesta* consta de 456 estrofas de cuatro versos, y está dividida en ocho cantos. Algunos de ellos se continúan, como capítulos de una misma historia; en otros se narran aventuras independientes. El autor procuró unificarlos mediante alusiones retrospectivas y estrofas que conectan unos cantos con otros. Pero en general, estas conexiones son bastante artificiales, y el poema se divide en varios episodios con muy poca relación entre sí. No obstante, se trata del más completo de los escritos antiguos. De él ha sacado Pyle la historia de sir Richard de Lea y su deuda con el prior, la aventura del Pequeño John en el concurso de tiro de Nottingham, su estancia en casa del sheriff con el reclutamiento del cocinero,

el concurso de la flecha de oro, la visita del rey (que aquí no es Ricardo, sino Eduardo) al bosque, disfrazado de monje, y la muerte de Robin a manos de su traidora prima. Al mismo tiempo, Pyle ha omitido otros episodios y alterado algunos para acomodarlos a su reconstrucción de la leyenda. Falta, por ejemplo, el canto 6.°, que culmina con la muerte del sheriff de Nottingham.

La muerte de Robin Hood

4. *La muerte de Robin Hood*. Sólo se conservan de este poema varios fragmentos, que suman en total 27 estrofas. Posiblemente, lo que queda es la mitad del texto original. Se trata de una especie de epílogo a la *Gesta* o de ampliación de su parte final, y relata la muerte de Robin en el convento de Kirklees.

Robin Hood y Guy de Gisborne

5. *Robin Hood y Guy de Gisborne*. Un largo poema de 58 estrofas, que se ha conservado en forma fragmentaria, plagado de omisiones e intrusiones. Mucho más violento que la versión que Pyle nos ofrecen, también concluye con la muerte del sheriff, con el corazón atravesado por una flecha del Pequeño John.

El fragmento de 1475

6. El fragmento dramático de 1475, del que sólo se conservan 21 versos, es una especie de versión alterada de *Guy de Gisborne*, en la que Robin da muerte a un caballero enviado para matarle, mientras sus compañeros son capturados por los hombres del sheriff.

Pero éstos son sólo los fragmentos que han sobrevivido. Mucho antes de que se escribieran estos textos supervivientes, ya existían baladas, poemas y relatos acerca de Robin Hood. Entre el origen de la leyenda y las primeras versiones escritas que han llegado hasta nosotros existe un intervalo de más de doscientos años.

Hacia mediados del siglo XV, las baladas y romances se convirtieron en piezas escénicas; hay quien supone que estas obras se compusieron aun antes que los poemas. Aproximadamente por la misma época, Robin entró a formar parte de los actos de las Fiestas de Mayo, que aportaron nuevos personajes a la leyenda.

La legendaria muerte de Robin

Marian, la legendaria amante de Robin, aparece asociada con él en las Fiestas de Mayo, a partir de 1450 a 1500. Pero en realidad, su origen es muy distinto, pues el personaje está extraído de una obra pastoral francesa, *Robin et Marion*, escrita hacia 1283 por Adam de la Halle, y (probablemente) introducida en la tradición inglesa por el poeta inglés. Pyle ha

recogido esta pieza en forma de canción («La pastora abandonada»). Por lo demás, Marian brilla por su ausencia en los poemas originales como en la recopilación de Pyle, a pesar de la alusión que se hace en la introducción («Bien vale la pena tensar el arco…, por una sonrisa de mi dama Marian»).

Las colectas que se efectuaban durante las Fiestas de Mayo en beneficio de la iglesia local, encabezadas por un personaje disfrazado de Robin Hood, pueden haber dado origen al aspecto de la leyenda según el cual «Robin robaba al rico para darle al pobre», que no aparece en ninguna de las versiones más antiguas.

La transformación progresiva leyenda

Durante los siglos XVI y XVII la leyenda continuó enriqueciéndose y adulterándose a la vez, hasta adquirir una forma completamente diferente a la original. Muchas de las nuevas historias eran derivaciones o adaptaciones de las originales, repitiéndose hasta la saciedad episodios en los que Robin lucha con algún desconocido que le derrota, y al que invita a unirse a su banda. Otras introdujeron elementos o personajes nuevos, como Allan de Dale y el rey Ricardo Corazón de León. Robin adquirió un lugar de nacimiento y un apellido (Locksley), y aparecieron por toda Inglaterra pozos, tumbas, colinas, capillas con el nombre de Robin Hood (y el Pequeño John). Su reputación iba cambiando. De ser un criminal pasó a convertirse en un justiciero. Y también su conducción social cambió: de campesino ascendió a noble. Sólo faltaba la vena romántica de Walter Scott para transformarle en un rebelde sajón.

La elección de Pyle

De todas estas fuentes, Pyle ha recogido cuanto ha podido, siempre que no interfiriera con la unidad que pretendía darle a su recopilación, y procurando mantener el ambiente y el tono de los relatos más antiguos. Así, se multiplicaron los concursos de tiro y las peleas con bastón, sobre todo estas últimas, que sirven para presentar a varios de los personajes. Evidentemente, no sucede lo mismo con las muertes del sheriff (o sheriffs) de Nottingham. Muchos capítulos comienzan, como los antiguos poemas, con celebraciones bucólicas de la belleza de la campiña inglesa. Además, se han incorporado al texto numerosas baladas medievales, que los personajes cantan después de sus comilonas. Aunque la fuente principal sigue siendo la *Gesta*, se ha alterado la cronología para encajar a los distintos reyes mencionados en diferentes versiones. Y, como hemos dicho antes, se ha despojado a los relatos de sus elementos más sangrientos, para adaptarlos a un público juvenil perteneciente a una sociedad muy distinta de aquélla en la que se concibieron.

El lenguaje

En un intento de mantener el espíritu medieval de la leyenda, Pyle ha utilizado un lenguaje arcaizante (aunque no verdaderamente arcaico), salpicando los diálogos de refranes, invocaciones y juramentos altisonantes. Al mismo tiempo, mantiene un diálogo constante con el lector («Y ahora, si sigues escuchando, te enterarás de lo que sucedió a continuación»), como si se tratara de un relato leído en voz alta. Y en realidad, las aventuras ganan bastante si se leen en voz alta. Tal como indica el autor en el prólogo, se trata de una incursión con guía por el mundo de la fantasía y la leyenda, una leyenda desarrollada y difundida mediante a tradición oral, y verdaderamente es un mérito por parte de Pyle haber mantenido ese estilo de narración alrededor de la lumbre, a modo de recreación en los relatos originales, perdidos para siempre.

La ambientación

Las aventuras que Pyle relata tienen lugar en una Inglaterra idealizada, donde siempre hace buen tiempo, y donde las estaciones cambian, pero el clima no. Una Inglaterra en la que nunca llueve, donde la vida en los bosques, que sin duda no debía ser muy confortable, se presenta como una existencia regalada, cómoda y divertidísima («¡Viva la buena vida!», exclama el curtidor cuando le proponen ingresar en la banda). No en vano se trata de las «alegres» aventuras de Robin Hood y sus «alegres» camaradas, que transcurren «en la alegre Inglaterra de los viejos tiempos», y el autor lo advierte en el prólogo: «Verás un país con nombre muy famoso…».

Aunque la localización geográfica de los incidentes está cuidada y resulta bastante precisa, este país repleto de pájaros cantores no guarda demasiada relación con la Inglaterra real, y sí mucha con la Tierra de la Fantasía, donde todo es posible y donde nunca hace mal tiempo, a menos que las Potencias del Mal así lo decidan (de este modo, la única tormenta de la historia se desata durante la huida de Robin y sus amigos desde Londres, perseguidos por los soldados del rey).

El argumento

A pesar de los esfuerzos de Pyle por dotar de unidad y continuidad a su recopilación, el resultado sigue siendo una colección de relatos bastante independientes y en gran parte repetitivos, lo cual, desde luego, era inevitable. Pyle no pretendía escribir una novela, sino reunir y consolidar el mayor número posible de peripecias, tomadas de fuentes muy distintas. Recordemos que la leyenda fue creciendo y desarrollándose a base

de pequeñas adiciones, de incidentes aislados cantados en forma de baladas o recitados en forma de romances, cada uno de los cuales añadía un nuevo elemento o personajes al conjunto. Así pues, en un capítulo vemos a Robin (o al Pequeño John) pelear, comer, cantar y disfrazarse; en el siguiente, los mismos personajes se disfrazan, pelean, comen y cantan. Las peleas suelen servir para presentar a nuevos personajes, y no para eliminar a los ya existentes. Y los cánticos han dado pretexto para la inclusión de numerosas baladas tradicionales, que Pyle utiliza para reforzar la ambientación y atmósfera de la obra. Pero a pesar del gran número de incidencias relatadas, apenas se nota un progreso en la historia hasta los capítulos finales, en los que Pyle ata cabos sueltos. Entre el episodio del guardabosques y el de Guy de Gisbourne pueden haber transcurrido unos veinte años, pero todos los episodios intermedios son intercambiables y Robin no parece haber envejecido.

Los personajes

Más que un personaje, Robin es un mito. Y como todo mito, su interpretación ha variado a lo largo de la historia. Quizás convenga definir sucintamente qué versión es la que nos presenta Pyle, que ha procurado mantenerse fiel a las fuentes originales, aunque incorporando de manera tangencial elementos consagrados en épocas posteriores.

El Robin Hood de Pyle es, básicamente, un «alegre bandido». No un bandido generoso, no un rebelde, no un patriota sajón. No se trata de un hombre empeñado en una campaña social ni en una lucha política; es simplemente un ladrón simpático, astuto, pendenciero y algo fanfarrón. Y, desde luego, se trata de un campesino (su ascenso a la nobleza se producirá muchos años después), aunque capaz de comportarse con exquisita cortesía cuando la ocasión lo requiere. El resto e sus compañeros responden en general al mismo patrón: son campesinos rudos y juerguistas, leales a su jefe y al rey, y siempre dispuestos a apuntarse a cualquier celebración o pelea.

Robin no tiene inquietudes sociales. Se burla del sheriff de Nottingham y caza sin reparos los ciervos reales, pero se declara absolutamente fiel al rey. Sus principales enemigos son obispos y priores, pero su devoción a la Virgen es proverbial. Su presunta rebeldía no se dirige a las alturas, sino a las autoridades intermedias, encargadas de mantener las normas. Robin no pretende cambiar ni derrocar las instituciones sociales, sino que, por el contrario, defiende dichas instituciones contra las maquinaciones de los malvados y poderosos que se aprovechan injustamente de ellas, desprestigiándolas y socavándolas. No se trata, pues, de un rebelde, sino todo

lo más de un justiciero, un hombre que no se propone cambiar la sociedad ni sus leyes, sino tan sólo reparar injusticias concretas mediante la astucia y la violencia y siempre que ello le reporte diversión y ganancias. Un delincuente honorable, con el que el público se identifica, pero no un rebelde social, como se ha pretendido hacer ver en algunas ocasiones.

Las mujeres

Lo que más llama la atención en el conjunto de las aventuras es la ausencia de mujeres. El mundo de Robin y sus camaradas es exclusivamente masculino, y esto no es una adaptación de Pyle, dirigida a su público adolescente, sino que ya era típico de los antiguos poemas. Al comienzo mismo del libro, Robin menciona a su «dama Marian», pero ésta no llega a aparecer nunca. Los demás proscritos parecen carecer igualmente de lazos afectivos y familiares. Ni amantes, ni esposas, ni madres ni hermanas. Tan sólo la reina Leonor, situada en un plano de superioridad casi providencial, desempeña un pequeño pero importante papel en la historia. Y aparte de ella, tenemos, por supuesto, a la pérfida abadesa que da muerte a Robin en el epílogo. Tal parece que la mujer es una especie de elemento sobrenatural que sólo interviene como potencia ineludible e inapelable (benéfica o maléfica, según los casos) en momentos decisivos. Como hemos dicho, este aspecto se encuentra ya presente en las versiones más antiguas, muy imbuidas del concepto medieval del «amor cortés», que consideraba a la mujer como un ser aparte, digno de veneración y respeto, pero que no participaba en los acontecimientos en modo alguno, excepto como fuerza motivadora que impulsaba a los héroes. La única relación sentimental que aparece en la historia es la de Allan de Dale y su amada Ellen, pero en realidad se trata de un amor ajeno a los protagonistas, y sólo se utiliza como pretexto para una nueva serie de escaramuzas, argucias y enfrentamientos con las jerarquías eclesiásticas. En su afán unificador, Howard Pyle la ha aprovechado, además, para introducir el personaje del fraile Tuck, asociado con la leyenda de Robin Hood desde el siglo XV.

El anticlericalismo

Aquí nos encontramos con otra particularidad del mito. Robin y sus camaradas reconocen como principales enemigos a los obispos, priores y demás autoridades eclesiásticas, a las que una y otra vez definen como avaros y explotadores que merecen ser desvalijados y puestos en ridículo. Sin embargo, no se trata de una actitud antirreligiosa: Robin es ferviente devoto de la Virgen María y no pierde ocasión de manifestarlo. Se llega a insinuar que la propia Virgen acude en su

ayuda durante la lucha a muerte contra Guy de Gisbourne. Su hostilidad va dirigida hacia las jerarquías y las órdenes monásticas, a las que considera indignas de los hábitos que visten. Sin embargo, un fraile forma parte de su círculo íntimo, lo que da a entender que las órdenes mendicantes sí contaban con su aprobación. (En uno de los poemas más antiguos, *Robin Hood y el monje*, esta dicotomía se muestra de manera palpable: Robin, que no ha ido a la iglesia en dos semanas, se dirige a Nottingham para rezar a la Virgen; un monje le reconoce y le delata, y eso da comienzo a la aventura. Robin es presentado como persona de gran devoción y el monje es el traidor, que paga su maldad con la vida).

En definitiva, la actitud de Robin hacia la Iglesia es la misma que hacia las autoridades civiles: no se opone a la religión, como no se opone al rey, sino a la aplicación de las leyes en beneficio de los poderosos. Teniendo en cuenta el considerable poder y las cuantiosas riquezas de la Iglesia de aquellos tiempos, es indudable que la presentación de los obispos y abades como villanos codiciosos y torpes, burlados y despojados una vez tras otra, tenía que resultar atractiva para el público popular. A las autoridades eclesiásticas, naturalmente, el asunto no les parecía tan gracioso, y en numerosas ocasiones prohibieron o intentaron prohibir las escenificaciones de las aventuras del irreverente proscrito.

La leyenda sigue adelante

Lo que empezó en forma de canciones acabó convirtiéndose en guiones de cine o televisión. Tal es el poder de persistencia del mito. Para el público del siglo XIV, Robín era un personaje de baladas de tipo épico que se cantaban en las casas o en las tabernas; para el del siglo XV, un personaje de las Fiestas de Mayo o de representaciones teatrales que podían contemplar en mercados o ferias. En el XVI adquiere una dama que ya no se separará jamás de su lado. Durante siglos, no fue más que un bandolero, pero en el siglo XIX los románticos lo convirtieron en un rebelde social y político. En la cultura visual del siglo XX, el héroe bandido lleva las facciones de Errol Flynn o de Sean Connery, pero también puede ser un zorro diseñado por los Estudios Disney.

Cada cultura y cada época han adaptado el mito a sus inquietudes, y el mito ha demostrado su adaptabilidad. Él héroe campesino inglés se convirtió en patrimonio de la humanidad. A lo largo de todos estos siglos y todas estas transformaciones, jamás perdió su vestimenta verde y su arco, que son las constantes físicas del personaje. La otra constante, la que ha mantenido su atractivo a través de los tiempos, es su modo de vida: Robín y sus compañeros

viven fuera de la ley, en un bosque paradisiaco al que no llega el brazo de las autoridades, imponiendo su propio concepto de la justicia. Y mientras la injusticia no desaparezca del mundo —lo cual no parece demasiado probable —, y mientras los individuos no dejen de sentirse oprimidos por autoridades arbitrarias —¿y qué adolescente no se siente víctima de la injusticia de sus superiores?—, no faltarán quienes busquen evasión compartiendo mentalmente las aventuras de los alegres proscritos de Sherwood.

Juan Manuel Ibeas

Bibliografía

En esta bibliografía recogemos las obras, que aparte de ilustrarlas, Howard Pyle escribió o refundió él personalmente. Pero su labor como ilustrador de obras ajenas es también muy amplia, y entre los autores célebres de obras ilustradas por él figuran, entre otros, N. Hawthorne (*A Wonder Boock*), W. Irving (*History of New York*), Tennyson (*Lady of Shalott*), M. Twain (*Saint Joan of Arc*), etc.

AÑO	TÍTULO ORIGINAL	TÍTULO CASTELLANO
1883	*The Merry Adventures of Robin Hood*.	*Las alegres aventuras de Robin Hood* (1989).
1887	*Wonder Clock*.	El reloj mágico.
1888	*Otto of the Silver Hand*.	Otto, el de la mano de plata.
1888	*The Rose of Paradise*.	La rosa del paraíso.
1891	*Men of Iron*.	Hombres de hierro.
1892	*A Modern Aladin*.	El moderno Aladino.
1895	*Garden behind the Moon*.	El jardín tras la luna.
1895	*Twilight Land*.	La tierra crepuscular.
1896	*Ghost of Captain Brand*.	El fantasma del capitán Brand.
1895	*Story of Jack Ballister's Fortunes*.	Historia de las aventuras de Jack Ballister.
1903	*Story of King Arthur and His Knights*.	Historia del Rey Arturo y sus Caballeros.
1905	*Story of de Champions of the Round Table*.	Historia de los Campeones de la Mesa Redonda.
1907	*Story of Sir Launcelot and His Companions*.	Historia de Sir Lancelot y sus compañeros.
1907	*Pepper & Salt*.	Sal y Pimienta.
1907	*Stolen Treasure*.	El tesoro robado.
1910	*Story of the Grail and the Passing of Arthur*.	Historia del Santo Grial y del tránsito de Arturo.
1921	*Book of Pirates*.	Libro de los piratas.



HOWARD PYLE. Ilustrador y escritor estadounidense nacido en Wilmington en 1853. Fue alumno de la Art Student League de Nueva York, dando sus primeros pasos como ilustrador en Scribner's y en Saint-Nicholas, y también escribiendo e ilustrando él mismo novelas para jóvenes de temas en torno a la Edad Media. Introdujo una nueva era en la ilustración americana, empleando nuevos procedimientos de fotograbado y de impresión en color. Fue profesor en el Drexel Institute en 1894, antes de abrir una escuela con su nombre. Sus libros ilustrados más importantes fueron *Las alegres aventuras de Robin Hood* (1883), *Un moderno Aladino* (1892), *Historia del Rey Arturo y sus caballeros* (1903), *Historia de Sir Lancelot y sus compañeros* (1905) y *Libro de Piratas* (1921).

Falleció en Florencia, Italia, a la edad de 58 años, un año después de haberse mudado allí con su familia.

Notas

[1] En la Edad Media era una especie de gobernador, estrechamente vigilado por la Corona. **<<**

[2] Adam Bell, Clym o'the Clough y William de Cloudesly eran tres célebres arqueros cuyos nombres aparecen en muchas baladas y romances antiguos. <<

[3] Personaje legendario que se suponía había ocupado la Santa Sede con el nombre de Juan el Inglés, durante dos años, después de la muerte del papa León IV, en el mes de julio del año 855. Esta leyenda fue recogida por Petrarca, Boccaccio y los protestantes, e incluso admitida por la Iglesia. Pero lo cierto es que entre la muerte de León IV y la elección de su sucesor, Benito III, sólo transcurrieron unas semanas. El origen de esta leyenda debe referirse a la influencia ejercida por las mujeres sobre algunos papas. <<

[4] «Lo que se trataba de demostrar». (En latín en el original). <<

[5] «En el cielo descanso». (En latín en el original). <<

[6] Se refiere en realidad a Pandora, que según la mitología griega fue la primera mujer de la tierra. Modelada con tierra arcillosa por Hefeso, siguiendo la orden de Zeus. Pandora abrió una caja que contenía todos los males y éstos se derramaron sobre la tierra. <<

[7] ¿Habéis golpeado a un ciudadano en el camino real para robarle el dinero? <<

[8] Orden de San Benito. <<

[9] Alusión a Blondel de Nesle —el autor escribe Blondell—, trovador francés del siglo XII, originario de Nesle, en Picardía, autor de unas veinticinco canciones de amor. <<

[10] A saber: el de Enrique II, rey de Inglaterra, de 1154 a 1189; el de su tercer hijo, Ricardo I Corazón de León, de 1189 a 1199, y el del hermano y rival de Ricardo, Juan sin Tierra, de 1199 a 1216. <<